

A romantic couple is shown in silhouette, embracing in the foreground. The man is holding the woman, who has her arms around his neck. They are positioned in front of the Eiffel Tower, which is brightly lit with golden lights against a dark night sky. The tower's reflection is visible in the water in the foreground. The overall mood is romantic and intimate.

*Te Amaré
por Siempre*

INDHIRA JACOBO

Te Amaré Por Siempre



Indhira Jacobo

Título: Te Amaré Por Siempre

2017© Indhira Jacobo

Diseño de portada y maquetación: China Yanly.

Revisión de estilo: Liliana Montero

1ª edición febrero, 2017

©Todos los derechos reservados

No se permite la producción total o parcial de este libro; ni su incorporación a un sistema informático; ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico; mecánico, por fotocopia; grabación u otros sin permiso previo y por escrito de la autora con la ley de derechos de autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia

SIPNOSIS

Después de enterarse que el amor de su vida, el hombre en el cual ella había depositado toda su confianza, había contraído matrimonio; Adriana decide romper su relación clandestina con él y seguir adelante con su vida. Por otra parte, Maximiliano, hará todo lo que esté en sus manos para recuperarla. Dolida, traicionada, ¿logrará Adriana entender sus razones, pero sobre todo perdonarlo? ¿Podrá su amor sobrepasar las barreras? Descúbrelo en el desenlace de esta apasionante historia, donde el amor y la amistad prevalecen.

SIPNOSIS

EN MEDIO DEL DOLOR

PERDERTE DE NUEVO.

PASO A PASO

MIS PILARES.

TÚ ME CAMBIASTE LA VIDA.

TODO POR AMOR

SI TÚ SUPIERAS...

SIEMPRE FUISTE TÚ.

DESILUSIÓN

NUEVO COMIENZO

GARRAS AL AIRE

LA DECISIÓN

YO NO QUERÍA ENGAÑARTE

NO VEO LA HORA

PERDONANDO

QUIERO AMARTE

CARTAS SOBRE LA MESA

ADIÓS AL AMOR

CORAZÓN EN LA MALETA

VIVO POR ELLA

DESTINO INESPERADO

UN PILAR AGRIETADO

LIBERACIONES

REGÁLAME UN MINUTO MÁS

MI REGALO MÁS GRANDE

MI MÁS GRANDE AMOR

PERDERME EN TI

MI LUZ EN LA OSCURIDAD

CERCANA OBSESIÓN

TODO EN SU LUGAR

EPÍLOGO

SPOILER / EMMA

BIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

A mi cómplice, siempre serás parte de mi vida, Liliana Montero, gracias por apoyarme y por darme el impulso que necesitaba para comenzar esta aventura.

A Rossana por demostrarme que en la amistad no existen tiempos ni distancias.

A mis primeras lectoras. Este libro es para ustedes.

Gracias por su apoyo y seguimiento

Un abrazo.

En medio del dolor



“No existe amor en paz. Siempre viene acompañado de agonías, éxtasis, alegrías intensas y tristezas profundas ”

Paulo Coelho

Arrastrando los pies llego a mi casa. Me duele la cabeza y me siento el cuerpo pesado. Una vez más agradezco a la virgencita que no hay nadie, mi hermano no ha llegado del trabajo, confirmo la hora y me doy cuenta que tengo tiempo para ducharme y acostarme a dormir. No quiero tener que enfrentarme a un interrogatorio, por lo menos no hoy.

Necesito una aspirina con urgencia, ¡mierda! Ni siquiera sé si puedo tomar una maldita aspirina.

Al llegar al baño, me miro en el espejo, estoy pálida, tengo los ojos rojos e hinchados. No me reconozco y no me gusta mi reflejo.

Siempre he sido amante de los baños después de un día agotador para relajarme, hoy tengo ganas de tomar una ducha rápida que acabe con todo.

«Como si una ducha hará desaparecer este dolor que siento».

Porque no solo me duele el cuerpo sino que también me duele el alma.

Me desvisto y meto debajo del chorro de agua caliente y nuevamente las lágrimas me asaltan. Quiero parar de llorar pero las lágrimas siguen cayendo, parece como si tuvieran vida propia.

«Se casó».

—“*fue algo de último momento*” —dijo.

—Último momento, ¡una mierda! —grito—. Te casaste porque quisiste. Preferiste escogerla a ella y destrozarme la vida a mí.

Varios sollozos se escapan de mi boca y las fuerzas me abandonan. Poco a poco me deslizo contra las baldosas y me dejo caer en el piso de la bañera.

Encojo mis piernas, las rodeo con mis brazos y escondo mi cabeza entre las rodillas.

Me quedo bajo el chorro de agua caliente pensando en todo lo que ha pasado en estos últimos meses.

En cómo ha cambiado mi vida. Yo que siempre fui una persona precavida, inteligente, que intentaba evitar cualquier tipo de problemas.

No entiendo como me metí en algo que no iba a poder manejar. Sabía que estaba mal, pero no supe detenerme a tiempo. Mi cabeza siempre supo que él no la dejaría, pero mi corazón escogió creer en él. Puede que sea la romántica que llevo dentro que pensó que se quedaría conmigo como en las telenovelas o en los cuentos de hadas.

¿Quién en su sano juicio iba a dejar a una rica heredera que le permita entrar en la crema y nata de la sociedad italiana? Nadie, y mucho menos para estar con una simple empleada que apenas está comenzando en el mundo.

Salgo de la ducha cuando ya se ha acabado el agua caliente y tengo las manos arrugadas, me pongo la pijama, me meto en la cama y vuelvo a llorar. Lo último que recuerdo antes de caer rendida es que mi vida es una mierda y que soy la persona más infeliz en la faz de la tierra.

—¡Hey! —escucho que alguien me llama mientras me dan palmaditas en el hombro. Abro los ojos y me encuentro con la mirada de preocupación de Alex, la misma que me ha lazado en los últimos días cada vez que nos vemos—. Despierta dormilona.

—¡Hola! —lo saludo con la voz ronca. Tengo la garganta reseca—. ¿Hace cuánto que estás en casa?

—Hace una hora más o menos. Solo he venido a bañarme y por un poco de ropa, este fin de semana me quedo con Michelle y no quería marcharme sin hablar contigo —me dice mientras me incorporo. Miro por la ventana de mi cuarto y ya ha oscurecido.

—¿Qué hora es?

—Son pasada las ocho.

—¿Qué ocurre?

—Nada solo que casi no te veo y quería saber cómo van tus cosas —se interesa al mismo tiempo que me examina como si fuera un bicho raro bajo un microscopio.

—No hay mucho que contar todo está como siempre.

Mi hermano resopla.

—Como siempre significa que sigues sin alimentarte como es debido, estoy muy preocupado Adriana cada día estás más delgada, parece que te estás consumiendo desde adentro. No puedes seguir así. Tienes que ver un médico.

—Fui a ver un doctor —respondo a la defensiva, un poco más alto de lo que debería e inmediatamente me pincha la sien. Cierro los ojos, me llevo los dedos al lugar de mi molestia y masajeo en pequeños círculos—. Me ha dicho que tengo problemas de tiroides y que por eso estoy perdiendo peso.

«Y que estoy embarazada... ¡Ah! También me ha recomendado abortar».

—Me alegra escuchar eso. ¿Por qué no me comentaste que irías a verlo? hubiera sacado un tiempo para acompañarte.

Se acomoda a mi lado y apoya la cabeza en la cabecera acolchada de mi cama.

Abro los ojos y me asalta la culpa. Alex siempre se ha preocupado y ha cuidado de mí, me duele no poder contarle la verdad.

—¿Qué más te dijo? —me pregunta y me entra pánico, de repente tengo miedo de que haya percibido mi angustia.

—¿Qué te hace pensar que me dijo algo más?

—Por favor Adriana, no hay que ser médico para saber que no te encuentras bien, ¿Es que no has visto lo pálida que estás? Algo más has de tener a parte de ese problema de tiroides —dice y el tono es demasiado alto para mi cabeza.

Me acaba de llamar por mi nombre muestra de que está hablando en serio y que no está para juegos.

—También ha dicho que tengo anemia —miento descaradamente—, debo tomar unas vitaminas y por favor baja la voz que me duele la cabeza.

—Lo siento no quiero ponerme pesado pero entiéndeme, estoy muy preocupado por tu salud —ladea la cabeza y me mira detenidamente—. Le dije a mami que cuidaría de ti y últimamente siento que no te he dedicado el tiempo necesario.

—No seas exagerado Alexander que no soy una niña —me quejo con cierta irritación—, es solo una anemia y pronto estaré bien.

Me mira sin estar del todo convencido, así que me apresuro a decir suavizando la voz:

—Te lo prometo.

Me estudia con sus ojos grandes durante unos segundos hasta que finalmente asiente con la cabeza.

—También te desperté porque tengo que comentarte algo.

Ahora es mi turno de observarlo cautelosamente. Conozco esa mirada y por lo general viene acompañada de algo que no me va a gustar.

—Michelle no deja de quejarse que casi no nos vemos, como últimamente estoy saliendo tarde del trabajo, a veces hago doble turno; solo la veo los fines de semana.

—Ajá.

Tomo un hondo respiro y retengo todo el aire de mis pulmones.

—Pues que me ha propuesto irnos a vivir juntos —dice y su tono de voz deja entrever que hay algo más importante aún.

Vuelvo a respirar más tranquila. No es lo que esperaba que dijera pero teniendo en cuenta que llevan saliendo juntos tres años no es algo que me sorprenda.

—Felicidades.

Lo miro a los ojos y le digo con toda la sinceridad de la que soy capaz a pesar de mi falta de entusiasmo.

Michelle es una excelente muchacha, muy bien criada, estudiante de medicina y lo que es mejor aún, está loca por los huesitos de mi hermano.

—Me alegro mucho por los dos.

—Bueno aún no le he dicho que sí, le dije que tenía que comentarlo contigo primero.

—¿Conmigo? —inquiero sorprendida—. Si me estás pidiendo permiso de una vez te digo que no me molesta que se venga a vivir con nosotros; la casa es grande, es más hasta sobra espacio.

Conozco tan bien a mi hermano que por la forma en que arruga la nariz, demostrando así su nerviosismo y la manera en la que sus ojos se mueven, me da a entender que está escogiendo cuidadosamente sus próximas palabras. Eso hace que me ponga nuevamente en alerta. Presiento que no me va gustar lo que me dirá.

—He estado pensando que deberíamos vender la casa... —dice bajito—... y mudarnos a un apartamento más pequeño y más cerca de nuestros respectivos trabajos.

«Y no podía estar más en lo cierto».

—¿¡Mudarnos!?! —casi grito. ¡Que horror! Me siento totalmente erguida, giro un poco el cuerpo y lo miro escandalizada— ¿Quieres mudarte del lugar donde hemos vivido toda la vida?

«Esto no puede estar pasando».

Eso no. ¡Joder! No ahora.

Cuando crees que tu mundo se está desmoronando viene tu hermano mayor y te lanza una bomba de ese calibre.

¡Dios! ¿Pero qué es lo que está pasando?

¿A caso te he hecho algo y los ángeles de ahí arriba se lo están cobrando?

No se trata sólo de cambiar de casa, si nos mudamos, ya no será mi casa, será la casa de Alex y Michelle donde yo tendré un cuarto.

He vivido aquí desde niña. Mi papá compró esta casa de cuatro habitaciones porque pensaba tener una familia grande, pero mi mamá tuvo dos partos muy difíciles, en el segundo casi se muere, así que decidieron quedarse sólo con nosotros dos. Aquí hemos crecido, conozco prácticamente a todo el vecindario. Cuando voy a tomar el autobús me encanta pasar por el frente de la *Boulangerie*^[1] y dejarme arropar por el olor de pan recién hecho o cuando paso por el Café al doblar la esquina y Sebastián el chico de la barra me saluda con una amplia sonrisa.

¿Cómo sigues adelante cuando te has perdido en el camino y ya no sabes dónde ir?

Cuando te vas del hogar donde creciste, tu núcleo familiar, es un cambio drástico a nivel emocional. Dejas mucho más que una casa: dejas risas, recuerdos, personas a las que conoces desde siempre y que son parte de tu historia. Es como abandonar un poco de ti misma.

Todo me da vueltas. Cierro los ojos y apoyo la espalda en la cabecera de la cama.

—Sé que te encanta esta casa y a mí también me gusta pero como tú misma lo dijiste, sobra mucho espacio, desde que mamá decidió irse a vivir con la abuela es muy grande para nosotros dos —me dice sacándome de mis pensamientos—, pero ya lo hablaremos con calma.

Abro los ojos y miro el techo blanco. Primero lo de Max y ahora esto. Si aún conservara mi trabajo podría quedarme aquí, aunque la casa es grande, entre mis ahorros y mi sueldo podría con los gastos. Pero ahora sin trabajo y encima de todo embarazada. Nadie me dará trabajo en mi estado. Tampoco puedo pedirle a Alex que detenga su vida por mí. Sería egoísta de mi parte sobre todo que todavía no tengo idea de lo que va a pasar conmigo.

—No hay nada de qué hablar —mis palabras se pierden en un suspiro—. Lo lógico es que te vayas a vivir con tu novia, que quieran tener su propio espacio sin tenerme a mí entre las patas.

—No hables así que aún no es un hecho y Michelle sabe lo importante que eres para mí. Además pensé que te agradaba...

—Y me agrada —lo corto.

Respiro con resignación.

—Quizás tengas razón. A lo mejor es hora de cambiar de página y pasar a otra cosa. De nada sirve tener dos cuartos vacíos.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Pero no me iré a vivir con ustedes. Buscaré un pequeño estudio para mí y de esa forma podrás mudarte con tu novia y tener toda la privacidad que necesita una pareja joven.

—De eso nada. ¡No te vas a mudar sola y eso no es discutible! Vivimos juntos y casi ni te veo, sin mencionar el hecho de cómo has descuidado tu salud, no quiero ni imaginarme que sería de ti si ya no viviéramos juntos.

—¡Por Dios Alex! —digo exasperada—, soy una adulta y puedo perfectamente vivir sola. He descuidado mi salud porque no sabía que tenía un problema ahora que lo sé voy a cuidarme mucho más.

—No he dicho que seas incapaz de vértelas por ti misma, es solo que aún no estoy preparado para que nos separemos.

—Ya no somos niños, no puedes ocuparte de mí como si fuera un bebé, tampoco puedes organizar tu vida entorno a mí. Tarde o temprano tendremos que separarnos. Ahora te vas a vivir con tu novia más adelante vendrán los hijos y yo tendré que buscar mi espacio, qué más da si lo hago ahora o dentro de uno o dos años.

—No lo sé, no me gusta la idea de que estés sola y más ahora que estás enferma.

Suspiro.

No va quitar el dedo del renglón.

—Voy a hablar con Emma para ver si me puedo quedar con ella unos meses hasta que esté mejor y así estarás más tranquilo, ¿qué dices?

—No lo sé —tuerce el gesto dudoso—, ya lo hablaremos con calma. ¡Sabes qué! te propongo una cosa... El lunes te invito a cenar así hablamos un rato y luego vamos a ver una peli, como solíamos hacer antes... Pasamos un tiempo entre hermanos. ¿Qué te parece? —me pregunta con mucho entusiasmo. Por un momento pienso en decir que no pero no quiero que se preocupe más por mí y si de esa forma puedo evitar que insista en lo de mudarme con ellos, pues mejor.

—De acuerdo.

—Tenemos una cita entonces.

—Tenemos una cita —le respondo sin mucho entusiasmo.

—¿Quieres que te prepare algo para comer antes de irme? —me demanda en el momento que se levanta de la cama.

—No, estoy bien y ya vete que vas a llegar tarde.

—Está bien —se inclina y me da un beso en la frene—. Me voy pero prométeme que vas a comer y que llamarás a mamá; ayer hablé con ella y me dice que hace mucho que no la llamas.

Respondo con un pequeño “ok” antes de que salga de la habitación.

Quince minutos más tarde escucho la puerta principal cerrarse. Me tumbo nuevamente, me arropo de pies a cabeza y me vuelvo a dormir porque es lo único que puedo hacer para no sentir este dolor tan fuerte en el pecho.

El sábado me paso todo el día en cama, llorando hasta quedarme dormida, no tengo fuerzas para nada ni siquiera para darme un baño, solo quiero quedarme adormecida y no sentir nada. Quien inventó la frase “*El amor duele*” no entendía una mierda de lo que es enamorarse, porque el amor de verdad, ese donde no sólo entregas el corazón, sino también tu alma, tu mente, tu cuerpo, ese donde entregas todo lo que tienes, no duele... Ese te destroza.

Por lo menos así me siento yo, totalmente destrozada. Quisiera encontrar una palabra que pudiera explicar este inmenso dolor pero no creo que exista tal cosa.

Mi teléfono no para de sonar por lo que decido ponerlo en silencio, mientras lo hago veo que tengo varias llamadas perdidas y varios mensajes, algunos son de las chicas, otro de mi hermano y muchos de él, los cuales borro sin ni siquiera leerlos.

Vuelvo a llorar hasta quedarme nuevamente dormida.

Perderte de nuevo.



*“ Porque el amor cuando no duele mata,
porque amores que matan nunca mueren”*

Joaquín Sabina

Me despierto desorientada. Creo haber escuchado un ruido pero no logro ubicarlo así que me tumbo en la cama otra vez. Unos instantes después vuelvo a escuchar el ruido pero esta vez sé que se trata del timbre. Trato de ignorarlo y cubro mi rostro con la almohada para amortiguarlo pero sea quien sea no tiene intención de desistir por lo que me levanto por primera vez desde el viernes y maldiciendo en silencio decido abrir la puerta.

Entre mil personas que podrían haber tocado a mi puerta, me habría imaginado a cualquiera menos a él, tal vez porque nunca pensé que se tomaría el atrevimiento de venir a mi casa, o quizás porque pensé que estaba más claro que el agua que no quería hablar con él, que me daría el tiempo y el espacio que necesito. Así que cuando abro y encuentro a Maximiliano al otro lado de la puerta me quedo como piedra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto después de recuperarme de la sorpresa.

—No contestas mis mensajes, ni mis llamadas, ni mis emails. ¡¿Tienes idea de lo preocupado que estaba?! —

—Pensé que el mensaje era bastante claro... No quiero hablar contigo —replico arisca antes de tratar de cerrar pero Max introduce rápidamente la mano por el marco de la puerta y no logro cerrarla del todo.

—¡Auch! —grita.

Le he hecho daño pero me importa una mierda. Que se joda.

—Adriana por favor tenemos que hablar, he tratado de darte el espacio que necesitas pero este silencio me está volviendo loco. Necesito explicarte porqué lo hice.

—Yo no te he pedido ninguna explicación.

—Por favor peluche, déjame entrar. Desde que te marchaste el viernes he perdido la calma, necesito saber que estás bien, mírate, te ves pálida. ¿Has comido algo? ¿Te sientes bien?

Lo escucho tan preocupado por mí, que me dan ganas de olvidarme de todo y abrazarlo, de sentirme segura como una vez lo estuve. Que me diga que todo va a estar bien, que todo ha sido una confusión y que se quedará conmigo para siempre. Pero eso no va a pasar, por más que yo lo quiera nada va a cambiar.

Miro esos ojos verdes que tanto me encantan, ojerosos, suplicantes, llenos de preocupación.

—Por favor nena —suplica—, necesitamos hablar.

Por la determinación que veo en sus ojos estoy convencida que no se marchará hasta que no hablemos; por lo que este forcejeo de nada sirve. Además sé que tiene razón y que tarde o temprano tendremos que hacerlo. Así que termino cediendo y lo dejo pasar.

Lo miro mientras entra en mi pequeño salón que sirve de recibidor; parece cansado, tiene el pelo alborotado. Lleva unos pantalones de jogging negro, una sudadera gris y unos tenis. Max nunca va al gym los domingos; lo que me hace pensar que seguro le ha dicho a su esposa que iría al gimnasio para poder venir a verme y me entran ganas de vomitar.

Nos quedamos en silencio estudiándonos mutuamente a una distancia prudente.

Yo cruzada de brazos esperando que diga algo y él observándome de arriba abajo. Parece nervioso y preocupado, quizás esté buscando las palabras correctas.

—¡Dios santo! Que delgada. ¿Qué es lo que te está pasando? ¿Qué te ha dicho el doctor? —inquire gesticulando de manera torpe. Sus palabras salen precipitadas.

Da un paso hacia mí y yo doy uno atrás. No quiero que me toque. Se pasa una mano por el pelo y toma un fuerte respiro.

—Dijiste que lo hablaríamos cuando regresara.

—Podemos dejar de fingir que esta conversación gira en torno a mi salud, cuando ambos sabemos que no es así —digo intentando mantener la calma, porque mientras más lo veo ahí parado con aire de arrepentimiento y su cara de preocupación, como si realmente le importara lo que me pasa, más me dan ganas de agarrarlo a cachetadas—, di lo que tengas que decir y lárgate.

—Lo siento —hace una pausa y me mira directamente a los ojos— De verdad lo siento, te veo y sé que estás sufriendo y me duele saber que yo soy el culpable de todo tu dolor. Nunca quise hacerte daño. Dios sabe que te amo con locura...

—No te atrevas a decir que me amas —lo corto al mismo tiempo que él da otro paso en mi dirección. Levanto la mano derecha para indicarle que no dé un paso más.

Me hierve la sangre y la tristeza que he sentido desde el viernes empieza a darle paso a la rabia.

—Si de verdad me amaras, no hubieras jugado conmigo de esa forma. ¿Qué ganaste? Digo, aparte de arruinarme la vida.

—Adriana yo no jugué contigo, siempre te dije la verdad, desde un principio te expliqué mi situación.

—¡Sabía que estabas comprometido! —grito—, pero nunca pensé que me harías algo así. Creo que merecía la cortesía de que me informaras que te ibas a casar y que dabas lo nuestro por terminado. ¿No lo crees?

—Yo no pensaba casarme pero tuve que hacerlo. Sophia se presentó en Miami con todo organizado para la boda. Quiso sorprenderme e invitó a sus padres, a los míos, a nuestros amigos y familiares más cercano, no pude negarme. Así que es cierto... —admite abriendo los brazos con semblante abatido—... ¡Me casé! No fue algo que tenía previsto pero lo hice, porque no podía dejarla plantada y humillada delante de sus seres queridos.

—A ella no pudiste decirle que no pero a mí no te molestó destrozarme el corazón.

—Nunca imaginé que ella fuera capaz de semejante locura, pero de repente me vi entre la espada y la pared, enfrente de mi padre, del suyo y no pude decirle que no, enténdeme no tuve otra opción.

—¡Pero lo sabías! ¿Verdad? ¿Sabías que esto acabaría conmigo? —pregunto llena de rabia y de celos—. Sin embargo no te importó.

Max tuerce el gesto y el dolor oscurece su mirada

Él traga saliva y baja la mirada mientras yo lo observo en silencio. Cuando me vuelve a mirar sus ojos están llenos de arrepentimiento.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? —me pregunta con la voz apagada mientras sigo en silencio. No digo nada porque la verdad todo esto me parece irreal, no entiendo que es lo que pretende.

Me pican los ojos pero no quiero llorar. Estoy harta de sentirme así. De sentirme una mierda, de sentir que valgo menos que ella y que esa es la razón por la que él la escogió.

—Por favor, no te quedes callada —y su petición es casi una súplica—, dime algo, tu silencio me está matando, tengo tanto miedo de perderte.

Camina hasta donde estoy y toma mi cara entre sus manos.

—Me mentiste —le digo deshaciéndome de su agarre y alejándome de él—, te lo pregunté y me dijiste que no hiciera caso, que todo era un invento de la gente. Una de las cosas por la que decidí estar contigo fue porque siempre fuiste sincero, desde un principio me dijiste lo que podías o no ofrecerme y lo tomé. Tuve la opción de decirte que no y mandarte al diablo pero lo tomé... Tomé todo lo que tenías para darme sin pedirte nada a cambio. ¿Quieres saber por qué lo hice? —le pregunto y se me quiebra la voz—, lo hice porque me diste el derecho de elegir. No me mentiste sobre tu relación, no me mentiste sobre tu situación y pensé que no me metías sobre tus sentimientos.

—Nunca te he mentido sobre mis sentimientos. Tú sabes que te amo, creo que te he amado desde siempre.

—¡No te atrevas a hablarme de amor! —chillo alagando cada palabra—. Tú no sabes lo que es eso, cuando se ama no se le hace daño a la persona amada, no se le miente, no se le traiciona, y tú has hecho todo eso conmigo.

—Adriana trata de entenderme por favor, te juro que esta situación es temporal.

—Es que no se trata de entender... —digo mientras las lágrimas caen libremente por mis mejillas— ... se trata de confianza y yo... ya no confío en ti.

Por primera vez veo pánico en sus ojos.

Me duele... ¡Maldición! Duele demasiado.

—Desde que me besaste la primera vez supe que te confiaría todo mi ser, que iría al fin del mundo contigo si me lo pedías, que caminaría contigo de la mano con los ojos cerrados y haría todo eso, porque sabía a ciencia cierta que eras el amor de mi vida —se me quiebra la voz y necesito unos minutos para tragar el nudo que se me ha formado en la garganta a través de las lágrimas—. Yo te quería tanto —le confieso en medio del llanto y del dolor—, que si me hubieras pedido dejar todo atrás, mi familia, mis amigos, mi vida, lo hubiera hecho sin pensarlo; porque un amor como el que te tenía sólo se vive una vez en la vida.

Trata de acercarse pero no se lo permito y la desesperación se apodera de él.

—¿Por-por qué hablas en pasado? —tartamudea sin ocultar el miedo en su voz—. No me digas que ya no me amas porque no te voy a creer. Yo mejor que nadie sé que uno no deja de amar de un día para otro, porque si no, no llevaría sintiendo esto... —se golpea el pecho—... que siento por ti.

—No he dejado de amarte —confieso y veo el alivio que se instala en sus ojos—, pero tampoco voy a seguir contigo.

Tan pronto como digo esas palabras en voz alta siento como mi corazón se hace pedazos.

—No digas eso nena, por favor —me implora dando unos pasos hacia mí. Levanto las manos indicándole que se detenga pero no me hace caso, llega hasta mí y se deja caer sobre sus rodillas, me rodea la cintura con sus brazos y con voz desesperada añade:

—Podemos arreglarlo, podemos hacer que esto funcione, como lo hemos hecho hasta ahora.

—Esto no está funcionando ¿es que no te das cuenta? Estamos constantemente envueltos en un enredo de mentiras y engaños y ya no quiero seguir así. No puedo. Esta relación me está consumiendo, te he dado todo lo que tenía, ya no me queda nada que puedas tomar.

—Peluche yo quiero todo de ti. No me puedes dejar. En esta locura de vida que tengo, tú eres todo lo que necesito.

—Si te entrego el último pedacito que queda de mí, acabarás conmigo, lo sabes ¿verdad? Y aunque parezca increíble de creer, aún me quiero un poquito como para seguir en esta vida que me destroza un

poco más cada día.

—No, no... ¡No! —grita con angustia y pega su rostro contra mi vientre al mismo tiempo que su agarre alrededor de mi cintura se reafirma.

Me desquicia verlo en ese estado. Su desesperación es la mía, su dolor es el mío pero esto tiene que parar.

—Este matrimonio no significa nada para mí, es solo un papel, una formalidad que pienso corregir tan pronto pueda.

—Max levántate por favor —le pido al mismo tiempo que trato de deshacerme de su amarre.

—Esto no puede estar pasando ahora que por fin te tengo, no me puedes dejar —dice mientras se incorpora. Toma mi cabeza entre sus manos y busca mis labios, giro la cabeza e intento esquivarlo pero él no se da por vencido y su agarre se intensifica impidiendo cualquier movimiento de mi parte. Atrapa mis labios entre los suyos y me besa con angustia, con miedo, con desesperación, con fuerza; esa misma fuerza que me hizo perder la cabeza hace unos meses atrás y yo le devuelvo el beso con la misma intensidad, con el mismo tormento. Nos besamos entre llanto, gemidos y dolor durante mucho tiempo, no sabría decir cuánto exactamente, pero ¿acaso importa cuando te estás despidiendo del amor de tu vida?

El beso fue perdiendo intensidad y nos separamos. Maximiliano mantiene mi cabeza entre sus manos, pega su frente a la mía y con la respiración aún forzada me dice:

—No voy a permitir que nos separemos. Sé que te hice daño, que te mentí... Pero lo hice para evitarte un sufrimiento. No te voy a dejar porque tú eres mi vida.

Despega su frente de la mía y me mira fijamente a los ojos.

—Te amo. Te amo tanto... como nunca he amado a nadie, dime que me crees por favor.

Y aunque parezca imposible le respondo:

—Te creo.

Le creo porque un amor tan grande no se puede fingir, porque lo sentí cada vez que me tocaba, cada vez que me hacía el amor, porque lo veo en sus ojos cada vez que me mira.

—No te voy a dejar —me dice entre cada beso que deja en mi rostro y sé que cree en la fuerza de sus palabras.

—Pero ya lo has hecho.

—No entiendo de qué estás hablando.

—Cuando te casaste tomaste la decisión de dejarme. Porque si me conoces tan bien como sé que lo haces sabías que no seguiría contigo después de esto. ¿Acaso estoy equivocada? —Vejo cómo se debate entre si responder o no, hasta que finalmente asiente con la cabeza—, no obstante, eso no te detuvo.

—Porque pensé que entenderías y que lo superaríamos juntos —dice liberándome al fin de su contacto.

—Como te dije hace rato, no se trata de entender, se trata de hacer lo correcto ¿qué clase de persona sería yo si continuara con lo nuestro después de eso? Tú y yo hace mucho tiempo que no estamos haciendo las cosas bien. Creímos que el amor justificaba todo sin embargo no es así.

—¿Tú crees que esto es lo correcto? —sus palabras están cargadas de rabia— ¿Te parece lo más sensato separarnos a pesar de amarnos como lo hacemos?

Camina en dirección de la ventana y me da la espalda.

—Quizás no sea lo más sensato pero sí lo más justo. Tu esposa no merece que la engañes, al igual que yo no merezco vivir así, contando los segundos para verte, mentirle a mi familia. No me parece honesto que tengamos que escondernos para poder amarnos, aprovechando cada rincón de tu oficina, de algún hotel o de un baño en una discoteca para hacer el amor.

—Lo haces ver como si fuera algo sucio, cuando lo nuestro es lo más bello que me ha pasado en la

vida.

—Date cuenta que nosotros lo hacemos ver así. El amor cuando es tan grande no se debe esconder, no se debe compartir...

—Entonces, eso es todo. ¿Te rindes? —me pregunta y su voz está cargada de una tristeza que desgarrar.

«¡Dios! Esto es lo más difícil que me ha tocado hacer en mi vida».

Sin embargo aunque se me desgarrar el alma, sé que es lo correcto, así que intentando no derrumbarme le contesto:

—Sí, eso es todo. Se acabó.

Se queda en silencio un rato mirando por la ventana, cuando se voltea veo que tiene los ojos llenos de lágrimas no derramadas y eso me quiebra aún más por dentro.

—¿Vas a volver al trabajo? —me pregunta con un hilo de voz.

—No, no voy a regresar y te voy a pedir que respetes mi decisión y que no me busques más.

Me mira durante un momento muy largo, esperando quizás que cambie de opinión. Yo le mantengo la mirada, deseando abrazarlo con todas mis fuerzas y sacarlo de esa agonía que parece estar viviendo y de paso, despertar yo de esta maldita pesadilla.

El da un paso hacia mí y yo teniendo miedo de que haya percibido mi indecisión, doy un paso atrás. No puedo dejar que me vuelva a tocar. Lo quiero con el alma pero esto tiene que terminar.

—Es mejor que te vayas —le pido porque sé que si se me acerca otra vez, no tendré las fuerzas necesarias para rechazarlo.

Él se limpia una lágrima que ha caído sobre su mejilla, respira profundo y me mira con cara de resignación.

—Te avisaré cuando tenga resuelto los papeles de tu renuncia, te lo digo para que respondas el teléfono cuando te llame.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias como si estuviéramos cerrando una transacción —replica arisco sin mirarme siquiera.

—Teniendo en cuenta que estoy siendo poco profesional dejando el trabajo tirado, te agradezco el gesto.

—Será mejor que me vaya —dice dirigiéndose hacia la puerta, la abre y cuando va a cruzarla se detiene—. Aunque ya no quieras saber nada más de mí, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. Cualquier cosa, siempre estaré ahí para ti porque aunque te cueste creerlo, eres el amor de mi vida y siempre te amaré.

¿Porque tiene que ser todo tan complicado?

—Quiero pedirte una cosa antes de irme —lo miro esperando que continúe—. Prométeme que te vas a cuidar, que te vas alimentar correctamente y que vas a seguir al pie de la letra todo lo que haya dicho el médico.

Pienso en mi embarazo del cual aún no le he hablado y eso me entristece todavía más, nunca pensé encontrarme en una situación así. Siempre soñé con formar una familia, seguir el ejemplo de mis padres, tener mis hijos y a pesar de que ahora con Maximiliano las cosas estén tan mal estoy segura que sería un gran padre.

—Te lo prometo.

Aunque es una promesa que no estoy convencida de poder cumplir.

Asiente con la cabeza y se va con aire derrotado. Me parte el corazón verlo así.

Parece una locura pero sé que me ama y saberlo hace que duela aún más.

Por fin sola en la oscuridad de mis pensamientos repaso los acontecimientos de estas últimas cuarenta y ocho horas y me digo que tengo que aprender a vivir sin él, que debo superar todo esto y volver a empezar con mi vida, pero eso será mañana porque hoy solo quiero llorar... y así lo hice.

Paso a paso



“Es tan difícil respirar el aire en que no estás”

Ricardo Arjona

Cierro la puerta y me quedo ahí parado unos instantes tratando de recuperar el aire, siento que me ahogo. La escucho llorar a través de la puerta y aprieto los puños, me odio por hacerla pasar por esto, por hacerla sufrir.

He hecho lo único que me había jurado que no haría nunca... hacerle daño.

Lo único que quiero es tirar esa maldita puerta al suelo y suplicarle que me perdone, abrazarla, cuidar de ella, demostrarle lo mucho que la amo. ¡Dios! porque la amo, la amo tanto que duele.

¡Joder! Me destroza verla en ese estado.

«Está tan delgada, ¿y si tuviera algo grave?».

Pero no me va a perdonar y ni siquiera puedo culparla por ello.

Salgo al jardín de la casa de Adriana y cruzo la calle maldiciéndome a mí mismo.

Después de todo lo que he hecho para conquistarla, para lograr que me amara y ahora lo nuestro se ha ido a la mierda.

Entro en el carro dando un portazo, no contento con eso le doy varios puñetazos al volante como si mi frustración fuera a desaparecer de esa forma.

—¡Maldición! No me va a perdonar —digo mientras continuo golpeándolo una y otra vez y solo paro cuando mis nudillos se tiñen de sangre.

Me pican los ojos y pestañeo varias veces para no llorar.

“Los hombres de verdad no lloran” —siempre me ha dicho mi padre.

—¡Y una mierda! Por culpa tuya es que estoy en esta situación maldita sea —me quejo al mismo tiempo que las lágrimas empiezan a caer.

Un dolor agudo se ha instalado bajo mis costillas, es un dolor que lo inunda todo y no deja espacio para nada más.

Dejo caer la cabeza en el respaldo del asiento, tomo un hondo respiro, cierro los ojos y el recuerdo de cómo comenzó esta maldita pesadilla me asalta.

Varios días atrás...

—Licenciado necesito que me lleve a ver los terrenos mañana a primera hora, quiero terminar todo lo antes posible, me urge regresar a Luxemburgo —le digo en inglés al abogado que contraté para que se ocupe de todos los asuntos legales e inspecciones que tengan que ver con la apertura del complejo turístico que quiere abrir SAMED aquí en la Florida mientras entramos en el vestíbulo del hotel.

—Claro, haré todos los arreglos para que vayamos y pueda hablar con el agrimensor personalmente.

—Bien. Por lo menos pudimos resolver el asunto sobre el derecho de retención del terreno. A penas llegue a mi habitación me voy a poner a revisar el plano catastral.

—Lamento mucho que haya tenido que venir hasta aquí pero no era necesario, usted sabe que este tipo de diligencias toma su tiempo...

Sus palabras hacen que detenga mis pasos, me giro hasta quedar frente a él y lo miro a los ojos sin ocultar mi molestia.

—Ya sé que este tipo de inspección requiere tiempo licenciando Martin —lo corto con la voz endurecida—, no olvide que soy consultor y es mi trabajo saberlo para minimizar todo tipo de riesgo y retraso. Por eso lo contraté hace meses atrás para que este tipo de mierda estuviera solucionada sin que yo tuviera que desplazarme hasta aquí. Este viaje no solo me está siendo retrasar algunos asuntos importantes que tengo pendientes, sino que también me ha hecho perder dinero.

Él baja la mirada lo que me irrita aún más. No tolero a las personas que no se hacen responsables de sus errores. Si no fuera porque es un señor entrado en edad ya le hubiera cantado las cuarenta.

—Lo siento Sr Lombardi, le prometo que vamos a solucionar todo antes de su partida.

—Así lo espero.

Retomo la marcha y él sigue el ritmo de mis pasos en silencio.

Si todo sale bien en una semana como mucho estaré por fin de regreso.

—Disculpe la pregunta pero parece ansioso por regresar y eso solo puede ser por negocio o por placer, en el segundo caso siempre tiene que ver con una mujer.

Me comenta en forma de broma con una sonrisita de complicidad en los labios. Como si de esa forma yo pudiera ignorar su metedura de patas. Pero a mí su comentario no me hace gracia por lo que permanezco impassible.

No soporto trabajar con gente incompetente. Todavía no entiendo sobre qué se basó Vince para recomendármelo.

—Licenciado no acostumbro a hablar de mis asuntos personales. Lo espero mañana a primera hora como acordamos y luego quiero ir al Ministerio de Salud para asegurarme de la calidad del agua.

—Ya he ido y como le dije por teléfono...

—Ya sé lo que me dijo —lo vuelvo a cortar irritado—, pero estoy más que seguro que no me lo tomará a mal si prefiero verificar la información personalmente.

—Claro —responde con la voz apagada—, nos vemos mañana Sr Lombardi.

Me tiende la mano y a pesar de mi molestia le devuelvo el saludo.

Lo veo dirigirse hacia la salida cabizbajo y por un momento me siento mal de haber sido tan brusco pero es que desde que llegué solo cuento los días para regresar. Cuando por fin consigo que Adriana aceptara sus sentimientos hacia mí, tengo que dejarla para venir a arreglar las meteduras de pata de un inepto.

Mi peluche, solo de pensar en ella y ya tengo una sonrisa de estúpido pintada en la cara. Solo ella aparte de Kathy consiguen que me deshaga por dentro.

Aún me cuesta creer que me haya dicho que me ama. Ella la chica de mis sueños, divertida, inteligente, llena de compasión y sobre todo... es mía. Definitivamente soy un desgraciado con suerte. Tanto tiempo soñando con ella, deseándola y ahora es toda mía.

No veo la hora de regresar y explicarle las cosas.

Adriana no se merece que sigamos así. No, ella merece: los paseos agarrados de la mano por las calles, que la bese, la abrace, la mime, le muestre mi amor a cada minuto del día sin tener que ocultarnos, que la cuide y es lo que pienso hacer. Lo que daría para que todos sepan de una buena vez que es mía.

Sobre todo el tal Claude ese que se la pasa babeando cada vez que está en el club, no soporto como la mira, me enferma saber que la desea y que no disimula su interés por ella.

Estoy loco por ver la cara que pondrá cuando le pida que se vaya a vivir conmigo. Solo de pensarlo me lleno de emoción.

A penas regrese voy a viajar a Italia y hablaré con Sophia para terminar lo nuestro...

—Sr Lombardi disculpe —me llama la recepcionista mientras me dirijo hacia los ascensores y sacándome de mis pensamientos.

La miro y me hace seña con la mano para que me acerque.

Camino hasta el mostrador donde ella ocupa su puesto.

—Disculpe pero tiene un mensaje de carácter urgente en su casillero.

La miro sorprendido. Por un momento creo que ha pasado algo en Luxemburgo y todo mi cuerpo entra en tensión.

Miro a la pelirroja dirigirse hacia un cuarto detrás de la pared dónde está escrito en grande: ***Bienvenidos al Hotel Mondrian South Beach.***

Cinco minutos después regresa con un pequeño sobre en la mano y me lo entrega.

—Muchas gracias.

Me apresuro a abrir el sobre blanco, lo leo pero no entiendo nada.

—Disculpe joven pero usted me dijo que era de carácter urgente pero aquí dice que debo de dirigirme al salón de fiesta del hotel.

—Eso fue lo que me informó la señorita que me lo entregó.

—Pero estoy hospedado aquí solo y no he sido invitado a ningún evento. Creo que debe haber una confusión.

La muchacha me mira con cara de circunstancias. Parece entender menos que yo de lo que se trata.

—Lo siento pero no creo que haya una confusión. Yo misma la atendí y me dejó muy claro la importancia de que recibiera el sobre hoy mismo pero si lo desea puedo mandar a alguien que vaya a verificar y traiga a la persona que le dejó el sobre.

—No, descuide. Iré a ver de qué se trata.

La joven se disculpa nuevamente con una tímida sonrisa mientras me explica cómo llegar al salón donde fui solicitado.

Mientras me encamino hacia allí no dejo de decirme que es un error. No veo quién podría invitarme a una fiesta si desde que llegué me la he pasado trabajando y no he socializado con nadie. Aunque hayan usado mi nombre estoy seguro que se han equivocado de persona.

Cuando llego al lugar, solo pienso en acabar de una vez con esto e irme a mi habitación para llamar a Adriana así que no me tomo la molestia de tocar.

«¿Pero qué diablos es esto?».

—¡Sorpresa! —grita Sophia.

Yo me quedo de piedra.

—So-Sophia —tartamudeo—, ¿pero qué haces aquí?

Ella camina en mi dirección sin perder su elegancia sobre sus zapatillas preferidas Louboutin, acompañada de un vestido corto de tirantes de color turquesa.

—Maxi amore por fin estás aquí —dice en italiano antes de llegar a mí y darme un beso casto en los labios.

Bloqueado por la sorpresa y sin salir de mi confusión la miro mientras ella me rodea el cuello con sus brazos balanceando su melena suelta.

¿Pero qué coño es lo que ocurre aquí?

—Sophia te hice una pregunta —le digo mientras trato de escaparme de la llave de la cual me tiene prisionero. Antes toleraba su cercanía pero ahora no me gusta que me toque. Es como si estuviera engañado a Adriana. No entiendo cómo es que no se ha dado cuenta que esto no tiene sentido de ser.

—Llamé a tu oficina y tu secretaria me dijo dónde estabas. Te confieso que al principio me molesté contigo por no haberme dicho que vendrías a la Florida pero después que se me pasó el enojo me dije que este viaje era perfecto.

—¿Perfecto para qué?

—Maxi tú siempre andas en las nubes, ¿cómo que para qué? ¡Para casarnos! —anuncia entusiasmada como si le hubiera tocado la lotería.

La miro totalmente horrorizado con lo que acabo de escuchar.

«¿A caso se ha vuelto loca?».

—Sophia por Dios, no digas estupideces, ¿cómo crees que nos vamos a casar aquí?

Me aparto de ella y camino hasta el centro del gran salón.

—Piénsalo Maxi, es perfecto. Estamos en Miami, el hotel es precioso y podríamos quedarnos aquí mismo de luna de miel —propone mientras me sigue los pasos.

Yo aprieto los ojos y trato de reorganizar mis ideas. Encontrarla aquí ha sido un choque duro y no logro coordinar mis pensamientos.

—Lo siento pero no podemos casarnos.

—¿Por qué no? —me pregunta escéptica.

—Por-porque uno no se casa así de un día para otro...

—Pero no sería de un día para otro Maximiliano, tenemos años de relación y yo estimo que ya hemos esperado demasiado —me corta con voz calmada pero la conozco bien y sé que esa calma es totalmente fingida. Es la calma antes de la tempestad.

—Mira Sophia, el día que me case no quiero que sea a la carrera, aparte de que quiero estar rodeado de las personas que son importantes en mi vida para compartir mi alegría con ellos.

—Bueno por eso no te preocupes porque lo tengo todo controlado —me informa con los ojos brillando de la alegría.

—¿Cómo que lo tienes todo arreglado? —abre la boca para añadir algo pero la corto—, ¿sabes qué?, eso no importa. Tú y yo tenemos que hablar sobre lo nuestro.

—Maximiliano hasta que por fin te apareces.

Miro hacia dónde proviene esa voz y creo morir ahí mismo al ver a mi papá entrando por la puerta.

—Hola tesoro —me saluda mi mamá que entra justo detrás de mi padre.

Llega hasta donde estoy y me da dos besos sonoros en las mejillas mientras yo sigo perplejo.

Mis ojos hacen un baile entre mi padre que me da una palmada en la espalda, mi madre que sonrío feliz como cada vez que me ve y Sophia, a la cual me quedo mirando esperando una explicación por la presencia de mis padres en este lugar.

—Te dije que tenía todo arreglado.

Arrugo la frente y la miro totalmente desorientado. No puede ser. Ella no pudo haber hecho esto.

El sonido de mi teléfono me hace salir de mis recuerdos.

Me seco rápidamente algunas lágrimas que se han deslizado por mis mejillas y trago saliva para deshacerme del nudo que se me formó en la garganta antes de responder.

—Hola Vince que bueno que me llamas —lo saludo en italiano.

—Acabo de escuchar tu mensaje y me quedé preocupado, ¿Qué sucede?

—¿Crees que puedas venir a Luxemburgo? Necesito hablar contigo.

—Claro viejo, estaré ahí lo más pronto posible.

—Gracias hermano no sabes lo mucho que te lo agradezco.

Me despido de Vince y trato de pensar qué es lo que voy a hacer. Me niego a ser un mártir. La cagué pero no me voy a quedar de brazos cruzados porque no hay forma en este mundo que la deje ir ¡No te voy a perder Adriana!

Introduzco la llave en el contacto del vehículo y la giro, cuando escucho el arranque del motor la imagen de Adriana llorando sola en su casa llena mi mente y el corazón se me parte en dos. Todo por mi maldita culpa y ni siquiera puedo consolarla. Aunque me muera de ganas ella no va a permitir que me le acerque. Nunca me había sentido tan inútil en toda mi vida así que marco el número de la única persona en la que me puedo apoyar en estos momentos.

—Carlos necesito que me hagas un favor.

Mis pilares.



“ Tus amigos son la forma que tiene Dios de disculparse por tus familiares”

Wayne Dyer

El domingo me levanto después de mediodía, me doy una ducha rápida y prefiero no mirarme en el espejo para no ver mi aspecto.

Como sé que tengo que cuidarme mucho más ahora que estoy embarazada decido prepararme un sándwich pero que va, no hay forma y solo consigo comerme un bocado.

Sintiéndome mucho más gente decido llamar a mi mamá, hace mucho que no hablo con ella, necesito escuchar su voz y saber cómo está mi abuela.

No sé ni cómo le voy a anunciar lo de mi embarazo sin morir en el intento.

«Estoy embarazada y no tengo empleo sin embargo no puedo seguir compadeciéndome, debo tomar decisiones».

Me dirijo hacia mi habitación para buscar mi teléfono cuando escucho el sonido del timbre y mi corazón me da un brinco, de pronto me asalta la idea que pueda ser Maximiliano y mi ritmo cardiaco se acelera del pánico. No estoy preparada para volver a verlo tan pronto.

Me acerco con cautela; echo un ojo por la mirilla y respiro aliviada.

—¡Nena estás fatal! —me dice Samia en el momento que abro la puerta.

—¿Se puede saber por qué no respondes al teléfono? —me pregunta Linda—, tú sabes, esos aparatos móviles que llevas a todas partes para estar localizada veinte y cuatro horas al día siete días a la semana —continúa mientras me agita su blackberry en plena cara—. Te lo explico porque al parecer olvidaste que existen o como usarlos.

Es increíble ver el cambio. Esta llena de chispa. Desde que dejó a Brayan es ella nuevamente.

No tengo ni idea qué hacen aquí pero me muero de gusto nada más de verlas.

—Buenas tardes a ustedes también y en cuanto al teléfono no dejaba de sonar y me dolía la cabeza así que lo apagué.

—Bueno corazón, están hechos precisamente para eso, para recibir llamadas —me informa Samia.

—¿Por qué mejor no entran? Digo, si ya han terminado con el curso como usar un teléfono celular.

—Nos tienes en ascuas todo el fin de semana y encima te haces la chistosa —se queja Linda al mismo tiempo que entra a mi casa seguida por Samia.

Pasamos el pequeño salón, atravesamos el pasillo y llegamos al gran salón.

Al entrar les pregunto si quieren tomar algo a lo que me responde Linda:

—Tú siéntate ya nos serviremos nosotras misma si queremos algo. Parece que te vas a desmayar en cualquier momento, estás más pálida que un zombi.

—¿Pero se puede saber qué te ha pasado mujer? Y no me digas que nada porque entre la llamada de Carlos y que estés medio moribunda, está claro que algo pasa y estoy segura que tiene que ver con

Maximiliano —escucho que me pregunta Samia al tiempo que me acomodo en el sofá en forma de L en piel color crema.

La miro con cara de sorpresa.

—¿Cómo está eso de que Carlos llamó?

—Sí, llamó a Emma para decirle que teníamos que venir a verte con urgencia pero como Emma no le cogía el teléfono me marcó a mí, y como he cambiado de número por el hecho de que Brayan no deja de acosarme con las llamadas no se pudo comunicar, así que hoy ha llamado al teléfono de mi mamá y ha preguntado por mí. En cuanto me dijo eso, he llamado a Samia y a Emma para contarles. Así que ella no debe tardar en llegar.

Comenta todo tan rápidamente que me cuesta seguirla. Lo más probable es que Max lo haya llamado al salir de aquí.

Él sabe lo mucho que quiero a estas mujeres y que en estos momentos las necesito más que a nadie en este mundo. Y aquí están.

«Se preocupa por mí».

Solo de pensarlo hace que me piquen los ojos y se me nuble la vista.

Bajo la cabeza.

Siempre he sido una mujer fuerte que lucha por lo que quiere y no se deja vencer por las emociones pero últimamente no lo puedo evitar, me gana la sensibilidad. Lamento tanto mi comportamiento que me pongo a llorar.

—¡Hey! Cariño no llores —me pide Samia en el momento que se acerca a mí, se arrodilla en frente del mueble y me toma las manos con ternura. Linda también se levanta solo que en vez de acerca a mí se encamina hacia la cocina—. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué estás así?

Trato de hablar pero no puedo, la llave se abrió y el torrente de agua no quiere dejar de correr.

—Adri somos amigas desde hace muchos años y hemos pasado por demasiadas cosas como para juzgarnos las una a las otras —continúa Samia—, sea lo que sea sabes que puedes decírnoslo.

Linda regresa con un vaso de agua, me lo entrega y después se sienta a mi lado; lo tomo y le doy un pequeño sorbo.

Respiro. Vuelvo a respirar y aún con los ojos bañados en lágrimas y la voz agrietada les digo entrecortadamente:

—Me ha pasado un poco de todo pero prefiero que estemos todas juntas porque no creo tener las fuerzas para repetirlo dos veces.

—¡Ay padre! Esto pinta mal y no me he traído el Tequila para ahogar las penas —se lamenta Linda.

—Pues no te lamente mucho porque en mi estado no puedo tomar alcohol.

Ambas me miran con el entrecejo arrugado.

Conociéndolas como las conozco sé que en sus cabezas se están haciendo mil y una pregunta pero no me da tiempo decirles más porque en ese momento suena otra vez el timbre.

—Yo abro —dice Linda al mismo tiempo que se levanta y se dirige a la puerta.

Yo trato de calmarme un poco y me limpio las lágrimas con la manga de mi pijama.

—¿Dónde está esa ingrata? —escucho que grita Emma desde el pasillo—. Tengo unas cuantas verdades que decirle. Quiero que me explique por qué tengo que saber de ella por medio de Carlos —continúa diciendo. Al entrar en el salón se detiene en seco y enmudece.

Me mira unos segundos y sé que está molesta, no porque no respondí el teléfono, sino por lo que ve:

O sea a mí, hecha un completo desastre.

—Esto tiene que parar, no puedes seguir así. ¡Por el amor de Dios! sé que estás enamorada de Max y que yo te alenté a que estuvieras con él pero ese hombre va a acabar contigo. Tú que siempre has

presumido de tu bronceado natural, y de tus buenas curvas. ¡Mírate! Estás más blanca que un papel, ojerosa y prácticamente en los huesos. ¿O es que no te has visto en un espejo? A penas si te reconozco.

De todas nosotras Emma siempre ha sido la más directa y aunque me duelan cada una de sus palabras, sé que todas son ciertas y que tiene la razón, por lo que afirmo secándome las lágrimas.

Pestañeo varias veces y la miro a cada una de ellas. Mis pilares. Mi fuerza.

Sé que esto va a ser difícil pero ellas son mi familia, la que conocen todo de mí. Cada una de ellas es una parte importante de mi vida. Así que me lanzo sin preámbulos.

—Estoy embarazada —les informo y seis pares de ojos no me quitan la mirada de encima—, Estoy de seis semanas, lo sé desde hace más de una y el médico me ha dicho que debería practicarme un aborto — Hago una pausa para apartar el dolor de mi voz, antes de seguir aprovecho ese instante y vuelvo a mirarlas para examinar sus reacciones: Linda y Samia tienen cara de sorpresa y Emma tiene los ojos llenos de lágrimas, llenos de empatía. Veo dolor en ellos, uno que conozco muy bien y que le toca personalmente. Todas me miran pero ninguna dice nada así que prosigo—. Tengo un problema de hipertiroidismo. Es una producción muy elevada de las hormonas tiroideas que provocan un trastorno del metabolismo, aparentemente los síntomas son pérdida de peso, nerviosismo, taquicardia y temblores, entre otras cosas. El doctor dijo que como no tomaba un tratamiento adecuado por desconocer mi estado estoy muy descompensada y que a pesar de que mi embarazo se ha detectado a tiempo, en mi estado los riesgos son muy elevados, tanto para mí como para el bebé.

—¿Qué tipo de riesgos? —se interesa Samia.

—Pues, puedo tener un aborto espontáneo o un parto prematuro, el bebé si llega a término puede heredar el mismo trastorno o nacer pequeño con una disminución de su capacidad intelectual y tener problemas de desarrollo.

— ¡Válgame Dios! —exclama Linda.

— El médico me ha recomendado hacerme un aborto para poder iniciar un tratamiento a base de yodoterapia...

—¿Pero por qué no nos habías dicho nada? —me interrumpe Linda—, se supone que estamos aquí para ayudarnos y apoyarnos mutuamente. No puedo creer que te hayas callado algo así. Me he callado y he respetado tu decisión de salir con ese hombre porque yo no soy la mejor para dar consejos pero eso no impide que todas aquí presente —dice señalándonos con el dedo a cada una al mismo tiempo que se levanta de su silla—, sabemos que esa relación no te conviene pero esto es demasiado.

—Linda cálmate, por favor —Le pide Samia—. Estamos aquí para escucharla y apoyarla, no para agobiarla más de lo que está a parte que Maximiliano no tiene la culpa de su enfermedad.

—Hemos terminado —les digo intentado mantener la voz de la forma más neutral posible. A pesar que decir esas palabras en voz alta me desgarran un poco más por dentro. Por más que lo diga en voz alta no logro asimilarlo.

Las miro examinando sus reacciones y puedo distinguir sorpresa en la mirada de Samia, alegría en los ojos de Linda e incredulidad en Emma.

—¡Te ha dejado a pesar de saber que le vas a dar un hijo! —chilla Linda

—No, aún no le he dicho nada del embarazo —me apresuro a aclarar antes de continuar—. Estuvo aquí ayer y le he dicho que no puedo seguir con él después de todo lo que ha pasado.

—¿Pero se puede saber qué fue lo que pasó? —me pregunta Samia.

Tomo un hondo respiro y trago fuertemente.

—Se ha casado.

—¡Qué! —exclama Linda.

Los ojos de Samia se abren de par en par.

Miro a Emma y su respiración se vuelve irregular.

—¡No puede ser! —escucho que dice Samia pero no la miro, mis ojos siguen en Emma. Se ha quedado paralizada. Increíble. Molesta.

—También le dije que no volveré al trabajo —continuo—, así que como verán todo ha terminado.

Nos quedamos calladas unos segundos. Linda con cara de indignación, Samia creo que me compadece y Emma, puede que si tuviera a Maximiliano en frente ahora mismo le despellejara vivo.

—Adri dime una cosa —me pide Samia al cabo de un rato— ¿Se lo vas a decir? Sé que todas piensan que es un descarado sin vergüenza pero tiene todo el derecho a saberlo —dice dirigiéndose a las chicas—, esto es algo de dos.

—Pienso decírselo, solo que necesito un poco de tiempo para ordenar mis ideas. Aún no sé qué voy a hacer pero creo que quiero tener este bebé.

—¿A pesar de lo que ha dicho el médico? ¿De los riesgos? —Demanda Linda.

—La verdad no sé... Tengo muchas cosas en qué pensar. Sé que mi situación ahora mismo no es la mejor, mi hermano quiere vender la casa —les tres se quedan perplejas ante ese nuevo dato—, para irse a vivir con su novia. Me he quedado sin trabajo, quizás si mantuviera mi empleo pudiera quedarme aquí pero igual me sentiría muy sola en una casa tan grande. He pensado en buscar un lugar más pequeño para vivir.

—Sabes que puedes vivir conmigo —se manifiesta Emma por primera vez desde que comencé a hablar.

Asiento con la cabeza.

Lo sé y aunque se lo dije a Alex para tranquilizarlo. Siempre tuve claro que esa sería su respuesta.

—La verdad lamento no haber traído el tequila porque ahora mismo me vendría bien un trago —se queja Linda—. Son demasiadas cosas que procesar en muy poco tiempo.

—Me lo dices o me lo preguntas —le digo con ironía.

—Bueno basta de lamentaciones. Tenemos que organizarnos y lo primero que vamos a hacer es comer algo, así que voy a ordenar una pizza de pepperoni extra grande con doble queso como te gusta y te la vas a comer toda —continúa Linda.

La miro con cara de horror.

—No me mires así ya sabes lo que dicen: las embarazadas comen por dos. Y tú estás demasiado flaca por lo que debes comer por diez

Pongo los ojos en blanco y sonrío. Es la primera sonrisa sincera que tengo desde hace una semana porque las cosas no pueden estar tan mal cuando tienes amigas como las que tengo yo.

Una hora más tarde, después de haber comido un pedazo de mi pizza bajo la atenta mirada de mis amores, nos trasladamos a mi cuarto para estar más cómodas, por más que les dije que estaba bien en el salón, insistieron en que estaría mejor recostada. Así que aquí estamos tumbadas en la cama pensando en cómo reorganizar mi vida.

—Voy a extrañar este lugar —Se lamenta Linda.

—Yo también —concuerta Emma—. Recuerdo la primera vez que tu mamá nos hizo probar su famoso *Lapin a la moutarde* ^[2] y nosotras no queríamos comer porque...

—Porque nos habíamos proclamado defensora de los animales —la corta Linda— por lo que madrina nos dijo: “Entiendo. Si defender los animales es importante para ustedes, deben hacerlo con mucha convicción. Si no quieren comer no lo hagan. Una siempre debe luchar por lo que cree. ¿Qué les parece si ordeno una pizza para ustedes?”.

—Estábamos felices por haber defendido nuestro punto y encima ser recompensada con una pizza — Continuo yo.

—Pero el olor que provenía de la cocina era tan exquisito que no pudimos resistirnos y quince minutos más tarde, estábamos devorando el dichoso *Lapin* ^[3]—termina Linda.

—Para mí defensa debo decir que doña Aura es la mejor cocinera que he conocido en mi vida —se justifica Emma—. Es extraño, ahora que lo pienso, la pizza nunca llegó.

Su comentario nos hace sonreír a todas.

Mi mamá puede llegar a ser una mujer muy sabia.

—¿De verdad piensas dejar que Alex venda la casa? —me pregunta Emma.

—Al principio me desconcertó la idea, mi papá compró esta casa porque quería una familia grande y estoy segura que le hubiera gustado ver sus nietos correr por el jardín pero luego lo pensé y me di cuenta que es lo mejor. Esta casa es muy grande para nosotros dos y genera muchos gastos. No digo que venderla y que un desconocido viva aquí me haga mucha gracia pero así es la vida. Estoy tratando de no darle muchas vueltas.

—Sé que estás muy agobiada pero has pensado qué vas a hacer —se interesa Samia

—Pues la verdad no sé si estoy preparada pero mientras más lo pienso, más estoy convencida de querer tener a este bebé.

Emma se incorpora y se sienta en la cama con los pies cruzados.

—Pues no hay nada más que pensar. Esto es lo que vas a hacer: primero le vas a decir a Alex que lo has pensado bien y que estás de acuerdo con la venta de la casa. Segundo, vas a venir a vivir conmigo. Tercero, mañana mismo vamos a ir donde otro médico para que se ocupe de tu problema de salud y por último todas vamos a cuidar de ti y de mi sobrino —Enumera casi sin articular.

—Lo primero y más importante es hablar con Maximiliano —opina Samia.

—No veo porqué —se apresura a responder Emma—, él no tiene nada que decir.

—Algo tendrá que decir, es el padre —le aclara Samia defendiendo su punto.

—Sí pero está casado —interviene Linda antes de sentarse y gritar con cara de susto—. ¡Oh mi Dios y si te pide que abortes!

—Chicas a ver, tienen que calmarse. Primeramente, Emma por supuesto que Max lo tiene que saber, un embarazo no se puede ocultar y aunque así fuera nunca le haría algo así. En segundo lugar, Linda, Maximiliano puede pedir lo que se le venga en gana pero este es mi cuerpo y yo decido qué hacer con él y por último, Samia siento contradecirte pero Max no es lo más importante ahora mismo, dejó de serlo cuando se casó y no tuvo la decencia de mandarme ni siquiera un email para decírmelo, por lo que se va a enterar cuando yo decida qué es el momento adecuado y si es o no lo correcto me tiene sin cuidado.

—Tienes razón. Lo siento.

Asiento.

—Emma, te agradezco que me propongas vivir contigo. Si tengo que dejar esta casa, prefiero mudarme con unas de ustedes a tener que vivir con mi cuñada. Pero lo haré con dos condiciones: la primera que me permitas ayudarte con los gastos y la segunda es que debes ser consciente que será temporal, me quedaré hasta que encuentre algo donde vivir y espero que eso suceda antes de que llegue el bebé.

Mientras les expongo mis condiciones veo como pone los ojos en blanco pero no le digo nada.

La conozco y sé que contrariamente a lo que dice o demuestra no le gusta vivir sola.

—Está bien —dice con resignación—. Aunque sabes que no hay prisas, no me molesta que te quedes más tiempo.

A pesar de sus palabras sé qué hará hasta lo imposible para que me quede a vivir con ella

indefinidamente. Pero me quedo más tranquila sabiendo que se lo advertí. Una cosa es que me quede con ella los fines de semana y otra muy distinta que invada su espacio personal con un niño en brazos.

—Lo sé, pero debo empezar a responsabilizarme de mis actos y si pienso tener este niño lo primero es darle un techo.

—¿De qué vas a vivir ahora que dejaste el trabajo? —Me pregunta Linda.

—Sé que nadie me va a dar trabajo estando embarazada pero ustedes saben que tengo algo de dinero ahorrado y si vendemos la casa me servirá para sostenerme un buen período.

—Me imagino que también podrás contar con Maximiliano, después de todo él es el padre.

—No lo sé Linda, ahora mismo solo puedo contar conmigo.

—si no te ayuda no importa... —prosigue encogiéndose de brazos—... para eso estamos nosotras.

—Linda hasta que no hable con él no podemos saber qué piensa al respecto de todo esto —explica Samia—, yo no creo que sea un mal hombre, es más, pienso que está muy enamorado de Adriana, lo único es que no ha sabido manejar esta situación y estoy segura que cuando se entere que estás esperando un hijo suyo le va a brindar todo su apoyo.

—Cuando estuvo aquí me dijo que podía contar con él en todo lo que necesitara aunque ya no estemos juntos. Se veía tan triste...

—No me digas que estás arrepentida de haber terminado con esa relación —me cuestiona Linda.

—No estoy diciendo eso; solo que estoy de acuerdo con Samia sé que Max no es una mala persona y él también está sufriendo con esta situación.

—Bueno mejor no le des más vueltas a ese asunto, hiciste lo correcto terminando esa relación que no te iba a traer más que problemas. Lo mejor es enfocarse en lo que tienes que hacer de ahora en adelante —explica Linda—. A ver si entendí bien lo que dijo Emma: vas a hablar con Alex para darle tu consentimiento en la venta de la casa, mientras ocurre la venta te irás a vivir con Emma en lo que vas buscando un piso para ti y el baby, cuando nazca el bebé lo pondrás en un cuidado y volverás a trabajar y si no, ya nos tendrás a nosotras para ayudarte con nuestro sobrino. A mí me parece un buen plan

Todas nos miramos y creo que estamos de acuerdo. ¡Es un buen plan!

Tú me cambiaste la vida.



*“La vida es cambio.
El crecimiento es opcional. Elige de forma inteligente”*
Karen Kaiser Clark

Hablar con las chicas me hizo sentir mejor; saber que siempre estarán para apoyarme me ha dado las fuerzas necesarias para todos los cambios que pienso hacer en mi vida.

Desde que me enteré que iba a ser madre no había tenido las cosas tan claras como las tengo ahora. Mentiría si digo que no estoy asustada Dios sabe que estoy que me cago en los pantalones del pánico tan grande que siento, porque tener un niño es alucinante pero tenerlo en mis condiciones es aterrador.

El lunes por la mañana me despierto con las ideas totalmente renovadas.

Me tomo un largo baño para relajarme luego bajo a la *Boulangerie* y compro mis croissants favoritos de chocolate. Al llegar a la casa me preparo mi desayuno: Un jugo de naranja acompañado de los croissants y un yogurt de fresa. No tengo hambre pero hago el esfuerzo y me lo como todo.

Lo bueno es que aún no siento síntomas del embarazo.

Después de desayunar me pongo con las tareas del hogar, lavar, limpiar y ordenar mi habitación. Mientras estoy doblando las toallas que acabo de lavar recuerdo que debo de llamar a mi mamá.

Hace más de dos semanas desde la última vez que la llamé, sé que no he sido la mejor hija en estos últimos meses, he estado tan concentrada en mis cosas que la he descuidado un poco.

Miro el reloj de mi teléfono y calculo rápidamente la diferencia de hora, han de ser las 6:00PM, así que la llamo.

Al tercer tono responde una voz que me encanta escuchar porque me llena de paz.

—¡Aló!

—Bendición abuela.

—Dios te bendiga mi amor. ¿Cómo está mi nieta preferida?

Doy gracias a Dios en silencio y aprovecho esos minutos de lucidez.

—Sí claro, como no. Me imagino que así ha de decirle a todas.

—No corazón, solo a las que son especiales.

Me río.

—¿Cómo se siente?

—Más dura que una piedra, estoy más sana que tú y tu mamá juntas. Pero ella se empeña en tratarme como si fuera una vieja senil

—Buela, nadie ha dicho que esté senil solo que se tome las cosas con más calma. Recuerde lo que ha dicho el médico.

—Qué médico ni que ocho cuarto, ¡Ese lo que es un charlatán!

Entorno los ojos mientras mi sonrisa se ensancha.

—Le recuerdo que los vecinos la encontraron sin conocimiento en el piso de su cocina.

—Fue un simple mareo, nada de cuidado.

—Un pre-infarto es algo de cuidado, así que no intente quitarle hierro al asunto y tómese las cosas con calma.

—Diferencia de opiniones querida, mejor cuéntame cómo van las cosas por allá. Dime por favor que llamas para decirnos que has conseguido novio y que te vas a casar. Mira que mi vecina Juana siempre está presumiendo que va a ser bisabuela; a ver cuándo me traes algún hombre del que pueda presumir yo también. ¿O es que piensas quedarte a vestir santos? Yo no entiendo la juventud de ahora, yo a tu edad ya tenía mis tres hijos, pero ustedes se la quieren dar de muy independientes.

—Abuela...

—Ni abuela, ni que ocho cuarto —me corta—. Entiende a esta pobre vieja, ahora que tu mamá no está contigo, me preocupa que algo malo pueda pasarte. No quiero irme de este mundo sin saber que has encontrado a buen hombre y que haga de ti su esposa.

—Pero no estoy sola, vivo con Alex y deje de decir tonterías que todavía le queda mucho por guerrear.

—Tu hermano se va a casar en cualquier momento y no quiero que te quedes sola. Es bueno que tengas un hombre con el cual puedas contar y que cuide de ti.

—Abuela que no vivo en Iraq...Vivo en Francia y es uno de los países más seguro que existen, no necesito que nadie cuide de mí.

—Ya sé que eres adulta y que no necesitas que cuiden de ti pero tu mamá y yo estamos muy preocupadas.

—No deberían porque estoy bien.

«O por lo menos lo estaré».

—Cariño, ¿por qué no piensas en venir a vivir con nosotras?

—¿¡A República Dominicana!?

—Por tu tono cualquiera diría que te estaría invitando a algún lugar perdido de África. Te estoy pidiendo que consideres la idea de venir a vivir al Caribe.

—No lo sé, nunca he pensado en vivir allá, toda mi vida está aquí.

—Adriana tesoro, tu vida está donde está la gente que te quiere. Piénsalo o por lo menos prométeme que lo pensarás.

—Está bien buela, lo pensaré ¿Dónde está mi mami?

—Tu madre no está. Salió a hacer unas compras.

—Bueno pues podría decirle que la llamaré mañana.

—Claro tesoro, te quiero mucho mi corazón.

—Yo también la quiero abuela. Cuídese mucho y haga caso a las recomendaciones del médico.

—Siempre lo hago.

Pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza porque sé que no me hará ningún caso.

En el transcurso del día descanso un poco, veo televisión, reviso mi correo y pienso en varias ocasiones en la propuesta que me ha hecho mi abuela. La verdad es que nunca me había planteado la idea de irme a vivir a Santo Domingo. Es cierto que cuando voy de vacaciones me la paso de maravilla con mis tías, primas y demás familiares pero irme a vivir allá sería un cambio muy drástico.

Sumergida en esos pensamientos me quedo dormida.

Cuando me despierto aún está claro, así que no debe ser tan tarde. Verifico la hora y son pasadas las seis.

Recuerdo que mi hermano me invitó a cenar esta noche para hablar de la venta de la casa, entre otras cosas, así que brinco de la cama y me cambio con unos pantalones negros, unas bailarinas marrones y una camisa del mismo color; me maquillo un poco para cubrir la palidez y las ojeras de mi rostro, me suelto el pelo y estoy lista para salir.

Alex sale del trabajo a las cinco y treinta, calculando que en hora pico hay una hora de trayecto entre su trabajo y el restaurante, supongo que ya debe estar esperándome. Por suerte el lugar no queda lejos de la casa así que a las siete en punto llego al restaurante italiano Fabrizio que es donde nos solemos juntar de vez en cuando para comer una buena pizza.

Como lo supuse ya está sentado esperándome.

—¡Hola calabacita!

—Disculpa mi tardanza no me di cuenta que era tan tarde.

—No te preocupes llegué hace diez minutos a penas. El tránsito estaba infernal —me dice al mismo tiempo que se levanta y me da un abrazo.

Nos sentamos e inmediatamente la mesera se acerca para traer la carta. Yo ni siquiera la miro dado que sé lo que quiero comer; Alex en cambio no está seguro de lo que quiere ordenar así que le echa un vistazo.

En lo que él se decide, pienso en qué le voy a decir. No tengo idea de cómo le voy a explicar que he dejado el trabajo.

No puedo simplemente decirle “sabes qué, estoy embarazada y el padre es mi jefe que por cierto se acaba de casar”

Si se lo digo de esa forma, capaz se levanta y va en busca de Maximiliano para darle la golpiza del año... Que digo año... Del siglo más bien... Además no puedo decirle hasta que no hable con Max.

—¿cómo estuvo tu día? pensé en pasarte a buscar a la salida de tu trabajo pero luego vi la hora e imaginé que ya deberías estar camino a casa. Así que vine directamente hasta aquí.

—Hiciste bien, hoy he salido temprano.

Hago creer que estoy interesada en el menú para evitar mirarlo a la cara.

De pronto se queda en silencio. Levanto la vista y lo encuentro mirándome.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada, solo que me parece extraño. Tú siempre sueles salir muy tarde. Cada vez que te pregunto siempre estás full de trabajo. Me sorprende que hoy lunes que es el día que deberías tener más trabajo salgas temprano.

Me entra escalofríos al escucharlo. A veces se me olvida lo buen observador que es y lo pendiente que vive de mis cosas.

—Bueno he decidido hacer lo que todo el mundo me dice: Tomarme las cosas con calma y cuidar más de mi salud ¿o me equivoco? —digo a la defensiva.

—¡Oye! No te lo tomes a mal que no es una crítica, al contrario, desde que empezaste este trabajo cada día trabajas más. Demasiado para mi gusto pero tú eres grande y mientras te guste tu trabajo y tu jefe te respete y te trate bien, yo me mantengo al margen.

—Por lo mismo he decido frenar un poco y tomarme las cosas con calma. He pensado incluso en tomarme unas vacaciones.

Sé que soy una persona horrible por mentirle de esa forma tan descarada pero hasta que no hable con Maximiliano prefiero no decirle nada.

—Por qué mejor no me cuentas cómo estuvo tu fin de semana ¿qué tal está Michelle?

—Todo bien, de hecho estuvimos hablando sobre el asunto de irnos a vivir juntos y le propuse que viniera a vivir con nosotros durante un año más o menos, de esa forma te vas acostumbrando a la idea y

cuando se venda la casa, no será tan perturbador ni repentino para ti.

Me mata. No puedo creer que sea tan considerado conmigo cuando yo le estoy mintiendo en su propia cara. Si antes me sentía mal, ahora me siento peor.

La mesera regresa a tomar nuestra orden pero a mí se me ha formado un nudo en el estómago y no creo que pueda tragar nada. Tantas mentiras me tienen enferma.

Alex no me quita el ojo de encima, está esperando que ordene algo. Siento como si fuera una criminal bajo la supervisión de la Gestapo.

Decido pedir una pizza de atún con aceitunas negras y un jugo de naranja. Alex pide gnocchi a la boloñesa con una copa de vino tinto.

Cuando la mesera se va le digo:

—Alex te agradezco mucho que pienses en mí pero no tienes porqué preocuparte. De hecho quería comentarte que estoy de acuerdo con la venta de la casa, es cierto que le tengo mucho cariño pero es tiempo de seguir adelante. Lo he pensado durante todo el fin de semana y creo que es lo mejor. Hoy he llamado a mamá para decírselo pero no estaba, incluso hablé con Emma y me ha dicho que está más que encantada de tenerme como compañera de piso. Así que como verás no tienes que cambiar tus planes.

—¿Estás segura? Te vi un poco afligida cuando te lo propuse y me pareció un tanto egoísta de mi parte hacer que te mudes de la que siempre fue tu casa porque mi vida está cambiando.

«La mía también».

Respiro hondo.

—Ya soy una adulta Alex no puedes paralizar tu vida por mí.

—Papá murió y mamá ya no vive con nosotros, yo soy quien debe velar por tu bienestar.

—Cuando se tiene diez años, no a mi edad. Debes dejar de creer que por ser mayor que yo has de cargar conmigo y con mis problemas, es hora que te des cuenta que ya crecí.

—Lo sé pero para mí siempre serás mi calabacita.

—¡Oh por dios! Ya deja de llamarme así —le pido poniendo los ojos en blanco—, tú sabes que odio ese sobrenombre.

—Si no lo odias entonces no sería gracioso.

—Me imagino que tú y Michelle han visto algún apartamento —le comento para cambiar de tema.

—Ella ha ojeado algunas revistas e incluso ha mirado en internet. Me pidió que fuéramos a ver algunos antes de que hablara contigo pero le dije que no.

—Mira que eres bobo. Como sigas así te vas a quedar sin novia.

—No entiendo.

Hombres. A veces son tan obtusos que deberíamos regalarle el librito rosado a ver si nos entienden de una buena vez.

—Es que ustedes los hombres nunca entienden nada. Ella y tú llevan comprometidos como tres años y aún no fijas la fecha para la boda y ahora que te ha propuesto irse a vivir juntos le dices que aún no porque tu hermana que es mayorcita por cierto, no quiere dejar el nido familiar.

—Si lo pones así suena como si estuviera evitando comprometerme.

—Cariño, así no lo pongo yo... Así se ven las cosas y cualquier mujer con dos gramos de cerebro pensaría lo mismo.

Lo veo preocupado y me siento mal de haberlo angustiado con mi comentario, así que para sacarlo de pena le digo:

—Tranquilo, que esa mujer te ama más que el ratón al queso. Cuando lleguemos a casa la llamas y le dices que en la semana comenzarán a buscar un piso a su gusto. Ya verás lo contenta que se pondrá.

—Sí, eso haré en cuanto llegue —dice más animado— ¿me has dicho que has llamado a mamá?

—Ajá, Pero no estaba. Ha respondido la abuela y ya sabes cómo es...

—No me digas más, te ha preguntado que cuándo le presentas un novio o mi favorita: “dime que ya tienes una fecha para la boda... —dice imitando su voz y a mí me entra la risa—, no sé qué esperas, yo a tu edad ya tenía a tu madre”.

Asiento mientras me río.

—Abuela no tiene remedio.

Seguimos conversando de todo un poco. De las cosas que haremos a partir de ahora y de nuestras vidas en general. Cuando acabamos de cenar ya son pasadas las diez por lo que dejamos el cine para otro día y regresamos a la casa.

Alexander se va a su habitación a llamar a Michelle como había dicho y yo hago lo mismo solo que no tengo a nadie a quien llamar pero sí mucho en que pensar.

«A partir de mañana mi vida cambiará».

Todo por amor



*“ Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor,
la electricidad y la energía atómica: la voluntad”*

Albert Einstein.

—Lo que me estás contando es cosa de locos —me dice Vince en italiano; con los ojos bien abiertos y la mandíbula desencajada desde el sofá de dos plazas de mi oficina—, es que si no me lo estuvieras contando tú mismo, no lo creería.

—Y ahora me ha mandado al diablo y no quiere verme —le comento con amargura—, si la vieras, está tan triste y me rompe el alma no poder estar con ella.

—Bueno hermano no es para menos pero lo que no logro entender... si es la mujer de tu vida, ¿por qué coño te casaste?

Me levanto, camino hasta el ventanal que está detrás de mi escritorio y pierdo la vista en los edificios de la ciudad.

«Adriana tiene razón».

Yo sabía que me dejaría a penas se enterara, por eso no le dije nada por teléfono, tenía miedo de perderla.

Me llevo las manos a los bolsillos de mis pantalones de vestir negro y me pierdo en mis pensamientos.

Varios días atrás...

—Sí hijo. Tu prometida tuvo la amabilidad de invitarnos unos días a este increíble lugar —me comenta mi padre.

—¿Y cuándo llegaron? —pregunto recuperándome del asombro sin ocultar mi molestia.

—Esta mañana —responde mi madre mientras yo sigo con la mirada puesta en Sophia. Aún no me puedo creer que haya hecho esto. Solo me falta que entre un maldito cura por esa puerta para terminarla de empatar.

—Ven aquí deja que te vea bien —continúa mi madre antes de dar un paso hacia mí. Pone sus manos en ambas parte de mis mejillas y me examina con sus ojos negros llenos de preocupación—, estás más delgado y pareces cansado corazón.

—Estoy bien mamá solo un poco agotado por la cantidad de trabajo que tengo.

—Te he dicho muchas veces que debes trabajar menos y ocuparte más de ti.

—No te preocupes Helena ahora que nos casemos me aseguraré de que descanse.

Giro la cabeza dejando así caer las manos de mi madre y miro a Sophia con dureza.

«¿Cómo pudo prepararme está encerrónada?»

—Máxi amore tengo un millón de cosas por hacer. Voy a ver a mi padre y debo reunirme con la organizadora de eventos del hotel, aparte de que todavía necesito asegurarme que nuestros invitados sean bien recibidos...

La miro con los ojos queriendo salirse de las órbitas y la boca grande abierta. En definitiva mi cara debe valer un millón de dólares en este momento.

¿De verdad está tan segura que me voy a casar con ella?

Está más que obvio que ha perdido el norte.

—Sophia tú y yo tenemos que hablar. ¿Qué clase de locura es esta? ¿Qué es eso de “nuestros invitados”? —le pregunto con la voz endurecida sintiendo como me arde la sangre.

—Amore he invitado a algunos amigos, solo los más cercanos...

—¿Te has vuelto loca? —le pregunto elevando la voz aunque más que una pregunta es una afirmación.

—¡Maximiliano! —me reprende mi padre— ¿Cómo te atreves a hablarle así a tu futura esposa?

—Descuida Jethro es normal que esté desconcertado. Todo esto es una sorpresa para él.

—Sorprendido no, estoy cabreado. ¿Cómo se te ocurre montar todo este circo sin consultármelo?

—Maximiliano te sugiero que te calmes —continúa mi padre pero ahora mismo estoy demasiado molesto como para hacerle caso.

—¿Tú crees que estoy aquí recreándome? Vine porque tengo asuntos que resolver...

—Pero no te estoy pidiendo que desatiendas tus negocios. Yo me encargaré de todo.

—¡Esto no es un juego maldición! —grito.

—¡Maximiliano!

La reprimenda de mi padre hace que me calle en el acto. Es la primera vez en treinta y un años que recuerde haya levanto la voz enfrente de él.

Entrecierro los ojos y me quedo observándola. Aunque no digo una palabra más ella sabe que estoy molesto. Lo que me ha hecho es una putada.

—Estoy de acuerdo contigo, esto no es un juego. Estamos hablando de nuestro matrimonio —dice con la voz temblorosa—, me pareció buena idea y quise darte una sorpresa. Nunca pensé que te molestaría, pero si tanto te incomoda la idea de que nos casemos no te preocupes, ahora mismo hablo con mi padre, me disculpo con nuestros amigos y anulo todo, porque lo último que quiero es complicarte la vida.

Escucharla hablar en ese tono tan triste y verla con la mirada vidriosa hace que suavice mi gesto.

Entiendo que ella no tiene la culpa de estar enamorada de mí y que yo esté enloquecido por otra.

Desde antes de poner ese anillo en su dedo sabía que era un error. Sophia es una mujer bellísima, llena de cualidades, un poco caprichosa pero siendo hija única no se le puede culpar por ello. El problema es que nunca me ha llenado del todo, quizás si no hubiera estado obsesionado con Adriana a lo mejor hubiera terminando queriéndola como se merece.

Mi padre da unos pasos hacia ella, le toma su mano entre las de él y le habla en un tono suave y pausado.

—No te preocupes hija, Maximiliano es un hombre de palabra y todo lo que ha dicho ha sido por la sorpresa del momento. Él nunca te dejaría plantada, lo hemos criado mejor de ahí —gira la cabeza y me mira detenidamente con sus ojos verdes— ¿No es cierto?

Vuelvo al presente cuando escucho la puerta de mi despacho abrirse bruscamente.

—Señorita Beltrán le digo que primero debo anunciarla.

—Y yo te dije que me importa una mierda lo que tengas que hacer —replica Emma entrando como un torbellino en la habitación.

Miro a Martha quien se disculpa con la mirada mientras me mira con cara de agobio.

—No te preocupes Martha yo atiendo a la señorita.

Mi secretaria asiente con la cabeza antes de salir y cerrar la puerta detrás de ella.

—Ni que te fuera a dar elección —dice Emma al mismo tiempo que se acerca a mi escritorio con pasos decididos en un conjunto de vestir azul marino.

Tiene cara de querer asesinarme y no la culpo. De hecho me sorprende que no hubiera venido antes.

Llega hasta donde estoy y me mira con ojos oscurecidos.

—Eres un maldito mentiroso, un cobarde que se esconde detrás de esos ojitos lindos y de su traje de ejecutivo para embaucar mujeres. No sabes cuánto me arrepiento de haber alentado a Adriana a salir contigo. Nunca en mi vida me había equivocado tanto con una persona como le he hecho contigo. Si hubiera imaginado que eras un fraude no habría permitido que terminara trabajando para ti y mucho menos que te le hubieras acercado.

En otras condiciones ya la hubiera mandado al diablo y sacado de mi oficina pero es la mejor amiga de Adriana y a pesar de que me esté ametrallando de insultos me alegra saber que ella tiene gente que la defiende con tanta pasión, incluso si es defenderla de mí.

—¡Y qué! ¿Te vas a quedar callado ahí mirándome como un estúpido? ¿No vas a decir nada?!

«¿Pero qué coño quiere que le diga?».

Qué sí... Qué soy un fraude. Que debo mi éxito al apoyo económico del papá de Sophia.

Que me casé por no querer enfrentar a mi padre.

La miro pero sigo sin poder decir nada. Podría decirle que lo siento pero no sería suficiente porque no tengo excusa.

—¿Cómo está ella? —le pregunto porque es lo único que realmente me importa. Ella podría pasarse el día entero insultándome y no me importaría porque me lo tengo bien merecido.

—¿Entonces de verdad no me vas a decir nada? Pensé que tendrías un último momento de hombría y me dirías porqué diablos decidiste jugar con mi amiga —dice con el rostro enrojecido antes de inclinarse sobre el escritorio, apoyar una mano en él y con la otra dar un golpe con el puño cerrado sobre el mismo haciendo que Vince que se había mantenido en silencio en todo momento se levante de su puesto.

—Bella dama creo que debería calmarse, las cosas no se van a arreglar a gritos —le dice con voz suave en italiano.

Emma gira la cabeza y lo mira de arriba abajo y de abajo arriba, luego pregunta en mi dirección:

—¿Y a este payaso quién le ha dado vela en este entierro?

Miro a Vince y le digo con la mirada que lo deje estar. Trago saliva y abro la boca.

—¿Sabes qué? no me importa —me corta—, vine a decirte, a decirte no, a advertirte que te alejes de Adriana, no quiero escuchar que la buscas o la llamas. Olvídate de ella porque no te la mereces.

Emma se incorpora, se acomoda bien el asa de su cartera en el hombro y da media vuelta. Antes de llegar a la puerta se gira y me mira con los ojos llenos de malicia.

—No sabes lo mucho que voy a disfrutar cuando te des cuenta del gran error que cometiste y quieras volver con ella. Porque te vas a lamentar Lombardi y estaré en primera fila cuando ella te mandé al diablo Es una pena que no te hayas dado cuenta en todos estos meses de la gran mujer a la que has perdido.

Mira una vez más en dirección de Vince y sin decir nada más sale de mi oficina dando un portazo.

Me quedo congelado en el sitio con la vista en la puerta y los puños apretados.

Te equivocas Emma, yo sé perfectamente lo que vale y no la he perdido. Me niego a que así sea.

—¡Qué volcán de mujer!—dice mi amigo mientras da unos pasos cautos en mi dirección.

Me mojo los labios, trago con fuerzas y le digo con un hilo de voz.

—Es la mejor amiga de Adriana.

—Algo había entendido pero ahora entiendo mucho mejor. Debe ser una mujer muy especial para que tenga una amiga que la defienda con tanto fervor.

Me llevo las manos a mi camisa blanca y me desato el nudo de la corbata. Necesito aire. Es que desde el viernes siento que me falta el oxígeno.

—No tienes idea.

Me dejo caer en el sillón y hundo la cabeza entre mis manos. Me quedo así un rato, incluso cuando escucho el ruido del cuero mientras Vince ocupa la silla de en frente no la levanto.

¡Mi vida es un asco!

Emma tiene razón, soy un cobarde. ¿Pero acaso no se ha dado cuenta que yo también estoy sufriendo? Cuando me acuesto en las noches la busco en mi cama, me duermo y solo la veo a ella, me despierto y lo primero que hago es buscarla y me jode no encontrarla, me mata saber que hace unas semanas estábamos tan bien y ahora...

—Viejo te ves horrible, ¿por qué no salimos de aquí y nos tomamos unos tragos?

Levanto la cabeza y lo miro. Tiene razón, ni siquiera puedo concentrarme en el trabajo. Todo lo que pienso es en volverla a ver.

—Tienes razón pero primero quiero que me digas si estás de acuerdo con lo que te propuse.

Mi amigo me observa con gesto serio.

—¿Estás seguro que quieres hacer eso? Mira que lo puedes perder todo.

—Sí —respondo sin dudarlo ahora mismo me podría quedar en la misma calle y me importaría un carajo siempre y cuando ella regrese—, pero quería comentarlo contigo primero, después de todo esto también te afecta a ti.

—Como tu amigo entiendo que estés dolido y que quieras mandar todo al diablo, tú sabes que eso de lamberle el culo a la gente nunca ha sido lo mío y si tenemos que mandar al diablo a muchos pues que así sea pero como abogado te digo que lo pienses mejor, no estás pensando con claridad y eso nunca es bueno; eres un hombre inteligente y estoy seguro que puedes encontrar otro medio sin darle satisfacción a ese hijo de puta.

Tiene razón, no estoy pensando pero no me importa.

Solo pienso en una cosa y es recuperla y lo haré cueste lo que me cueste.

Si tú supieras...



“Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo”

Benjamin Franklin.

A la mañana siguiente me despierto muy cansada, haberme pasado toda la noche en vela pensando en Maximiliano me está pasando factura, pero tengo que seguir adelante, no puedo pasarme toda la vida pensando en lo que pudo o no ser.

Me levanto, me doy una ducha y desayuno unos huevos revueltos con una tostada y un café con leche, sigo sin tener hambre pero igual que el día anterior me esfuerzo en comérmelo todo.

Cuando me miro en el espejo me doy cuenta que sigo muy pálida y eso me preocupa.

—Debo ver un médico con urgencia.

Decido llamar a mi ginecóloga para tomar una cita pero cuando voy a marcar su número veo varias llamadas perdidas de la oficina, lo que me sorprende.

Inmediatamente me entran los nervios y toda la calma que sentía durante el día de ayer desaparece.

Extraño tanto a Max pero no puedo hablar con él, todavía no me siento preparada. No sé si devolver o no la llamada, llevo desde el domingo sin hablar con él y cada día que pasa es una batalla ganada.

Soy un mujer fuerte no puedo derrumbarme con una simple llamada y tarde o temprano tendré que hacerle frente a esta situación.

Con ese pensamiento logro marcar el número de la oficina.

—Lombardi Consulting *bonjour*.

—Buenos días Martha, soy Adriana.

—Hola Adriana, ¿cómo te encuentras? Supe que estabas un poco indispuesta.

—Mejor gracias.

—Me alegra saberlo, el Sr Lombardi me dijo que ya no trabajarías más con nosotros. Te juro que la noticia me dejó con la boca abierta todavía no me lo puedo creer...

—Martha —la corto en un tono brusco porque no quiero hablar de ese tema con ella—. Tengo varias llamadas de la oficina, ¿Sabes por qué Maximiliano me ha llamado?

—A decir verdad, he sido yo quien te ha llamado.

Al escuchar eso me siento desilusionada y un poco triste. No sé porqué pensé que sería él quien llamaría cuando yo misma le pedí que no lo hiciera, pero aun así, creí que insistiría aunque sea un poco por recuperar lo nuestro. Me duele ver que no pude estar más equivocada.

—Martha, como tú misma acabas de decir ya no trabajo más en la empresa así que si tienes alguna pregunta relacionada con un contrato o algún cliente te sugiero que lo hables con Maximiliano.

Le suelto todo atropelladamente e inmediatamente me arrepiento de ser tan desagradable y pagar con ella mi molestia y desilusión.

—En realidad te llamaba para decirte que los papeles de tu liquidación están listos y que puedes

pasar a firmarlos en cuanto te sea posible.

Esas palabras hacen que se me llenen los ojos de lágrimas. No pensé que arreglaría todo tan pronto. No puedo creer que tenga tanta prisa por terminar lo nuestro.

¿Tan poco le importé que se quiere quitar ese problema de encima con tanta rapidez?

Me muerdo el labio con fuerzas.

—¡Aló! ¿Adriana estás ahí?

Trago saliva y respiro hondo.

—Disculpa mi desconcierto pero no pensé que estarían listos tan pronto.

—El Señor Lombardi me pidió que le diera prioridad a ese asunto, supuse que como has estado delicada de salud a lo mejor te urgía terminar con ese papeleo de una vez para que pudieras descansar.

—Sí, claro —le respondo tratando de ocultar el dolor en mi voz.

No pensé que terminaría con lo nuestro de una manera tan impersonal.

Le pidió a su secretaria que gestionara mi indemnización lo más pronto posible. ¡Pero que estúpida he sido! Ni siquiera se ha tomado la delicadeza de llamarme él mismo, lo ha gestionado todo como si fuera una transacción de negocios y yo pensando que esta separación le dolía a él tanto como a mí.

Con el ánimo por el suelo y un nudo en la garganta le respondo:

—Gracias Martha. Pasaré mañana en la tarde a firmar si te parece bien.

—Por supuesto Adriana cuando quieras.

—Hasta mañana —me despido y aunque me juré a mí misma no volver a llorar, me superan las ganas.

Dicen que el amor duele para recordarnos que aún estamos vivos, entonces ¿por qué siento que me muero poco a poco? ¿Por qué parece que mi vida está en suspenso desde que no estamos juntos?

Mañana acabará todo y él podrá seguir adelante y ser feliz, quizás hasta tenga hijos y yo me seguiré hundiendo en esta miseria que llamamos vida.

Y para demostrarme que estoy equivocada o que tengo la razón, por primera vez desde que estoy embarazada llegan las náuseas. Salgo disparada hacia el baño y vomito todo el desayuno.

Una vez recuperada de las arcadas, decido no llamar a mi ginecóloga como lo tenía pensado. No tengo ganas de ir sola al médico. Si me voy a ir a vivir con Emma, lo mejor es buscar un médico en Luxemburgo de una vez. Así que le envío un mensaje a Emma y le pido que haga una cita con su ginecólogo lo más pronto posible dado que no me siento bien. Mientras estuve vomitando sentí una ligera presión en el bajo vientre. «Debo empezar un tratamiento rápidamente para mi hipertiroidismo».

En lo que espero una respuesta me recuesto un rato y trato de descansar aunque me es imposible, me siento sin fuerzas, me cuesta respirar y me duele todo el cuerpo.

Por suerte su llamada no se hace esperar y me explica que su médico ha aceptado verme al día siguiente a primera hora, por lo que me aconseja que duerma en su casa esta noche y así en la mañana podrá acompañarme al doctor.

Hago caso a lo que me dice y preparo un pequeño bulto con lo necesario y llamo a mi hermano para decirle que no dormiré en casa esa noche.

Tomo el tren de Hayange^[4] hacia Luxembourg que dura unos cuarenta y cinco minutos.

Al llegar a la estación consulto la hora en mi reloj y me doy cuenta que tengo quince minutos para cambiar de terminar y poder tomar el siguiente tren en dirección de Bettembourg que es donde vive Emma.

Cuando llego a mi lugar de destino Emma ya me está esperando en el estacionamiento.

—Te dije que podía tomar el autobús, no era necesario que vinieras por mí.

—Te recuerdo que estás embarazada y delicada de salud, ya hiciste mucho esfuerzo tomando el tren hasta aquí, además así tengo una excusa para sacar a mi bebé —dice al mismo tiempo que se acerca a mí y me toma el bulto de las manos.

La miro y le hago un puchero.

—Y yo que pensaba que lo hacías por mí.

—Tú sabes que te adoro con el alma —me dice bajito.

—¿Se puede saber por qué estás susurrando?

Se gira y mira al Peugeot 207 plateado que está parqueado justo a nuestro lado.

—Es que no quiero que Julio se ponga celoso.

—Tú cada día estás más loca —le hago saber mientras sonrío—, mira que ponerle nombre a un vehículo.

—No hables así que es muy sensible y después se enoja conmigo.

A mí me entra la risa. Solo ella puede hacerme reír en estos momentos.

Emma quita la alarma y rodea el carro mientras yo abro la puerta y tomo asiento.

—Bueno por lo menos he conseguido que te rías —me dice mientras ocupa el asiento del piloto. Tras una breve pausa añade—: Hoy viene Linda e iremos a cenar a Esch, a ese restaurante Portugués que tanto te gusta.

—No es necesario, la verdad prefiero que cenemos algo en tu casa. Estoy algo cansada.

—Linda me previno que dirías eso, pero lo siento bonita... Tienes que recuperarte pronto porque mi sobrino te necesita sana y fuerte y para eso tienes que alimentarte así que no hay peros que valgan. Samia no pudo venir porque mañana madruga, por lo tanto seremos solos nosotras tres.

Podría intentar que cambie de opinión pero sé que esta batalla la tengo perdida por lo que mejor no digo nada.

Llevamos varios minutos en silencio, en la radio está sonando “*Skyfall*” de Adele. La escucho atentamente y me doy cuenta que así pensaba yo hace unos meses, que el cielo podía caerse, siempre y cuando estuviéramos juntos él y yo, nada nos alcanzaría porque juntos podíamos hacerle frente a todo y a todos pero ahora que no está a mi lado siento que mi mundo se está desmoronando.

—Mañana tengo que ir a la oficina a firmar los papeles de mi indemnización —le suelto de golpe

No dice nada pero sé que su cuerpo está en tensión por la forma que agarra el volante. Unos minutos después me dice:

—¿Quieres que vaya contigo?

Lo pienso un momento, sé que será un momento difícil pero Emma tiene sus obligaciones y esto es algo que debo enfrentar yo sola así que le respondo:

—No, tú tienes que ir a trabajar en la tarde... Además tengo que hablar con Maximiliano sobre el embarazo y es mejor que estemos solos.

—¿Crees que la oficina sea el lugar adecuado para tratar ese tema?

—No sé si es el lugar más adecuado pero es mejor que estemos en un entorno seguro, donde podamos hablar de forma civilizada.

—En eso tienes razón, no dudes en llamar si me necesitas.

Ella sigue con la vista en la ruta

—Emma —gira la cabeza y me mira—, gracias.

Ella asiente y seguimos en silencio el resto del trayecto escuchando “*Locked out of Heaven*” de Bruno Mars.

En la mañana como había previsto vamos a ver a la ginecóloga de Emma quien me hace una

sonografía y confirma un embarazo de siete semanas, me indica tomar ácido fólico, hierro, entre otras medicinas prenatales. También me recomienda con una colega suyo que es endocrinólogo, la cual después de explicarle la situación y las recomendaciones del doctor Klein, me da noticias alentadoras, me pone un tratamiento a base de PTU para mantener mis niveles de T4 Libre y de T3 Liberen en el rango normal-alto con la dosis más baja posible de medicamento anti-tiroideo. Según explica, tratar de alcanzar esta meta minimizará el riesgo de que el bebé desarrolle hipotiroidismo o bocio.

Después de la consulta, ya mucho más tranquila y animada por las buenas noticias, acompaño a Emma a su trabajo y aprovechando que estoy cerca de la oficina, decido pasar a firmar los papeles.

Cuando llego Martha preocupada por mi estado, se deshace en atenciones.

—Adriana, ¿estás segura que no quieres nada para tomar?

—Martha, muchas gracias pero estoy bien así —le digo por tercera vez desde que llegué—, solo vine a firmar los papeles y me marché enseguida.

—Lo siento pero no están impresos —anuncia con cara de pena—, como me dijiste que pasarías por la tarde, pensaba tenerlos listo para esa hora —prosigue un tanto agobiada.

—Martha tranquila. Puedo esperar que los imprimas pero te agradecería que te dieras prisa.

—Está bien, ¿por qué no aprovechas para saludar al jefe?

—¿Maximiliano está en la oficina? —le pregunto y siento cómo se me acelera el corazón. Sé que dije que hablaría con él pero de pronto me siento nerviosa. No sé si estoy preparada para enfrentarlo—. Pensé que estaría fuera.

—Tenía una reunión a primera hora y se canceló en último momento. Hace rato estaba al teléfono pero seguro que ya ha terminado. ¿Quieres que te anuncie?

Tenemos que hablar pero en el fondo tenía la esperanza que no estuviera, de esa forma tendría una excusa para prolongar lo nuestro.

Soy masoquista lo sé pero aún no estoy preparada para dejarlo ir.

—No, prefiero esperarte aquí. En cuanto firme los papeles, pasaré a despedirme.

—De acuerdo pero siéntate que estás muy pálida —me aconseja mientras se levanta de su mesa y se dirige al cuarto donde está la impresora.

Comienzo a estar harta de que todos me digan lo que ya sé. Sí, estoy pálida, ¿pero hay necesidad de recordármelo a cada instante?

En esos momentos de soledad me sumerjo en mis recuerdos. Cada rincón de este lugar ha sido testigo de cada mirada, cada caricia; cada momento era mágico. Todo era tan distinto en ese entonces, pensaba que nuestro amor era suficiente... que sería eterno.

«Al final eso que dicen de que nada dura para siempre resultó ser verdad».

El sonido de los tacones de Martha sobre el parqué me saca de mis pensamientos.

—Ya está —me informa mientras camina hasta estar detrás de su mostrador. Pone unos papeles encima del mismo y me muestra con el dedo—, solo tienes que revisar los datos y firma aquí.

Tomo el lapicero y firmo sin revisar nada, conozco a Max y aunque estoy dolida con él sé que es un profesional y nunca me perjudicaría en una cosa así.

Cuando termino le devuelvo el documento al mismo tiempo que ella me entrega un cheque.

Lo observo y creo que mis ojos se van a salir de sus órbitas.

—Martha, creo que has cometido un error al editar el cheque.

—¿Algún problema con los datos?

—No, el problema es el monto, es demasiado.

—Lo que pasa es que no calculé tus prestaciones como suele hacerse, el Sr Lombardi me indicó el monto.

¡Qué! ¿Pero qué diablos..?

Con el cheque en las manos y poseída por los mil demonios dejo a Martha en la recepción desconcertada.

Me arde la sangre.

Llego hasta su puerta y entro en su oficina sin llamar dando un portazo

—¿Me puedes explicar qué significa esto?!

Max deja de leer unos documentos que tiene en la mano y levanta la cabeza. Su mirada se enciende. Me mira con los ojos grandes abiertos, luego me hace un repaso de los pies a la cabeza y siento como si mi corazón se fuera a partir en dos por la rapidez de sus latidos, cuando su mirada se cruza con la mía, la luz de sus ojos se apaga.

—Hasta donde tengo entendido eso es un cheque —dice sin inmutarse ante mi tono de voz enojado.

—¿No te hagas el chistoso conmigo sabes muy bien que eso no es lo que te estoy preguntando!

—Si te refieres al monto, es la cantidad que estimé te correspondía.

—¿Tú has perdido el juicio! Es diez veces más de lo que legalmente me toca —digo al mismo tiempo que me acerco a su escritorio— ¿A qué se debe eso? Una compensación por abrirte las piernas durante unos meses ¿eh? —le pregunto mientras le tiro el cheque sobre la mesa encima de los papeles que estaba leyendo—. Algo así como: gracias por tus servicios puedes darte por bien pagada.

—¡Basta! —dice con la voz endurecida antes de levantarse de la silla—. Puedes gritarme, odiarme e incluso hasta pegarme si eso te hace feliz porque sé que me lo merezco.

Aprieta la mandíbula y la luz de su mirada se apaga aún más si es posible. Por un momento me siento mal por lo que acabo de decir. Se ve tan triste que me parte el alma. Yo, mi bocata y mi impulsividad. Pero luego recuerdo que se casó y mi pesar desaparece tan pronto como llegó y vuelvo a estar molesta.

—Te juro que nada de lo que digas hará que me odie menos a mí mismo por lo que te hice —murmura dejando caer los hombros—. Reconozco que me he comportado como un imbécil y entiendo que estás dolida... pero no voy a permitir que ensucies el amor que te tengo, no voy a tolerar que rebajes nuestro amor a esto.

Nos señala a ambos y luego al cheque.

Tiene razón, estoy dolida y enferma de los celos, aún no puedo creer que yo haya apostado por lo nuestro y la haya preferido a ella. Estoy llena de rabia y solo quiero lastimarlo, quiero que sienta el mismo dolor que yo.

—Has decidido dejarme y lo entiendo a pesar de que eso me está matando.

Sale detrás de su escritorio y con pequeños pasos se acerca a mí. Levanta la mano, la lleva hasta mi rostro y la deja suspendida en el aire, toma un hondo respiro, lo miro y parece llevar una batalla interna consigo mismo. Cierra la mano hasta convertirla en un puño. Yo me quedo con desilusión viendo como cae su mano sin llegar a tocarme, dejándome deseosa de su contacto.

—Yo sé que te he decepcionado y que piensas que he jugado contigo pero créeme cuando te digo que en estos momentos eres la persona más importante en mi vida y haré todo lo que pueda para que vuelvas a estar bien.

La sinceridad de sus palabras hace que me piquen los ojos. Hace un nuevo intento y levanta las manos para tocarme, está vez parece que pierde la batalla que está llevando porque acuna mi rostro entre sus manos y aunque parece mentira vuelvo a sentirme viva. Cierro los ojos y disfruto del calor que me recorre el cuerpo, al abrirlo me encuentro con su mirada llena de alivio. Quizás contento que no lo rechazara.

«¿Por qué todo tiene que ser así?».

—Por favor peluche déjame cuidar de ti —me dice con ternura.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—No tienes que darme dinero para demostrar lo que sientes por mí.

—Con ese dinero te vas a poder mantener mientras te ocupas de tu salud y te recuperas sin tener que preocuparte en conseguir un empleo.

Dios este hombre anula todos mis sentidos.

Lo miro y veo todo ese amor que dice sentir por mí. El dolor de sus ojos me confirma que no está fingiendo. Me rehúso a creer que me he equivocado tanto. Algo como lo que vivimos no se puede fingir y en el fondo, por más que quisiera odiarlo no puedo, porque siempre fue honesto conmigo.

Pero... ¿por qué tuvo que casarse? ¿Por qué no me escogió? ¿Por qué no lo pude conocer en otro tiempo?

—Estoy embarazada —suelto de golpe con la voz temblorosa.

Me mira con los ojos como platos.

Da un paso atrás y sus manos abandonan mi rostro.

—¿Embarazada? —pregunta tartamudeando.

Yo asiento y sus ojos inmediatamente se posan en mi vientre.

—No puede ser —se lleva las manos a la cabeza mientras niega con la misma —¿Cómo es posible? Esto no puede estar pasando... no así.

Sus palabras me llenan de tristeza, nunca pensé que se pusiera a dar saltos de alegría pero no me esperaba que reaccionara de esa forma. Sé que un embarazo en estos momentos complica mucho su situación pero me destroza que piense primero en el problema que podría causarle en su matrimonio antes que en nuestro bebé.

—Te lo informo porque creo que tienes derecho a saberlo no porque espere nada de ti —le digo con rabia mientras las lágrimas corren más de prisa—. Puedes estar tranquilo.

—No, no llores por favor mi vida— me pide. Sale de su asombro y se acerca nuevamente. Trata de tocarme pero le retiro la cara—. Me he explicado mal, es solo que no puedo creer que esté pasando. Yo... yo he soñado tanto con este momento que me parece increíble que esté sucediendo.

—Pues siento mucho complicarte las cosas —digo mientras me seco las lágrimas de mala gana con el dorso de la mano. Me niego a seguir llorando.

No recuerdo haber llorado tanto en tan poco tiempo en veinte y cuatro años. Últimamente parece ser que es todo lo que soy capaz de hacer.

—No digas eso, tú nunca me complicarías la vida. Si tener un hijo contigo es lo que siempre he soñado.

—Max tú y yo nunca hemos hablado de tener niños así que me cuesta creer que soñarás con tenerlos conmigo.

—No entiendes, pero aunque te parezca absurdo, antes de conocerte soñé que dabas a luz un hijo mío. Lo miro con cara de circunstancia.

—¿Nunca has soñado con una persona a la que jamás has visto en tu vida? —me pregunta mirándome directamente a los ojos y yo lo miro a través de mis pestañas aún húmedas por las lágrimas sin entender nada.

—Mira, no estoy entiendo nada, ¿de qué hablas?

—Hablo de ti. Te soñé, hace más de seis años... Soñé que me dabas un hijo.

Estoy tan impactada por sus palabras que cuando levanta las manos y me acaricia la cara con una delicadeza que bien podría ser devoción no se lo impido y me quedo absorta en cada sílaba que sale de su boca.

—Pensé que era solo un sueño hasta que te vi hace unos años y supe que eras tú, que eras real.

Esto no tiene sentido y mi cara debe ser todo un poema porque estoy cada vez más confundida.

—Max tú y yo nos conocimos hace apenas ocho meses, lo que dices no tiene ni pie ni cabeza.

—Te equivocas —replica observándome fijamente—, te vi por primera vez hace más de cinco años.

Siempre fuiste tú.



*“Solía pensar que lo peor de la vida es terminar solo.
No lo es, lo peor es terminar con gente que te hace sentir solo”.*

Robín Williams

Ahora es mi turno de mirarlo con los ojos como platos. ¿Nos vimos hace cinco años? ¿Pero por qué no lo recuerdo? Trato de buscar en mi mente aquel encuentro pero nada... es el blanco total. No tengo memoria de haberlo visto antes. Tiene que haber un error, de haber sido así lo hubiera reconocido como lo que es, el amor de mi vida.

Tiene que estar confundido.

—Estás equivocado si te hubiera conocido antes estoy segura que no te hubiera olvidado y no te recuerdo —digo zafándome de su agarre.

—Pero yo a ti sí, tanto que tengo el recuerdo grabado a fuego en mi memoria.

No es cierto. Me rehúso a creer que la vida me haya jugado tan sucio.

Siento que me da vuelta todo y me fallan las rodillas. Doy dos pasos atrás y me dejo caer en la silla más cercana.

El se arrodilla en frente de mí y busca mi mirada.

—Estabas en el Sabor Latino con tu amiga Linda y llevabas un pantalón fucsia con una blusa animal print que dejaba mucha piel a la vista...

¡Santo Dios! Recuerdo ese día porque fue el mismo en que recibí la noticia de que había sido aceptada en la facultad de economía y salí con las chicas a celebrarlo pero hace tanto tiempo que no entiendo cómo es que él lo recuerda. Pero lo que es peor aún, ¿cómo es posible que yo no lo recuerde?

—¿Cómo es que no me acuerdo de haberte visto? —murmuro más para mí que para él.

Max esboza una sonrisa triste.

—Ha de ser porque no me viste, pasaste por mi lado e incluso hasta intercambiaste unas palabras con Carlos pero a mí no me miraste.

¡Mierda! Es cierto.

Creo que cruce dos o tres palabras con Carlos pero no me fijé si estaba acompañado.

En silencio levanto los ojos al cielo y maldigo a los dioses por haberlo puesto en mi camino cuando pudo ser sólo mío y que yo no me fijara en él.

Mi cabeza trabaja a toda prisa... espera un momento.

Ahora entiendo muchas cosas, como cuando me dijo “gracias por brindarme toda tu atención esta vez” o que tenía un piercing en el ombligo. Cada frase con doble sentido que ha dicho desde que nos conocemos vuelve a mi mente como un rayo de luz aclarando tantas cosas que en aquel entonces no

entendía.

—No me viste, sin embargo yo no he podido dejar de pensar en ti ni un solo minuto —continúa con los ojos iluminados—. ¿Entiendes ahora lo que significa para mí este hijo? ¿Entiendes porqué debemos estar juntos?

Esto es demasiada información para mí, comienzo a agobiarme. Su historia es muy linda aunque casi increíble pero en vez de llenarme de alegría lo que hace es entristecerme.

Si lleva tanto tiempo deseándome, pensando en mí como dice, entonces ¿cómo es que va y se casa a la primera? Nada de esta conversación tiene sentido.

—Max esto no cambia nada.

Me levanto de golpe y el hecho hace que me mareé otra vez. Pongo una mano en el respaldo de la silla para sostenerme. Max que no pierde detalle de mis movimientos se levanta con la misma rapidez y me pasa una mano por la cintura acercándose a él mientras me sostiene con fuerza.

—¿Te sientes mal?

Sacudo la cabeza. Max no me suelta y se lo agradezco porque sino me caería aquí mismo y lo último que necesito es agregarle más drama a este asunto.

—¿Cómo puedes decir que eso no cambia nada? ¿Acaso no has escuchado lo que te he dicho? —me pregunta con dulzura—. Tú y yo estamos hechos para estar juntos y esto —dice antes de posar su otra mano mi vientre—, es la prueba de ello.

—Si fuera tan sencillo como lo pintas todo sería muy diferente —murmuro apartándome de él. Me aseguro de que estoy bien, que el mareo se me pasó, que puedo dar dos pasos sin caerme en el intento y me dirijo hacia la puerta.

—Las cosas son complicadas pero eso no significa que no puedan solucionarse —grita a mi espalda con desesperación—. No te vayas por favor.

Su súplica hace que me detenga.

Me giro y lo encaro.

—¿Para qué quieres que me quede? Ya he escuchado lo que tenías que decirme pero eso no cambia nada el hecho de que te hayas casado y que ya no podamos estar juntos.

—¿Por qué no vamos a comer algo y hablamos más tranquilos?

—No tengo hambre, lo que estoy es muy cansada.

Y es cierto. Descubrir y procesar tantas cosas ha sido agotador. Estoy deseando llegar a casa de Emma y tirarme en la cama.

Max se acerca cautelosamente.

—Déjame llevarte a tu casa.

—No es necesario, puedo tomar el tren.

—Eso ni hablar, no voy a dejar que en tu estado andes por ahí sola —replica rápidamente.

Hace unas semanas atrás su preocupación hubiera hecho que me derritiera por dentro.

«Todavía lo hace».

Puede ser. No lo sé. Estoy hecha un lío.

Abro la boca al mismo tiempo que él da un paso más, su cercanía me corta y no logro pronunciar nada más. Con mucho cuidado acomoda un mechón de pelo detrás de mi oreja y me perfora con su intensa mirada.

—Por favor, déjame cuidar de ti —susurra cerca de mis labios. Y sus palabras rompen todas mis barreras.

«Cuidar de mí, qué más quisiera yo pero, ¿hasta cuándo?».

Ese pensamiento no me impide asentir. Sus ojos se iluminan ante mi respuesta y me da un breve beso

en los labios que me sabe corto.

Estoy loca, lo sé. Lo más sensato sería que salga por esa puerta y me olvide de todo esto pero el deseo de tenerlo cerca, esa cuerda invisible que me atrae hacia él y mi vulnerabilidad del momento, no ayudan mucho y me impiden ser coherente.

—Muchas gracias —me dice

Salimos de la oficina y al pasar por la mesa de Martha él le ordena que anule sus citas porque estará fuera el resto de la tarde.

—¿Y si llama la señora Sophia qué le digo?

—Le dices que no estoy —le responde secamente.

Yo bajo la cabeza incómoda por la situación.

—Claro, disculpe señor...

Pero antes de que termine su frase ya estamos cruzando la puerta. Él no dice nada mientras bajamos por el ascensor pero todo su cuerpo está en tensión, muestra de que la pregunta de Martha lo ha molestado; aunque ella nunca ha hecho ningún comentario al respecto sé que se imagina como todo el mundo lo que pasa entre Max y yo.

—Me estoy quedando donde Emma —le anuncio al instante que llegamos al vestíbulo—, así que no tienes que llevarme hasta mi casa.

—¿Por qué te estás quedando con ella? —pregunta mientras salimos a la calle.

—Tenía cita con su médico esta mañana, además pronto me quedaré con ella hasta que consiga un lugar donde vivir.

—No entiendo

—Mi hermano puso en venta nuestra casa.

Max detiene sus pasos me mira detenidamente con sus ojos llenos de preocupación.

—¿Por qué hizo eso, acaso tienen problemas económicos?

—No —respondo exasperada—, no todo tiene que ver con dinero.

—Disculpa no quise incomodarte. Solo me pareció extraño.

—No, discúlpame tú a mí, últimamente estoy irritable.

—Es normal, estás embarazada —dice con tanta ternura que me dan ganas de abrazarlo y no soltarlo nunca más.

Nos miramos durante unos instantes y veo en sus ojos el mismo deseo. Sé que se está conteniendo para no besarme y abrazarme ahora mismo y yo me muero porque lo haga.

—Vamos, el carro está aquí cerca —propone poniéndome una mano en la parte baja de la espalda, cortando nuestro momento de intimidad y yo se lo agradezco porque me cuesta un mundo resistirme a él.

Al llegar al vehículo me abre la puerta y yo me acomodo. Cuando nos incorporamos en el tráfico le explico las razones por la que decidimos vender la casa, él no dice nada, solo asiente de vez en cuando.

En la radio está sonando “Hold my hand” de Michael Jackson con Akon. Miro por la ventana mientras dejamos la ciudad atrás perdida en la letra de la canción:

This life don't last forever (hold my hand)

So tell me what we're waitin for (hold my hand)

Better off being together (hold my hand)

Than being miserable alone (hold my hand)

Cause I've been there before

*And you've been there before
But together we can be alright.
Cause when it gets dark and when it gets cold
We can just hold each other till we see the sunlight*

*So if you just hold my hand
Baby I promise that I'll do all I can
Things will get better if you just hold my hand
Nothing can come in between us if you just hold
hold my
hold my
hold my hand.*

*The nights are getting darker (hold my hand)
And there's no peace inside (hold my hand)
So why make our lives harder (hold my hand)
By fighting love, tonight.*

*Cause I've been there before
And you've been there before
But together we can be alright.
Cause when it gets dark and when it gets cold
We can just hold each other till we see the sunlight*

*So if you just hold my hand
Baby I promise that I'll do all I can
(if you just,if you just)
Things will get better
if you just hold my hand
Nothing can come in between us
if you just hold
hold my
hold my hand*

*I can tell you're tired of being lonely(yehhh)
Take my hand dont let go baby hold me(hold mee)
Come to me let me be your one and only(hold my haand)
So I can make it alright til' the morning(hold my
hand)*

Estoy sumergida en mis pensamientos disfrutando de esta hermosa canción cuando volteo mi cabeza en su dirección, lo encuentro con la mirada en mi vientre.

—¿Cuánto tiempo tienes de embarazo?

—Siete semanas.

—¿Está bien?, quiero decir... El bebé, ¿está sano? —pregunta con una inquietud evidente.

Me llevo la mano a la barriga, aún me cuesta creer que hay algo ahí adentro.

—Sí, por el momento está bien.

—¿Cómo que por el momento? ¿Eso qué significa? —Inquieta más angustiada, además de nerviosa —, ¿el bebé está en peligro? ¿Qué fue lo que dijo el médico?

—Que mi embarazo es de alto riesgo

No bien he terminado la frase cuando ya Max empieza a orillar el carro en plena carretera.

—¿Qué haces? —le pregunto mientras miro en todas las direcciones antes de girarme hacia él y descubrir su mirada llena de pánico—, no puedes pararte en la autopista al menos que sea un caso de emergencia.

—Me estás diciendo que puedes perder a nuestro bebé, para mí eso es una emergencia.

—¡No seas bruto! No lo estoy perdiendo en estos momentos, es una posibilidad. Así que has el favor y vuelve a poner el carro en marcha.

—Peluche no me puedes decir eso y esperar que siga manejando...

—Eso es precisamente lo que vas a hacer. A doscientos metros hay una estación de gasolina, si quieres te puedes parar y te explico lo que dijo el médico.

Me mira, está ansioso pero sabe que tengo razón, así que enciende el carro y se incorpora en el tráfico otra vez.

Al llegar a la estación Shell, me abre la puerta, me toma de la mano y con pequeños pasos me conduce hasta una mesa. Cuando ocupo uno de los dos asientos me dice que regresa en unos segundos. Al cabo de unos diez minutos regresa con un sándwich de atún y un jugo de naranja para comer.

Toma asiento en frente, me pide... pedir no, más bien me ordena que me lo coma.

Su comportamiento me irrita. Odio que se comporte como si todo siguiera igual.

Empiezo a comer y nervioso me pide que le explique con exactitud todo lo que me ha dicho el médico. Según le voy explicando veo pasar varias expresiones por su rostro: en primer lugar, preocupación cuando le dije de mi tormenta tiroidea. En segundo lugar, miedo cuando le comente de los riesgos que conlleva para el bebé y para mí y por último alivio, al saber que con el tratamiento indicado todo tendría que salir bien.

Una hora más tarde cuando terminamos de hablar y de comer, me lleva a casa de Emma como previsto pero no antes de que le prometiera que para mi próxima visita al doctor iría conmigo.

—¿Puedo subir contigo? —pregunta al llegar al edificio donde vive Emma.

—No creo que sea buena idea —murmuro retirando la mirada—, además esta no es mi casa y no me parece correcto que subas cuando Emma no esté.

—¿Cuándo te puedo volver a ver?

—No lo sé, la cita con el médico es dentro de quince días, ya te avisaré a su momento para que me acompañes.

—Adriana por favor, no puedo verte solo cuando vayas al doctor —dice con frustración—, yo quiero poder verte todo el tiempo y ayudarte en lo que necesites.

—Max, lo siento pero ahora mismo es todo lo que puedo darte. Se te olvida que las cosas han cambiado, estás casado y me imagino que tu mujer no debe tardar en venir e instalarse aquí, si es que no lo ha hecho ya. Así que al menos que pienses duplicarte no sé cómo vas a poder estar todo el tiempo con ambas.

Sus ojos se contraen y a prieta los labios hasta convertirlos en una línea fina.

Su rostro muestra dolor y frustración.

—Voy a arreglar las cosas, te lo prometo. Mi prioridad ahora son tú y el bebé.

—Yo no sé cuáles sean tus prioridades pero la mía está en tener un embarazo tranquilo, por lo tanto te

voy a pedir que no me presiones.

—Está bien, no quiero que te agobies —claudica al fin y sé que le ha costado.

Nos envuelve un silencio incómodo mientras suena *Kiss Me* de Ed Sheeran.

—¿Puedo tocarte?

Al principio no entiendo de qué habla hasta que lo veo acerca su mano a mi vientre.

Asiento y entonces él coloca su mano en mi abdomen aun plano, se quita el cinturón y se inclina un poco sobre mí barriga.

—Hola bebé, soy papá —dice y yo me siento morir.

Ni siquiera yo he hecho eso.

Sé que no soy perfecta y que he cometido errores en la vida pero no pensé que tuviera que pagarlos tan caro. Por más que lo pienso aún no entiendo por qué me está pasando esto a mí.

Cuántas personas tienen la suerte de encontrar su alma gemela. Esa por la que darías y con la que quieres todo. Muy pocas.

Yo lo he encontrado pero para mi desgracia no está disponible.

—Mami está muy delicada, de modo que pórtate bien, ¿de acuerdo? Papá va a enderezar todo esto, pero mientras tanto, aguanta campeón.

Tan pronto siento las lágrimas acumularse en mi garganta le anuncio que tengo que subir con el pretexto de estar cansada pero en realidad lo hago porque tengo miedo de no ser capaz de alejarme.

Al bajarme del coche escucho que grita un “te amo” a mis espaldas y me apresuro a entrar en el edificio.

Desilusión



“ Nadie te puede hacer sentir inferior sin tu consentimiento ”

Eleanor Roosevelt

—Lo llamo para saber si ya está de camino.

Toc... toc...

—Sí señor Lombardi estaré ahí dentro de quince minutos.

Verifico mi reloj de mano. ¡Qué extraño! ¿Quién podría estar tocando a las siete de la mañana?

—Perfecto licenciado, nos vemos en la entrada entonces —respondo mientras me encamino hacia la puerta.

—Muy bien.

Corto la llamada al mismo tiempo que giro el pomo y la abro.

Resoplo para mis adentros. A penas pegué un ojo en toda la noche y no tengo ningún deseo de discutir tan temprano.

—Buenos días.

—Buenos días —digo y enseguida doy media vuelta y me encamino hasta el escritorio.

—Maximiliano necesitamos hablar —dice mientras entra con pasos seguros en mi habitación.

—Papá lo siento pero ahora mismo no tengo tiempo...

—Pues vas a tener que hacer tiempo porque vine a hablar contigo y no pienso salir de aquí sin haberlo hecho —me corta y su tono me deja claro que no aceptará un no por respuesta.

—Está bien, solo que dentro de quince minutos debo estar en el hall del hotel así que tienes diez minutos —le informo en el momento que abro mi maletín y empiezo a guardar los papeles que voy a necesitar durante las diferentes reuniones que tengo pautadas para el día de hoy.

—¡Es increíble! Llevas unos pocos meses viviendo en Luxemburgo y ya hablas como la mala educada de tu hermana.

Mentalmente levanto los ojos al cielo y niego para mis adentros. A mi hermana debieron hacerle un monumento el día que se reveló ante mi padre y decidió irse a vivir con mis abuelos. Si supiera cuánto la admiro por haber tenido el valor de mandar todo a la mierda. Todavía me pregunto por qué no he hecho yo lo mismo.

—Raquel no tiene nada que ver así que te voy a agradecer que no la involucres en esto —respondo malhumorado.

—Te comportas como un inconsciente e irresponsable así que solo puedo pensar que te estás dejando mal influenciar por esa ingrata.

—Papá aunque te cueste creerlo porque toda la vida he hecho lo que has querido todavía pienso por

voluntad propia —le digo al mismo tiempo que miro a mi alrededor asegurándome que no me falte nada. Lo último que quiero es que se me olvide algo y no poder cerrar todos los asuntos que tengo pendientes en el día de hoy.

—Si solo me vas a otorgar diez minutos por lo menos ten la decencia de prestarme atención mientras te hablo.

Me hincha los huevos su tono autoritario. Cada día que pasa me cuesta más mostrarle respeto, sobre todo porque nunca se ha parado a pensar en mí, en lo que me hace feliz o en lo que realmente quiero en la vida.

Cierro mi maletín tomándome todo mi tiempo, me giro y me apoyo en la mesa del escritorio sin sentarme del todo y lo encaro a la vez que trato de mostrar una calma que no siento.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Tienes todo lo que un hombre puede querer y piensas echarlo todo por la borda —me comenta mientras se pasea por el cuarto— ¿Cuál es tu problema?

—Ahora mismo mi problema eres tú —respondo totalmente cabreado. Me niego a torturarme con lo mismo. Ya tuve suficiente con la sorpresita que me montaron ayer.

—¡Maximiliano! —me reprende deteniendo sus pasos con el gesto endurecido y con cara de no creer lo que acaba de escuchar. Para ser sincero hasta yo mismo estoy sorprendido. Nunca le había hablado así antes pero el estrés, el cansancio y la presión que siento me han hecho perder el control—. Muestra un poco de respeto que estás hablando con tu padre.

Me llevo la mano a la cara y me froto los ojos.

¡Es frustrante! Todo esto me tiene agotado emocionalmente.

Exhalo con fuerzas todo el aire de mis pulmones para tratar de calmar el volcán de emociones que siento.

—No sé lo que te está pasando pero te desconozco.

Me mira con sus ojos verdes acusadores y de pronto se ve más viejo de sus sesenta y cinco años.

—Papá —empiezo a hablar suavizando la voz porque realmente no tengo deseos de discutir—. No puedo casarme con Sophia...

—No te entiendo, Sophia es una mujer encantadora, de muy buena familia...

—Pero no estoy enamorado de ella —decido ser sincero a ver si por fin me entiende antes de que siga con lo mismo de siempre.

Cada vez que le planteo una posible ruptura entre nosotros me sale con la misma basura.

—¿Y?

¿Qué? Me quedo helado.

Tiene que ser una broma.

Le acabo de confesar algo que es importante para mí pero a él parece importarle un carajo.

—Estoy seguro que solo estás confundido.

Incrédulo e invadido por la tristeza con lo que escucho niego con la cabeza.

No puede ser joder. ¡No puede ser!

—¿Acaso no escuchaste lo que te acabo de decir? —le pregunto con los puños apretados.

—Lo único que escuché es que quieres dejar plantada a la heredera de una de las familias más ricas de Italia.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? —le pregunto al mismo tiempo que camino hasta la mesita de noche y tomo mi billetera. Debo salir de aquí antes de decir algo de lo cual me pueda arrepentir. Está poniendo mi paciencia a prueba y no soy un santo. Me duele que no me comprenda y quisiera mandarlo a la mierda pero sigue siendo mi padre.

—A ti también debería importarte o tengo que recordarte que su papá invirtió en tu negocio, que

creyó en ti.

Continúa siguiéndome los pasos de cerca. Me giro y lo miro completamente exasperado.

—¿Cómo no hacerlo? Me lo recuerdas cada vez que puedes —replico arico.

—Alguien tiene que recordarte que le debes todo al padre de tu novia.

—Oh, por favor papá, Lombardi Consulting iba creciendo a un nivel asombroso mucho antes de que el Sr Di martino invirtiera o me recomendara con sus socios y amigos.

He trabajado duro para llegar donde estoy y me indigna saber que no es capaz de verlo.

—No digo que no seas bueno en tu trabajo, solo digo que le debemos mucho...

Ya no aguanto más. Esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte.

—Papá hablemos más tarde tengo una reunión y no quiero llegar tarde —le propongo tratando de no volver a estallar.

—Lo único que te digo es que no pienso permitir que te comportes como un cavernícola y la dejes plantada y que arruines tu futuro por la misma ocasión. Piensa en ella, en la humillación por la que la vas a hacer pasar, no se lo merece.

Resoplo nuevamente y decido dar esta absurda conversación por terminada. Con pasos apresurados regreso hasta donde está el escritorio, tomo mi celular y mi maletín.

—Papá déjalo estar, es obvio que no me entiendes.

—El que no entiende eres tú. Sophia es la chica adecuada para ti.

En el momento que pronuncia esa frase mi indignación y cabreo crece, es más que evidente que mi padre no me conoce de nada. Si lo hiciera se daría cuenta que Sophia no me llena, no me completa, no me arranca sonrisas espontáneas, no me hace querer ser mejor hombre o persona... sencillamente no me hace feliz.

Lo miro y sonrío con ironía.

—Te equivocas pero de nada sirve seguir discutiéndolo contigo porque aunque te lo explique de mil maneras diferentes no me vas a entender —claudico con resignación y tristeza.

Me dirijo hacia la puerta, la abro y lo miro nuevamente.

—Cada día entiendo más las razones por la que Raquel decidió alejarse de ti y no sabes cuánto me arrepiento de no haber hecho lo mismo —digo ante la mirada descolocada de mi padre.

Salgo del cuarto dando un portazo.

Regreso al presente y realizo que sigo con la mirada clavada en la puerta de cristal por la que se perdió Adriana hace un momento. No sé por qué no he podido moverme de aquí desde que se apeó del carro y casi a la carrera entró en el edificio donde vive con Emma. ¿Por qué sigo aquí? No lo sé... quizás esperando un milagro divino. Uno donde el señor se apiade de mí y la haga salir por esa puerta y que después se eche en mis brazos y me saque de esta maldita pesadilla en la que se ha convertido mi vida.

Una hora después llego a casa de Raquel. No tenía ningún deseo de regresar a la oficina.

A penas atravieso la puerta me dirijo al bar y me sirvo un trago de Johnnie Walker Black Label, no bien he terminado de servir el vaso cuando me lo tomo de un solo golpe. El líquido me quema la garganta pero lo ignoro y me sirvo otro. En ese mismo momento escucho la puerta principal abrirse.

Giro la cabeza y me topo con la mirada reprobatoria de mi hermana antes de pedirle a los gemelos que se vayan a lavar las manos y que luego bajen a comer.

Mis sobrinos se acercan y me llenan de besos, antes de que Kathy me diga que debería darme un baño porque apesto a alcohol y se pierdan escaleras arriba.

—¿No te parece que es muy temprano para tomar?

La miro pero no digo nada. En vez de eso me sirvo otro trago y me dirijo a la cocina seguido muy de cerca por una Raquel molesta.

—Últimamente es todo lo que haces. No puedo creer que pienses que bebiendo vas a arreglar las cosas. Cada día te pareces más a Jethro.

—Adriana está embarazada —le suelto sin preámbulos a la vez que ocupo uno de los taburetes alrededor de la isleta—. Merezco un respiro, ¿no lo crees? —prosigo ante la mirada de asombro de mi hermana—, ¿tienes idea de lo que significa eso para mí? Y ahora ella no quiere tenerme cerca.

Raquel me mira con los ojos llenos de pena. Odio que me tenga lástima.

—¿Intentaste hablar con ella?

—Lo hice —respondo con amargura antes de llevarme el vaso a los labios y dar otro trago.

—¿Y?

—No quiere escuchar nada sobre los motivos que tuve para casarme. Me dijo que ya solo nos une el bebé pero que no quiere nada más conmigo.

Me mira con sus ojos llenos de empatía. Camina hasta ponerse a mi lado y me propone en un tono suave.

—Puedo hablar con ella si quieres.

—No —le contesto con los ánimos por el suelo—. Está algo delicada y no quiero agobiarla. Cuando me siente a hablar con ella quiero tener todo resuelto.

Ella recuesta la cabeza en mi hombro a la vez que lleva su mano a mi cabello y lo peina con ternura. Juega su papel de hermana mayor.

—Entiendo que estés triste, sobre todo porque se lo mucho que amas a Adriana y lo que te gustan los niños pero bebiendo no vas a arreglar las cosas.

—Tengo miedo de perderla Raquel —confieso con la voz temblorosa.

—Lo sé pero si Adriana te quiere tanto como yo pienso, entenderá que a veces los seres humanos hacemos cosas no porque queremos sino porque debemos.

Asiento en silencio esperando con todas mis fuerzas que Raquel tenga razón.

Nuevo comienzo



“Mi conciencia tiene en mí más peso que la opinión de todo el mundo” .
Cicerón

La semana transcurre de lo más normal, sigo al pie de la letra las indicaciones de mis médicos. Me estoy alimentando mejor, he recuperado un poco el sueño y me siento más animada, tanto que decidí llamar a mi mamá para contarle lo de mi embarazo; al principio de la conversación pegó el grito al cielo indignada con toda esta situación, sin embargo, ha decidido apoyarme como siempre, al final me propuso regresar para ocuparse de mí durante el embarazo pero gracias a Dios la convencí de que todo estaría bien.

En esos días hablé con mi hermano y me comentó que lo habían llamado de la inmobiliaria para informarle que tenían un comprador que ofreció muy buen precio por la casa. Reconozco que hemos corrido con suerte ya que por lo general y con lo difícil que está el mercado eso suele tomar mucho tiempo, de manera que tuve que ir a Francia a ayudar a Alex con la mudanza. Desprenderse de la casa fue emocionalmente duro pero necesario, algunos muebles se los quedó él, otros, que serán con los que me quedaré yo en cuanto encuentre piso, los guardamos en un garaje y los que no quisimos ninguno de los dos, los llevamos a una tienda que se dedica a la compra y venta de muebles usados.

Con el paso de los días me fui instalando poco a poco en casa de Emma. Maximiliano me llama diario para interesarse por mi salud y la del bebé. Cada vez me pregunta si podemos vernos pero siempre le respondo que no, lo cual es bastante difícil porque me muero por verlo, porque me abraza y para qué negarlo, me muero porque me vuelva a hacer el amor.

Creo que son las hormonas porque no entiendo como puedo pensar en eso con todo lo que esta pasando.

No sé si ha hablado con Sophia sobre mi embarazo porque nunca se lo pregunto, tampoco sé si ella ya se ha instalado aquí, el simple hecho de pensarlo me enferma. Solo me limito a informarle que ambos estamos bien y que ya lo llamaré cuando me toque ir a consulta. Es mejor evitar tentaciones que después pueda lamentar.

Lo malo de pertenecer a una comunidad dentro de un país tan pequeño es que los rumores se esparcen como pólvora, como era de esperarse los chismes alrededor de mi salida de la empresa y mi salud no se hicieron esperar. Unas personas dicen que Max me ha despedido porque ya se ha cansado de mí, algunos, que ya anda con su nueva conquista y otros que tengo alguna enfermedad venérea o mi favorita: que tengo Sida. Al principio me sentía mal cuando me encontraba con algún conocido y este me miraba como si tuviera la peste pero ya ni caso.

En los últimos días casi no he visto a las chicas aparte de Samia con la cual fui a la tienda hace dos días a comprar el regalo de Linda. Ella cumple años este sábado y cada vez que hablamos por teléfono

deja caer que vio una blusa azul en la vitrina de Zara que la tiene alucinada, entonces con Samia hemos decidido comprarla y completar el atuendo con unos vaqueros y unas botas.

Pienso entregárselo esta noche en la fiesta que mi madrina le ha organizado.

—Emma apúrate que llegamos tarde —le pido desde el salón.

—¡Oye! Que tú no te arregles tanto porque no vas a ligar no significa que yo tampoco.

Me dirijo hacia su habitación, me paro en el marco de la puerta y me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres decir con eso de que no me arreglé tanto? —pregunto fingiéndome enojada.

—Nena que estás embarazada y no tienes intenciones de ir a coquetear con nadie, en cambio yo debo de tomarme todo mi tiempo —explica mientras se pone el rímel.

—La verdad no veo porqué tardas tanto, igual siempre vas espectacular a todas partes.

Ella termina con el ojo derecho, me mira a través del espejo con sus pestañas largas y con mucha chulería añade:

—¿Y cómo crees que se consigue eso? —me pregunta antes de continuar con el otro ojo—. Con tiempo y dedicación querida.

Termina con los ojos y luego prosigue su brillo de labios rojo matte. Aplica primero el labio de arriba y luego el de abajo para después juntarlos. Cuando cree que está lista asiente conforme con el resultado. Le tira un beso a su reflejo antes de dar la vuelta y decir con una sonrisota:

—¡Et voilà^[5]! Ya podemos irnos.

Esbozo media sonrisa mientras levanto los ojos al cielo y niego con la cabeza.

Llegamos al salón y Emma se dirige hacia la mesita del centro de los muebles para buscar las llaves del carro al mismo tiempo yo voy a la mesa del comedor de cuatro plazas. Al instante que agarro mi bolso vuelvo a sentir una incomodidad.

—Sabes, desde esta tarde tengo una molestia en la parte baja del abdomen.

—¿Qué tipo de molestia? —me pregunta a la vez que levanta uno de los cojines del sofá, lo pone en su sitio y levanta otro.

Siempre es lo mismo, nunca sabe dónde deja las llaves y eso que desde que vivo con ella instalé en la entrada un porta llaves de pared en hierro en forma de torre Eiffel. Es tan sencillo como colgarlas ahí pero para ella es mucho más fácil entrar y arrojarlas en el primer lugar que encuentra.

—Es como los cólicos que sientes cuando te va a bajar la regla, ¿crees que sea normal? —le informo al momento que me llevo la mano a esa parte y mi voz suena más angustiada de lo que pretendía.

—No lo sé, pero te has pasado todos estos días como chichigua voladora de aquí para allá con eso de la mudanza en vez de estar reposando como te recomendó el doctor.

—Lo sé pero no hice ningún esfuerzo.

—Quizás no estuviste levantando muebles pero una mudanza es estresante de por sí, imagínate en tu estado. ¿Cuándo le vas a decir a Alexander lo de tu embarazo? —vuelve a preguntar al mismo tiempo que se dirige hacia la cocina.

—No lo sé, a mi mamá fue más fácil porque está lejos pero Alex...

—Tú lo que tienes miedo es que vaya a buscar a Maximiliano y le de unos buenos golpes —me corta. La veo buscar entre los gabinetes, yo no entiendo qué harían las llaves ahí dentro pero con Emma todo es posible. Al parecer esto va para largo así que me siento en el brazo del mueble— ¡Aquí están!

—No digas eso ni en broma que me dan escalofríos.

—Tú sabrás pero en mi opinión se lo tendría bien merecido —dice encogiéndose de hombros mientras entra en el salón balanceando las llaves en el aire de un lado al otro— ¿quieres que llamemos a la doctora?

—No, si la llamo a esta hora va a creer que estoy paranoica.

—Bueno, dicen que todas las embarazadas son un poco locas al principio del embarazo, con eso de que entran en pánico por cualquier tontería.

—Pues por lo mismo, lo mejor es no llamarla tan tarde quizás sea algo normal.

—¿Estás segura?

—Sí, sí... A lo mejor no es nada, vamos que se nos hizo tarde —propongo al incorporarme.

Media hora más tarde llegamos al Loft donde la fiesta está en su apogeo. La música se escucha desde la calle y los carros están por doquier.

A penas entramos en el bar visualizo a mi madrina desbordada en la barra, miro alrededor y veo todas las mesas full y solo pienso que yo debería estar ayudándola en estos momentos. Estoy pensando que quizás pueda ayudarla con algunas cosas sencillas como tomar los pedidos de la mesa pero en cuanto me giro para enganchar mi abrigo ligero, me topo con la mirada reprobatoria de Emma.

—¡Ni lo sueñes! —me advierte con gesto amenazador a la vez que me apunta con el dedo índice para hacer más énfasis en sus palabras—, hoy estás aquí en calidad de invitada así que nada de estar corriendo entre las mesas.

Sé que tiene razón, además aún siento la molestia en la parte baja del vientre por lo que asiento.

Nos adentramos en la fiesta buscando a la festejada, a los pocos minutos la veo que viene hacia nosotras, al llegar hasta donde estamos Emma y yo gritamos en conjunto.

—¡Feliz cumpleaños!

—Aquí tienes un detallito —le digo mientras le entrego la bolsa de Zara.

—Es la blusa azul que tanto te gustó —le anuncia Emma, yo ladeo la cabeza y la miro con ojos reprobatorios.

—¿¡En serio!?! —grita dando brincos antes de encerrarme en un abrazo—. Gracias, ¿cómo lo supiste?

Le devuelvo el abrazo con ironía le digo:

—No lo sé, puede que un pajarito lo haya mencionado varias veces esta última semana.

—Fui demasiado obvia, ¿verdad?

—¡Qué va!... Es que soy muy perspicaz —afirmo mientras le guiño un ojo después de romper el abrazo.

Ella se ríe

—Que gusto que hayas podido venir.

—No me lo perdería por nada en el mundo.

Caminamos con Linda a la vez que tratamos de sortear algunas personas mientras ella nos conduce a la mesa donde ya está Samia esperándonos.

—Emma llegas tarde —grita por encima de “Burn it up^[6]” en el momento que se levanta para saludarnos.

—¿Se puede saber por qué te diriges a mí si somos dos? —le pregunta indignada poniendo los brazos en jarra.

—Porque tú eres la que siempre llega tarde.

—Te olvidas de un detalle y es que ahora vivo con una embarazada.

—No, no, no... No uses mi embarazo como excusa, yo llevaba lista como una hora cuando te dignaste a salir de tu cuarto.

—*Tu quoque, Brute, fili mi* ^[7] —dice llevándose la mano al pecho y dramatizando cada palabra—, en serio me matas.

Me rio.

Entiendo porqué hizo una carrera en bellas artes, porque en drama no le gana nadie.

—El hecho que Adriana viva contigo solo implica que ahora ella también llegará tarde —continúa

Samia.

—Ustedes no entienden que para conseguir esto —dice mientras que con un gesto de la mano señala su vestido sin tirantes negro ceñido al cuerpo, acompañado con una correa fina plateada ajustada en la cintura—, se necesita tiempo y como siempre digo... Es mejor llegar tarde que fea.

—Para su defensa hay que alegar que siempre va impecable —intervengo.

—¡Ahí lo tienes! Como dice mi querida Kimora Lee “Viste siempre como si fueras a encontrarte a tu peor enemigo”.

Es inevitable y a las tres se nos dibuja una sonrisa.

—Ya regreso, voy a saludar a algunos invitados —anuncia Linda antes de dirigirse a la puerta de entrada.

—Yo voy por unas bebidas —dice Emma—, y así aprovecho y le pregunto a tu madrina en qué le puedo ayudar. ¿Qué les traigo?

—Un jugo de naranja.

—Para mí otro Martini, por favor.

Emma se va hacia la barra y yo me siento al lado de Samia.

—¿Cómo te va con la loca? —pregunta señalando con la cabeza en dirección del bar.

—Vivir con Emma es exactamente eso... Una locura donde no hay tiempo para aburrirse pero la verdad es que me la paso muy bien. Me cuida, me mimas, siempre está pendiente de todo.

—Me alegro. Las cosas parecen arreglarse después de todo, ¿no?

—Supongo —digo encogiéndome de hombros en el instante que llega Emma con las bebidas.

—Todo terminará por resolverse, ya verás.

—Yo no estoy tan segura.

Emma me pasa la botella con el jugo de naranja y le pone el Martini rojo a Samia al lado de su otro vaso. Esta lo toma y se termina el resto de su bebida de un trago antes de pasarle el vaso vacío a Emma que luego se va a la mesa de al lado y en seguida se pone a recoger unas botellas de Súper Bock vacías.

—¿Cómo van tus cosas?

—Pues con Jaret todo igual, últimamente discutimos por lo mismo. La verdad no lo entiendo pero te cuento que me encanta esto de volver a estudiar aprendo mucho además que me la pasó muy bien.

—Me alegra mucho que hayas dado ese paso.

—Y yo, imagínate tú a mis veinte y cinco años estudiando de nuevo.

—Bien dicen que para aprender no hay edad y más si es algo que te hace feliz.

La noche va avanzando y van llegando más invitados entre los cuales distingo algunos conocidos.

Mi madrina se ha lúcido preparando la fiesta: ha puesto una bola de espejo, de esas que usan en la discoteca para reflejar la luz en varias direcciones en el medio de la pista de baile; entre eso, el juego de luces y la máquina de humo, ha creado una atmósfera sencillamente genial.

El DJ ni que hablar, ha logrado cautivar a todo el mundo creando una mezcla de las canciones más escuchadas del momento; y en cuanto a la comida... ¡Deliciosa! Hay para todos los gustos: tarticos rellenos, crema de berenjena con galletas, mini burgers, rollos de jamón serrano, de queso gouda, también ha agregado algunas cosas típicas como arepita de yuca, kipes, croquetas de pollo, bola de bacalao, entre otras cosas.

Se puede decir que la fiesta está siendo un éxito si obviamos la parte del cuchicheo de algunas personas sobre mí.

—Tengo la impresión que todo el mundo habla de mí —le digo a Samia.

Emma está sirviendo en el bar y Linda bailando Hipocresía^[8]. Se ve feliz, me alegro que poco a poco se vaya soltando y recuperando de lo sucedido con Brayan.

—Tú no hagas caso, ya sabes que la gente habla porque tiene boca; todos son iguales, te observan, te critican, te envidian y al final te terminan imitando.

Estoy a punto de responder cuando Linda se acerca a la carrera a la mesa y me dice:

—Recuerda que tienes que tomarte las cosas con calma, nada de estresarte.

La miro sin entender de qué está hablando ya que esta noche a penas me he movido de la mesa al bufet, luego miro a Samia a ver si tiene alguna idea pero ella se encoge de hombros. Por su cara me doy cuenta que está igual de perdida que yo mientras mira a su alrededor, hasta que sigo su mirada y creo morir de la impresión.

Estoy segura que toda la sangre ha abandonado mi rostro. El impacto es tan grande que tengo que cerrar los ojos para calmar el vértigo que me asalta.

Garras al aire



“ Primero tienes que aprender las reglas del juego, y después jugar mejor que nadie”

Albert Einstein

No puede ser.

¿Qué hace ella aquí? mi respiración se acelera tanto, que creo que el corazón se me va a salir del pecho.

¿Por qué max me ha hecho esto? ¿Cómo se atreve a traerla a este lugar sabiendo que yo estaría aquí?

—Respira —me pide Samia.

Yo trato de hacerle caso pero no lo consigo, en vez de calmarme me exalto más y siento como me corre una línea fría de sudor por la espalda.

Al abrir los ojos la veo en todo su esplendor: bellísima, rubísima, elegantísima, altísima y muchísimas ísimas más. Todo lo que no me siento en estos momentos.

Verla hace que recuerde todas las razones por la que él no está conmigo y la detesto por ello, al mismo tiempo que me odio a mí misma por poseer esos sentimientos.

—Voy a pedirle a Maximiliano que se marche y se lleve a su mujercita con él —anuncia Linda—. Esta vez se lució, aunque... —mira a su alrededor y luego estira el cuello para mirar por encima de las personas hacia la puerta—, no lo veo por ningún lado.

—No, espera —la detengo antes de que se vaya—, si haces eso solo aumentarán los chismes, además este es un sitio público.

—Sí, pero es mi fiesta y además mi mamá es la dueña por lo que me puedo reservar el derecho de admisión.

—No seas boba —concuerta Samia—. Adriana tiene razón, solo alentarías más el cotilleo, aparte de que ha venido con Carlos y es obvio que a él si lo invitaste ¿O me equivoco?

—Claro que lo invité, lo conozco de toda una vida —expresa con irritación—, pero no para que viniera con la finuris esta, a parte la gente siempre habla.

Tiene razón, en nuestra comunidad cualquier novedad es motivo de chisme, de todos modos cuando se me note la barriga harán un festín conmigo pero eso no importa, estoy preparada porque mi hijo no será motivo de vergüenza, no obstante, no quiero un escándalo en el cumpleaños de Linda. Yo soy la única culpable de esta situación, no es justo que su fiesta se vea arruinada y que el bar se vea involucrado en habladurías.

—Por favor déjalo estar —le suplico con un nudo en la garganta.

—Está bien pero solo porque tú me lo pides porque si no la sacaría yo misma aunque sea de los pelos.

—Parece que solo ha venido con Carlos porque no veo a Maximiliano por ningún lado —me informa Samia.

Saber eso hace que me sienta un poco mejor. Pero entonces, ¿A qué ha venido? Está claro que este no es su entorno.

«¿Será que se ha instalado finalmente y quiere hacer vida social?».

Sería muy acertado comenzar con Carlos que es uno de los mejores amigos de Max.

¡Mierda! Pero, ¿por qué diablos tuvo que venir aquí?

—Me ha arruinado la noche —dice Linda. Al mirarla veo que tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados—, no entiendo a qué ha venido, sobre todo sin Maximiliano.

—¡Hey! De eso nada. Es tu cumpleaños así que vas a seguir disfrutando de tu fiesta sin importar quien esté o no presente, ¿De acuerdo?

Asiente de mala gana.

—Pero me tienes que prometer que te vas a mantener calmada y que no te vas a ir.

—Te lo prometo.

Pero como de costumbre, todo lo que tiene que ver con Maximiliano puede más que yo y me cuesta mantener mis promesas.

Intento por todos los medios no mirarla, de controlar mi ansiedad... Miro a todas partes, las chicas intentan hacerme conversación para distraerme pero parece que mis ojos se mueven por voluntad propia porque siempre termino mirándola a ella, quien luce muy risueña y segura de sí.

Mientras pasan los minutos y más la miro, más va creciendo la opresión que tengo en el pecho por lo que le mando un mensaje de texto a Maximiliano.

Tu mujer está aquí, ¿pq no me advertiste que vendría?

Pretendo lucir relajada pero me estoy muriendo de los nervios.

¿Dónde está Max? ¿Por qué no me ha llamado? ¿Le habrá contando de mi embarazo?

¡Oh padre! Son demasiadas preguntas.

Me llevo las manos a la cabeza y entierro los dedos en mi cabello.

—¿Te encuentras bien? —me demanda Samia.

Le hago seña con la cabeza para decirle que sí, sin embargo no estoy bien, se me está formando un nudo en el estómago y siento que me asfixio.

«Tengo que salir de aquí... ¡Oh señor, tengo que salir ahora!».

En el instante que me levanto, la cabeza me da vueltas así que me sostengo de la silla.

—Adri, ¿te encuentras bien? —insiste Samia.

—Si —digo sin mucha convicción—, solo necesito ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece Linda.

—No gracias, enseguida regreso.

Entre el mareo y los nervios camino hacia los aseos tratando de mantener la compostura, respirando pausadamente para no caerme en el camino.

A penas estoy fuera de la vista del gentío me detengo y me recuesto contra la primera pared que encuentro mientras verifico mi teléfono pero no hay nada, ningún mensaje de su parte.

¡Maldición Max! ¿Por qué no me respondes?

Tomo unos segundos para tratar de coordinar mis pensamientos y mis pies antes de retomar la marcha.

Llego al baño de las mujeres, apenas he girado el pomo de la puerta cuando escucho:

—Scusa Adriana... aspetta^[9].

No, no, no. Ahora no por favor, ¿Por qué tuvo que coger este instante para venir al baño? Sé que

tengo que enfrentarla en algún momento pero no esta noche, no cuando estoy a punto de desmayarme.

No tengo idea de qué le voy a decir, ¿Qué le dices a la esposa del amor de tu vida sin sentir asco por la situación? ¿Que te enamoraste? ¿Que por más que sabías que estaba mal no pudiste evitarlo?

Me hago oídos sordos y entro en los lavados con la esperanza que de media vuelta y se marche.

Pero mi gozo es un pozo porque me sigue dentro.

Llenándome de valor respiro hondo, doy la vuelta y la enfrento.

—Buenas noches Sophia.

—Buona sera cara^[10], no te quito mucho tiempo. Solo quería saber cómo estabas —dice entre su medio español e italiano observándome de los pies a la cabeza—. Maxi mi ha detto che eri malato pertanto ya no laboras con lui. ^[11]

Asiento dándole gracias a Dios de vivir en un país multicultural que me ha ayudado a agudizar el oído y entender un poco de todo, eso; y también a que se me dan bien los idiomas porque si no, no hubiera entendido ni papa.

—Lo siento, espero que te sientas mejor —continúa con su acento bien marcado y una sonrisa más falsa que los billetes del monopolio.

—Muchas gracias.

—Por cierto, ¿no me felicitas per il mio matrimonio^[12]? —me demanda al tiempo que se lleva la mano a la oreja mostrándome la increíble roca que lleva en el dedo acompañada de una alianza dorada.

Ahí está mi respuesta. A eso ha venido, a restregarme en la cara su feliz matrimonio.

Un momento, eso solo puede significar una cosa... ¡Ella lo sabe!

Pero, ¿Desde cuándo lo sabe? ¿Acaso Max se lo ha dicho y por eso está aquí, para demostrarme que ella ha ganado? Entonces, ¿qué ha sido todo ese parlamento de antes? El saludo, su supuesta preocupación, ¿Ha sido todo fingido? No puede ser, no puedo creer que sea tan hipócrita.

—¿Sabes qué? Olvídalo, no necesito que la puttana^[13] de mi marido me felicite.

Abro los ojos como platos.

—¿Cómo dijiste? —baluceo dando un paso atrás sin estar segura de haber escuchado bien.

—Como escuchaste, *puttana* de mierda —repite mostrando al fin su verdadero rostro—, eso es precisamente lo que eres... Una puta. ¿Pensaste que no me daría cuenta que te estás acostando con mi marido?

Mi ritmo cardíaco se acelera aún más si es posible.

—¿Desde cuándo lo sabes? —tartamudeo con nerviosismo.

—Desde que comenzaste a follártelo.

Ahogo un grito.

—Una mujer se da cuenta de esas cosas —dice encogiéndose de hombros.

Me falta el aire.

Siempre supe que sus buenos modales eran tan falsos como ella.

—A pesar de que mi Maxi nunca había hecho algo así, decidí no darle importancia.

Da un paso al frente y me desafía con la mirada.

—Al principio pensé que solo quería experimentar un poco antes de la boda, ya sabes, algo así como... Tirarse una zorra —continúa mientras me lanza una mirada de desprecio—, aunque no entiendo que vio en ti, reconozco que tienes lo tuyo pero está claro que no me llegas ni a los talones.

Todas mis alarmas se encienden y empiezo a sentir como el sudor recorre nuevamente mi espalda.

¿Qué clase de persona permite que su prometido la engañe durante meses mientras ella finge no saber nada?

«Una que está muy mal de la cabeza».

Mi teléfono empieza a sonar.

Despacio bajo la cabeza para verificar quién llama y descubro que es Max.

Al levantarla Sophia me está observando con los ojos inyectados de sangre.

No sé qué hacer, está claro que no le puedo responder en estos momentos. ¡Esta mujer está completamente loca!

Me siento acorralada.

Mi instinto me dice corre, es peligrosa.

—¿No piensas responder? Seguro que es alguno de tus amantes; porque las zorras como tú no se conforman solo con uno.

Estuvo bueno, entiendo sus motivos pero no pienso quedarme aquí y permitir que me siga insultando.

—Lo siento Sophia pero tú y yo no tenemos nada más de qué hablar.

Paso por su lado en dirección de la puerta.

Me agarra por el brazo

—No tan deprisa cara —tira de mi hacia atrás con fuerza—, tú y yo no hemos terminado.

En el instante que retrocedo me golpeó la espalda contra la pared y la punzada que siento en el vientre hace que me encorve.

Aprieto la mandíbula y trato de incorporarme pero la habitación me da vueltas.

¡Dios santo! No permitas que me desmaye, no ahora.

Mi teléfono vuelve a sonar

Todo me da vueltas.

Cierro los ojos e intento respirar despacio mientras me apoyo en la pared, cuando los abro veo como su mano se levanta y aterriza en mi mejilla.

El corazón me late desbocado.

Veo todo borroso y ya no sólo por el mareo o por el golpe, sino por las lágrimas que se acumulan en mis ojos. Aunque me lo tenía merecido, no me lo esperaba.

Aprieto los puños con fuerzas y la miro directamente con los dientes apretados. Me invade la furia. En otra ocasión ya le hubiera arrancado su moño bien peinado y la hubiera sacado del baño a rastras pero me siento muy mal y sin fuerzas como para devolverle el golpe.

Me arde el rostro pero en vez de llevarme las manos a la cara, me la llevo al vientre. No sé si es por el dolor que siento o por el instinto de proteger lo que llevo dentro.

—Escúchame bien prostituta barata, aléjate de Maximiliano o te juro que lo que vivieron los judíos en Auschwitz será como irse de paseo comparado con lo que pienso hacerle a tu miserable vida. Yo estoy aquí para quedarme, así que ya no es necesario que le abras las piernas, porque para calentarle la cama estoy yo.

—¡Madre mía! Pero, ¿Qué pasa aquí? —pregunta Samia empujando a Sophia para llegar a mí.

—Sami, sácame de aquí, siento que me voy a desmayar —digo con un hilo de voz antes de que las fuerzas me abandonen y caiga en sus brazos.

—¡Santo Dios! Estás fría y empapada —dice en el instante que pone su mano en mí frente. Gira la cabeza y le grita a Sophia

—¿Qué le hiciste?

—Sami me duele...

Me pesan los ojos

—Adriana por favor quédate conmigo —me pide antes de gritar hacia la puerta—, llamen una ambulancia.

Cuando ladeo la cabeza veo a Linda, Emma, Carlos y a Max quien aparece detrás de ellos más pálido

que una hoja en blanco, desde aquí percibo la tensión de su cuerpo, el susto en su cara y la mandíbula apretada.

—Sophia, ¿Qué diablos haces aquí?

Cierro los ojos.

La decisión



“ Y lo más triste de todo es aceptar que mis labios tus besos mendigan ”

Anahí

Parpadeo varias veces. Al abrir los ojos me recibe una luz brillante que me ciega en el acto. Desorientada trato de ubicar donde estoy. Giro la cabeza y encuentro a Maximiliano sentado en un sillón. Al momento que se da cuenta que estoy despierta se acerca y me pone la mano en la frente.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con dulzura. Tiene sombras negras debajo de los ojos y el pelo alborotado como si se hubiera pasado las manos muchas veces por él.

—Creo que estoy bien —digo y mi voz sale áspera.

De repente recuerdo la razón por la que estoy aquí:

Sophia, el baño, la discusión, los insultos, el golpe, el dolor en el vientre...

—¿El bebé? —digo llevándome la mano al abdomen.

—Tranquila, han hecho una ecografía y está bien.

Cierro los ojos y respiro llena de alivio.

—¿Dónde están las...?

—Tus amigas están en la sala de espera —me interrumpe.

—¿Qué haces aquí?

—Peluche, ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿No recuerdas que te desmayaste en el baño del bar? ¿Dónde más podría estar sino es a tu lado? —dice mientras me acaricia el pelo.

—Claro que me acuerdo, sobretodo recuerdo la razón por la que estoy aquí.

Retiro la cabeza para que cese la caricia y su mano cae en la cama.

—Lo siento —dice con la voz apagada—, nunca imaginé que ella sería capaz de hacer algo así.

—¿Por qué no me advertiste que vendría al Loft esta noche, ¿eh? No tienes idea de lo que ha sido para mí verla allí.

—No lo sabía. Llegó esta tarde pero como tenía una reunión muy importante le dije que hablaríamos cuando llegara en la noche. Cuando vi tu mensaje di la reunión por terminada. En el camino hacia el bar traté de localizarte pero no respondías y me asusté —murmura con cansancio—. Se lo iba a decir esta noche, te juro que pensaba contárselo.

—Pues ya no es necesario que lo hagas, lo sabe todo.

Max me mira con el ceño fruncido. Increíblemente.

—No puede ser.

—Me confesó que lo sabe desde hace meses.

Max cierra los ojos. Parece que su cerebro trata de procesar lo que acabo de decir. Luego los abre y

se pasa la mano por la cara.

—Tú no tienes nada de qué preocuparte. Yo me voy a encargar de todo.

—Max claro que me preocupo, ¡Está loca! No la quiero cerca de mí. Si supieras todo lo que me dijo...

—Nuestra bella durmiente se ha despertado.

Miro hacia la puerta por donde un hombre de tez morena, de algunos treinta y cinco años de edad entra.

—Soy el doctor Gilles. He sido yo quien te ha atendido cuando llegaste a emergencia —me informa

—¿Cómo te sientes?

—Mejor.

El doctor toma su tensiómetro y coloca la banda negra alrededor de mi brazo.

—Cuando llegaste estabas deshidratada y tenías la presión muy bajita, además una de tus amigas me dijo que te dolía el vientre, así que hemos hecho una sonografía pélvica para descartar un aborto o un desprendimiento de placenta, entre otras cosas —me explica a la vez que va inflando la banda. Cuando esta se desinfla el doctor se queda escuchando unos segundos con su estetoscopio mientras mira en el indicador de presión que está conectado a la banda.

Max parece notar que mi cuerpo entra en tensión porque me aprieta la mano con cariño.

—¿Puedes decirme qué recuerdas antes de tu desmayo?

—Estaba en el baño, recuerdo que todo me daba vueltas y el corazón me latía muy deprisa, sentía que me faltaba el aire —le voy explicando mientras hace anotaciones en una carpeta que supongo es mi historial.

Me hace algunos chequeos y una que otras preguntas de rutina.

—Por lo que has explicado puedo asegurar que tuviste un ataque de ansiedad; por tu estado y tu historial médico me preocupa que eso pueda volver a repetirse. Esta noche voy a dejarte en observación pero es bueno que vayas donde tu médico para que haga otros exámenes si es necesario.

—Pero ella y el bebé están bien, ¿verdad?

—Sí, están bien. Solo es por precaución —le asegura el médico a Maximiliano—. Trata de descansar, vengo a verte luego.

—¿Puedo ver a mis amigas?

Lo piensa unos instantes y luego asiente

—Pueden pasar, pero solo una a la vez y no quiero que te alteres —me advierte mientras intercambia una mirada con Maximiliano que no logro entender.

Cuando el médico sale del cuarto miro a Max y le pregunto.

—¿Qué fue eso?

—Nada importante, Emma y yo tuvimos un pequeño desacuerdo —comenta con una sonrisa que no le llega a los ojos.

“Nada importante” como si yo fuera a tragarme algo así. Emma y Max en una misma habitación es sinónimo de choque de titanes.

—¿Estás cómoda? ¿Necesitas algo?

—Lo que necesita es que te alejes de ella bestia.

—¡Emma! —le advierto.

—Emma nada, entiendo que estés muy mal para decirle sus cuatro verdades pero ambas sabemos que él no tiene nada que hacer aquí —afirma entrando en la habitación con pasos firmes.

—Te recuerdo que soy el padre del bebé —le dice sin titubeos manteniendo un tono de voz moderado.

—Pues será lo único bueno que has hecho —le responde levantando la cabeza y proyectando la barbilla hacia adelante—. Es la persona más fuerte que conozco y desde que llegaste le has roto el corazón, le has quebrantado el espíritu y le has arruinado la vida y todo en menos de un año —continúa con el rostro enrojecido por la rabia—, así que discúlpame por no ser tu mayor fan en este momento.

Él aprieta la mandíbula.

—¡Mírala! —le ordena levantando la voz—, la loca de tu mujer la agredió y la Adriana que yo conozco nunca hubiera permitido algo así, pero lo hizo; ¿Sabes por qué?... Porque se siente culpable y avergonzada de todo esto.

—¿Crees que me hace feliz verla en ese estado? —grita dando un paso hacia ella con la mirada oscurecida.

—Me importa una mierda lo que te haga o no feliz —dice ella en el mismo tono sin dejarse intimidar—. Cuándo te vas a comportar como un verdadero hombre y arreglar toda tu mierda, ¿eh? —demanda mientras le apunta el pecho con el dedo haciendo énfasis en sus palabras.

Max cierra los puños con fuerza pero intenta mantener un tono de voz pausado.

—Estoy intentando arreglar las cosas, le pedí a Sophia que viniera para hablar con ella pero tuve un imprevisto y...

—Pues mira dónde nos ha traído tu imprevisto —le corta cruzándose de brazos—, pero te advierto una cosa, si tu querida mujercita vuelve a acercarse a ella, te juro que voy a patear su fino trasero de vuelta a Italia.

—¿¿Ustedes han perdido el juicio?! ¿Es que se les ha olvidado donde se encuentran? —pregunta Samia cerrando rápidamente la puerta detrás de ella—, sus gritos se escuchan desde el pasillo.

Ella camina con pasos apresurados hacia ellos y se interpone entre los dos—. Emma comprendo que estés molesta pero ya te dije que este no es el momento ni el lugar.

Ladea la cabeza y mira a Maximiliano.

—Y tú, si no vas a comportarte es mejor que te marches —le dice señalando la puerta en el momento que Max afloja los puños.

Se hace un silencio en el cuarto.

—Aquí no se trata de lo que ustedes sienta o quieran, se trata de ella, de su salud —continúa mirándolos a ambos con el ceño fruncido.

Ellos se giran en mi dirección como si tomaran conciencia de mi presencia.

—Lo siento —Se disculpa Maximiliano dejando caer los hombros. Este mira a Emma unos instantes y luego le dice con la voz apagada—. El doctor ha dicho que debe quedarse esta noche en observación, si hay algún cambio quiero que me llames, no importa la hora que sea.

Ella asiente aún con los brazos cruzados.

—Muchas gracias. —le responde Max.

Él pasa por su lado y camina hasta la cabecera de la cama y me toma de la mano.

—Mañana estaré aquí a primera hora. Me quedaría contigo pero solo se puede quedar una persona y estoy seguro que prefieres quedarte con Emma —me dice y luego se inclina, me besa la frente y con voz entrecortada añade—. Te amo con locura.

Se ve tan triste y perdido, me destroza verlo así tan apagado.

—¿Podrías llevarme a mi casa? Me llevaría el carro de Emma pero es mejor que se quede con él por si se llegara a necesitar algo.

—Claro, esperaré en el pasillo mientras te despides.

Max me mira nuevamente. Quizás esperando que diga algo. No lo sé. Segundos después sale de la habitación con aire abatido.

—Adri, siento mucho lo que pasó, debí ir contigo. Si no te hubiera dejado sola nada de esto hubiera pasado.

—Tú no tienes nada por lo cual disculparte, esto iba a suceder en cualquier momento. Lo malo es que haya sido de una forma tan dramática y en el cumpleaños de Linda. La pobre, el año pasado Emma se agarró de las greñas y este año esto, si seguimos así vamos a crear un récord arruinando su cumpleaños.

Y yo que no quería alimentar el cotilleo, después de esto las víboras me van a acabar.

—Ya sabes que para nosotras lo tradicional es aburrido...—dice en tono de burla y su comentario me arranca una sonrisa—... Nos vemos mañana nena, trata de descansar, ¿De acuerdo?

—Mañana estaré como nueva, ya verás.

—Eso espero.

Me da un rápido beso en la mejilla y se despide de ambas.

—Siento mucho lo de antes —se disculpa Emma desplomándose en el sillón que está al lado de la cama y que ocupaba Max hace un rato—. No tengo nada contra él pero sabes que tiene que alejarse de ti hasta que solucione su mierda.

Tiene toda la razón. Sophia es un peligro. Aún me cuesta creer lo que ocurrió en el baño y eso que todavía no sabe nada de mi embarazo. Está llena de odio y la creo capaz de cualquier cosa.

—Estoy de acuerdo contigo, sin embargo sé que él no se alejará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque aunque cueste creerlo estoy segura que Maximiliano me quiere de verdad, además de que estoy esperando un hijo suyo.

—No me cuesta creerlo, vi lo desesperado que estaba cuando estabas inconsciente, parecía un loco gritando todo tipos de improperios contra la desquiciada esa y contra los paramédicos. De hecho es la única razón por la que lo dejé quedarse contigo.

Nos quedamos en silencio unos segundos y yo aprovecho para analizar todo lo que pasó esta noche.

—Emma... ¿Tú crees en el destino?

—Depende.

El silencio reina durante unos segundos en el cuarto, cuando creo que ya no va a agregar nada más y me dispongo a exponer mi punto me dice:

—Creo que tú y yo estábamos destinadas a conocernos. Nunca voy a olvidar cuando Fátima y Hayet entraron en el baño del colegio dispuestas a darme la golpiza del siglo y tú sin conocerme interviniste en la pelea y juntas le dimos su merecido a ese par de arpías. Desde ese momento supe que te quería en mi vida para siempre.

Recuerdo muy bien ese día. Fátima y Hayet eran dos chicas árabes que se creían el terror del curso. Una mañana durante un curso de inglés la profesora anunció que haríamos un trabajo en equipo con otro curso que resultó ser el de Emma, durante las presentaciones de los diferentes proyectos Fátima hizo un comentario en árabe, aunque nadie comprendió lo que dijo a todos nos quedó claro que hablaba de Emma por la forma que se le quedó mirando y a juzgar por la risa estúpida de su amiga dimos por hecho que no era nada bueno.

Como a Emma no hay que echarle mucha leña para que prenda el fuego, la enfrentó y la retó a que repitiera lo que había dicho en francés. El punto es que la cosa se salió de tono y la profesora tuvo que intervenir. A la hora del receso Fátima y Hayet esperaron a Emma en el baño. Dos contra una, las muy cobardes. No puede quedarme con los brazos cruzados y desde ese día somos inseparables. Aun el hecho de mudarse a Luxemburgo no ha podido distanciarnos, al contrario, nuestro lazo se ha hecho más fuerte.

—¿Por qué lo preguntas?

—Max me dijo que soñó que yo le daba un hijo...

—¿Qué tiene que ver eso con el destino? —me interrumpe.

—Que lo soñó antes de conocerme.

Me mira sorprendida.

—No entiendo.

—¿Recuerdas la noche que salimos a celebrar mi entrada a la facultad?

Ella tuerce el gesto mientras hace memoria y luego asiente con la cabeza.

—Pues esa noche él estaba ahí y al verme se dio cuenta que yo era la muchacha con la cual había soñado semanas antes, la misma que daba a luz un hijo suyo.

Ella se queda con la misma cara que estoy segura tuve cuando Max me lo contó.

Sorprendida. Incrédula.

—Pero, ¿por qué no te habló?

—No lo sé.

—Es una historia de locos.

—Entiendes ahora porqué estoy segura que Max no me va a dejar. Él está convencido que estamos destinados a estar juntos y es por eso que la que debe alejarse soy yo —murmuro en un tono casi inaudible mirando el techo.

—Me parece perfecto, es mejor que... ¡Espera un momento! No me gusta ese tonito, ¿Qué estás tratando de decir? —demanda sentándose de pronto con la espalda erguida.

—Mi abuela me ha sugerido irme a vivir con ella y con mi mamá un tiempo...

—¡No estás hablando en serio! —me corta poniéndose de pie.

—Emma tu misma acabas de decir que tengo que alejarme...

—Sí pero yo me refería a otro tipo de alejamiento —vuelve a interrumpirme mientras camina por la habitación gesticulando con las manos—, no a que te mudes a nueve mil kilómetros.

—Emma, ¿Puedes dejarme terminar? Y por favor ya deja de dar vueltas que me vas a marear.

Se recuesta en la pared más cercana, se cruza de brazos y me hace seña con los ojos para que continúe.

—Tú sabes que ahora mismo estoy emocionalmente inestable y demasiado enamorada de Maximiliano como para que todo esto no me afecte, además estoy esperando un hijo suyo por lo que no puedo mantenerlo alejado de mí para siempre aunque así lo quisiera. Sophia me ha declarado la guerra abiertamente y ambas sabemos que no estoy en condiciones para enfrentar todo esto sin poner en peligro mi embarazo. No digo que me vaya a ir para siempre, solo el tiempo necesario para recuperarme y volver a ser yo.

Analiza mis palabras unos momentos, después se acerca y se sienta en la cama.

—Entonces, ¿Solo te irías una temporada?

Asiento con la cabeza.

—Necesito poner distancia, lo he estado pensado y con lo que pasó esta noche creo que es lo mejor —digo rozando su mano con mis dedos ya que la aguja que tengo clavada en el dorso de la mano para que baje el suero no me permite hacer más—, me vendrá bien estar un tiempo con la familia, alejada de todo. Puede que sea cobardía de mi parte salir corriendo en estos momentos pero debo pensar en lo que es mejor para mí y el bebé.

—No eres cobarde. Solo haces lo que hacemos todos cuando nos vemos acorralados... Tratar de sobrevivir

Nos miramos unos instantes. Lo bueno de llevar tanto tiempo conociéndonos, es que a veces las palabras sobran. Aunque no diga nada, ella sabe que tengo razón y que irme es la mejor opción.

—Ha sido un día largo, trata de descansar y ya hablaremos mañana con más calma.

Vuelvo a asentar.

Ella regresa al sillón y recuesta la cabeza en el respaldo de la silla.

“Es una historia de locos”. Es lo mínimo que se puede decir.

Ay Max, mi vida es una locura desde que llegaste tú. Fue muy bonito mientras duró pero es hora de volver a la realidad.

Lo peor de todo, es que lo volvería a hacer, volvería a vivir cada momento que pasé contigo.

—Adri...

—Anja.

Ladeo la cabeza y la veo con los ojos cerrados.

—Te voy a extrañar.

—Yo también.

Yo no quería engañarte



“Yo traté de encontrarte pero tú te escondiste dentro de ti mismo y nunca me escuchaste”

Raquel Sophia

Salgo del carro. Escucho el sonido de mi teléfono y por la hora que es inmediatamente mi primer pensamiento es que se trata del hospital y entro en pánico. A pesar que Emma dijo que me llamaría si llegara a ocurrir algo, no me puedo fiar de su palabra, de manera que dejé mis datos para que me avisaran. Rápidamente busco el celular en el bolsillo del pantalón y me vuelve el alma al cuerpo cuando veo de quien se trata.

—Te llamo para saber cómo sigue Adriana.

—Está mejor aunque la han dejado en observación —respondo y me recuesto contra el vehículo.

—Me imagino que te vas a quedar con ella esta noche.

—Qué más quisiera yo pero no, se ha quedado Emma. Acabo de llegar a casa de Raquel. Por cierto Carlos quería darte las gracias por ocuparte de Sophia. Mañana en la mañana iré a su hotel para hablar con ella, necesito que me explique qué hacía en el Loft..

—Pero no la llevé al hotel.

—¿Ah, no?

—No, me pidió que la llevara a casa de Raquel.

Me peino el cabello para atrás, luego me paso la mano por el rostro con fuerza y suspiro agotado.

—Joder, todavía no entiendo qué coño hacía allí.

—Yo tampoco. Te juro que me quedé de piedra cuando llegué y me la encontré en la puerta. Pensé que si me quedaba con ella las cosas no se saldrían de control —se lamenta mi amigo—. Siento mucho que no haya sido así.

—No te laments ni yo mismo hubiera podido prevenir algo así.

Le doy nuevamente las gracias a Carlos, quien me dice que pasará al otro día temprano a ver a mi peluche al hospital.

Al cortar la comunicación me quedo unos segundos mirando la casa. Todo parece estar tranquilo. Miro mi reloj de mano que marca las cuatro y quince minutos.

Ya todos deben estar dormidos.

En silencio lo agradezco. Ha sido un día largo y una noche terrible, lo único que quiero es darme una ducha y acostarme un rato aun sabiendo que probablemente no logre conciliar el sueño.

Retomo la marcha y al llegar a la puerta de la casa, introduzco mi llave y giro. La abro y cuando entro en el gran salón todo está en penumbras.

Sophia debe estar en mi cuarto. Pienso si quedarme en el salón o ir a dormir con mi sobrino.

A penas doy un paso cuando escucho:

—Hasta que por fin te dignas en aparecer, por un momento pensé que te quedarías toda la noche con esa —Deja caer con todo el desdén que siente.

Pensaba hablar con ella en la mañana pero aparentemente Sophia tiene otros planes. Sigo el sonido de su voz mas no la veo.

—Creí que estarías dormida —confieso con cierta dejadez en la voz.

Estoy agotado.

Hablo al aire ya que no sé exactamente dónde está. Al cabo de unos segundos escucho un clic. Es el bombillo de la lámpara. La sala se cubre de una luz tenue. Sophia está sentada con las piernas cruzadas en el sillón donde mi hermana suele sentarse a leer por las noches.

—Más bien te convenía que así fuera para poder escapar de esta conversación.

Pese que su tono es neutro sé que está molesta y que su calma no durará mucho pero me rehúso a montar un espectáculo en el salón y correr el riesgo de despertar a mis sobrinos. Así que continuo mis pasos y subo las escaleras en dirección a mi habitación ya que está situada en el fondo del pasillo, lejos de la de los niños.

Entro y me quito el saco, lo tiro en la cama antes de que Sophia envuelta en un albornoz blanco me siga por la puerta.

—¿Y ahora qué? ¿Piensas evadirme? ¿Te vas con esa mujer y me envías a casa con tu amigo como si yo fuera una fulana cualquiera en vez de tu mujer y encima tienes la desfachatez de ignorarme! —grita y me apresuro a cerrar la puerta

—¿Quieres hablar? Pues bien, lo haremos pero de una vez te digo que no me vas a montar una de tus escenas en casa de mi hermana. Aquí viven mis sobrinos y te pido respeto...

—¡Respeto! ¿Tú me hablas de respeto? ¡Tú que te andas revolcando con esa zorra!

—Te prohíbo que vuelvas a hablar de ella de esa forma —la corto con un tono de voz calmado pero con la suficiente fuerza y determinación. Puede que esté molesta pero yo estoy que me lleva los mil demonios. Por su culpa Adriana está en el hospital y no pienso permitir una ofensa más en su contra.

—Esto es increíble —dice con sorna—, no puedo creer que la defiendas cuando ella es la causante de que estemos así.

Resoplo. No tengo ningún deseo de discutir pero ella no me lo va a poner fácil.

—Adriana no tiene la culpa de nada. Nadie se mete dónde no lo dejan entrar, además yo fui quien la buscó.

—¿Y me lo dices así? ¡Con tanto descarro! ¡Por eso quisiste montar el negocio aquí para estar cerca de esa mujer y poder tirártela cada vez que te diera la gana! —continúa gritando fuera de sí.

La miro pero no digo nada. Tiene toda la razón, pude quedarme solo con el negocio en Italia o abrir una sucursal en cualquier otra parte pero lo hice para poder estar cerca de ella, porque no podía sacármela de la cabeza y pensé que enloquecería sino la volvía a ver.

—Ya deja de mirarme y responde, ¿Desde cuándo te estás follando a esa mujercuela?

—¡Sophia basta!

—¡Pues respóndeme maldita sea! —grita a la vez que da un paso en mi dirección con la mirada enfurecida.

No puedo creer que se enfoque en eso cuando hay cosas más importantes de las que debemos hablar.

—¿Acaso importa?

—Tienes razón, no importa porque desde este momento te prohíbo volver a verla.

Miro a la mujer con la que durante tantos años he compartido mi vida. Para ella todo lo que cuenta es triunfar en los negocios, los viajes, las fiestas entre riquillos que solo piensan en enriquecerse cada día

más sin importar lo que tengan que hacer para que eso pase. Puede que si no hubiera conocido a Adriana me haya conformado con eso, pero me niego a vivir una vida tan vacía. No digo que Sophia no me quiera, pero estoy seguro que no me ama. Es más, estoy convencido que para ella soy solo un capricho. Desde el momento que le dije que no quería nada serio con nadie, me convertí en un reto más. Durante todos estos años me he dejado mal influenciar por mi padre y me he dejado manillar por ella dejándome envolver en una vida llena de lujos pero que no me llena.

Eso se acabó.

—Entiendo que estás molesta pero de entrada te digo que no voy a dejar de verla porque estoy enamorado de ella —confieso con toda la calma del mundo a la vez que me desabrocho el botón de la manga de mi camisa y me la remango hasta los codos.

Ella ahoga un grito de sorpresa quizás porque no esperaba que fuera tan directo.

Lo último que quiero es hierirla pero debo ser sincero. No pienso seguir escondiéndome detrás de la voluntad de mi padre, ni del miedo a perderlo todo, como tampoco pienso esconder más mis sentimientos por Adriana.

Ella camina hasta donde estoy, levanta la mano y me gira la cara de un tortazo.

Me llevo la mano a la mejilla y giro la cabeza lentamente. La miro y a pesar de mi sorpresa no la culpo. Entiendo que me lo tengo merecido.

Desde el momento que descubrí la intensidad de mis sentimientos por Adriana debí terminar lo nuestro.

La miro mientras ella tiene el rostro enrojecido. Lleno de dolor. Ni si quiera sé si esta dolida porque la he engañado o porque lo haya hecho con una persona que considera inferior a ella. Me disculpo en silencio con la mirada por ser tan brusco con mis palabras. No quiero sonar como un desgraciado pero ella no me está dejando otra alternativa.

—No puedo creer que seas tan mal nacido como para decirme eso cuando hace apenas unas semanas que estamos casados. Te juro que te desconozco Maximiliano. ¿Pero qué es lo que te ha dado esa mujer?

—¡Amor Sophia! Me ha dado amor.

—¡Pero te casaste conmigo!

—¡Porque no me dejaste elección! —Y esta vez soy yo quien eleva la voz—, porque montaste todo ese circo, porque me dejé una vez más convencer por mi padre quien me dijo que dejarte no era una opción. Te dije que quería hablar contigo. Quería terminar nuestro compromiso pero no quisiste escucharme.

Ella me mira incrédula a la vez que se lleva las manos a la cabeza y entierra los dedos en su melena rubia.

—Sophia pero si ni siquiera te toqué esa noche —digo suavizando el tono—, llevo meses sin tocarte y te pido que no pongas esa cara porque ya Adriana me confirmó que sabías de lo nuestro.

—¡Sí! Lo sabía y callé... —confiesa en medio de la rabia y la desesperación—. Callé porque pensé que solo querías divertirme un poco antes de...

—Pues te equivocaste —la corto—, estoy enamorado de ella y por lo mismo no puedo seguir contigo.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Que tenemos que divorciarnos —confieso al fin. Siento que me he liberado de un gran peso.

Su cara es invadida por el horror.

—Tú no me puedes dejar —dice en voz baja como si no se creyera del todo lo que le acabo de decir. Pero esa sensación de confusión no dura mucho y enseguida se recupera y vuelve a mirarme altiva—. Te recuerdo que tienes una deuda moral conmigo y no te estoy hablando de lo económico porque eso también me lo debes a mí, si no hubiera sido por nuestro noviazgo mi padre nunca hubiera invertido en tu

empresa.

A penas esas palabras han salido de su boca le lanzo una mirada glacial y ella se calla en el acto. Está cabreada, llena de rabia pero sabe que ha tocado una cuerda sensible y estoy harto que siempre termine sacando la misma vaina una y otra vez.

¿Hasta cuándo cree que le va a funcionar?

Que use algo tan delicado y doloroso para mí es la punta del iceberg.

—Te equivocas, yo no te debo nada —respondo con los dientes apretados sintiendo como la sangre me arde por las venas.

Estoy demasiado molesto y cansado como para seguir con esta discusión.

—Voy a dormir con Kevin —digo al cruzar por su lado—, te recomiendo que pienses muy bien lo que vas a hacer porque ya tomé una decisión y no pienso dar marcha atrás.

Sophia me mira con la respiración acelerada pero no dice nada. Ella sabe que ha tocado una tecla sensible y no le conviene tirar más, eso me haría explotar y no es ni el momento ni el lugar.

No veo la hora



*“Si tuviera que elegir te elegiría a ti, de nuevo a ti, besándome,
tan solo esos momentos son los que llevo dentro”*

Noel Schajris

Estoy tirado en la cama cuando escucho el ruido de un mensaje entrante. Tiro la mano y busco a ciegas mi celular sobre la diminuta mesita que está al lado de la cama. Lo primero que hago es mirar la hora: Las 6:00AM, ¡Mierda! Como me temía no he dormido nada. Me froto los ojos con el dorso de la mano para espabilarme. Estoy agotado.

Deslizo el dedo sobre la pantalla de mi teléfono y abro la bandeja de SMS.

**Aterrizaje en el vuelo IT430, a las 8 de la mañana. No te molestes en ir a recogerme.
Tomaré un taxi.**

Bloqueo el teléfono y lo pongo de vuelta donde estaba. Cierro los ojos unos segundos y me vuelvo a acomodar en la cama de una plaza de mi sobrino. Mi hermana que es una santa, después de mi conversación con Sophia vino a buscar al niño y se lo llevó a dormir con ella. Doy varias vueltas, trato de buscar una posición que me ayude a dormir pero nada, no lo consigo. ¡Mierda! Mejor hago algo productivo y voy a buscar a Vince al aeropuerto. Me estiro y luego me siento en la cama. Pongo los codos sobre mis rodillas y entierro la cabeza entre las manos. ¡Cielos! Llevo casi veinte y cuatro horas sin dormir. Despacio me levanto de la cama y me encamino hacia el baño de Kevin.

Media hora después, ya duchado y con el mismo pantalón negro porque no quiero entrar en mi habitación a buscar ropa para cambiarme, me dirijo al aérea de lavado donde por suerte encuentro una camisa a negra que ponerme.

Quince minutos más tarde estoy en mi carro con dirección al aeropuerto. Llego antes de las ocho así que busco donde parquear, entro en el hall y me siento cerca de la salida de los pasajeros.

Mientras espero la llegada de mi abogado y amigo pienso en Sophia. Estoy seguro que no me lo va a poner fácil. Todavía me cuesta creer que haya usado la carta de su embarazo para obligarme a quedarme a su lado. ¿Qué clase de persona hace eso? La verdad que cada día que pasa me doy cuenta de lo equivocado que he estado todos estos años con relación a ella y a lo nuestro.

Me pierdo en mis pensamientos, entre todo lo que aún me queda por hacer y lo que se me podría venir encima. Por suerte he sabido mover algunas fichas a tiempo. Puede que me quede sin nada pero Adriana estará siempre protegida.

—¡Hey! ¿Qué haces aquí? —me pregunta mi amigo en italiano, sobresaltándome y sacándome así de

mis pensamientos—, te dije que tomaría un taxi hasta la casa de tu hermana.

Miro a mi casi hermano ya que nos conocemos desde la facultad y quien lleva los asuntos legales de Lombardi Consulting en sus vaqueros desgastados y su camiseta. Quién diría que con esa cara de pícaro y esa pose muy relajada que se gasta, a sus treinta años es uno de los mejores abogados que conozco.

—Sé que no puedes vivir sin mí y que te morías por verme pero aun así... —comenta socarrón.

—Ya... pero tuve miedo que tú y tu gran sentido de la orientación se perdieran entre las cuatro calles que forman este país —digo a la vez que me levanto de la silla y lo envuelvo en un rápido abrazo.

A él le gusta meterse conmigo casi tanto como le gustan las mujeres. Pero sabe que tengo razón, él será muy bueno con las leyes pero no reconocería una misma calle aunque pasara por enfrente más de cien veces.

Vince finge una sonrisa a la vez que me enseña el dedo corazón.

—Muy maduro —le digo con media sonrisa—, vamos que tengo que ir al hospital.

No bien he terminado la frase que mi amigo me ametralla de preguntas.

En el trayecto al Centre Hospitalier le cuento todo lo sucedido. Al llegar él todavía no sale del asombro. Le cuesta creer que Sophia se esté comportando de esa forma, creo que hasta se siente mal dado que fue él quien nos presentó.

Como era de esperar los pocos parqueos que posee el hospital están full por lo que tengo que buscar uno en los alrededores.

Es que primero me hago millonario antes de encontrar un parqueo decente en esta ciudad. Doy varias vueltas echando varios improperios pero no consigo nada.

Al cabo de quince minutos, cansado de girar en círculos como un trompo y loco por ver a mi peluche me doy por vencido y termino parqueándome a nueve esquinas del hospital.

Llegamos a la entrada y Vince me va explicando cómo van las cosas que le he pedido que hiciera. Al llegar a la puerta de entrada nos encontramos con Carlos.

—¡Hola! —me saluda en el momento que estamos frente a él.

—¿Hace rato que estás aquí?

—No, apenas voy llegando.

—Carlos, él es Vicente Morelli, Vince este es Carlos el amigo de quien tanto te he hablado —los presento a ambos en español. Elijo ese idioma ya que Vince lo entiende un poco, todo lo contrario de Carlos que no entiende ni mu de italiano.

Mis dos amigos se estrechan las manos e intercambian un rápido “Encantado de conocerte”

—Me alegro haberme encontrado contigo, vine a ver a Adriana pero al llegar aquí me di cuenta que no te había preguntado el número de su habitación. Ahora iba a ir a la recepción a informarme.

—Vamos, aunque creo que es mejor preguntar si podemos pasar los tres ya que anoche solo permitían una persona a la vez.

Nos encaminamos hacia la recepcionista cuando veo que Vince detiene sus pasos y pierde la vista en un pasillo. Lo miro con curiosidad al tiempo que me pregunto qué habrá llamado así su atención.

Mi querido amigo no se contenta con mirar sea lo sea que haya visto desde lejos porque inmediatamente gira en ese pasillo. Yo miro a Carlos y ambos nos devolvemos para seguirle los pasos.

Al doblar en la esquina del pasillo entiendo mejor su actitud.

—Se te calló el papel —le dice éste en italiano a Emma que está de pie enfrente a la máquina de café, esperando su bebida, vestida aún con el pequeño vestido negro que llevaba la noche anterior.

Esta se da la vuelta, mira a mi amigo y luego al piso buscando algo con el ceño fruncido.

—¿Cuál papel? —le pregunta ella en italiano sorprendiéndome por la misma ocasión. No tenía ni idea que lo hablara. Su acento es un tanto marcado pero lo habla bastante bien.

—El que te envuelve bombón —le responde él en un tono de lo más meloso acompañado de una sonrisa pícaro.

En otras circunstancias puede que hasta me haya sacado una sonrisa con ese comentario pero conociendo el temperamento de Emma y sabiendo que no soy su persona favorita en estos momentos prefiero mantener una postura seria.

Miro a Carlos que tuerce el gesto con la mirada contraída. Puede que no comprenda lo que Vince haya dicho pero es obvio que entendió el interés que este ha mostrado por ella.

Emma mira a mi amigo como si no se creyera del todo lo que acaba de escuchar, luego levanta los ojos al cielo al mismo tiempo que niega lentamente con la cabeza.

Yo me acerco a ellos acortando así los pocos centímetros que nos separan y hago las presentaciones. Ella me mira durante unos segundos, después vuelve a dirigir su mirada hacia Vince que la sigue mirando con sus ojos azules muy interesado.

Sus ojos se mueven un poco hacia la derecha, como si tratara de recordar algo. Después de un instante la arruga de su frente se suaviza y sus ojos se iluminan como si cayera en la cuenta de algo.

—Ya me decía yo que tu cara me sonaba conocida.

Dice más para sí misma que para Vince. Antes de girarse nuevamente hacia la máquina y tomar el vaso con su bebida caliente.

—¿Y esa palabrería barata de verdad le funciona con las mujeres? —pregunta mientras mueve con un palito plástico su café sin siquiera voltearse y yo finjo que no escucho su comentario.

—No sabía que hablabas italiano.

—Hice una licenciatura en bellas artes. Estudio italiano desde que tengo quince años, además participé en el programa de intercambio de estudiantes Erasmus de la academia de bellas artes en Milán.

—¿Cómo pasó la noche Adriana? —le pregunto ignorando su tono chulesco y su cara de satisfacción. Está más que claro que ha dicho lo de Milán para impresionar y aunque conmigo no lo consigue, con Carlos parece haber cumplido su cometido porque la mira con un brillo en los ojos. Parece un ciego que acaba de ver la luz del sol por primera vez. Por lo que me enfoco en lo que realmente me interesa.

Emma abre la boca pero de pronto sus ojos se distraen con algo a mis espaldas y se detiene. Volteó la cabeza para ver qué la hizo callarse de repente pero no veo nada en particular. Ella no me responde y empieza a caminar con pasos apresurados por el mismo pasillo que hemos llegado. No entiendo su actitud pero eso no me impide seguirla. Cuando da la vuelta, toma dirección hacia la recepción casi a la carrera, yo la sigo muy de cerca imitando sus pasos y de pronto entiendo su reacción y me detengo en seco al ver al hermano de Adriana hablando o más bien gritándole a la recepcionista para que le dé información sobre ella.

Este levanta la cabeza con cara de agobio, al ver a Emma se encamina rápidamente hacia ella y la encuentra a medio camino.

—¿Me puedes explicar cómo diablos es posible que mi hermana esté hospitalizada y que yo sea el último en saberlo cuando toda la maldita ciudad parece estar enterada? —le pregunta en un tono demasiado alto para el lugar donde nos encontramos.

—Se ha desmayado —responde esta con un hilo de voz a la vez que Carlos y Vince llegan a mi lado.

—¿Cómo que se ha desmayado? ¿Y por qué no me llamaste?!

Vuelve a gritar y por primera vez desde que la conozco veo que Emma se queda sin palabras. Parece dudar entre si contarle o no los verdaderos motivos.

—Alex cálmate —le pide Carlos al mismo tiempo que se acerca a ambos—, de nada sirve que le grites la pobre no tiene la culpa de lo que le pasó a Adriana.

—Tú también lo sabías y no me llamaste, ¿pero se puede saber qué está pasando aquí?! —continúa

en el mismo tono ignorando la petición de Carlos.

Mi amigo Vince se acerca y se interesa en saber qué es lo que está pasando. Le dedico un “te lo explico luego”, porque ahora mismo no tengo cabeza para nada más que no sea Alexander. Tengo que decirle la razón por la que Adriana terminó aquí. Aunque no sé cómo se lo voy a explicar. Antes de que la idea se materialice en mi cabeza mis pies se mueven por inercia hacia dónde están ellos, me paro en frente de él y busco su mirada.

—Yo puedo explicarte qué es lo que está pasando.

Emma que intuye lo que voy a decir, me agarra por el brazo llamando así mi atención.

Ladeo la cabeza y la miro.

—Es a Adriana a quien le corresponde contarle, no a ti.

—¿Qué es lo que me tiene que decir? —inquire Alex exasperado obteniendo nuevamente mi atención—. Además ¿qué hace usted aquí?

—Señores este es un hospital así que les recomiendo bajar la voz o tendré que pedirle a seguridad que los eche —nos dice en francés una enfermera de unos treinta y tantos al llegar hasta donde estamos.

—Disculpe, no volverá a pasar —le responde Emma en francés a la pelinegra. La mujer a pesar de tener el ceño fruncido asiente y se marcha.

—Vamos Alex, te llevo para que la veas.

Este asiente confundido y lo entiendo perfectamente. No debe ser fácil enterarte que tu hermana está en un hospital por terceros y no tener idea de lo que está pasando.

Emma enreda su brazo al de él y lo conduce a la habitación del amor de mi vida.

No puedo permitir que enfrente esto ella sola.

Camino justo detrás de ellos seguido de cerca por mis dos mejores amigos.

Perdonando



*“Una vida gastada cometiendo errores no es solo más honorable,
sino más útil que una vida gastada haciendo nada”*

George Bernard Shaw.

Odio los hospitales.

—¿Dónde estará Emma metida? —murmuro para mí misma—. Hace más de veinte minutos que fue por un café.

¿Y cuándo será que vendrán a quitarme esta intravenosa? Pensé que me darían el alta a primera hora en la mañana.

Escucho el pomo de la puerta y suspiro aliviada.

«Por fin el doctor se ha dignado a venir a verme».

Pero el alivio me dura poco cuando veo a Emma entrar con cara de horror seguida muy de cerca por mi hermano que tiene toda la pinta de estar de todo menos contento.

De pronto mi cara debe reflejar lo misma que la de Emma. Ni siquiera había pensado en él.

Alex se suelta del amarre de Emma y con pasos apresurados se acerca a la cama.

—¿Pero qué coño te ha pasado?

—Me he desmayado —me apresuro a decir.

—Eso ya lo sé, parecen todos disco rayado con la misma respuesta—replica más preocupado que molesto—. Lo que me interesa saber es el motivo de tu desmayo, qué dicen los médicos, ¿y por qué no me avisaron?

Le lanzo una miradita rápida a Emma por el rabillo del ojo. Ahora entiendo mejor su cara de susto al entrar.

¿Qué le voy a decir?

«¿La verdad?».

Es mi hermano y no le puedo seguir escondiendo mi estado. Además no podré seguir alargando esto por mucho más tiempo.

Al riesgo que se cabré más me lanzo al pozo.

—Estoy embarazada —le suelto de golpe.

No podría describir con exactitud la expresión de la cara de Alex. Sorpresa. Molestia. Confusión.

Mi hermano abre la boca y sus enormes ojos me atraviesan.

—p-pero —tartamudea. Cierra la boca y su frente se arruga mientras procesa mis palabras—, ¿cómo es eso posible?

Mentalmente pongo los ojos en blanco. Entre todo lo que pudo haber dicho, no me puedo creer que

haya hecho esa pregunta. Aunque si lo pienso bien, también entiendo su desconcierto ya que llevo varios años sin una relación formal.

—Alex, ¿cómo piensas tú que pudo haber pasado? —le digo con ironía arrancándole una risa a Emma quien enseguida trata de suprimirla. Yo también me hubiera reído sino fuera por la dura mirada que me lanza mi hermano y por lo serio del asunto.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquire ignorando mi pregunta fuera de lugar—, y sobre todo, ¿de quién es?

Quiero aclararle las cosas, sé que debo hacerlo pero de pronto ya no me siento tan segura y me empiezo a agobiar. Lo difícil no es explicarle lo del embarazo sino contarle de quién es; sobre todo por la situación de Max.

—Adriana te hice una pregunta.

¡Dios! ¿Cómo se lo explico?

Me sudan las manos y siento que me mareo.

—Adriana —insiste y su tono se endurece.

—Es mío. Ella está esperando un hijo mío —dice Max, alto, claro y sin titubear desde la puerta que se cierra justo después de él pronunciar esas palabras.

Aquí es donde ponen un DEP sobre el muro de esta cama porque siento que desfallezco.

Estaba tan agobiada con mis pensamientos que no lo escuché entrar.

Mi hermano se gira hacia él y lo veo todo en cámara lenta.

Alex se acerca con pasos rápidos y seguros, levanta la mano, cierra el puño, le propina tremendo puñetazo y lo impacta en lleno. Max no lo ve venir y el fuerte golpe hace que retroceda.

—¡Alex! —grito pero mi hermano no me escucha y continúa como loco poseído.

Vuelve a levantar el puño y le da un fuerte golpe en el estómago.

Max se encorva, aprieta la mandíbula pero no se defiende.

—¡Basta! —vuelvo a gritar presa del pánico mientras trato de incorporarme pero el maldito suero no me deja levantarme a la vez que Emma llega hasta ellos y se mete en el medio de los.

—Eres un maldito desgraciado —vocifera queriendo acercarse de nuevo pero Emma se lo impide.

—¡Alex ya cálmate!

—Emma no me pidas que me calme cuando este mal nacido se ha estado aprovechando de mi hermana.

Max se incorpora poco a poco con la respiración acelerada. Ya cuando está totalmente de pie, da un paso al frente y mira a Alex con sus ojos verdes llenos de determinación.

—Te equivocas —y su voz sale forzada al mismo tiempo que se lleva la mano al estómago y arruga la frente con cara de dolor—, yo estoy enamorado de tu hermana así que nunca podría aprovecharme de ella.

Alex lo mira incrédulo pero por suerte retrocede unos pasos.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Me duele ver los dos hombres que más amo en la vida enfrentándose porque no supe hablar a tiempo.

Max se acerca cautelosamente a mí y con un dedo me limpia una lágrima.

—No llores. Odio verte llorar —me dice con cierta amargura y luego me ayuda a recostarme de nuevo en la cama.

De pronto me veo abrumada por toda esta situación y mi cuerpo empieza a temblar. Un sollozo se escapa de mis labios.

—Lo siento —digo con un hilo de voz—, debí decírtelo pero no sabía cómo hacerlo.

—Me mentiste, me dijiste que estabas así porque estabas enferma...

—Y lo estoy —lo corto.

—Pero se te olvidó decirme que también estabas así por el embarazo —dice con desilusión y el temor a que nuestra relación se vea afectada por mi falta de sinceridad se apodera de mí.

—Tienes razón, omití ese detalle pero no porque quería engañarte sino porque no sabía cómo decírtelo y tuve miedo de tu reacción. Que no lo tomaras bien. No sabes cuánto lo siento pero las cosas se fueron dando y no pude evitarlo... —levanto la vista y busco la mirada de Max—... Me enamoré.

En cuanto termino de decir eso me doy cuenta que yo he hecho con Alex lo mismo que Max hizo conmigo, ocultar información para no dañarlo, por miedo a su reacción, por miedo a su rechazo y a sus reclamaciones.

Como puedo esperar a que mi hermano me perdone, cuando yo no he sido capaz de perdonar a Maximiliano.

—No la culpes. Entiendo tu furia ya que esta no es la mejor forma de enterarse. Pero si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Siendo tú el hermano mayor de Adriana y el hombre de la familia yo debí buscarte y darte la cara, pensaba hacerlo pero todo ha sucedido muy rápido y las cosas se nos han ido un poco de las manos.

Las facciones del rostro de Alex se suavizan y sus ojos marrones bailan entre Max y yo.

Pienso que eso le da más fuerzas a Max quien continúa con toda la determinación en la voz.

—Te pido disculpas por cómo te has enterado pero no voy a disculparme por lo que siento por tu hermana. Ella es la mujer más importante en mi vida y quiero que estés tranquilo porque pienso responder por ese bebé que viene en camino.

—¿Y cómo piensas hacer eso? Hasta donde me contaron el desmayo de Adri tiene mucho que ver con una rubia que aparentemente tiene alguna relación contigo —le dice en un tono seco y cortante.

Mi cuerpo se tensa aún más si es posible.

«¡Maldita gente de Luxemburgo!».

No pierden el tiempo para armar un chisme.

—Es cierto, Sophia es mi esposa —continúa sin titubear. Mi hermano pone una cara que por un momento temo que se vuelva a balancear sobre Max.

Estoy tan tensa que si sigo así los nervios me van a traicionar y voy a colapsar en cualquier momento

Max parece percibir mi angustia porque se sienta a mi lado y me acaricia el brazo con cariño.

Creo que trata de relajarme

—Pero ya he hablado con ella y le he pedido el divorcio.

Yo levanto la mirada y la suya verde ya me está esperando.

Alex lanza un suspiro de cansancio.

Comprendo que son muchas cosas que procesar.

—Siento haberte hablado así —dice en el momento que se acerca a mi cama en un tono mucho más conciliador.

—Deberíamos salir un rato —propone Emma quien se había mantenido callada todo este tiempo.

Max se levanta y me mira durante unos segundos, dudoso y yo dibujo una pequeña sonrisa para demostrarle que todo está bien, él imita mi gesto antes de abandonar el cuarto. Agradezco que nos hayan dado un momento de intimidad.

—Perdóname tú a mí.

Mi hermano se sienta en el borde de la cama de manera que quedamos frente a frente.

—Siento que hayas tenido la necesidad de mentirme —yo abro la boca pero este se apresura a corregir—, ocultarme la verdad —dice con media sonrisa. Y tras una pequeña pausa añade—: ¿de verdad estás tan enamorada de ese hombre como para haberte involucrado con él aun estando

comprometido con otra persona?

Asiento.

Alex exhala con fuerzas a la vez que se pasa la mano por la cara.

—Me cuesta creer todo esto. Siempre imagine que el día que formarás una familia y tuvieras un hijo sería diferente.

—Yo también, pero ya sabes, si quieres que el destino se ría, cuéntale tus planes. —digo con ironía.

Mi hermano me mira y un amago de sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Cómo te sientes?

—Loca por irme a casa.

—lo contrario me hubiera sorprendido, ya sé cuánto odias los hospitales. Voy a hablar con el médico para saber cuándo te dan el alta y así irnos a casa.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Cuando dices casa te refieres a la de Emma, ¿verdad?

—No —me responde alargando la palabra—, estoy hablando de mi apartamento.

Resoplo. Eso ni hablar.

—Alex te recuerdo que tengo una casa.

—Sí y mira lo que ha sucedido. Te vienes conmigo y punto.

No me puedo creer que volvamos a tener esta conversación.

Joder, que no tengo diez años.

—No pienso irme a vivir contigo —digo exasperada—, estoy muy bien con Emma.

A mi hermano no le hace mucha gracia mi negativa pero después de dejarle claro mi postura no le quedó más remedio que claudicar y respetar mi decisión.

Al cabo de un rato Emma y Max entran de nuevo en la habitación acompañados del doctor Gilles.

Después de unas revisiones de rutina y de prometerle al médico que me cuidaría y evitaría todo tipo de situación que genere estrés, me dan el alta.

Las cosas entre Max y Alex no son color de rosa pero por lo menos mi hermano se comporta.

—Vamos, te llevo a casa.

—Max no es necesario que me lleves. Emma vino en su carro además no quiero causarte más problemas...

—Shhh... No quiero que pienses en nada —me interrumpe poniendo un dedo sobre mis labios—, cuando vas a entender que no eres un problema ¿eh? Tú eres mi vida entera y nada es más importante que tu o que nuestro hijo.

—Adri yo tengo que hacer una vuelta antes de ir a casa —ladeo la cabeza para mirar a Emma—, si prefieres puedes irte con él. De hecho me harías un gran favor llevándola.

Dice esta última frase mirando a Max.

Eso ha sido raro, Emma pidiéndome que me vaya con Max, tengo que estar en alguna dimensión paralela.

La miro con cara de circunstancias.

—¿Qué es lo que tienes que hacer exactamente? —demando escéptica.

—Pues eso que hablamos anoche, ¿No te acuerdas?

—Mmmm... —dudo un momento, intentando entender a qué se debe este repentino deseo que vaya con Max—. No, no lo recuerdo.

—Bueno a noche estabas media drogui a lo mejor lo olvidaste —dice de manera lenta y atropellada—. Mira, el médico ha dicho que debes descansar, no es bueno que estés tanto tiempo de pie, ¿por qué mejor no se van para que puedas descansar?

—Sí, es cierto. Vamos para que te recuestes —interviene Max tomándome de la mano—. ¿Puedes llevar a Vince a su hotel?

Emma duda unos segundos para después asentir no muy convencida.

—¿Vicente está aquí? —pregunto llena de curiosidad. He oído tanto hablar de él que tengo muchas ganas de conocerlo.

—Sí, llegó esta mañana. Ya te lo presentaré en otra ocasión.

Asiento y me despido de mi hermano antes de comenzar a caminar ayudada por Max que me trata como si fuera de azúcar. Al salir del cuarto me pregunto cuál era la urgencia de Emma y desde cuándo se conocen ella y Vicente.

Quiero amarte



*“Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer,
no has amado”*

William Shakespeare

De camino al apartamento, ya en la autopista A31 me pierdo en mis pensamientos mientras el paisaje verde desfila ante mis ojos. No entiendo la insistencia de Emma para que me quede sola con Max cuando a noche mismo le pidió que se alejara de mí.

En cuanto a Maximiliano está taciturno, apenas ha hablado desde que salimos del hospital.

Todavía me cuesta creer que de verdad le pidió el divorcio a Sophia.

¿Le habrá contado de mi embarazo?

«¿Qué habrá pasado entre ellos?».

Lleva tanto tiempo con el ceño fruncido y con la vista perdida en la ruta que el silencio se ha vuelto agobiante.

—¿Qué pasa?

—Nada —responde y forza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro

—¿Por qué no me hablaste?

Max arruga la frente, tiene cara de no entender nada así que me apresuro a aclarar.

—La primera vez que me viste en el Sabor Latino. O sea, si habías soñado conmigo como me dijiste ¿por qué no buscaste la forma de hablar conmigo?

—Cuando te vi, no sabía que eras tú.

Imito su gesto de antes. No entiendo.

—Sabía que te había visto antes pero no supe que eras la chica con la que había soñado hasta que llegué a casa —se lamenta en medio de un suspiro—, al otro día volví solo a la discoteca con la esperanza de volver a verte pero no fuiste y a los pocos días tuve que regresar a Italia.

Apoya su espalda en el asiento, deja caer la cabeza hacia atrás y se pierde en sus pensamientos.

—Regresé sabes, un año más tarde no conseguía sacarte de mi cabeza, así que volví y averigüé todo lo que pude sobre ti.

Mi mirada se ensancha.

—Incluso fui al bar de tu madrina —dice con un tono plano y cierta debilidad en la voz.

Mi boca se abre.

Hago memoria pero nada. Definitivamente esta historia es como para contarla. Nadie lo creería. No

sé si réirme o ponerme a llorar de pura frustración.

—¿Nos vimos?

—Sí, fue el 31 de diciembre. Estabas muy ocupada así que no te culpo si no lo recuerdas, además había mucha gente esa noche y de todos modos aunque me hubieras visto no habría servido de nada porque tenías novio.

Me desplomo en el asiento y resoplo.

¡Mierda! ¡Dos veces!

Nos vimos dos veces y en ninguna de ellas me fijé en él y ahora que lo hago ya no está disponible.

¡Maldita sea mi suerte! Malditos sean todos ustedes allá arriba que juegan con nosotros los mortales como si fuéramos títeres.

—Lo siento.

No sé si me disculpo por no haberlo visto o por todo lo que ha pasado desde que regresó de viaje. Por haber puesto en duda su amor por mí.

—No te disculpes. En ese tiempo no estaba interesado en una relación seria y tú estabas muy joven, con el tiempo he llegado a pensar que no era nuestro momento.

—¿Por qué ahora es nuestro momento? —pregunto con ironía.

—No lo sé —dice encogiéndose de hombros—, de lo único que estoy seguro es que llevo más de cinco años albergando sentimientos hacia ti, sentimientos que son cada vez más fuerte y no pienso renunciar a ellos.

—Max —lo llamo intentando que no me tiemble la voz—. He decido marcharme —la expresión de su cara cambia y sus músculos se tensan—. Mi mamá me ha pedido que vaya a vivir con ella un tiempo, le he estado dando vueltas al asunto y a noche tomé la decisión.

Max aprieta el volante con fuerza mientras yo trato de no dejar ganarme por la emoción—. No quiero que pienses que estoy tratando de alejarte de tu hijo... Es solo que tú tienes cosas que aclarar y yo necesito tranquilidad.

Lo miro esperando una reacción de su parte sin embargo él no me devuelve la mirada.

Se queda callado con el rostro impassible. Nos envuelve un incómodo silencio al punto que yo me desespero hasta que él lanza un suspiro de resignación.

—¿Es lo que realmente quieres? —pregunta con la vista en la calzada.

—No es lo que quiero sin embargo es lo que necesito para que mi embarazo llegue a término.

—De acuerdo.

Me quedo frita. No es como si le estuviera pidiendo permiso para marcharme, ¡Pero coño! Me mata que se lo tome tan bien.

«Eso es todo».

Así de simple y yo que creí que sería más difícil convencerlo.

Me pican los ojos, giro la cabeza y pierdo la vista a lo lejos.

Si me quedaba alguna duda sobre mi partida acaba de evaporarse, definitivamente no tengo nada que hacer aquí.

¡Mierda! Odio estar tan sensible.

Aparto las lágrimas que caen rápidamente con el dorso de la mano. No quiero que vea cuanto me afecta.

—Adriana...

Me llama pero no lo miro.

—Peluche mírame

Pero me niego a obedecerle y mantengo la mirada en la ventana.

—Shhh... No por favor, nena no llores. ¡Por Dios! Estoy harto de tener esta clase de conversación en el auto —dice con frustración dando un golpe en el volante—. Ven aquí.

Toma mi mano pero yo la retiro de mala gana.

—Solo llévame a casa de Emma —digo en un tono cortante.

—¿Estás molesta porque te dejo ir? Nena, lo siento, debí explicarme. Yo llevo toda la noche pensando en cómo solucionar todo esto sin poner tu salud o tu embarazo en peligro. Tus amigas tienen razón, no importa lo que yo sienta; en estos momentos lo más importante eres tú y si piensas que irte es lo mejor, sería muy egoísta de mi parte pedirte lo contrario ¿no crees? Sobre todo en mi situación.

Su respuesta me tranquiliza. No entiendo que es lo que me pasa. Estos cambios de humores van a acabar conmigo.

—Entonces, ¿no quieres alejarme de ti?

—Amor ven aquí.

Levanta el brazo y yo me acomodo bajo su ala.

—He hablado con Sophia, está fuera de sí, no entiende razones y tengo miedo que represente un peligro para ti. Créeme cuando te digo que me duele tanto como a ti esta separación, sin embargo es necesario —afirma y luego me besa la cabeza—, por lo menos por ahora hasta que encuentre una manera de tranquilizar a Sophia y lograr divorciarme sin ponerte a ti o al bebé en riesgo. Eres lo más importante y voy a hacer todo lo que esté en mi poder para protegerte.

¡Dios! Le quiero tanto, aún no logro entender porqué las cosas tienen que ser así. ¿Por qué enamorarse es tan complicado? Pudimos sencillamente enamorarnos y ser felices pero no, la vida lo dispuso de otra manera. Todo es tan agobiante.

—Te quiero.

—Yo más —responde apretándose contra su cuerpo.

Más tarde cuando llegamos al apartamento de Emma, Maximiliano no se va, en vez de eso me ayuda a tomar una ducha y a ponerme cómoda.

Emma aún no ha llegado pero no me importa, estoy en las nubes, en mi pequeña burbuja personal donde permito que Max me cuide, me me mime y yo me deshago con sus cuidados.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —demanda mientras estoy medio sentada en la cama y él masajea mis pies

—No, estoy bien —ronroneo disfrutando del tacto de sus manos—, tú sigue en lo tuyo. ¡No te atrevas a parar!

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

Max pone un poco más de aceite y sus dedos pulgares se deslizan suavemente desde la parte superior del pie hasta el talón.

Mmmm... ¡Que rico!

Esto se siente tan bien. No me había relajado tanto desde el viaje a Milán.

Además que lleva semanas sin tocarme.

Cierro los ojos y dejo caer mi cabeza contra el dosel de la cama.

Sus dedos bajan con suavidad hasta los míos, los estira y luego hace pequeños círculos en cada uno de ellos.

«Esto es estar en el cielo».

¿Quién ha aumentado la calefacción?

—Oh sí...

Desliza sus manos hasta mi pantorrilla y el roce de sus dedos hace que toda mi piel se erice.

¡Me encanta!

Max sube y baja sus manos con suavidad, tomándose el tiempo en cada parte y yo me siento más ligera que una nube.

Llevo tanto tiempo sin... Y quiero... ¡Oh sí! Yo necesito... Deseo.

¡Cristo sí! Deseo que me desnude, que me toque, que me haga todo lo que se le antoje.

¿Pero qué es lo que me pasa? Estoy... ¿Excitada? ¡No puede ser!

¿Desde cuándo soy tan sensible?

Sus manos bajan hasta el talón y el suave tacto eleva mi temperatura un poco más. Me enloquece.

Tengo que estar perdiendo el juicio, no encuentro otra explicación lógica. Pero no importa. Si he de volverme loca que sea de placer. Quiero disfrutar. Me pone todo esto y lo necesito.

Continúa con movimientos suaves hasta la planta, hace una ligera presión en el medio y un gemido se escapa de mis labios.

Poco a poco siento como el deseo se va acumulando en mi sexo.

Siento como su mano sube y baja por la planta de mi pie, cada toque convierte mi cuerpo en un mar de emociones que no logro controlar.

—Sigue así...

Curvo la espalda.

«Sí, sí, tócame ahí... ».

Una corriente eléctrica atraviesa todo mi cuerpo.

Me agarro de las sábanas mientras jadeo.

—¡sí! —grito cuando un inesperado orgasmo me atraviesa.

«¿Qué ha sido eso?».

A duras penas si me ha tocado.

Abro los ojos aún jadeando por lo que acaba de pasar y sus ojos verdes me esperan para atraparme.

Me arde el rostro. Me llevo las manos a la cara y me escondo como el avestruz.

—¿Tienes idea de lo hermosa que estás en estos momentos? —pregunta con la voz ronca. Me quita las manos del rostro y sus pupilas se han cargado de deseo.

—Lo siento. No sé qué me pasó —digo muerta de la vergüenza.

—Pasa... Que llevo mucho tiempo sin hacerte el amor.

Me da un beso en la comisura de los labios.

—Pasa... Que extraño tanto estar contigo

Continúa rosándome con sus labios hasta el lóbulo de la oreja y mi corazón se acelera un poquito más.

—Pasa... Que extraño sentir como te deshaces en mis brazos mientras estoy dentro de ti —susurra en mi oído y su aliento caliente hace que me estremezca.

Me da un beso casto sin embargo eso no me basta. Llevo tanto tiempo sin sentir el sabor de sus labios que quiero más, necesito mucho más.

Entierro mis manos en su pelo, tiro de él para profundizar el beso y vierto toda la necesidad de él que he tenido en estas últimas semanas. Devoro su boca con hambre. Con desespero.

Sus besos saben dulce. A bienvenida.

Todo mi cuerpo tiembla de deseo por él.

Bajo mis manos a su camisa y trato de arrancar los botones pero Max interrumpe el beso y nos deja a ambos jadeando.

—No podemos —avisa con la voz entrecortada frenando mis manos—, acabas de salir del hospital y además tu embarazo es de alto riesgo y aunque me muero por volver a hacerte el amor, hasta que un médico no diga lo contrario, no debemos.

Yo inhalo con fuerzas tratando de recuperar el ritmo de mis latidos.

—Lo siento. Tienes razón.

—No te disculpes por algo que deseamos los dos con la misma intensidad, estoy que me muero por estar dentro de ti otra vez.

Me llevo las manos a la cabeza y peino mi cabello mientras trato de normalizar mi respiración.

No sé lo que me pasa. Tengo las emociones a flor de piel. Parece que mi deseo por él se ha multiplicado. Lo miro y solo pienso en quitarle la ropa.

Max se levanta de la cama y sale del cuarto. Minutos después regresa con una pequeña toalla rosada en manos. Camina hasta el pie de la cama, sube en ella, se hinca y me abre un poco el albornoz. Al principio no entiendo lo que pretende hasta que con toda la delicadeza de la cual es posible, me abre las piernas y me pasa la toalla húmeda, primero por las piernas y luego sobre mi sexo que palpita en el acto. Nunca una persona había hecho algo así conmigo, el gesto se siente íntimo y hasta pervertido. Mis ganas por él se reavivan, solo quiero saltarle encima y consumir este fuego que me arde por dentro y entre las piernas. Max termina su tarea, me acomoda el albornoz en algodón lila y se apea de la cama.

—¿A dónde vas?

—A ninguna parte —dice antes de colocar la toalla arriba de la cómoda blanca de tres gavetas. Luego da unos pasos y ocupa la silla giratoria negra del escritorio que he traído de mi casa.

—¿Por qué te sientas tan lejos?

No entiendo a qué ha venido esa lejanía de repente.

—Prefiero quedarme aquí hasta que llegue Emma.

—¿Y eso por qué?

—Peluche tú estás muy apetitosa y yo no soy de piedra mujer —dice y me enseña la tremenda erección que se marca a través de sus pantalones negro—, así que prefiero quedarme aquí sentado, pero si necesitas algo tú solo dime que yo lo busco.

Sus palabras no solo me hacen reír sino que me dan ganas de ponerme juguetona. Pero Max tiene razón.

Nota mental: preguntarle a la ginecóloga si puedo tener relaciones en mi condición.

—¿De verdad te vas a quedar hasta que llegue Emma?

—Claro, no pretenderás que te deje sola.

Me agrada saber que se queda conmigo pese que Sophia está en la ciudad. Sé que ha dicho que se va a divorciar pero aún me cuesta creerlo. Mientras lo veo moverse torpemente en la silla buscando una posición más cómoda, no puedo dejar de pensar en los motivos que lo llevaron a casarse. Desde que llegó ha intentado explicarme sus razones pero no le he dado la oportunidad.

Quizás sea tiempo de permitirle hacerlo.

—Max.

—Aja

—¿Qué pasó en Miami? ¿Qué fue lo que te llevó a decir que sí?

Cartas Sobre la Mesa



“Hazlo ahora. A veces “después” se convierte en “nunca””
Winston Churchill.

Llego al bar del hotel, me apoyo en la barra y busco al barman con la vista. Este está en el lado opuesto intentando impresionar a una chica mientras prepara un coctel.

En otro momento hubiera esperado a que terminara su numerito pero estoy de un humor de perros y necesito un trago con urgencia.

—Disculpe —grito para llamar su atención. La veinteañera levanta la vista y él se gira en mi dirección—. Un whisky a la roca por favor.

El camarero asiente y continúa en lo suyo.

Llevo tres días sin hablar con Adriana y cada uno de ellos ha sido un suplicio. No tengo idea cómo explicarle las cosas. Si le digo que Sophia está aquí no creo que se lo tome bien y si además le cuento su nueva locura de seguro me mandará al diablo.

—Su trago señor.

—Gracias.

No bien he terminado la frase y el tipo ya está de vuelta haciéndole ojitos a la morena.

Doy un trago a mi bebida y me acomodo en el taburete

Cierro los ojos, me paso los dedos por encima y aprieto con fuerza la parte alta de mi nariz. Llevo todo el día con un maldito dolor de cabeza. Las cosas parecen arreglarse por un lado y se complican por otro.

Por más que he intentado hablar con Sophia sobre lo absurdo de todo esto, esta no quiere escuchar. Ahorita cuando me llamó para hablarme de unas jodidas flores mientras yo estaba en medio de una reunión fue el colmo, no quedó más remedio que mandarla de paseo y trancarle el teléfono en plena cara.

Como si me importara una mierda que las rosas sean blancas o rojas.

¿Es que no se da cuenta que paso de todo ese rollo?

De un solo trago me tomo el resto del whisky. Levanto la mano y le hago seña al mesero que me ponga otro.

—Y un Glenfiddich Janet Sheed reserva del 55.

No me hace falta girar la cabeza para saber de quién se trata. No solo porque reconozco muy bien esa voz sino por su gran gusto por un buen Bourbon escocés.

—Lo siento pero no tenemos —responde el bartender ya frente a mi antes de poner el vaso sobre la barra.

—Lo contrario me hubiera sorprendido —responde en un tono cortante.

«Tan simpático como siempre».

Ladeo la cabeza y veo a Benedetto en su metro ochenta, vestido a lo Tiger Woods. Sus ojos grises siguen puestos en el mesero.

—Me imagino que tienen jugo de tomate, ¿verdad?

—Sí señor.

Mi suegro ocupa el asiento disponible que está a mi derecha. Levanta la vista y su mirada se contrae cuando descubre al muchacho todavía de pie en frente de nosotros.

—¿Y qué esperas para traerlo? ¿Que la divina providencia te ilumine? —le dice en un tono seco mientras le lanza una mirada de perdona vidas.

—Acaba de perder la mitad de su propina.

Podría decir que su presencia me sorprende, pero no lo hace. Después de los acontecimientos de los últimos dos días, dudo mucho que algo aquí pueda hacerlo.

Solo se puede sacar a mi suegro del campo de golf si es algo de vida o muerte, o si tiene que ver con los negocios, que viene siendo lo mismo. Para él ese deporte y los *business* van de la mano, ya que según sus propias palabras: “*los grandes negocios se cierran durante una buena partida de golf*”.

Lo que me hace pensar que no ha venido a saludar precisamente.

Lo más probable es que uno de sus lacayos estuvo pendiente de mi llegada y apenas entré en el hotel, le avisó de mi presencia en el bar, sino de qué otra forma se hubiera enterado que yo estaba aquí.

—Buenas tardes Maximiliano.

Aunque el tomo de su saludo es neutro, no me engaña. Está aquí por una razón y con un propósito en mente. Lo conozco bien y su pose calmada e impasible solo me deja claro que esto será una charla como las que usa cuando está en medio de una negociación.

Benedetto es un hombre frío y calculador. No es una crítica, en los negocios no se puede andar con sentimentalismos sino la competencia te aplasta. Eso me lo enseñó él y al parecer esa temática le ha funcionado muy bien ya que a sus sesenta y nueve años es dueño de treinta y cuatro empresas repartidas por todo el mundo entre ellos uno de los centros comerciales más grande de Italia.

El año pasado ocupó el séptimo puesto entre los cien hombres más rico de la revista Forbes.

—Benedetto —le digo en forma de saludo con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Cómo van los negocios?

En el momento que me pregunta llega el barman. Yo suspiro mientras coloca un vaso largo de cristal con tres cubitos de hielo y una botella de jugo de tomate al lado, luego se retira discretamente al otro lado de la barra donde se pone inmediatamente a servir a otro cliente.

Sin saberlo, ante los ojos de mi suegro el pobre muchacho acaba de cometer un error.

Benedetto frunce el ceño y hace un gesto de disgusto con la boca.

—El incompetente este acaba de perder el resto de su propina —me anuncia.

Y no me equivoqué. Para él un jugo de tomate debe ser totalmente natural y servirse fresco sin necesidad de agregarle hielo.

Ese simple error le acaba de costar cien dólares que es lo mínimo que suele dejar.

A Benedetto le cuesta entender que no está en su mansión de Cerdeña, donde su servicio suele conocer sus costumbres alimenticias.

—Seamos honesto, ya la había perdido en el momento que te dije que no tenían tu whisky favorito.

—Eres muy perspicaz. Siempre me ha gustado eso de ti. Tienes un don ágil y bueno para los negocios...

—Me imagino que no has venido hasta aquí para enumerar mis virtudes —lo corto.

Me desespera que se esté andando por las ramas cuando ambos sabemos el motivo de su presencia.

Sus labios se curvan en una sonrisa arrogante.

—Sabes que siempre quise un hijo varón, uno que siguiera mis pasos y tomara mi lugar en el negocio pero la vida lo decidió de otro modo y a pesar de recurrir a todo tipo de métodos, mi mujer solo me dio una hija. Cuando te conocí vi en ti un potencial para ayudar a Sophia en la toma de posesión y todavía lo hago. A pesar que mi hija es muy inteligente, es muy impulsiva y eso puede llevarla a cometer errores, además en el mundo de los negocios los hombres son más respetados.

Me giro despacio desenlazando nuestras miradas y tomo el vaso entre mis manos. Sé dónde va con tanta palabrería y no me gusta.

Soy consciente que le debo mucho pero estoy cansado de que todos me lo recuerden. Es cierto que me ha ayudado pero al parecer nunca voy a terminar de pagarle.

—Todavía conservo la esperanza que cuando me retire este año, entre tu buen ojo para los negocios, la buena educación y la habilidad de Sophia para desenvolverse en nuestro círculo hagan que el apellido Di Martino siga ocupando su sitio en la elite.

—Benedetto siento una gran admiración y respeto hacia ti, lo sabes, como también sé que te debo mucho y realmente aprecio que me hayas considerado para tomar tu puesto en la empresa pero no estoy interesado. Me gusta mi trabajo, además mi relación con Sophia no es la misma. He intentado hablar con ella pero no escucha razones, no me puedo casar. Tengo una vida en Luxemburgo que me gusta y pienso instalarme allí definitivamente.

No podría decir el efecto que han causado mis palabras ya que su rostro permanece impasible.

Pero soy un hombre de negocios y esa cara de póker no presagia nada bueno.

Benedetto empuja el vaso y la botella de jugo que siguen igual que cuando la trajeron y acerca despacio su taburete hasta estar más cerca de mí.

—No confundas las cosas Max, puede que te tenga aprecio porque eres un hombre trabajador, con ambiciones en la vida pero no te equivoques —dice con la voz calmada pero su tono no me engaña—, Sophia es mi única hija por lo tanto el sol de mis ojos y quiero verla feliz.

Si yo pude abandonar algunos negocios que me están costando una fortuna para asistir a este circo pues no creo que te cueste mucho presentarte ante el cura y decir: “sí, *acepto*”.

Sus palabras hacen que vuelva a mirarlo con el rostro endurecido. Me hierve la sangre. No me puedo creer que nadie entienda mi postura. Al parecer a todos les da igual que yo esté enamorado o no de Sophia.

«¿En qué clase de mundo he estado viviendo?»

—Pues me cuesta... —le digo con la voz endurecida.

—Pues te aguantas —replica rápidamente con un tono imperturbable—, No pienso permitir que mi hija se vea envuelta en un escándalo y que la llenes de humillación. Piénsalo bien Maximiliano. ¿A cuánto se eleva tu cartera de clientes? ¿Dos cientos? ¿Cuatro cientos? Entre los cuales más de la mitad deben ser amigos o conocidos míos, ¿o me equivoco? Te puedo asegurar que todos han de deberme un favor o se mueren por que yo les deba uno.

El muy bastardo curva los labios en una sonrisa arrogante

Agarro el vaso con más fuerza a la vez que le lanzo una mirada desafiante. Quisiera responderle y mandarlo al diablo pero en vez de eso me muerdo la lengua hasta que siento un sabor metálico.

Ahora entiendo cómo se puede pasar de admirar a una persona a odiar todo lo que representa en tan solo un segundo.

—No me mires así hijo. No quiero que lo veas como si te estuviera dando un ultimátum, más bien míralo como si fuera una transacción temporal donde todos ganamos. Tú regresas a tu mundo, yo regreso a mis negocios y Sophia obtiene la boda de ensueño que siempre ha querido.

Joder, no puedo creer que me esté pasando esto. Siento tanta rabia por dentro que me pican los ojos. Retiro mi mirada y la clavo en las botellas que están frente a mí.

Maldita sea mi suerte. Las cosas no pueden acabar así. No puedo permitir que la empresa se vea envuelta en un escándalo. No ahora que estoy en medio de las negociaciones con SAMED. Si obtengo esta cuenta y todo sale bien, tendré un contrato de varios años que asegurará la estabilidad económica de la empresa.

Tengo varios clientes pero las cuentas grandes y más importantes son de los hijos de putas con quien me ha recomendado Benedetto y él lo sabe. En pocas palabras me tiene agarrado por los huevos.

El muy maldito de mi suegro se levanta de su asiento y me rodea el cuello con su brazo.

Su contacto me quema.

—Eres un hombre inteligente y sé que vas a elegir bien.

No me muevo. No respondo. Me asquea tanto descaro.

El mesero se acerca y me pregunta si quiero otro trago. Asiento con la vista aún clavada en el frente.

—Cárguelo a la cuenta Di Martino —se apresura a decir Benedetto—, aunque con tan mal servicio debería ser usted quien pague la cuenta.

El bastardo me quita las manos por fin de encima.

—Te dejo para que lo pienses pero sabes que soy un hombre muy ocupado y de muy poca paciencia, no pienso pasarme mucho tiempo metido en este maldito lugar —dice antes de alejarse seguido por uno de su gente de seguridad.

—Yo pagaré le cuenta —le digo al barman que se ha quedado perplejo ante las palabras de Benedetto.

El mesero asiente antes de marcharse.

¡Estoy harto! Este jodio' viaje está siendo una maldita pesadilla.

Suspiro agotado. El barman me trae mi tercer whisky en menos de una hora y me lo tomo de un solo trago.

Por primera vez me veo entre la espada y la pared.

Me levanto del taburete con un humor peor a cuando llegué, lanzo un billete de cien sobre el mostrador y decido ir a hablar con Sophia.

Nuevamente estoy a punto de cometer un error, lo único es que este lo voy a hacer a conciencia y corro el riesgo de perder al amor de mi vida.

Solo me queda rezar para que Adriana me pueda entender y que nuestro amor sea más fuerte que esto.

Adiós al amor



*“Dicen que no se siente la despedida, dile al que te lo dijo que se despida,
antes de decir adiós a un ser que se adora, sabrá lo que se sufre, lo que se llora”*

Ana Gabriel

Estupefacta. Boquiabierta.

Así me quedo mientras Max me cuenta lo sucedido.

No me puedo creer que existan personas tan viles en esta vida y sobre todo que vayan ocultos tras un traje caro y un montón de dinero.

Me preocupa que Max esté involucrado con esa clase de personas.

Estoy sumergida en la historia que me está contando cuando escucho la puerta de entrada

Saco los pies de la cama y trato de incorporarme.

—Creo que es mejor que te vayas.

—¿Me estás echando? —pregunta con cara de pánico.

Yo asiento al mismo tiempo que amarro el cordón de mi albornoz.

—¿Estás molestas?

—No —afirmo con seguridad. Después de escuchar lo que me ha contado puede que no justifique lo que hizo pero lo entiendo y saber que le ha pedido el divorcio a Sophia me ayuda a estar mucho más segura de sus sentimientos hacia mí. El hecho que haya cometido ese error lo hace humano y ningún humano es perfecto.

Camino con pequeños pasos hasta donde está sentado y me coloco entre sus piernas.

—Es solo que tengo cosas que hacer y me imagino que tú también, llevas toda la mañana fuera.

—Lo sé, de hecho tengo que hablar con Vince pero no quiero dejarte.

—Tenemos que acostumbrarnos a estar separados.

—No me pidas eso, yo nunca podré acostumbrarme a estar sin ti —dice con voz firme y sin titubeos mientras tira de mí suavemente y me sienta en su regazo.

«Me alegra escuchar eso».

Bajo la mirada y me pongo a jugar con los botones de su camisa.

—Tengo que comenzar a preparar mi viaje.

—¿Cuándo te quieres ir? —demanda levantando mi barbilla y buscando mi mirada.

—Lo más pronto posible.

«Mientras más tiempo pase, más difícil será marcharme».

—¿De verdad quieres irte? —insiste mirándome directamente a los ojos. Quizás buscando alguna hesitación en ellos.

Yo le mantengo la mirada durante unos segundos y luego asiento con la cabeza porque tengo miedo que mi voz tiemble al pronunciar en voz alta.

—Yo me encargo de arreglar todo.

—No es neces...

—Ya deja de decir que no es necesario y que puedes sola —me corta—, tienes que entender que no estás sola. Déjame ocuparme de ti.

Vuelvo a asentir porque en estos momentos necesito esto, necesito que cuide de mí. Tal vez tengo miedo que todo acabe y que no volvamos a estar así nunca más.

Se incorpora conmigo en brazos y me sienta en el borde de la cama.

—Organizo todo y luego te llamo para darte los detalles.

Yo me levanto y lo miro dudosa. De pronto me invade la nostalgia y no quiero que se vaya.

—Está bien —digo y aunque no era mi intención el temblor de mi voz delata mi pesar.

Max rodea mi cuerpo con sus brazos y me abraza con fuerza, yo hundo mi rostro en su pecho, disfruto de su calor y me vuelvo a sentir protegida. Segura.

—No quiero que te preocupes por nada, todo terminará por arreglarse, ¿de acuerdo? Tú solo ocúpate de estar tranquila y de cuidar de nuestro angelito que de lo demás me encargo yo.

Asegura antes de separarse de mí. Toma mi rostro entre sus manos y me besa castamente. Me toma de la mano y nos encaminamos fuera de la habitación en dirección a la puerta.

—Hablamos luego, descansa —me ordena justo antes de besarme más profundamente esta vez.

—No olvides poner un poco de hielo en ese golpe —le digo tras romper el beso que me supo a gloria.

Este asiente y se marcha. Así se rompe nuestra burbuja.

—Entonces, ¿Las cosas se arreglaron entre ustedes? —pregunta Emma saliendo de la cocina.

—Sí eso creo, aunque las cosas no se definen aún.

Sé que lo amo, que él me ama y que se va a divorciar pero aún no sé cómo va a terminar todo esto.

—Ahora quiero que me expliques qué fue eso de esta mañana, ¿cuál era la urgencia para que me quedara a solas con Maximiliano?

—¿Cómo es eso que las cosas no se definen aún? No se supone que se va a divorciar. ¿Le contaste lo del viaje? —me pregunta ignorando mi petición.

—Así que de eso va todo, ¿eh? pensaste que si le decía lo de mi viaje él se iba a oponer, ¿qué me haría cambiar de opinión? Pues te informo que nada de eso pasó.

Me encamino y me desplomo en el sofá.

—Bueno, pensé que si se lo contabas como mínimo te ataría a la cabecera de la cama.

Ladeo la cabeza mientras levanto las cejas.

Ya me decía yo que tanta insistencia tenía un motivo oculto.

—No me mires así después de todo estás esperando un hijo suyo, es lo mínimo que pudo haber hecho.

Emma con cara de desilusión se encamina hasta el sofá donde se sienta a mi lado.

Hago un amago de sonrisa al tiempo que niego con la cabeza.

Cuanto voy a extrañar a esta loca.

—Ya ves que no, Max piensa al igual que yo que es lo mejor, por lo menos hasta que se solucionen las cosas.

—¿Y qué ha sido eso que acabo de ver? me refiero al beso, el abrazo, los mimos en la puerta...

—Eso... Ha sido una despedida.

Me giro para estar frente a ella a la vez que subo mis pies en el sofá y los doblo hacia mi espalda para tener una postura más cómoda.

—No lo puedo creer, tanto esfuerzo para nada, no se puede confiar en los hombres, si me lo imagino no te hubiera dejado a solas con él. Mírate, estás más triste que anoche.

—No te lamentes, eso nos permitió hablar y aclarar algunas cosas pero lamentablemente no lo suficiente como para que me quede —suspiro con cansancio.

—¿Entonces es definitivo? ¿Te vas?

—Sí —respondo en un hilo de voz. De pronto recuerdo que tenía algo que preguntarle—. Ahora dime tú, ¿cómo está eso que conoces a Vicente?

—Por favor ni me lo nombres.

—¿Y eso por qué?

—Porque es un creído.

No entiendo. Hasta donde me ha contado Max, Vicente es un buen muchacho.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—No fue lo que me hizo, sino lo que dijo

Miro a mi amiga con cara de circunstancias esperando que continúe.

—Es más, ni quiera es lo que me dijo, más bien fue cómo lo dijo. Como si el simple hecho de haberlo dicho de esa forma iba a hacer que me bajara los pantalones y le pidiera que me cogiera ahí en medio del hospital.

—Bueno a lo mejor solo quiso ser simpático —digo tratando de no reírme ante la cara de exasperación de mi amiga.

—¿Qué va! Lo que quiso fue hacer de seductor —dice mientras pone los ojos en blanco—, estoy tan acostumbrada a tratar con esos idiotas que van a la galería que ya los reconozco a distancia.

Emma deja caer la cabeza en el respaldo del sofá y pierde la vista en el techo. De pronto su rostro cambia. Tuerce el gesto mientras está perdida en sus pensamientos y puedo decir que parece hasta preocupada.

—¿Qué te pasa?

Ella suspira con fuerza.

—Estaba pensando en Carlos.

Esa sola frase hace que la mire con las cejas levantadas.

Ella se queda callada, quiero pedirle que continúe pero está tan perdida en sus pensamientos que dudo.

Después de unos segundos estoy tan ansiosa de saber qué pasa por su cabeza que abro la boca para preguntarle pero ella se me adelanta.

—Sabes, a veces creo que la razón por la que me siento atraída por él es porque no me trata así, o sea, va directo al grano sin intentar impresionarme con palabrerías baratas.

—No sabía que estabas atraída por él.

Sé que estoy a punto de decir una locura y lo más probable es que las palabras se pierdan en el aire ya que mi amiga ha decidido cerrar sus puertas al amor.

—Emma —digo cautelosamente—, si Carlos te gusta, ¿por qué no te das una oportunidad con él?

Ella abre los ojos y me mira como si acabara de decir una estupidez.

—Lo que quiero decir es que aunque en su momento lo entendí, pero ya ha pasado mucho tiempo desde lo sucedido con Antoine y no creo que debas seguir negándote al amor por eso.

A penas termino esa frase sus ojos se tiñen de dolor. Ella desvía la mirada, quizás para que no me dé cuenta de cuánto le afecta pero no necesito ver su mirada para saber que le sigue doliendo.

A los quince años Emma conoció a Antoine en el colegio y se enamoró perdidamente. Dos años más tarde salió embarazada y cuando se lo contó este dijo que no estaba listo para ser padre e incluso puso en

duda su paternidad a pesar de haber sido el primero en su vida.

Ella tomó la difícil decisión de realizarse un IVE^[14]. Juntas fuimos al hospital de Belair en Thionville^[15] donde una ginecóloga confirmó un embarazo de tres semanas de gestación. Una semana más tarde la estaban interviniendo con la firma de sus padres a los cuales les dijimos que se trataba de un quiste.

Cuando todo acabó le pregunté si le dolió y pese que su respuesta fue “no”, su vida no ha sido la misma. Dejó de creer en las mariposas en el estómago y en los corazones que laten deprisa. Solo se divierte y disfruta del sexo precavido cada vez que quiere. En el fondo estoy segura que no lo ha superado.

Ahora que me voy no quiero que se quede sola con ese secreto. Con las chicas tenemos algo muy lindo y compartimos muchas cosas pero Emma y yo tenemos una relación especial y sé que mi partida le va a afectar mucho.

—Hablas como si tuviera una clase de frustración por lo sucedido y no es así —dice con exasperación.

Ella se levanta del sofá y se dirige a su cuarto. Lo que me da a entender que está molesta y que tengo razón, no lo ha superado. Pero no pienso dejar las cosas así. Es hora que deje ir ese pasado que no le hace bien.

—Emma no digo que tengas una frustración, solo digo que debes dejar que alguien te ame y de paso permitirte amar tú también —le digo siguiendo sus pasos.

Ella me ignora como cada vez que hablamos del tema y se cierra en banda.

Empieza a buscar en su armario y saca un pantalón de pijama mientras yo me quedo en el marco de la puerta.

—Puedes ignorarme todo lo que quieras, te recuerdo que ahora vivo contigo y no me pienso mover de aquí.

Ella empieza a bajar la cremallera de su vestido pero no me mira.

—Emma por Dios, no seas niña. No te estoy pidiendo que te cases mañana solo te estoy diciendo que te des una oportunidad.

—¿Con Carlos? —inquire con ironía.

—Con quien tú quieras. Pero hazlo. Echar un polvo de vez en cuando está bien cuando se es joven pero llegará un momento en el que te sentirás sola y necesitarás a alguien en tu vida pero mirarás a tu alrededor y no tendrás a nadie con quien compartirla. No te estoy hablando de amistad porque para eso siempre me tendrás, te estoy hablando del calor humano, de esa persona con la cual compartes cosas, que te complementa.

—Yo no necesito a nadie para compartir mi vida —anuncia al terminar de quitarse el vestido. Coge su toalla y se encamina hasta la puerta pero le bloqueo el paso.

—Te equivocas, todos necesitamos a alguien en nuestras vidas aunque sea alguien con quien discutir.

Ella me mira y sus ojos se llenan de lágrimas pero es una mujer fuerte y no permite que nadie vea sus debilidades. La conozco bien y sé que esperará a estar en el baño para llorar. Así que la rodeo con mis brazos y aunque ella no me devuelve el abrazo, la sostengo así durante mucho rato.

Corazón en la maleta



“ Los amigos se convierten con frecuencia en ladrones de nuestro tiempo”
Platón.

Esa misma tarde llamé a mi mamá para informarle que había decidido irme a vivir un tiempo para Santo Domingo con ella y la abuela, su emoción fue tan grande que todavía me retumban los oídos.

Aún no me he ido y ya está haciendo planes para mi llegada, si por ella fuera ya estaría subida en el avión.

En la noche Maximiliano me llamó para decirme que todo estaba listo, mi vuelo saldría dentro de tres días desde el aeropuerto de Bruselas con una escala en el aeropuerto de Madrid, disculpándose por no conseguir un vuelo directo hasta Santo Domingo, pero se encargó que todos los vuelos fueran en primera clase.

“Tres días es muy poco tiempo”

Tomar la decisión de irse es duro sin embargo lo que es realmente difícil es despedirse de tus seres queridos, de tu entorno, de tu vida.

Con mi hermano las cosas no fueron tan difícil más bien todo lo contrario, en cuanto le comenté mi decisión no ocultó su alegría. No sé si se puso contento porque de esa forma estaré con mi mamá y según sus propias palabras mejor cuidada o si es por el mero hecho que estaré lejos de Max, porque a pesar que se ha mantenido al margen aún no está muy de acuerdo con nuestra relación y lo culpa por haberme metido en esta situación. Por más que le expliqué que soy mayor y que nadie me influenció a estar donde no quería, no entiende razones.

Con las chicas la situación se tornó complicada.

En primer lugar se sentían culpable alegando que si me hubieran acompañado al baño nada de esto estuviera pasando, traté de tranquilizarlas explicándoles que eso hubiera sucedido en cualquier parte y que ellas no podían cuidar de mí siempre. Después entraron en cólera:

Sami que siempre ha sido la más sensata y recatada del grupo amenazó con ir a la oficina de Max y montar el escándalo más grande de todos los tiempos; Linda, por su parte, me advirtió que quemaría mi pasaporte y que no me hablaría nunca más. Ambas estaban indignadísimas conmigo por tomar una decisión tan importante sin antes consultarlo con ellas; se desahogaron gritándole a Emma por apoyarme en esta locura. Linda que no controla lo que dice llegó a llamarla hasta mala amiga para luego disculparse. Una vez que terminaron de lanzar improperios y amenazas, terminaron llorando y expresando cuánto me querían y lo mucho que me iban a extrañar.

Al final de cuentas, la amistad se resume a esto, apoyar y respetar las decisiones de los seres que más amamos a pesar de no estar de acuerdo con ellas.

Es martes en la noche y estoy haciendo mis maletas cuando llaman a la puerta del cuarto.

—Está abierto.

—¡Esto apesta!

Se lamenta Linda apenas pasa por la puerta.

—¡Linda! —la reprende Samia entrando justo detrás de ella—, vinimos a alegrarle la noche así que cero drama por favor.

—Sí, pero eso no significa que la situación no apeste — responde mientras se desploma en la cama.

Su comentario hace que mis labios se curven en media sonrisa en el momento que estoy doblando unos pantalones y que Samia llega a mi lado. Me da dos besos en las mejillas.

—Hola tesoro, ¿cómo sigues?

—Hasta ahora, todo bien —respondo devolviéndole los besos.

Cuando termina de saludarme, acerca su rostro a mi oreja y me dice en forma de secreto.

—No hagas caso a lo que diga, se ha quejado todo el camino y no ha habido forma de hacerla entrar en razón.

Yo de todos modos no pensaba hacerle caso. Linda no sería ella sino se quejara.

Samia toma una prenda de las tantas que tengo desordenadas encima de la cama.

—¿En qué te ayudamos?

—Querrás decir en qué la ayudarás tú, yo no pienso mover un solo dedo para apoyar esta locura —se queja Linda.

Samia se gira y niega con la cabeza mientras pone los ojos en blanco.

—No seas niña.

—Déjala —digo divertida con la situación—, de todos modos no hay mucho que empacar. Estamos en primavera y la poca ropa de verano que me pueda llevar en pocos meses ya no me quedará, así que solo me llevo lo necesario.

—Pues qué bueno porque te cuento que vinimos con la excusa de ayudarte pero la verdadera razón es que queremos desvalijar tu armario.

Mi sonrisa se agranda.

—¿Y qué vas a hacer con el resto? —pregunta Samia.

—Lo dejaré aquí por supuesto, para cuando regrese —interviene Emma al momento que entra en el cuarto con tres botellas en la mano—. Como tú no puedes tomar, te aviso que hay jugo de manzana en la nevera.

Ella se acerca y le pasa una cerveza a cada una de las chicas.

—No puedo tomar pero sí comer y estoy que me comería un burro.

A penas esas palabras salen de mi boca Emma se lleva la mano al bolsillo trasero de su pantalón y saca su móvil.

—Podemos pedir pizza o chino, ¿quién se apunta?

—Yo prefiero un panzerotto de donde Nini —me apresuro a decir.

—Yo también —concuerta Samia.

—Pues entonces serán cuatro panzerotto.

A la vez que pronuncia esas palabras Emma mira a cada una de nosotras esperando confirmación.

—Que sean cinco.

Las tres me miran como si acabara de anunciar que la tierra es plana. No las culpo, los panzerottos no solo son grandes sino que además vienen relleno. Son buenísimos y tienen muchísimas calorías.

—¡Vaya! Sí que has recuperado el apetito —se sorprende Samia—, comer uno significa cuatro horas de

gym, imagínate si me como dos. Es que solo de pensarlo ya engordo.

—En estos días se me ha abierto el apetito, no sé si es el estrés por el viaje o si son los medicamentos que comienzan a hacer efecto —comento mientras guardo unas blusas en la maleta y voy al armario por otras.

Emma llama a donde Nini, mientras está al teléfono me giro y le artículo que quiero uno con salsa pizza y otro de jamón y queso. Ella me mira incrédula aunque un poco divertida. Me giro nuevamente hacia el armario y me quedo mirando que más voy a necesitar mientras ella hace el pedido y luego cuelga.

—Bueno, no importa la razón, lo importante es que estás comiendo. El pedido llegará en quince minutos.

Regreso del armario y me propongo a guardar las blusas que he ido a buscar cuando me doy cuenta que las que he puesto antes ya no están.

“¡Qué extraño!”

Guardo las prendas que tengo en las manos y vuelvo al armario por más.

—Aún no puedo creer que te vayas, hace apenas unos días que te instalaste y todavía no me acostumbro a que ya te marchas —se lamenta Emma.

—Bueno como tú misma lo dijiste, es temporal. Además ustedes pueden venir a verme.

Voy exponiendo mi punto al mismo tiempo que saco unos pantalones para guardarlos, cuando me giro me paro en seco.

«Estoy segura que acabo de poner una camiseta azul».

A veces se comporta como niña traviesa.

Pongo las prendas encima de la cama, me llevo las manos a la cintura y la miro.

—Linda no vas a ganar nada sacando y escondiendo la ropa de la maleta más que atrasarnos.

—Lo siento pero me parece absurdo que estemos haciendo tus maletas como si te fueras de vacaciones cuando todas aquí sabemos que te vas para no volver.

—Eso no es cierto —afirmo.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunta Linda afligida—, estamos hablando del Caribe, puede que después de un tiempo descubras que te gusta vivir allá y decidas quedarte por siempre.

Mis ojos bailan entre las tres.

—¿Todas piensan eso?

Ellas asienten.

Me doy cuenta que mi decisión las afecta a todas y que yo no soy la única que está sufriendo pero que aun así están haciendo un esfuerzo para mantenerse enteras y mostrarme su apoyo.

—¿Saben qué? Dejemos esto... Es mi última noche con ustedes y no la voy a desperdiciar haciendo maletas.

Les quito la ropa de la mano a Samia y a Emma y las tiro en la cama.

—Vamos a comer, a tomar y a olvidarnos un poco de todo este asunto.

Rodeo la cama, agarro a Linda por la mano y la tiro para que se incorpore. Una vez que está de pie la empujo en dirección del salón.

—Lo de tomar va para ustedes —digo con una sonrisa tratando de ocultar mi tristeza. He intentado aparentar que estoy bien pero al igual que a ellas no me está saliendo bien.

Nos adentramos en el salón, Emma y yo nos sentamos en el mueble grande, Samia toma asiento en el sillón de una plaza, Linda se sienta en el suelo y apoya la cabeza en mis piernas.

—Que jodido es todo esto —se queja Emma—. Me siento como las chicas de sexo en la ciudad.

—Si somos como las chicas de sexo en la ciudad, entonces ¿quién serías tú? —inquire Linda dando

un trago a su cerveza.

—Samantha Jones —exclamamos todas a la vez antes de estallar en carcajadas.

—Oh, sí. Siempre he pensado que Samantha tiene el mejor papel de la serie, no se enamora, se acuesta con todo Nueva York sin preocuparse del qué dirán y tiene un excelente gusto por la moda —concuera Emma.

—Sí, definitivamente tú encajarías perfectamente en ese papel —digo recuperándome de la risa—. Sexo sin compromiso y ropa de diseñador carísima, pero te equivocas en una parte, Samantha se enamora de Smith al final de la serie.

—La niña fue inteligente se tiró todo Nueva York para después quedarse con el guapetón de Smith.

Emma gira la cabeza, me mira y me guiña un ojo.

—Ya quisieras tú —dice Samia

Su comentario nos hace reír.

—He de admitir que sería la vida perfecta —continúa Emma dando un trago a su Heineken—, pero no lo decía por eso, ¿recuerdan el episodio en el que Carrie se va a París con el ruso? Ese donde ustedes estuvieron llorando como magdalenas durante todo el capítulo.

Linda levanta la cabeza y la mira.

—¡¿Ah, porque tú no?!

A mí me ataca la risa, en ese momento suena el timbre y Emma salta de su asiento.

—Pues que Miranda, Charlotte y Samantha estaban muy triste con la partida de Carrie —replica rápidamente mientras se dirige a la puerta ignorando el comentario de Linda—, y luego Big fue a buscarla a París para traerla de vuelta a casa.

Ladeo la cabeza y la miro mientras ella le está pagando la comida al muchacho del Nini, pienso en lo maravilloso y romántico que sería si Maximiliano hiciera eso por mí pero inmediatamente aparto ese pensamiento de mi cabeza.

«¡Ni lo sueñes! Eso solo pasa en la televisión»

—Muy bonita tu historia pero te recuerdo que yo no soy Carrie, que no estamos en Nueva York y Max no tiene nada que ver con Mr Big, así que eso no va a pasar.

Emma regresa y se para en medio del salón, verifica la guarnición de cada paquete y lo va entregando según lo que cada una pidió.

¡Dios! Solo de olerlo ya quiero devorarlo.

—Pero, ¿por qué no? —pregunta Samia en el momento que se levanta del sillón y se dirige a la cocina.

—Porque eso no pasa en la vida real —grito en su dirección medio masticando después de dar un primer mordisco.

Mmmm... Esto está sencillamente ¡delicioso!

—Pues para que sepas, siempre he apostado por ustedes y aún mantengo la esperanza que el amor triunfe —me responde regresando de la cocina con dos cervezas en la mano. Le pone una a Linda arriba de la mesa del centro y le da la otra a Emma.

—Eso sonó a frase de telenovela —comenta Linda socarrona—. ¿Y tú no vas a tomar?

—No, te recuerdo que ando manejando —le responde a Linda antes de retomar su asiento.

—Pues te informo que eso sería la sorpresa del año, porque aunque él diga que todo terminará por arreglarse yo aún tengo mis dudas.

—Entonces solo nos queda esperar a ver qué pasa —sugiere Emma y luego apresura su cerveza hasta el último sorbo. Coloca la botella vacía en la mesa y le da un trago a la que Samia le acaba de pasar.

Samia suspira y medio divertida comenta:

—La sorpresa se la va a llevar Jaret. Yo creo que de esta le da un soponcio.

—¿Y eso por qué? —pregunta Linda.

—Porque no pienso escoger una fecha para la boda hasta que Adriana regrese.

Esas palabras hacen que deje de comer en el acto.

Miro a Linda y a Emma, pienso que sus caras deben reflejar lo mismo que la mía. Están para fotos.

—¡Qué! —exclama Emma levantando las cejas

—¿Te vas a casar? —demanda Linda con la boca ligeramente abierta.

Samia asiente con la cara iluminada.

—Jaret me lo preguntó nuevamente y esta vez le dije que sí.

Me incorporo rápidamente y la envuelvo en un abrazo mientras doy unos brincos con ella en brazos.

—¡En serio! No me lo puedo creer por fin le dijiste que sí —grito—. ¡felicidades mi reina!

—Ya para de brincar que no estás para saltos.

Me separo de ella presa de la emoción para dejarle lugar a las otras.

—¡Enhorabuena cariño! —dice Linda con la mirada vidriosa.

—Ya era hora —clama Emma rodeándola con los brazos—. Tienes a ese pobre hombre en ascuas desde hace demasiado tiempo.

—No me feliciten todavía, aún falta escoger la fecha de la boda y no pienso hacerlo hasta que tú no regreses. —Me avisa con una sonrisa empática—. De esa forma tendrás una excusa para volver.

Amo a estas mujeres con todo mi ser. Hemos pasado por tantas cosas en más de una década.

Una vez leí que las verdaderas amigas son nuestras compañeras de vida, nuestras almas gemelas. Si es así, yo he encontrado las mías, mujeres que son fuertes, luchadoras, sensibles y especiales, cada una a su manera, a las cuales volvería a elegir para formar parte de mi vida con los ojos cerrados. Porque una amiga no es quien te llama todos los días, sino la que corre a tu lado cuando la necesitas; una amiga no es solo la que elogia toda tu ropa sino la que te maldice por no tener su número de zapatos, una verdadera amiga es la que te acompaña a lo largo del camino, apoyándote a pesar de tus errores y caídas, la que te ayuda a levantarte cueste lo que cueste, aun poniéndose ella en ridículo para sacarte una sonrisa. Porque las amigas se llegan a querer más que las hermanas y se aceptan tales como son.

Parpadeo varias veces para apartar las lágrimas.

—Ustedes tres son razón suficiente. —afirmo con un nudo en la garganta.

Vivo por ella



*“La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal,
sino por las que se sientan a ver lo que pasa”*

Albert Einstein

—Te lo digo en serio, ni se te ocurra tirarle los tejos.

Tiro del pomo metalizado de la puerta en cristal y la sostengo para que entre mientras lo miro con gesto serio.

—No entiendo a qué ha venido esa advertencia.

Le lanzo a mi amigo una mirada de: “ni siquiera lo intentes, te conozco demasiado bien.”

—Viene a que vi cómo la mirabas en el hospital y a que me sé tu historial “mujeres a las que me quiero follar” de memoria —digo al mismo tiempo que nos adentramos en el bar—. Es la mejor amiga de Adriana y no quiero problemas, además de que Carlos está interesado en ella.

—Puedes estar tranquilo porque pese a que es una mujer muy linda, no es mi tipo.

Me río entre dientes a la vez que me paso la mano por la barbilla. Ladeo la cabeza y lo miro con una ceja levantada.

—¿Desde cuándo las mujeres lindas no son tu tipo?

—No he dicho que las mujeres lindas no son mi tipo, cabrón —me responde con una sonrisa de suficiencia—. Dije que esa mujer —continúa alargando la frase—, esa en particular no lo es.

Continuamos nuestra marcha hasta el fondo del local.

—¿Y eso por qué ? —pregunto sin poder creerme del todo sus palabras al mismo tiempo que levanto mi mano y la balanceo en frente de mi rostro para apartar el humo de cigarrillo que un señor acaba de lanzar en mi dirección.

—Porque es una arisca. Esa mujer no soporta que le hagas ningún cumplido. Durante el trayecto al hotel intenté hablar con ella y ser amable pero estaba demasiado tensa y poco receptiva para mi gusto, así que paso —claudica con determinación.

—¿Qué vas a tomar?

—Lo mismo que tú.

Busco a la muchacha que sirve con la mirada.

—Dos Coronas por favor —le pido cuando repara en mí. Ella asiente antes de darme la espalda y marcar algo en una de esas máquinas en las que anotas seis números al azar más uno adicional, lo pasas por una máquina y a los cinco minutos anuncian el resultado ganador. Aquí le llaman Súbito aunque en otros países tiene otro nombre.

Vince tira de una silla y se sienta. Yo imito su gesto y ocupo el asiento de en frente.

—Emma es así, tiene un carácter fuerte. Creo que eso es lo que tiene a Carlos medio loco.

—Bueno pues eso le gustará a tu amigo porque yo prefiero las mujeres más mansas...—dice cruzando sus piernas a la vez que se apoya de la pared de forma relajada... menos explosivas.

—Pues me parece bien, no me gustaría estar en medio de Carlos y ti, muchos menos por un asunto de faldas.

Apoyo los codos en la mesa y en ese mismo instante llega la camarera con las dos cervezas. Coloca una delante de mí y luego otra frente a mi amigo el cual sin disimulo pierde la vista en el escote de la joven. Lo pateo debajo de la mesa y él me mira divertido.

Esa es una de las razones por la que quiero se mantenga lejos de Emma. Sus ojos tienen casi tanto problema como sus manos para mantenerse sobre la misma mujer.

—Me podrías traer un poco de sal y un trozo de limón —le pide Vince deteniendo los pasos de la muchacha, esta asiente y gira sobre sus talones en dirección de la barra.

—Sabes que esa mezcla explosiva te va a matar algún día —lo prevengo mientras le quito la servilleta que la mesera ha envuelto alrededor de la botella y después limpio la boca de la misma.

—Es la única forma de tomar una buena cerveza mexicana —dice y luego se encoge de hombros.

—Tú ya sabrás. Ahora dime cómo van las cosas.

—Tengo varias novedades, dos malas y una buena, ¿cuál quieres escuchar primero?

Me paso la mano por el cabello y resoplo. Tomo un sorbo de mi cerveza y respiro hondo.

—Comienza con la peor —digo sin mucho entusiasmo.

—He hecho la lista de los clientes que me pediste y solo tenemos diez bajo contrato.

Tuerzo el gesto pero no me parece tan malo. Algunos de nuestros clientes tienen contratos de corta duración (alguna que otra consulta para temas muy puntuales y una vez que el trabajo está hecho el contrato claudica hasta que nos necesiten otra vez) contrariamente a otros clientes que firman con nosotros por periodos más largos (ya sea para análisis e interpretación de los estados financieros cada tres o seis meses o algunos más intensivos, como: Diagnósticos financieros o la intervención de algún departamento, negocio o sucursal).

—No veo la gravedad del asunto, los llamaremos y al igual que a los demás les explicaremos que la empresa cerrará sus puertas por tiempo indefinido —le informo justo en el momento que regresa la mesera y coloca al lado de la cerveza de mi amigo un platillo blanco con dos trozos de limón y un salero.

El rostro de Vince se contrae de forma más seria y ni siquiera repara en la presencia de la chica, eso hace que yo empiece a preocuparme.

El tema debe ser muy serio.

—El problema es que si anulamos esos contratos ahora, tendremos que pagar una indemnización por daños.

—¿De cuánto estamos hablando? —le pregunto con cierta inquietud mientras él coge el limón y lo introduce dentro de la botella.

Suspira a la vez que toma el salero y le echa un poco de sal.

—De un millón de euros.

¡Mierda! Eso sí no me lo esperaba.

Me paso las manos por la cara mientras trato de procesar esas palabras. Es muchísimo dinero y aunque la empresa esté marchando bien, no poseo esa cantidad y mucho menos ahora después de mi última inversión. Además me niego a tener que pagarles una suma tan elevada. Ya bastante dinero les he hecho ganar como para encima tener que darles el mío.

—Me imagino que esas cuentas son...

—De los amigos lambe culo de tu suegro —termina la frase por mí antes de llevarse la cerveza a sus labios y beberse la mitad de un solo sorbo, confirmando así mis temores.

—Como tu asesor legal te diría que sigas con esas cuentas y que esperes ver cuál será la reacción antes de cancelar los contratos y seguir manejándolas desde aquí.

—¡No! —digo de forma rotunda—, quiero cortar todo lo que tenga que ver con Sophia y su padre.

—¡Cálmate! Dije como asesor legal, como tu amigo te digo que encontraremos una forma y mandaremos a la mierda a esos hijos de puta.

Tiene razón. No puedo perder el control. Si quiero que todo salga como lo previsto tengo que mantener la cabeza fría.

—Tienes razón, mejor dime cuál es la buena noticia que me tienes—digo sarcástico ya preparado para lo peor.

—Ya he presentado la demanda de separación ante el tribunal correspondiente, de seguro esta misma semana se le notifique por escrito a Sophia.

Sus palabras me llenan de alivio. No es como si ya estuviera divorciado pero es un avance. Últimamente con Sophia no puedo cruzar dos palabras sin terminar peleando y eso que aún no le he contado lo del embarazo de Adriana.

Espero que esa noticia haga que mi peluche se sienta más tranquila con relación a nosotros.

Aunque no me lo ha dicho con palabras pude ver en sus ojos cuando pasé por su apartamento para despedirme en la tarde que no cree cien por ciento en mis palabras cuando le digo que me pienso divorciar.

—Gracias.

—No te alegres tan pronto, puede que como no hay hijos de por medio y ningún riesgo de que Sophia esté embarazada, el juez te otorgue la separación de cuerpos pero tendrás que esperar por lo menos tres años antes de que puedes solicitar el divorcio.

¡Maldita sea!

¡No puede ser! No puedo creer que tenga que durar tanto tiempo para poder romper todo vínculo con Sophia.

Esa mujer está desquiciada. No quiere entender razones. Solo espero que se dé cuenta que lo nuestro no puede continuar y acepte lo que diga el juez.

¡Cielos! Siento que no he descansado en meses. Desde mi viaje a Miami no he parado. Cuanto daría por irme con Adriana mañana en ese vuelo y olvidarme de todo. Entre las discusiones con mi padre que no intenta entenderme, los problemas con Sophia, la alerta sobre el embarazo de Adriana, estoy exhausto.

—No te preocupes tanto, ya encontraremos la manera.

—Lo sé, es solo que Adriana se va mañana y eso me tiene un poco descolocado.

—Pero las cosas entre ustedes están bien.

—Sí pero... si la hubieras visto cuando la fui a ver esta tarde. Está muy triste y no puedo dejar de culparme por eso.

—Pero le contaste la razón por la que dejas que se vaya.

Me llevo la corona a los labios y doy un largo sorbo. Cuando termino pongo la botella de regreso a la mesa y jugueteo con ella mientras escucho las palabras de Benedetto en mi cabeza.

“Yo que tú me lo pensarías bien. Te recuerdo que los accidentes son muy comunes hoy en día —deja caer de la forma más natural del mundo.

“¿Me estás amenazando?” —le pregunto desafiante.

“No me malentiendas, te tengo demasiado aprecio como para hacer algo en tu contra. Eres como un hijo para mí pero sería una lástima que algo malo le pueda pasar a una muchacha tan bonita; ¿No crees?”

No entiendo de qué habla. Lo miro con desconcierto.

“¿Cómo es que se llama? Corrígeme si me equivoco... —arruga la frente como si estuviera pensando en algo—, A- Adri- Adriana. ¡Ah sí! Adriana Brooks”—su cara se ilumina al pronunciar su nombre y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se tensan.

¿Cómo diablos sabe sobre ella?

Le lanzo una mirada letal.

Es un gran hijo de puta. ¿Cómo se atreve? Acaba de amenazar la vida de Adriana y está ahí sentado muy campante como si estuviera hablando del clima.

El muy maldito de mi suegro se levanta de su asiento y me rodea el cuello con su brazo, su contacto me quema. Cualquiera diría que somos dos colegas charlando de lo más natural cuando en realidad estoy que ardo por dentro de la rabia y lo único que quiero es darle un puñetazo que le borre esa sonrisa arrogante y acabar con su pose de gran señor.

“En cuanto mi hija me dijo que habías cambiado desde que trabajas con esa chica, lo supe. No me lo tomes como un reproche, yo también soy hombre y sé que uno no se puede resistir a unas piernas bonitas pero también sé dónde están mis prioridades y tú también deberías saber que tu prioridad es mi hija y no esa chiquilla”

Esto tiene que ser un mal chiste. Es un maldito hijo de perra.

No entiendo cómo pude estar tan ciego

—Si te refieres a la amenaza que ese bastardo lanzó como el que no quiere la cosa en su contra pues no, no le dije nada. Está embarazada y no quiero preocuparla más de lo necesario.

—Te entiendo pero es bueno que esté al tanto de todo, de esa forma te entendería mejor y estará en alerta, aunque para serte sincero no creo que vaya a hacer nada. Yo pienso que lo dijo para asustarte y asegurarse que te casaras con su hija. Además que un hombre de su estatus no se va a poner a jugar a lo gánster.

—No estoy seguro que Benedetto cumpla su amenaza pero no puedo correr el riesgo, sigo pensando que lo mejor es que se aleje de todo esto.

«Aunque por dentro esta separación me esté matando».

Destino inesperado



*“ Y si nos quedara poco tiempo,
si mañana acaban nuestros días y si no te he dicho suficiente.
Te adoro con la vida ”*

Chayanne

—Ya empaqué todo lo que necesito —murmuro para mí misma al cerrar la maleta y el sentimiento de tristeza que siento desde hace días me invade un poco más.

Respiro hondo a la vez que le echo un vistazo a la habitación para asegurarme que no se ha olvidado nada.

Camino hasta la mesita de noche comprada en Ikea y abro la primera gaveta, cojo el billete electrónico que Max me ha traído hoy en la tarde y verifico una vez más las informaciones de vuelo.

Un boleto solo de ida.

Suspiro.

«Tú lo decidiste Adriana y ya no hay vuelta atrás».

—¿Qué haces?

Giro la cabeza por encima de mi hombre izquierdo y Emma vestida en su pijama rosada de Hello Kitty me mira desde la puerta medio abierta sin entrar del todo.

—Me aseguro que todo esté en orden —respondo con pesadez mientras le muestro los documentos que tengo en la mano.

Ella se acerca, pone las manos sobre mis hombros y acomoda su cabeza encima del mismo.

—Deberíamos acostarnos, mañana tenemos que estar en el aeropuerto a las seis.

—Lo sé —respondo con nostalgia.

—¿Duermes conmigo?

Sonrío ante su pregunta.

¡Santos! La voy a extrañar con locura.

—De acuerdo pero solo si me prestas tu pijama de Betty Boop.

—Lo siento pero eso no va a ser posible.

Me despego de ella, me giro y la miro con los ojos entrecerrados.

Sé que tiene una extraña adoración con ese pijama pero bueno, que me voy mañana, eso debe influenciar un poco la balanza a mi favor, ¿no?

—Será difícil —se precipita a decir alargando las palabras—, ya que cuando estabas en el baño la puse en tu maleta.

Me la como a besos.

¿Cómo no quererla? Es un amor.

No me resisto y me apresuro a abrazarla. La lleno de besos y apapachos en contra de su voluntad.

—Pero no es para que te pongas sensiblon, solo lo hice porque sé cuánto te gusta ese pijama pero nada más —me dice en medio de la resistencia y la risa.

No me detengo y continúo mi ronda de besos y mimos hasta que entre carcajadas nos dejamos caer en la cama.

—Sabes que te adoro.

—Ya párale que no es para tanto.

Escucho La Tortura de Shakira y giro la cabeza en dirección de donde proviene el ruido.

—¿Quién podría estar llamando a estas horas?

—No lo sé, a lo mejor es una de las muchachas para avisar que ya llegaron —me responde antes de intentar pararse de la cama.

Mientras Emma sale del cuarto y se dirige hacia el salón aprovecho y bajo la maleta de la cama con cierta dificultad y la arrastro hasta ponerla contra la pared cerca de la puerta.

Regreso hasta la mesita donde tengo los papeles, los tomo y los guardo en mi cartera.

Escucho los pasos de Emma y levanto la vista.

La expresión pálida de su cara me deja petrificada en el lugar. No sé lo que ha pasado pero mi corazón se acelera y temo lo peor.

—Emma —digo y mi voz sale gruesa. Se me ha secado la boca.

—Era Linda —balbucea a la vez que vacila.

¿Puede un corazón dejar de latir? Porque creo que el mío lo ha hecho.

—Ha habido un accidente.

Dejo de respirar. Me mareo.

Las piernas me fallan y tengo que sujetarme de la mesita de noche, Emma se acerca a toda prisa y me ayuda a sentarme en la cama. Sale disparada de la habitación mientras que no soy capaz de generar nada más.

“Un accidente” ¿Qué diablos ha pasado?

Tengo que concentrarme. Tomo una respiración profunda y trato de alejar los malos pensamientos. Están bien. Tienen que estarlo. Me niego a que sea de otra manera.

¿Y si no es así? El pánico se ha apoderado de mí.

Emma regresa con un vaso de agua y me lo entrega. Tomo un sorbo pero no me pasa. Tengo la garganta cerrada.

—Linda está bien —me anuncia con un ligero temblor en la voz—, vamos a ir al hospital pero primero tienes que calmarte.

Cierro los ojos para apartar la bruma. Tengo que enfocarme.

Tiene razón. Ha dicho que Linda está bien, lo que significa que... No, no, no. ¡no!

Abro los ojos y después de ahí todo sucede de prisa. Me levanto de la cama con la adrenalina corriendo por mis venas y le pido a Emma que me cuente lo que ha pasado, mientras busco algo que ponerme.

Ella va a su habitación y regresa con unos vaqueros, una muda de ropa y me dice al mismo tiempo que se quita el pijama que Linda estaba muy alterada por lo que no entendió muy bien. Sabe que han tenido un accidente y que Samia estaba inconsciente.

Diez minutos más tarde estamos saliendo por la puerta en dirección al hospital Emile Mayrisch situado en Esch.

Me imagino que la han llevado ahí por ser el más cercano al lugar del accidente.

Voy todo el camino haciendo oraciones mudas, pidiéndole a todos mis angelitos que permitan que esté bien.

Por suerte el hospital queda a solo veinte minutos del apartamento, con el poco tráfico de la una de la madrugada y el pie pesado de Emma solo nos tomó diez minutos llegar, cosa que agradezco porque el nudo que se me ha acumulado en el estómago me está matando.

A penas llegamos a la entrada principal, no le doy tiempo a Emma de parquear, salgo del coche y corro hacia el área de emergencias.

Las puertas se deslizan, entro buscando el rostro de Linda en todas las personas con las cuales me cruzo pero no la veo y me desespero.

Con grandes pasos me acerco a la recepcionista que está detrás de un gran escritorio circular. Ella me recibe con una pequeña sonrisa. Con el nudo en el estómago, las lágrimas contenidas y la carrera que me acabo de pegar, me cuesta hablar.

Trago saliva para intentar bajar la tensión en la garganta y con cierta debilidad en la voz le doy el apellido de Linda. Ella verifica en su computadora las personas que han sido ingresadas hace poco y ubica a mi morenita Linda, me dice que debe estar en el tercer piso a la vez que Emma llega a mi lado.

Le dedico un rápido “gracias” mientras mi amiga me toma de la mano y juntas nos encaminamos a los ascensores.

Al llegar al piso indicado vuelvo a buscar a Linda pero no la veo, trato de mantener la calma pero me está costando. Nos topamos con una enfermera y la muy diligente nos informa que posiblemente esté en la sala de espera.

Mi corazón siente un ligero respiro pero no estaré tranquila hasta que la vea y compruebe que está bien.

Doblamos en el segundo pasillo como nos han indicado y con el corazón en la boca veo a Linda sentada en un sillón gris con la cabeza enterrada entre las manos.

—¡Linda! —grito y las lágrimas por el hecho de saber que por lo menos una de ellas está bien me asaltan.

Ella levanta la cabeza con la cara bañada en lágrimas. Tiene un moretón encima de la ceja derecha y un poco más para arriba una pequeña curita.

En cuanto nos ve se levanta, corre hacia nosotras y me envuelve en un fuerte abrazo donde llora desconsolada.

—Shhh... cariño todo estará bien ya lo verás —digo con la voz agrietada mientras Emma se cierne sobre nosotras.

—Adri todo pasó tan rápido —solloza.

—No llores —le pide Emma con un hilo de voz mientras le acaricia la espalda con su mano derecha—. Vamos a salir de esta como lo hemos hecho siempre.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —pregunto tratando de no quebrarme.

Linda sigue llorando, trata de explicarse pero cada vez que abre la boca se le quiebra la voz.

Después de un rato, ya un poco más calmada, nos explica que un conductor se voló la luz roja y le ha impactado por el lado del pasajero. El vehículo terminó chocando contra un muro. Por suerte, Linda solo ha sufrido una contusión leve y algunas magulladuras que no son de cuidado, nada que unos analgésicos y un poco de descanso no puedan curar, contrariamente a Samia quien ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

Linda no la ha vuelto a ver desde que la trajo el SAMU inconsciente. Lo único que le han dicho es que la han tenido que operar de emergencia y eso fue hace cuarenta minutos atrás.

Emma nos pide que nos acomodemos, mientras nos sentamos en la silla siento como si el mundo se

hubiera detenido.

¡Joder! Esto no puede estar pasando.

No soy una persona muy creyente. Desde chiquita mi mamá nos ha enseñado que existe un Dios ahí arriba y que debemos creer, que cuando pedimos las cosas con fe todo es posible.

Cuando mi padre sufrió una crisis de asma y se lo llevaron de emergencia le pedí a Dios que todo saliera bien pero mi papá nunca regresó a casa, entonces dejé de creer. Pero si de verdad existe un Dios ahí arriba, le imploro, le suplico que Samia esté bien.

Que me la devuelva.

«Por favor te lo pido, que se salve».

¡Mierda! Este silencio me está matando.

Samia es muy joven, ella no puede morir. ¡Dios! Si está a punto de casarse...

¡Mierda!

—¿Le avisaste a Jaret?

Linda levanta la vista, parece que acaba de caer en cuenta. El miedo y el remordimiento por no haberle avisado se dibujan en sus ojos.

—No lo pensé, lo siento. Yo... —y se vuelve a quebrar entre sollozos.

—Tranquila, ya le aviso yo —dice Emma.

Ella se levanta, busca su teléfono en el bolso y marca el número.

Estoy inquieta, no logro quedarme sentada. No aguanto más y mientras Emma está al teléfono voy al mostrador de la recepcionista de este piso y le pregunto si saben algo. La enfermera se hace la misteriosa y me dice que aún está en cirugía, que no puede decirme nada más y debo esperar al médico.

Tengo una opresión en el pecho que cada vez más me cuesta controlar.

—¡Adriana!

Me sobresalto al escuchar la voz de Max. No entiendo qué hace aquí pero no me importa. Con pasos grandes se encamina hasta donde estoy, seguido por Carlos y otro muchacho.

Cuando me alcanza y me envuelve en sus brazos y es mi perdición. La tensión y la angustia pueden conmigo y rompo a llorar.

—Peluche por favor no. No llores —me pide mientras acaricia el cabello—, eso no te hace bien, recuerda tu embarazo.

Envuelvo mis manos alrededor de su cintura mientras dejo que me consuele.

Estoy asustada. Me desagradó no saber lo que pasa.

—¿Dónde está Emma? —escucho que me pregunta Carlos.

Me separo de Max y me paso la mano por la cara antes de que él se lleve la suya al bolsillo y saque un pañuelo en tela. No sabía que los hombres todavía usaban eso.

Le agradezco que me limpie el rostro, debo estar deplorable.

—Está allí con Linda.

Carlos sale disparado en dirección de la sala de espera al mismo tiempo que el muchacho que ha acompañado a Max que por la descripción me imagino se trata de Vicente, se acerca a nosotros con pasos cautos.

—Lo siento —dice y por su expresión me parece sincero—. Max me ha dicho que es una de tus mejores amigas.

Asiento porque si hablo sé que volveré a llorar y no quiero.

Max me cobija bajo su ala y juntos regresamos a la sala de espera.

Al entrar en la pequeña sala alcanzo a escuchar como Carlos le pregunta a Emma si necesita algo, ella le dice que no. Este le pasa el brazo por el cuello y la aprieta contra su pecho.

Me sorprende gratamente ver que ella no se lo impide.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—Emma me llamó cuando llegaron al hospital y me pidió que viniera.

Le dedico una rápida mirada con los ojos empañados de lágrimas. Mi loca siempre pensando en mí.

Miro a Linda que está temblando.

Cuando me voy a acercar a ella, el amigo de Max se me adelanta y gentilmente la cubre con su chaqueta. Ella se lo agradece al mismo tiempo que Vicente ocupa el asiento a su lado.

Carlos y Emma se acercan a nosotros mientras que este se interesa en lo sucedido. Emma le va explicando y Linda se estremece. La pobre, no me imagino cómo debe sentirse en estos momentos.

Los seis estamos sentados y los minutos siguen pasando. No entiendo qué puede estar tomándole tanto tiempo.

¡Esto es desesperante!

Me dejo arropar por el calor de Maximiliano que intenta darme serenidad pero no lo consigue y nada lo hará hasta que alguien me diga qué diablos está pasando.

Después de un tiempo que me pareció una eternidad, un señor de unos cincuenta y cinco años de edad entra en la sala vistiendo un conjunto verde manzana.

—Familiares de la señorita Boumaza —dice en francés en forma de pregunta.

Nos levantamos todos en conjunto. Yo me suelto del brazo de Maximiliano y me acerco al doctor.

—¿Cómo... cómo está? —le pregunto y mi voz se desvanece en un susurro.

Un pilar agrietado



“Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes”

Anónimo

—Soy el doctor Schuler, el neurocirujano que ha operado a la señorita Boumaza —se presenta con sus ojos negros apagados. Luce exhausto y el nudo en mi estómago se reafirma—. ¿Son ustedes familiares cercanos?

—Sí —respondo rápidamente sin dejar lugar a dudas. Puede que no tengamos la misma sangre pero compartimos lazos que para mí son mucho más importantes. Además, ahora mismo no soportaría la estupidez que por no compartir algo que es irrelevante, se niegue a decirnos lo que sucede.

—Después de su llegada inconsciente al hospital, le hemos practicado una tomografía, la cual reveló una ruptura de vasos sanguíneos causando un sangrado dentro del tejido circundante...

—Disculpe pero podría hablar sin tecnicismos por favor —lo corto.

Maximiliano pone su mano sobre mi hombro y lo aprieta ligeramente, quizás trata de tranquilizarme pero falla. Sé que estoy siendo impertinente pero los médicos tienen tendencia a lanzarse en un discurso que solo ellos entienden y en estos momentos no necesito una clase de neurocirugía. Necesito saber cómo está mi amiga.

El doctor asiente con aire cansado pero creo que ha entendido mi ansiedad.

—Hemos tenido que operar para remover el coágulo de sangre y pese a que la operación ha sido un éxito debemos esperar que se despierte para estar seguros que no ha sufrido ningún daño cerebral.

—¿Cuándo será eso? —pregunto sin ocultar mi preocupación, porque aunque haya dicho que la operación ha sido un éxito no logro sentirme menos angustiada.

—Eso dependerá del paciente. Tengo que ser sincero y advertirles que las próximas veinte y cuatro horas son cruciales pero deben guardar esperanza porque es una mujer joven, fuerte y hemos reaccionado rápido. Lo probable es que la recuperación sea rápida y completa.

—¿Podemos verla? —pregunta Linda.

—Ahora mismo no porque la están trasladando a la UCI^[16], dentro de veinte minutos se les permitirá el paso a los familiares pero no puede entrar más de una persona al mismo tiempo.

—Muchas gracias doctor —dice Max y se lo agradezco porque me he quedado muda. Está en el área de cuidados intensivos y eso nunca es bueno.

El Dr. Schuler asiente, gira sobre sus pasos y se va.

—¿Se recuperará verdad? —pregunta Linda nuevamente con la voz débil. Yo me separo de Max y me acerco a ella, tomo sus manos entre las mías y busco su mirada vidriosa.

—Como acaba de decir el médico, es una mujer joven —le digo con suavidad—, vamos que estamos hablando de Sam y ella es toda una guerrera, va a salir de esto, estoy segura.

Mis palabras salen fuertes y con mucha determinación. No sé si lo digo para tranquilizarla o para

convencerme a mí misma.

—¿Dónde está? ¡Quiero verla!

Quito mis ojos de Linda y giro la cabeza. Me encuentro con los ojos grises llenos de dolor y desesperación de Jaret. Está ahí de pie jadeante y casi sin aliento, parece que se ha pegado la carrera de su vida.

—Está estable —me apresuro a decir a la vez que Emma se acerca hasta donde está el recién llegado. Jaret toma un hondo respiro, creo que para recuperar el aliento.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunta con la voz ronca y agrietada.

Emma lo invita a sentarse, le cuenta todo lo que ha pasado y lo que ha dicho el médico.

Él se lleva las manos a la cabeza y se dobla sobre sí al mismo tiempo que maldice.

Cuando levanta la cabeza tiene los ojos bañados en lágrimas. Es duro verlo quebrarse de esa manera pero lo entiendo. Samia es el amor de su vida y a pesar de sus problemas nunca he visto un amor más puro que el de esos dos. Miro a Max y le aprieto la mano. No podría ni imaginarme que haría si fuera él quien estuviera en esa situación.

Linda balbucea un pequeño “lo siento”. Trato de soltarme de la mano de Max para ir a abrazarla y decirle que esto no es su culpa pero Vicente se me adelanta, rápidamente la envuelve entre sus brazos y murmura frases de consuelo en italiano mientras que ella solloza sobre su pecho.

Todos nos acomodamos en la sala de espera que empieza a hacerse pequeña.

Jaret se levanta, camina de aquí para allá y viceversa, vuelve a sentarse.

El tiempo parece andar más lento.

A las tres y quince de la mañana entra una enfermera para informarnos que podemos pasar a verla.

Jaret se levanta a toda prisa y la sigue.

—Deberías ir a casa para que descanses.

—No me pienso mover de aquí hasta que no vea a Sam —le respondo a Max.

Su mirada se contrae pero no insiste.

Una hora más tarde Jaret sale para darnos noticias, todo sigue igual pero le agradecemos mucho que se haya tomado la molestia.

Le pido que me deje verla aunque sea diez minutos y este asiente.

Cuando entro a la habitación, mi amiga yace en medio de la cama cubierta con una manta blanca, sobre la cual reposa la mano en que tiene el suero. Su cabeza está cubierta por un vendaje blanco. El silencio de la habitación solo es interrumpido por el sonido que emite una máquina. Me acerco con pasos cautos. Está tan quieta que me da miedo tocarla. Se ve más pálida y tiene algunos moretones que empiezan a formarse en su rostro pero no parece estar sufriendo o por lo menos tengo la esperanza de que así sea.

Me quedo ahí parada unos minutos en silencio escuchando el bip del monitor cardíaco, deseando con todas mis fuerzas que abra sus ojos negros y me diga algo, cualquier cosa, pero algo.

Tomo delicadamente su mano y la sostengo entre las mías, a pesar que ella y yo no compartimos la misma religión, cierro los ojos y rezo un padre nuestro ya que es la única oración que conozco. Al terminar con los ojos llorosos le digo:

—Eres una mujer fuerte con un gran futuro por delante, no sé dónde estás pero te pido que regreses —se me quiebra la voz y trago el nudo de la garganta para poder seguir—, quiero que te levantes y empieces a preparar esa boda que tanto mereces y espero que lo hagas pronto, antes que se me empiece a notar la barriga y ya no pueda hacer la danza del vientre que tanto te has empeñado en enseñarme.

Una sonrisa triste se me dibuja en los labios al recordar esos momentos que entre risas compartimos cuando trataba de enseñarnos a mover la cadera como las mujeres orientales.

No sé si me escucha pero espero con todas mis fuerzas que lo haga.

—Nos conocimos de una forma loca, hemos compartido muchas cosas desde entonces y todavía nos queda muchas más por hacer, así que levanta ese lindo trasero oriental de ahí y regresa con nosotros —le exijo con la voz endurecida esperando una reacción de su parte pero no se mueve.

Me paso las manos para limpiar las lágrimas.

Quince minutos más tarde salgo del cuarto arrastrando los pies y con una opresión en el pecho que me cuesta respirar.

Llego a la sala de espera y Max inmediatamente viene a mi encuentro, me toma la mano y me deposita un suave beso en ella.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza porque no quiero llorar. Estoy harta de hacerlo. Últimamente parece que mi vida se ha reducido a eso. Nada sale como lo planeo, nada sale como lo quiero.

Hace unas horas estábamos hablando del futuro, riéndonos, haciendo planes y ahora esto. No entiendo porqué pasan estas cosas.

Max tira de mí, me abraza y me acaricia la espalda.

—Deberías descansar, todo esto no te hace bien.

Niego contra su pecho.

—Nena por favor.

—Maximiliano tiene razón Adriana —dice Emma.

—No.

Mi respuesta es radical. Los brazos de Max se tensan a mi alrededor pero no me presiona y se lo agradezco. No me pienso mover. No hasta que ella abra los ojos.

—Yo quisiera quedarme pero son pasada las cinco, tengo que ir a mi casa para bañarme y cambiarme de ropa antes de ir al trabajo —dice Carlos con pesar.

Se pasa la mano por el pelo y mira a Emma como pidiéndole disculpas con la mirada. Cada día me doy cuenta que le cuesta disimular más su interés por ella. Espero que mi amiga reaccione antes que sea demasiado tarde.

—Más tarde te llamo para ver que noticias hay y en cuanto pueda regreso.

Emma asiente en su dirección.

—Linda, si quieres te puedo llevar, me imagino que tu mamá debe estar muy preocupada.

—No, yo también me quiero quedar, además ya hablé con mami y sabe que estoy bien.

Carlos asiente, se despide de todos y nos deja.

Max me lleva de la mano hasta uno de los asientos y se acomoda a mi lado. Una vez sentados, pasa su mano sobre mi hombro y me acomoda bajo su regazo.

Pienso que debo llamar a mi hermano a primera hora para contarle lo sucedido y decirle que no me voy. También tengo que llamar a mi mamá para que ya no vaya a buscarme al aeropuerto. Sé que la noticia la pondrá doblemente triste, ella quiere a estas mujeres tanto como yo.

A las siete de la mañana Jaret de un metro setenta, entra en la sala de espera completamente abatido.

Me parece raro verlo tan vulnerable. Con su mirada penetrante y su corte militar siempre me pareció un hombre en apariencia duro, intimidante pero con un corazón de oro. Creo que Samia es la única persona que derrumba sus barreras, es algo así como su kriptonita. Por ella ha aceptado vivir en unión libre a pesar que su religión no se lo permite, se ha enfrentado a sus padres quienes son personas muy apegadas a sus costumbres, siempre han pensado que no es la mujer adecuada para su hijo por no ser una musulmana tradicional. Samia sale de fiesta, bebe, no va todos los domingos a la Mosquet y según lo que nos ha contado Sam, ellos piensan que es una pecadora, inmoral

Él nos mira con sus ojos llenos de preocupación.

—Chicas les agradezco que se hayan quedado pero aquí no están haciendo nada. Mejor váyanse a su casa a descansar, les prometo que desde que haya alguna novedad les aviso.

Max me mira esperanzado, sé lo que piensa. Miro a Linda que está medio dormida encima del hombro de Vicente. Seguro los calmantes están haciendo efecto y le vendría bien descansar.

—Está bien —digo y Max suspira aliviado.

Me levanto de la silla y todos imitan mi gesto.

—Por favor no dejes de llamarme, de todos modos voy a regresar en la tarde.

—Te lo prometo —me responde Jaret.

Le doy un rápido beso en la mejilla, este les da la mano a los muchachos, se despide de las chicas y se va de regreso a la habitación.

—Yo tengo que llevar a Vince a su hotel pero no quiero dejarte —me dice Max con el ceño fruncido, algo agobiado.

—Puedes quedarte con ella, yo llevaré a Linda a casa y luego a tu amigo al hotel.

—No, tú también estás cansada y afectada por toda esta situación —le responde Max—, voy a llevar a Vince hasta la ciudad y si me lo permites regresaré para quedarme con Adri.

—No, te ves cansado —intervengo con mucho pesar porque la verdad me gustaría tenerlo a mi lado en estos momentos pero de nada sirve que maneje media hora hasta la ciudad y que conduzca de nuevo para atrás agotado, poniendo en riesgo su vida. Con un accidente me basta—, por qué no te vas y nos vemos más tarde, después que hayas dormido un poco.

Su amigo se acerca a nosotros y con un español bien marcado dice:

—Max, si quieres y me pones la dirección en el GPS puedo llevar a la señorita a su casa, después me voy al hotel, duermo un poco, te llamo más tarde para ver qué hacemos y dónde nos juntamos. ¿Qué te parece?

Maximiliano estudia su propuesta por unos segundos, creo que se debate entre dejar que su amigo maneje solo por una ciudad que no conoce o separarse de mí.

—Está bien.

No conozco a Vicente pero de entrada me cae bien y le agradezco su gesto porque hoy más que nunca necesito a Max conmigo.

Liberaciones



“No conozco la llave del éxito,
pero la llave del fracaso es tratar de agradar a todo el mundo”

Bill Cosby

A llegar al apartamento de Emma intenté por todos los medios que Adriana durmiera o comiera un poco pero mis esfuerzos fueron en vano, se dió una ducha rápida y se recostó en la cama.

Entiendo que todo lo de su amiga la tenga alterada pero estoy preocupado. Ella dice que está bien pero no creo que tanta tensión sea buena para su embarazo.

Su viaje ni se lo mencioné, la conozco tanto que estoy seguro que no habrá poder humano que la haga coger un avión en estos momentos, lo que significa que tengo que acelerar mis planes.

Aproveché que Adriana llamó a su mamá para contarle lo sucedido y me presenté con la doña formalmente como el padre del bebé, le comenté mis intenciones para con su hija. Al principio estaba un poco recia por mi situación pero después de explicarle cómo están las cosas y lo mucho que amo a su hija, se lo tomó con más calma y nos concedió su bendición.

Confieso que me siento más tranquilo sabiendo que contamos con su apoyo ya que para Adriana es muy importante la opinión de su mamá.

A la una de la tarde mi peluche llamó a Jaret por tercera vez desde que llegamos a casa para obtener noticias y a pesar que este le dijo que nada había cambiado, ella insistió en regresar al hospital. Quise negarme en traerla pero estaba tan angustiada que sería peor si se queda en casa por lo que aún en contra de mi voluntad terminé cediendo.

Tengo cosas que hacer en la oficina, como llamar al Licenciado Martin y saber si por fin se nos concedió el permiso para empezar el proyecto pero no quiero alejarme de ella. Necesito estar presente por si se le ofrece algo.

¡Dios! Desde que me enteré que me iba a dar un hijo, vivo con el miedo constante de que algo malo le pase.

Que se repita la historia.

Quisiera encerrarla en una habitación y atarla a una cama hasta que el bebé nazca.

—Cariño, ¿por qué mejor no te sientas?

Tiene más de quince minutos yendo y viniendo con pequeños pasos de una esquina a otra en la sala de espera.

Está tan inquieta que ha logrado contagiarme su nerviosismo.

—No entiendo porque no termina de despertarse aun si el médico dijo que la operación fue todo un éxito —se queja sin detener sus pasos.

—Nena caminar de un lado para otro no va a hacer que Samia se despierte más rápido —apenas digo esas palabras ella me fulmina con la mirada y yo quisiera golpearme a mí mismo por parecer tan

insensible. No es que no me importe su amiga pero ahora mismo todo lo que me interesa es ella. El doctor le dijo que evitara toda situación de estrés y desde que ocurrió el accidente no solo no ha descansado, sino que ni siquiera ha querido comer algo y eso me saca de mis casillas.

—Peluche lo que quiero decir es que debes serenarte —digo suavizando la voz. Me acerco hasta donde está, pongo mis manos sobre su hombro y la empujo suavemente hasta el asiento más cercano—, siéntate por favor, no voy a insistir más para que comas porque no quiero presionarte pero por lo menos trata de calmarte. Piensa en tu embarazo.

Sus ojos marrones me atraviesan hasta que finalmente toma un hondo respiro y decide hacerle caso a mi súplica.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. Lo saco y miro la pantalla.

—¡Aló!

—¿Cómo sigue la muchacha?

—Igual —respondo e inmediatamente Adriana me mira con curiosidad. Me alejo unos pasos y bajo un poco la voz. No quiero preocuparla más—, los médicos dicen que las próximas horas son cruciales.

—Es una pena —replica mi hermana—, espero y se recupere pronto.

Suspiro.

—Yo también

De verdad espero que su amiga se recupere pronto porque si no lo hace, Adriana no lo va a soportar y me muero si algo le llegara a pasar a ella o al bebé.

—Siento tener que molestarte en un momento como este pero te llamo porque Jethro se acaba de presentar en mi casa.

Un escalofrío me atraviesa.

¿Qué diablos hace mi padre aquí?

—¿A qué ha venido? —le pregunto al mismo tiempo que como el que no quiere la cosa me alejo un poco más.

—Pues ni modo que a verme a mí, ya sabes que no me soporta —replica mi hermana con sorna.

Resoplo a la vez que con la mano libre me froto los ojos.

Eso no presagia nada bueno y más si se tomó la molestia de venir hasta la casa de Raquel.

Miro en dirección de Adriana y mis ojos viajan involuntariamente a su vientre plano y pienso en ese hijo que aún no ha nacido y que ya amo con toda mi alma.

Desde que me enteré que sería papá vivo petrificado ante la duda de no saber qué tipo de padre seré, no tengo idea si voy a ser uno bueno o no, pero si de algo estoy seguro es que no quiero ser como mi padre.

—Dile que me espere.

—Está bien pero date prisa que ya sabes que me pone de los nervios.

—De acuerdo. Trataré de no tardar mucho.

Cierro mi teléfono, lo guardo otra vez en el bolsillo y me quedo ahí parado unos segundos mirando a la persona que me ha dado las fuerzas para cambiar mi vida, la única que me arranca sonrisa sin ni siquiera saberlo o proponérselo y ahora me va a dar el regalo más grande que le puedan dar a un hombre. Un hijo.

Camino de regreso a su lado y me agacho en frente de ella.

—¿Tienes que irte?

—Sí.

—¿Algún problema en la oficina? —me pregunta con cautela y me mata ver el miedo aparecer en sus ojos.

—No.

Ella asiente al mismo tiempo que se muerde el labio. Adriana retira la mirada de mis ojos y la pierde por encima de mi hombro. Su cabeza parece trabajar a mil por hora.

—Mi papá está en casa de Raquel y quiere hablar conmigo —le aclaro porque no quiero que haya dudas ni malos entendidos entre nosotros y tampoco que se agobie más de lo que está, pensando en cosas que no son.

Mis palabras ganan su atención nuevamente y me mira detenidamente sin ocultar su sorpresa y creo que hasta preocupación.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Debo hablar con él pero no quiero dejarte sola.

—No te preocupes Emma no debe tardar en llegar y Linda me envió un mensaje diciendo que está de camino.

—De acuerdo. En cuanto lleguen pediré un taxi, luego tengo que pasar por la oficina pero regresaré tan pronto como termine.

Ella asiente y yo le acaricio la mejilla. Quisiera borrar esas arrugas de preocupación que tiñen su rostro.

Aunque no diga nada sé que mi situación y el hecho que Sophia todavía esté en la ciudad la mortifican.

—Ven aquí —le digo en el momento que tiro de su mano invitándola a levantarse, una vez de pie tomo asiento y la acuno sobre mi regazo. Ella se acomoda entre mis brazos y coloca su cabeza contra mi pecho—, todo va a salir bien. Te lo prometo.

Nos quedamos en esa posición durante un rato envueltos en un cómodo silencio solo acompañado por nuestras repetidas respiraciones.

—¿Alguna novedad? —pregunta Linda al entrar en la sala, vestida con unos vaqueros, una camisa roja de cuadro cubierta con una ligera chaqueta negra que mantiene abierta. Al igual que Adriana tiene cara de no haber descansado nada.

—Ninguna —le responde mi mujer al mismo tiempo que se levanta de mis piernas y camina a su encuentro. Le da un rápido abrazo, la estudia y con la frente arrugada le dice:

—Deberías estar descansando.

—Al igual que tú.

Mi peluche hace un amago de sonrisa.

Me levanto para ir a saludar a Linda pero me distraigo al ver aparecer a mi amigo justo detrás de ella.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunto a Vince.

—Me ha traído.

Si ya estaba sorprendido, la respuesta de Linda me deja boquiabierto.

Vince nunca ha sido tan servicial y mucho menos con alguien que no conoce.

Entiendo que a noche se haya quedado ya que estábamos juntos en el momento que recibí la noticia pero que regresara tan rápido, sin descansar y sin tener ningún compromiso moral con Samia o cualquiera de las chicas.

Me quedo perplejo.

—¿Ah, si? —digo a la vez que le lanzo a mi amigo una mirada suspicaz pero este se queda impasible —, pues me alegro de verte porque necesito el carro.

Vince asiente y se mete la mano en el bolsillo de su pantalón, me lanza las llaves y yo las atrapo en el aire.

Le doy un beso casto a mi peluche y me despido de Linda.

Salgo de la sala y me detengo al ver que Vince no me sigue.

—¿No vienes?

—Si no te importa prefiero quedarme por si se ofrece algo.

Primero pasa a buscarla y ahora esto.

¡Interesante! Pero no tengo tiempo de pararme a analizar. Además me quedo más tranquilo sabiendo que las chicas no estarán solas, así que asiento y me voy.

Una hora más tarde llego a casa de mi hermana. No bien he pasado la puerta cuando Raquel sale corriendo a mi encuentro.

—Joder hasta que al fin llegas, te juro que estoy a eso —dice en el momento que me muestra sus dedos índice y pulgar a tan solo unos centímetros de distancias—... de pedirte que te mudes. Ese señor no solo se ha presentado en mi casa sin ser invitado o anunciado sino que ha criticado cada una de las cosas que he hecho o dicho.

—Maximiliano hasta que por fin te dignas a aparecer, ya no soportaba un minutos más.

Mi hermana se cruza de brazos y armándose de paciencia le dice con sorna:

—Si tanto te costó soportar mi presencia, bien pudiste esperararlo en la calle.

Mi padre la atraviesa con la mirada.

Si así comienza la cosa vamos mal encaminados.

—Necesito hablar contigo en privado —dice él con la voz endurecida haciendo énfasis en la última palabra.

Raquel toma un largo respiro, creo que para controlar su irritación.

—Pueden usar el antiguo despacho de Alberto —dice ella señalando la puerta detrás de ella con el dedo.

—Lo único bueno que te ha pasado y tuviste que arruinarlo, ¿eh?

Lanzo un suspiro de cansancio.

Mi padre no piensa cambiar nunca.

—Te jode ¿verdad? Te molesta ver que he sabido salir adelante sin tu apoyo —exclama entrecerrando los ojos y me siento mal por ella.

—Estoy segura que te hubiera gustado que las cosas me salieran mal y que regresa a tu casa suplicándote que me tomaras de vuelta, ¿No es así?

—Yo solo digo que si manejaste tu matrimonio de la misma forma que lo haces con tus hijos —continúa mi padre sin dar su brazo a torcer—, entiendo porque tu marido hizo lo que hizo.

—Papá por favor —intervengo antes que las cosas degeneren más.

¡Mierda! pero es que mi padre no tiene límite.

—Déjalo —me pide mi hermana sin quitarle los ojos de encima—, hace mucho tiempo que sus palabras dejaron de afectarme —continúa con firmeza pero a pesar de sus seguridad puedo ver la desilusión y la tristeza en su mirada—, ¿Sabes qué? Agradece que por lo menos te deje entrar en mi casa, pero no abuses porque no soy una santa. Hazme el favor y habla lo que tengas que hablar con este señor lo más pronto posible, porque no lo quiero aquí, no quiero que mis hijos estén cerca de la mala vibra que lo envuelve —termina diciendo mirando en mi dirección.

Yo asiento mientras sigo con la mirada puesta en él, incrédulo. Me cuesta creer que sea tan insensible. Tan duro con su propia hija.

—Vamos al despacho —le pido tratando de no estallar.

Pero él se queda ahí parado, con la mirada oscurecida puesta en Raquel, pareciera como si fuera a

sufrir una combustión espontánea.

Al cabo de unos segundos pasa por el lado de Raquel y le lanza una mirada despectiva.

Nunca le va a perdonar que se haya ido de la casa. Él siempre quiso que Raquel se casara con un italiano de buena familia y se convirtiera en una ama de casa abnegada que cuidara de sus hijos y esposo. Un poco como lo es mi madre. Una mujer sin voz ni voto.

Pero mi hermana saco el carácter español de mi abuela y su mal genio no se lo puso fácil.

Los problemas entre ellos comenzaron desde que mi hermana cumplió los diez años y quiso hacer las mismas cosas que las niñas de su edad hacían.

Cosas sencillas como ir a dormir en casa de algunas compañeras, ya fuera por trabajo escolar o por una pijamada, o ir al cine.

Para él nunca era el momento o el lugar para una niña de su edad.

A los catorce, ella quiso hacerse un piercing en la parte de arriba de la oreja. Mi padre tampoco se lo permitió.

Raquel siempre fue una niña con un espíritu libre y un poco salvaje. No le gustaba acatar órdenes. A los quince se escapó por la ventana de su cuarto para ir a ver a un novio, cuando mi padre se enteró, su cabreo fue tan grande que hasta la tierra tembló. La insultó, le pegó, era la primera vez que lo hacía pero Raquel nunca se lo perdonó, ese mismo verano decidió quedarse con mis abuelos y nunca volvió, desde entonces entre ambos es un punto muerto.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunto en el momento que cruzo la puerta del pequeño despacho.

—Tenemos que hablar —me anuncia siguiendo mis pasos.

Eso lo tengo clarísimo.

Me apoyo en el frente del escritorio, cruzo los brazos y espero a que prosiga.

—Sophia me ha llamado para decirme que le has pedido el divorcio.

—Es cierto y de una vez te digo que si viniste a convencerme de lo contrario estás perdiendo tu tiempo —le prevengo con toda la tranquilidad del mundo.

Mi padre se acerca y se detiene a pocos pasos de mí.

—¿Maximiliano se puede saber qué es lo que ocurre contigo? —inquire con la voz endurecida.

Sacudo la cabeza. ¿Cómo es posible que no lo entienda?

Estoy harto de tener esta misma conversación una y otra vez.

—Papá voy a ser lo más claro posible —le aviso tratando de mantener un tono de voz suave—, y con todo el respecto que te debo te voy a pedir que dejes de meterte en mi relación con Sophia. Te lo expliqué en Miami y te lo vuelvo a decir ahora, no estoy enamorado de ella.

¡Coño! ¿Qué tengo que hacer para que lo entienda de una buena vez? ¿Dibujárselo en un papel?

—No puede ser, ¿Qué coño pasa contigo?

—No, ¡¿Qué es lo que pasa contigo?! —lo corto alzando la voz con exasperación al mismo tiempo que me incorporo rápidamente—, se supone que yo soy tu hijo, que deberías apoyarme.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—¡No, no lo haces! Y lastimosamente me doy cuenta que nunca lo has hecho —le reprocho y mi voz sale más afligida de lo que pretendía mostrar—, todos estos años he estado a tu lado, acatando cada una de tus exigencias. Cuando Raquel se fue, hice todo lo que estaba en mis manos para que te sintieras feliz y no pagaras con mi mamá tu frustración por haber fracasado como padre, me dediqué a estudiar, traté de ser el mejor de los hijos, nunca tuviste una sola queja de mí. Cuando perdiste tu trabajo y en vez de buscar otro te dedicaste a beber y a pagar con el mundo tu mala suerte, nunca te dejé solo, todo lo contrario, busqué un trabajo para poder mantener la casa a la vez que seguía mis estudios. Esperaba día a

día que reaccionarás, te acercaras a mí aunque fuera una sola vez y me dijeras una frase de aliento, me dieras una muestra de afecto, que me dejaras ver que te sentías orgulloso del hombre en que me había convertido pero no —digo con toda la decepción que llevo acumulando todos estos años.

Me mira enmudecido como si no pudiera creer todo lo que he dicho, sus ojos se llenan de tormento. Parece que mis palabras le están calando hondo. Es como si me escuchara por primera vez.

Miro a mi alrededor y visualizo una botella de whisky.

¡Perfecto! Es lo que necesito en estos momentos. Me encamino hacia el mueble y me sirvo dos dedos del líquido ámbar. Me doy un pequeño trago y le doy la bienvenida al ardor que produce; eso me ayudara a bajar el nudo en mi garganta.

Me giro hacia mi viejo que sigue clavado en el mismo lugar, sus ojos miran a lo lejos como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Apoyo el codo encima del mueble alto y continuo:

—La única vez que me miraste con un brillo en los ojos fue cuando te presenté a Sophia, era como si para ti por fin hubiera hecho algo bueno en la vida.

Sacudo la cabeza con tristeza. Incrédulo.

Ahora entiendo que fui alargando mi relación con Sophia para agradar a mi padre.

Esbozo una sonrisa irónica.

—Me miraste con respeto y orgullo y me sentí feliz. Que absurdo, ¿No? Porque no me mírate así por mí, sino por ella, por lo que representa...

—Hijo yo solo quise lo mejor para ti —me interrumpe con un hilo de voz.

—Lo mejor para mí hubiera sido tener un padre que no criticara cada uno de mis pasos o decisiones...—termino lo que queda en el vaso y lo pongo encima del mueble. Camino hasta donde está él y me paro a unos pocos pasos—... que se me acercara y se interesara en mis cosas en vez de pasártela borracho cada vez que podías pero era pedirte demasiado, ¿No es así? Al igual que lo es pedirte que respetes y valores un poco más a tu hija. Es la primera vez que vienes a su casa y la insultas bajo su propio techo, pero el orgullo no te deja. ¡Joder! pero si ni siquiera conoces a tus nietos, unos niños adorables que la han pasado muy mal y que lo único que buscan es un poco de afecto. Lo siento papá pero ya no más. No pienso seguir esto. No voy a seguir con Sophia solo para complacerte.

—¡Pero mírate! —casi grita recuperándose de su desconcierto— mira el hombre en el que te has convertido.

Abro los ojos de par en par. ¿De qué carajo me está hablando?

—Si no hubiera sido por mí por mi dureza no te hubieras convertido en el hombre que eres hoy en día —prosigue sin entender una mierda de nada—, ¡así que tan mal padre no he sido!

—¡Te equivocas! —vocifero fuera de mis casillas—. Soy el hombre que soy gracias a mi, a mi trabajo y nada tiene que ver contigo

—Quizás ahora te creas muy grande pero no olvides que su padre...

—¡Joder! ¿Pero por qué no lo entiendes? —lo corto una vez más—... he trabajado duro y me he ganado cada maldito centavo con mi sudor y no pienso pasarme la vida pagando un jodio' favor, ya sea para agradarte a ti o para complacer los caprichos de Sophia.

—Maximiliano —me llama pero estoy muy molesto como para hacerle caso.

—Querías hablar, pues ahora me vas a escuchar hasta el final. ¡No voy a seguir con ella porque estoy enamorado de otra mujer!

—¡Max!

—¡Que además me va a dar un hijo! —prosigue ignorando sus palabras.

—¡¿Qué diablos fue lo que dijiste?!

Me volteó hacia la puerta y encuentro a Sophia quien sostiene el asa de su bolso con fuerza. La sombra del horror rodea sus ojos.

¡Joder! Lo que me faltaba.

Regálame un minuto más



“Seré la suela del zapato que tu uses y la luz que a ti te alumbre. Si tienes carro yo seré tu carretera y en peligro quien te ayude.

Aventura

—Es Emma —le digo a Linda mientras leo el mensaje de texto que me acaba de llegar al celular—, dice que tuvo que pasar por el trabajo y por eso se ha retrasado pero que ya viene de camino.

—Quizás deberíamos decirle a Jaret que vaya un rato a casa, a cambiarse de ropa, comer algo o dormir un poco, ¿no crees?

—Sí yo también lo he pensado pero dudo mucho que quiera alejarse un segundo —le comento mientras me paseo por la sala de espera.

Me cuesta quedarme quieta.

El celaje de una persona conocida llama mi atención, pasa tan deprisa que pienso que mi imaginación me está jugando una pasada, pero no, Brayan regresa sobre sus pasos y me mira con el ceño fruncido, creo que confundido de verme aquí.

El entra en la sala. Miro a Linda quien se pone rígida a penas lo ve.

«Qué hace ese estúpido aquí?».

Él se acerca y al ver el rostro de Linda se sorprende. No es para menos sus moretones comienzan a cambiar de color.

—¿Qué te pasó? —le pregunta preocupado.

Me arde la sangre. Cuando se le ocurra pasarse de la raya lo agarro a guamazos y me quito esta angustia que llevo encima con él aquí mismo.

—He tenido un accidente —le responde ella insegura y el muy sin vergüenza parece afectado por la noticia.

Da otro paso en su dirección, Linda se acerca más a Vicente y le toma la mano.

Mi cuerpo se pone en alerta.

—¿Podemos hablar un momento? —le pide y parecer vacilar mientras se rasca el cuello.

Espero que no sea tan tonta para acceder a su petición.

—Claro —le responde.

¡Se ha vuelto loca! No me puedo creer que sea tan bruta.

La observo y entorno los ojos.

Ella se levanta. ¡¿Pero qué hace?! No me lo puedo creer.

Se inclina sobre Vicente quien no se ha separado de su lado desde que llegaron, pone una mano en su mejilla derecha y le da un rápido beso en los labios.

Estupefacta. Patitiesa. Así me quedo.

Parpadeo mientras examino la reacción de Brayan quien contempla la escena sin dar crédito.

—Sino te importa cariño —continúa ella con todo el descaro de lo más melosa al romper el beso.

«“¿Cariño?”». ¡En serio!

Esto está de cine y Emma que no llega. Es que si no fuera porque estamos en un hospital ya hubiera sacado mi teléfono y me habría puesto a firmar porque no me lo va a creer.

¡Qué fuerte!

Vicente quien tiene todo el aire de estar maravillado con el asunto, se pasa la lengua por el labio y su mirada azul se ilumina. Acerca sus labios a los de mi amiga, la descarada y la vuelve a besar profundizando más el beso esta vez. Se toma su tiempo, la saborea sin pudor alguno.

—Certo che no, lo mío amore ^[17]—responde él después de romper el beso.

Me muero. Juro que me muero.

«¿Qué mosca le ha picado a estos dos?».

Mi amiga que parece desconcertada, normal con semejante beso, medio se tambalea al incorporarse. Se gira bajo la mirada de asombro de su ex y para qué negarlo, de la mía también y lo encara.

—¿Qué querías decirme? —pregunta con mucha chulería y el rostro teñido de satisfacción.

Por un momento tengo deseo de sacar los pompones y ponerme a gritar ¡Ole! Esa es mi chica. Pero es que ni Emma lo hubiera hecho tan bien.

Descolocado. Bloqueado.

Brayan traga saliva y parpadea hasta que se recupera del asombro.

—Yo vine...—tose ligeramente para aclararse la garganta—... a ver un amigo pero me alegro de encontrarte aquí. Y-yo quisiera discúlpame contigo por lo que pasó, eres una excelente persona y una gran mujer, no fue mi intención lastimarte —prosigue con cara de perro apaleado y me da cierta pena. Ciertamente, fue un desgraciado pero parece arrepentido—. No quería jugar contigo. Las cosas se fueron dando y no supe cómo enfrentar la situación. Tuve miedo del que dirán, me escondí detrás de ti y no te lo merecías —hace una pausa y al ver que mi amiga no dice nada continúa—... En fin, solo quería decirte que lo siento y espero que encuentres a alguien —sus ojos se posan en Vicente—, si no es que lo has hecho ya que te haga feliz —termina con una ligera sonrisa.

Creo que fue sincero.

Linda que permanece de piedra con los brazos cruzados, asiente. Es como si sus palabras no le hicieran ni fu ni fa.

—Que estés bien —dice él cabizbajo.

Parece cambiado. Más humilde.

—Gracias —replica Linda en el momento que Brayan da la vuelta para marcharse deteniendo así sus pasos. Él gira medio cuerpo y la observa—. No estabas obligado a disculparte pero agradezco que lo hicieras.

Ahora es el turno de Brayan de asentir, luego sigue su camino y se va.

Me quedo observando a mi amiga, ansiosa por saber cuál será su próximo paso después del papelón que acaba de montar.

Ella retoma su asiento al lado de Vicente, cruza las piernas y actúa como si aquí no hubiera pasado nada.

¡Qué bellaca!

Quisiera acercarme y hacerle un montón de preguntas pero con él aquí, es imposible.

Además que estamos aquí por Samia y no es el momento de ponerme a chismear.

Me tumbo en el asiento más cercano. Tantas emociones han podido conmigo. No bien me he sentado

cuando entra Jaret a toda prisa en la sala y Linda, Vicente y yo nos incorporamos de un salto.

—¡Se ha despertado! —dice y sus ojos se iluminan a pesar de las ojeras que cubren su alrededor.

Casi a la carrera me encamino hacia los brazos de Jaret y le doy un fuerte abrazo.

—¿Cómo está? ¿Qué ha dicho?

Él deshace el abrazo y con la voz cargada de cierta emoción me dice:

—No lo sé, en cuanto se ha despertado he ido por los médicos y me han pedido salir del cuarto, luego he venido a decírselo a ustedes.

Los ojos se me llenan de lágrimas a la vez que me río. Un gran alivio se instala por todo mi ser.

Linda viene a mi encuentro y juntas nos perdemos en un fuerte y largo abrazo lleno de significado mientras en silencio doy gracias a Dios. No me ha abandonado.

—¿Qué pasó? —pregunta Emma llena de pánico. Linda y yo la miramos y juntas les decimos.

—¡Se ha despertado!

Hora y media más tarde han pasado a Samia a una habitación más apropiada en el tercer piso. El día no para de mejorar. Los médicos le han hecho algunas pruebas y gracias al señor no hay secuelas.

Entre Emma, Linda y yo convencimos a Jaret para que fuera a descansar un poco, pobrecito no se le ha despegado ni un segundo de su lado.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta Emma.

—Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios. Samia frunce el ceño.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles por la tarde —le responde Linda quien está medio sentada al lado derecho de la cama.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta en dirección de Emma desconcertada.

—He pedido el día libre para llevar a Adriana al aeropuerto, ¿No te acuerdas?

El doctor dijo que puede presentar algunos síntomas como mareo, vomito, dolores de cabeza, entre otros.

Inmediatamente me preocupo. Tengo miedo que pueda tener alguna secuela.

Samia cierra los ojos, creo que tratando de hacer memoria.

—Cierto —dice cuando los abre.

—¿Y a qué hora sale tu vuelo?

Mi preocupación aumenta pero trato de que no se me note.

—Era esta mañana —le respondo desde la parte baja de la cama. Pongo una mano sobre su pie y se lo acaricio ligeramente por encima de la cobertura azul—, pero no pienses en eso que no pretendo ir a ningún lado.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora y cuatro pares de ojos se vuelven hacia mí.

No entiendo porqué Emma y Linda me miran tan sorprendidas, era obvio que anularía mi viaje.

—Lo siento chicas, estoy un poco confundida.

—Es normal cariño —dice Emma con un tono de voz suave.

—¿Y qué ha pasado mientras estaba haciéndole competencia a la bella durmiente?

Mis labios se curvan hacia arriba.

—No mucho —responde Linda y mi sonrisa desaparece.

—¿Cómo que no mucho? —pregunto incrédula— o sea que el beso de película que te dio Vicente, no es nada.

Linda gira la cabeza y me mira con los ojos achinados. Acusatorios.

Sí lo sé, soy una chivata, pero esto es demasiado fuerte para guardármelo.

Emma parpadea sorprendida y por encima de la cabeza de Linda me mira incrédula.

—¡Qué!

—Aja —confirmo al mismo tiempo que asiento con la cabeza y sonrío al recordar lo sucedido.

—No te creo.

—Pues créetelo, solo les ha faltado meterse mano en plena sala de espera y montarse un numerito.

Emma se carcajea.

—Cuenta mujer... cuenta.

Procedo y les narro todo con lujos y detalles bajo la mirada reprobatoria de Linda que entre veces se tapa la cara con la mano como si no pudiera creer que ella haya sido capaz de hacer eso.

—Por favor no me hagan reír que la cabeza me va a explotar —pide Samia intentando controlar la risa.

Emma sigue carcajeándose y Linda se abanica con las manos.

—Mierda no puedo creer que me lo haya perdido —se lamenta Emma.

—Tenías que haber visto la cara de Brayan. Te juro que estaba para foto.

—Vamos que solo faltaron las palomitas —prosigue Emma. Una vez que se calma se su risa.

Emma no le quita los ojos de encima a Linda y con el rostro serio le dice:

—Dime una cosa, ¿Qué tal besa el italianito ese?

—¡Emma! Por favor no seas indiscreta —le reprocho pero como yo también quiero saber, camino hasta donde está Linda sentada, pongo una mano sobre su hombro y le digo—, por favor no te cortes, saca a esta pobre mujer embarazada de pena y responde.

Emma se ríe. Linda me mira con cara de agobio. Unos segundos después una sonrisa pícara se asoma a sus labios, ella trata de reprimirla pero falla estrepitosamente.

Su mirada baila entre Emma y yo. Nosotras le devolvemos la mirada, expectantes.

Toma un hondo respiro para calmarse.

—De película —dice al fin alargando cada sílaba. De pronto para caer en cuenta de que realmente ha hecho tal locura y su agobio regresa —¡Oh por Dios! Debe pensar que soy una fresca ofrecida.

—Yo que tú estuviera tranquila porque él parecía de lo más a gusto.

Emma se parte de la risa, yo no puedo más y termino uniéndome a ella.

Es bueno reír otra vez. Pero sobre todo es bueno porque estamos las cuatro juntas.

Media hora más tarde entre risas, confesiones y decisiones, Samia está agotada, por lo que decidimos marcharnos y dejarla descansar.

En el camino a casa, le envío un mensaje a Max contándole la buena noticia.

Me respondió un rápido “Me alegro mucho, te veo luego”.

No bien he leído el mensaje que mi buen humor de hace unos segundos desaparece y toda la tensión y preocupación regresa.

Mi regalo más grande



“Tu presencia alumbraba el vacío en mi interior, mis miedos se marchaban solo al escuchar tu voz. Con una simple palabra me enseñaste a ser mejor, el calor en tu mirada encendió mi frío corazón

Lily Montero

Al día siguiente Max me cuenta lo sucedido con su padre. Se ve triste y apagado, me siento mal por él; sé que lo quiere mucho y no debió ser fácil enfrentarlo.

En el transcurso del día lo noto ansioso y preocupado, pienso que es por lo de su padre y decido no presionarlo.

Emma regresó al trabajo y Linda por fin decidió descansar un poco antes de retomar sus clases.

En la tarde voy a visitar a Samia con Max quien no me deja ni a sol ni a sombra. No es que me queje pero sabiendo la cantidad de trabajo que debe tener me parece raro que pase tanto tiempo fuera de la oficina.

Otra vez en casa después de ver a Samia; estoy feliz porque pese a los golpes y el dolor de cabeza tiene mejor semblante. Los médicos la dejaron en observación y si todo va bien le darán el alta en una semana.

El cansancio y el estrés acumulado en los últimos días comienzan a pasarme factura y estoy muy fatigada.

Max sigue taciturno. Está parado mirando por la ventana con la vista perdida a lo lejos, lleva más de quince minutos en la misma posición. Su actitud me pone de los nervios.

La curiosidad puede conmigo.

—¿Qué te pasa? —le pregunto pero él no se mueve.

—¡Max! —medio grito.

Eso hace que regrese de nuevo a la tierra. Voltea medio cuerpo y con su mirada confundida me pregunta:

—¿Me decías?

—Te hice una pregunta.

—Lo siento. No te escuché.

Suspiro. No tengo ni la más remota idea de qué lo puede tener tan distraído. Han pasado muchas cosas en poco tiempo y últimamente a pesar de estar cerca, es como si estuviéramos a millas de distancia, siempre hay algo en medio.

Coloco el vaso de agua que tengo en las manos sobre la mesa del comedor y me acerco a él. Deslizo las manos por la tela arrugada de su camisa blanca por encima del pecho.

—Quiero saber qué te sucede —le digo en un tono suave a la vez que busco su mirada.

El Lanza un suspiro de agotamiento y yo resoplo. Es lo que suele hacer cuando no me quiere decir las cosas.

—Nada —responde y yo me cabreo.

¡Qué mierda! ¡Estoy harta!

—¿Sabes qué? Estoy hasta la coronilla de tus evasivas, dices que soy la mujer más importante en tu vida pero sigues sin contarme las cosas. Es más que obvio que algo te pasa y me molesta que no confíes en mí lo suficiente como para decírmelo —le digo dolida.

Trato de alejarme pero él me agarra por la muñeca.

—Peluche... por favor —me pide. Reafirma su agarre y da un paso en mi dirección. Con su otra mano me levanta el mentón y con una mirada penetrante me dice con mucha firmeza—, te confiaría mi vida si fuera necesario.

—¿Y entonces?

El miedo a que me pueda estar ocultando algo que vuelva a separarnos, me carcome por dentro.

—No quiero preocuparte. Eso es todo.

—¡Por Dios! —me desespero—. No soy de azúcar, no voy a derretirme porque me cuentes las cosas. Tienes que aprender a hablar conmigo porque no voy a ser solo la mujer con la que compartas tu cama o los buenos momentos. Quiero ayudarte, que confíes en mí y que juntos tomémos decisiones, no sé qué clase de relación llevabas con Sophia pero conmigo funciona de esa forma, o te puedo asegurar que no tendremos ningún futuro.

Max busca mi boca con la suya. Sus labios son tentadores y estoy ansiosa por devorar esa boca que tanto me fascina pero no me muevo. Si de verdad lo vamos a intentar otra vez tiene que empezar a hablar conmigo de todo, no solo lo que él estime necesario.

Sigue explorando mis labios pero al ver que no correspondo se detiene.

—De acuerdo —claudica al fin con resignación.

Entre laza sus dedos con los míos y me lleva hasta el sofá; se sienta y luego me acomoda sobre sus piernas.

Yo entorno los ojos. No entiendo a qué viene tanto misterio.

—Hace años cuando empecé mi relación con Sophia —escucho su nombre y me pongo rígida—, a los dos meses para ser exactos ella salió embarazada —prosigue y aunque trata que no se note, no me pasa desapercibida cierta aflicción en su voz—, cuando me lo contó me sentí desconcertado, no estaba preparado, ni seguro de querer pasar mi vida junto a ella. Es decir, la pasábamos bien pero en ese momento no era lo que quería y se lo dije.

¡Mierda! Eso no me lo esperaba.

Max me agarra la mano, las suyas están frías, o puede que sean las mías. Me he quedado más rígida aun. Congelada en el acto.

—Sin contármelo Sophia decidió interrumpir su embarazo —Ahogo un grito de sorpresa mientras que siento como el cuerpo de Max entra en tensión. Involuntariamente mi mano baja hasta mi vientre y pienso en mi bebé—, cuando me lo contó me dijo que no quería perderme y que por eso lo hizo —continúa con un hilo de voz.

Me giro de forma a quedar sentada de medio lado y poder mirarle la cara. Lo observo y veo su tormento; el horror de sus pensamientos plasmado en su rostro.

Quisiera tocarlo, suavizar la arruga que ha aparecido en su frente pero por alguna razón no logro moverme. Estoy congelada. Quizás en el fondo, mi mente morbosa quiere conocer el final de la historia y puede que si me muevo... él se detenga.

—Cuando me lo dijo me molesté, yo nunca le hubiera pedido algo así pero confieso...—hace una

pausa. Es como si las palabras se negaran a salir—... que me sentí aliviado de que lo hiciera.

Un escalofrío me atraviesa. Sus palabras aunque estén cargadas de sufrimiento, me dejan pasmada.

Me siento mal, por él, por ella. No debió ser fácil para ambos. A penas tengo unas semanas de embarazo pero ya no me imaginaría una vida sin mi bebe.

—Desde entonces he vivido con este sentimiento de culpa —se ve tan triste, tan miserable.

Con cuidado acerco mi mano a su cara y con mis nudillos acaricio su rostro—. Hace año y medio descubrí que Sophia había parado de tomar el anticonceptivo y la enfrenté, me confesó que llevaba meses sin tomarlo. Discutimos, me reclamó y me acusó de poder estar estéril por mi culpa, le pedí que fuéramos donde un médico pero siempre se ha rehusado.

—¿Por qué? —inquiero insegura.

—No lo sé, el hecho es que no se ha vuelto a embarazar y yo me he sentido como una mierda todos estos años. Poco a poco entre los insultos y las reclamaciones nos fuimos distanciando y llegó un momento en el que ya no puede más y tuve que alejarme.

—¿Fue cuándo te instalaste aquí?

—Sí.

—Entiendo que te sientas mal pero no puedes pasarte la vida culpándote por las decisiones que han tomado otros —le digo con empatía.

Necesito que entienda que no es su culpa. No justifico las razones por la cuales ella decidió tomar esa decisión pero cada una es libre de elegir lo que crea conveniente.

Un momento. Yo decidí tener a este niño pero nunca le he preguntado si él desea tener hijos.

—Max entiendo que este bebé no fue planeado...

—No —me corta rápidamente y un alivio se instala en mi pecho—, ni lo pienses. Quiero este hijo contigo, quiero formar una familia. En aquel entonces tenía muchas inseguridades, mi vida estaba desordenada y aunque no estaba preparado en ese momento hubiera asumido mi papel de padre.

—¿Entonces por qué estás tan preocupado?

—Sophia ya sabe que estás embarazada —lo miro detenidamente dejando ver la preocupación que me ha causado sus palabras—, ella está dolida y resentida. Ha dicho un montón de cosas sin sentido y me preocupa que pueda cometer alguna locura.

Esa última frase hace que mi preocupación crezca. Estoy asustada, no por mí sino por mi bebé.

Max me abraza y tiemblo entre sus brazos. El acaricia mi espalda con cariño, trata de calmarme.

Nos quedamos unos instantes en silencio hasta que Max besa mi cabeza y con mucha dulzura murmura:

—Tranquila, todo estará bien. No te lo digo para angustiarte, más bien para que estés pendiente y tengas cuidado.

Asiento un poco más tranquila pero el susto no se me ha quitado. Como mujer sé que cuando una está dolida es capaz de cualquier cosa y aún más sabiendo que este bebé representa lo que quiso y pudo tener con Max pero que por un motivo u otro, no se le concedió.

—Vamos para que te recueste, necesitas descansar.

Asiento nuevamente porque es cierto estoy agotadísima.

—Te vas a quedar, ¿verdad?

—¿A dónde más podría ir? —me dice y sus labios se curvan para arriba.

No sé bien lo que me pasa pero últimamente necesito que esté a mi lado en todo momento. Puede que tenga miedo que algo vuelva a separarnos.

Max me acompaña al cuarto y estoy tan frita que a pesar de la angustia, a penas toco la almohada caigo rendida

Me levanto a la mañana siguiente descansada. He dormido de un solo tirón.

Cuando abro los ojos Max sigue aquí, me ayuda a tomar mi medicación y me ha preparado el desayuno, cuando me trae la bandeja, al percibir el olor salgo disparada para el baño y vomito lo que tengo en el estómago.

He escuchado hablar de las náuseas matutinas pero no pensé que fueran tan horribles. Siento que me muero.

Me lavo los dientes para quitarme el sabor asqueroso y vuelvo a la cama.

Emma ya se ha ido a trabajar y por más que le pido a Max que haga lo mismo, dice que no me quiere dejar sola.

Me pasó todo el día en la cama, llamo al hospital para saber de Samia y me alegra el día saber que se recupera favorablemente.

Al día siguiente es más de lo mismo y no aguanto más estar encerrada. Max no ha vuelto al trabajo, solo ha ido donde Raquel a cambiarse de ropa y en seguida se regresa para acá.

Al principio estaba de lo más encantada pero ahora lo encuentro de lo más pesadito.

El fin de semana sigue con la misma actitud y me molesto, sobre todo cuando Emma se pone de su lado. Por suerte me distraigo un poco cuando Linda y Vicente pasan por el apartamento. Vemos una peli, pedimos comida china y nos reímos mucho. Compartir con él me permitió conocerlo un poco más y he quedado encantada. Parece un tipazo. He notado ciertas miradas entre él y Linda pero puede que tanto encierro me haga ver cosas donde no las hay.

El lunes ya estoy hasta la coronilla de tanto encierro. Le digo a Max que nunca he vivido con miedo y me niego a comenzar ahora. Debemos seguir con nuestras vidas y mirar hacia el futuro. Muy a su pesar me ha dado la razón y ha regresado al trabajo.

En la tarde voy a visitar a Samia y me muero de alegría al enterarme que han decidido darle el alta antes de tiempo.

Ahora que todo está más tranquilo y que Sam ya está en su casa, Emma se pasa el día en el trabajo, Linda ha vuelto a sus clases y Max viene solo en las noches, mis días se han vuelto aburridos.

Es miércoles y tengo mi cita con la ginecóloga. Tomo el tren para ir a la consulta, cuando llego al lugar Max ya me está esperando en la puerta.

—Hola preciosa —dice con una gran sonrisa antes de darme un rápido beso en los labios. Está emocionado. Desde que le dije que nos tocaba ver al médico hoy no ha parado de sonreír como tonto.

—Buenas tardes para ti también —replico contagiándome de su entusiasmo—, ¿Hace rato que llegaste?

—No —responde rápidamente. Achino los ojos y lo miro. No me lo creo. Sus labios se curvan en una sonrisita traviesa mientras que se rasca el cuello.

—Sí —se sincera al fin—... Estoy un poco ansioso.

Mi sonrisa se ensancha. Me lo comería entero si pudiera.

—Vamos —propongo y entrelazo nuestros dedos.

Entramos, voy hasta el escritorio de la secretaria y le entrego mi seguro y carta de identidad

—La doctora Heber está con una paciente en cuanto termine les atenderá.

—Gracias —respondo.

Me siento en uno de los asientos de la pequeña sala de espera y Max ocupa el que está a mi lado. Lo observo y tiene una sonrisa de lo más pretenciosa.

—¿Qué? —inquiero divertida.

—Nada, solo que me alegro saber que tu doctora es una mujer.

Lo miro incrédula. No puedo creer que en el siglo XXI todavía haya hombres con esa clase de

pensamientos machistas.

Entorno los ojos.

—Eres un Neanderthal.

Él se encoge de hombros.

—Digamos que no me agrada la idea de ver a un hombre metiéndole las manos a mi mujer.

Le doy un codazo.

—Max por favor no seas bruto —me quejo tratando de parecer irritada pero divertida en el fondo—.

Nunca he escuchado de un médico que le meta mano a una paciente durante una consulta.

—Tú me entiendes, no me gustaría verte abierta de piernas y que un hombre que no sea yo te vea en todo tu esplendor y gloria.

Una vez más pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza divertida con el semblante de preocupación que muestra su cara. Es como si se estuviera imaginando la situación.

—Estás loco.

—Puede —replica con un gesto serio. No sé si reírme o darle un cocotazo. Me cuesta creer que sea tan adorable para algunas cosas y tan bruto para otras.

En ese momento sale una señora con una enorme panza, pobrecita, pareciera como si fuera a explotar en cualquier momento. La secretaria me hace seña para que pase y ambos nos dirigimos al pequeño despacho.

—Buenas tardes Adriana, me alegro de verte nuevamente —me saluda la doctora de unos cuarenta años.

—Buenas tardes doctora Heber—replico en el momento que le doy un apretón de mano.

—¿Y el señor es?

—El padre —replica Max rápidamente. Sacando a la superficie ese orgullo italiano que lleva dentro. La doctora asiente y con un gesto de la mano me pide que nos acomodemos en los dos asientos frente a su escritorio.

Una vez sentados, la doctora Heber baja sus lentes de vista, desacomodando unos mechones negro que vuelve acomodar rápidamente detrás de su oreja.

Se recoloca las gafas mientras toma unos papeles de la mesa y los revisa, el cristal transparente acentúa el negro de sus ojos.

—¿Cómo te has sentido?

—A parte de las náuseas que no solo son matutinas sino a todas horas, me he sentido bien.

—No te preocupes, ya veremos qué podemos hacer con ellas.

Me muero de gusto. Si existe algo que pueda detenerlas, yo feliz de la vida.

—¿Has vuelto a tener alguna molestia o dolor?

Rápidamente le explico lo sucedido doce días atrás y mi pasaje por el hospital.

Ella anota todo y me pide que me acomode en la camilla para hacerme una sonografía.

Me levanto de la silla y me dirijo al pequeño cuartico detrás del escaparate. Me quito los pantalones, los pantis y me subo en la camilla. Estoy nerviosa, ya me han hecho dos sonografías: Una era para confirmar mi embarazo y otra para verificar que no había sufrido un aborto espontáneo pero esta es diferente, es para ver mi bebé y en compañía de Max.

La doctora entra seguida de mi amor quien inmediatamente toma lugar a mi lado de la cama.

Ella apaga las luces, introduce mis datos en el monitor del ecógrafo y luego se arrastra sentada en un taburete de ruedas hasta la camilla, se pone unos guantes en látex y agarra un pequeño frasco en blanco.

—Estará un poco frío —me recuerda antes de dejar caer el líquido turquesa sobre mi vientre, luego empieza a esparcirlo por toda la barriga. Hace una pequeña presión en el vientre bajo al mismo tiempo

que se gira hacia la pantalla.

Ladeo la cabeza y le lanzo una mirada llena de amor a Max, estoy feliz de que esté presente.

Me agarra la mano con cariño y me devuelve la sonrisa, su mirada me arropa, me da calor.

¡Bum!

¡Bum, Bum!

Ese ruido hace que nuestras miradas se desenlacen y pongamos atención al monitor. Una imagen en blanco y negro aparece ante nosotros.

—¿Ese es... el latido del be-bé? —pregunta Max atropelladamente con la voz cargada de emoción.

—Sí, eso que usted ve ahí es el bebé —le explica la doctora señalando un punto en la pantalla—, y eso que usted ve ahí es el corazón del bebé —prosigue la doctora, luego frisa la imagen y hace unas medidas.

¡Bum, Bum, Bum!

Es el ruido más bello que he escuchado en mi vida.

¡Es hermoso! Una vida creciendo dentro de mí. ¿Cómo algo tan diminuto puede causarte una emoción tan grande en el pecho?

Siento como si el corazón se me fuera a salir por la boca.

Max me aprieta la mano y giro la cabeza para mirarlo. Casi me quedo sin aliento al ver la cara de bobo y el brillo en los ojos con los que se ha quedado mirando a nuestro tesorito.

—Todo parece estar en orden Adriana —me dice la doctora mientras lanza la impresora y una magnífica foto de mi bebé aparece ante mí—, estás de casi diez semanas por lo que puedo decir que estarás dando a luz para mediado de noviembre.

Dios voy a tener un bebé. ¡Es increíble! ¡Es alucinante! ¡Es aterrador!

La doctora hace unas cuantas maniobras más. Se levanta, se quita los guantes y los echa en la basura, va hasta la pared y enciende la luz, regresa a mi lado y me tiende un poco de papel.

Me limpio el vientre y me incorporo con la ayuda de Max. La doctora sale y me dice que me espera fuera mientras me acomodo la ropa.

A los cinco minutos ya vestida, nos acomodamos nuevamente en los asientos que ocupábamos anteriormente. La doctora hace anotaciones en mi historial, después me da unas recomendaciones para las náuseas, me dice que si persisten entonces pasaremos a tomar Dramidom aunque ella no es muy partidaria de medicar al menos que sea necesario.

Programamos otra cita para dentro de quince días, según ella las citas serán frecuentes hasta que ya no haya ningún riesgo para mi embarazo.

En vista que Max no ha querido tocarme en estos días le pregunto si puedo tener relaciones. Ella me explica que en un embarazo normal, las relaciones sexuales no hacen daño siempre y cuando se hagan con cuidado pero que en mi caso prefiere que espere por lo menos a pasar el primer trimestre.

Esa repuesta me frustra, tengo todas esas hormonas revoloteando en mi cuerpo y necesito hacerlas salir de alguna forma. Solo puedo pensar en sexo.

Al salir de la consulta la brisa de primavera nos da la bienvenida, Max con uno de sus trajes de ejecutivo y yo vistiendo un jean y una blusa desahogada crema.

Mi hombre me toma de la mano y entrelazo sus dedos con los míos.

Caminamos por la acera en total silencio, cada uno en sus pensamientos.

En unos meses seremos padres. Vendrá un pequeñín a revolucionar nuestras vidas y a cambiarlas por siempre.

No puedo seguir donde Emma y ahora menos con Max que se queda todas las noches a dormir.

—Max creo que debo empezar a buscar un piso.

—Estoy de acuerdo y hablando de eso, tengo una sorpresa para ti .

Mi más grande amor



“ A veces las cosas buenas se vienen abajo para construir otras mejores ”

Marilyn Monroe

Al otro día estoy que me muero de la curiosidad. Desde que Max me dijo que me tenía una sorpresa no he parado de hacerle preguntas pero él se niega a darme cualquier pista.

Por la mañana hago lo que puedo para mantener la mente ocupada, llamo a Samia y hablamos un buen rato, me cuenta que la policía ya agarró al muchacho que la chocó; llora durante quince minutos, entre sollozos se lamenta de haber sido tan imprudente olvidando ponerse el cinturón de seguridad. Hablamos casi cuarenta minutos, después que se calma, le prometo que la iré a visitar pronto y cuelgo.

Las náuseas han decidido declararme la guerra y me asaltan cada vez que quieren. Es horrible.

Por suerte después del almuerzo Max pasa a recogerme, inmediatamente me monto en el vehículo le hago un interrogatorio al estilo CIA o peor aún, a lo MI6 pero él no cede, solo me mira con aire divertido.

Estoy por darme por vencida en el momento que toma la A31 y reconozco el camino. Lo vuelvo a ametrallar de preguntas pero Max sigue pasándosela de cine a mi costa y no me da la respuesta que quiero.

Media hora más tarde estamos entrando en mi vieja calle y mi confusión se multiplica. No entiendo qué hacemos en mi antiguo barrio.

Max detiene el coche, se apea, lo rodea y me abre la puerta. Me tiende la mano y se la tomo desconcertada mientras se para frente a mí, vestido en un traje de tres piezas gris, con una camisa azul cielo y una corbata gris oscuro con rayas blancas. Estaba tan absuelta en mis preguntas que no me había fijado en lo divino que se ve. Tuerzo el gesto cuando mentalmente hago un repaso de lo que llevo puesto: unos leggins negros, con botas planas del mismo color y un abrigo crema con la torre Eiffel bordada en el centro.

Tomados de la mano me lleva hasta la puerta de mi antigua casa. La veo y enseguida me entra la nostalgia de los momentos vividos. Todo luce igual, tranquilo. Parece que los nuevos dueños no la han ocupado aún. Estoy hecha un lío. No entiendo porqué me trajo hasta aquí.

Levanto la cabeza y lo miro extrañada, llena de curiosidad. Él sabe lo mucho que quiero este lugar y lo que me dolió separarme de él. Espero que tenga una buena razón o soy capaz de quitarme una bota y pégasela en la cabeza por hacerme pasar por esto.

—Sé que te preguntas qué hacemos aquí —me dice con los ojos brillosos y yo asiento—, desde antes de irme a Miami quise hacerte una propuesta pero todo se complicó y ya no pude. Quiero hacer las cosas bien esta vez y borrar todas las lágrimas y el sufrimiento que te he causado. Creo que la mejor forma de empezar es está.

Se mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca un pequeño estuche rojo en forma de corazón con

una flor dibujada en la parte de arriba.

¡Ay mi madre! ¿Qué es esto?

Me entran los nervios. El corazón se me acelera, me late tan deprisa que siento como si se me fuera a salir del pecho.

Con las manos temblorosas tomo con cuidado el pequeño estuche en velour y lo abro. Me quedo pasmada y confundida cuando veo lo que contiene.

—Te soñé sin saberlo, te vi cuando menos me lo espera, creí amarte antes de conocerte y tuve la certeza cuando te conocí. Porque adoro cuando te ríes, cuando te enojas, porque eres divertida, inteligente, por el amor y la lealtad que demuestras para los tuyos y lo más importante, porque eres la chica de mis sueños y quiero formar una familia a tu lado. Adriana Brooks, ¿quieres compartir esta casa conmigo, acostarte y levantarte todos los días junto a mí y ser feliz el resto de nuestras vidas?

Incrédula. Emocionada.

Ay diosito es lo más bello que alguien haya hecho por mí.

Con la llave de la que siempre fue mi casa, mi hogar, el cual pensé que había perdido para siempre y con los ojos llenos de lágrimas, me gana la emoción y me echo a llorar.

Con los ojos nublados miro a mi amor que me observa expectante.

Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con mis brazos y lo miro directamente a los ojos

—Sí, sí. Claro que acepto compartir esta casa y mi vida contigo —digo entre sollozos perdiendo mi cara en su nuca.

Max envuelve sus brazos alrededor de mi espalda y me estrecha contra él a la vez que me besa el cabello.

—Te advierto que por ahora es lo único que puedo ofrecerte ya que sigo casado y no podré divorciarme hasta dentro de tres años —me informa con la voz temblorosa.

—No importa —replico con total seguridad y es la verdad, aunque tenga que esperar mil años no me importa, es solo un papel y eso no define nuestro amor ni a nosotros—. Te amo, tú me amas y para mí es suficiente.

Max me abraza con más fuerza, luego se despega un poco de mí, toma mi rostro entre sus manos y me besa, devora mis labios con hambre, rápidamente nuestras lenguas se lanzan en un baile entre lo dulce y lo salado. Es un beso lleno de amor en el cual sellamos nuestra unión, dejando ver lo que cada uno significa para el otro.

Si de verdad existe la felicidad total... debe parecerse mucho a esto.

En el camino de regreso al apartamento, Max me cuenta que en cuanto le dije lo de la venta no lo pensó ni un segundo y decidió comprarla.

«Ahora entiendo cómo se vendió tan pronto».

Estoy más feliz que una lombriz.

Al llegar le pido a Max que esta noche se quede en casa de Raquel. Necesito hablar con Emma y sé de antemano que no le va a hacer gracia la noticia.

Como me imaginé a penas se lo cuento ella me dice que se alegra por mí y sé que lo hace de corazón, de la misma forma que sé que se ha puesto triste, trata de disimularlo pero la conozco. Hablo con ella y me explica que no pensaba que me iría tan pronto, también me dice que tiene miedo que nuestra relación cambie ahora que viene el bebé y que me voy a vivir con Max.

La quiero con locura. Se hace la dura pero en el fondo es una blanda.

Me cuesta poquito pero al final la convengo de que nada cambiará entre nosotros aunque tenga trillizos con Maximiliano.

Los días van pasando y las cosas parecen ir arreglándose. Con Max hemos decidido esperar que pase el primer trimestre de mi embarazo para mudarnos. Le pedí que se quedara en casa de Raquel para poder pasar más tiempo con Emma en las noches.

Llamo a mi hermano y le cuento las últimas, si antes estaba recio en cuanto a mi relación con Max creo que el hecho que haya comprado la casa hace que le caiga un poco mejor; no digo que lo acogió en su santo reino pero está más flexible y es un avance.

Días después me paso por donde Raquel, tengo mucho que no veo a los gemelos y no quiero que piensen que paso de ellos. Aprovecho el momento y les informo de mi situación con su tío y de mi embarazo. Kathy da saltos de alegría, hasta que cae en cuenta que ya no sería la más pequeña de la casa y hace unos cuantos pucheros. ¡Adoro a esa enana!

Su madre y yo le explicamos que siempre será la reina de la casa y que además será prima mayor, lo cual es más importante aún, esa parte la hace sonreír y nos dice que piensa jugar con el bebé y peinarlo como a sus muñecas.

Pobre de mi chiquitín, no sabe lo que le espera con este par. Kevin se puso contento, no por el bebé sino por la idea de tener a su tío siempre cerca. El hecho de que Maximiliano se quede aquí significa mucho para él.

Raquel me convence y me quedo a cenar con ellos, durante la comida me cuenta que se siente feliz porque Kevin está más centrado y busca menos pleitos en el cole, ese notición me llena de alegría. Kathy se niega en comer verduras, en su lugar le pide a su mamá que le haga un sándwich. Mientras se lo preparaba descubro una nueva adición y es el sándwich de mantequilla de maní con pepinillos.

En estos días Max se ha empeinado en que debo comprar ropa premamá, no entiendo porqué, mis antiguos jeans me van igual que antes pero por más que se lo explico, él no quiere dar su brazo a torcer. Al final he quedado con Linda para ir a ver algunas tiendas y comprarme ropa más adecuada para mi embarazo.

—Estaré ahí en diez minutos —me dice Linda.

Me acabo de bajar del autobús en El Centro Hamilus.

—Linda me dijiste que ya estabas en camino —me quejo.

—Y lo estoy.

—Eso dijiste hace diez minutos —digo entornando los ojos.

—Esta vez es cierto. Te lo prometo.

—Está bien pero apúrate.

Cuelgo el teléfono y resoplo.

Diez minutos más tarde Linda todavía no ha aparecido.

—Ya me llamará cuando llegue —murmuro mientras empiezo a caminar por La Place d'armes.

Me encamino hasta el chile's, pienso en esperarla ahí en lo que converso con mi querido Miguel y de paso me distraigo un poco con sus locuras pero al llegar me entero que él no está de turno.

A pesar de eso me siento y me pido un jugo de durazno pero pronto la mezcla de olores me revuelve el estómago y decido marcharme sin terminar el jugo.

Salgo del restaurante y empiezo a divagar por las calles mirando las vitrinas de varias tiendas mientras sufro en silencio al ver algunos modelos que no podré volverme a poner dentro de muchos meses. Cuando doblo en la esquina y llego a la Grand-Rue, la vitrina de Zara llama mi atención, ha llegado la nueva colección de primavera, unos colores pastel me reclaman y aunque sé de sobra que no

voy a comprar nada, no puedo evitarlo y termino acercándome.

Ya sé, me gusta torturarme.

Estoy babeando de admiración delante de una chaqueta de manga tres cuartas en crema con flores rosas y verdes cuando mi teléfono suena.

—Ya llegué, ¿dónde estás?

—Estoy frente a la vitrina de Zara.

—No se supone que ibas a comprar ropa de maternidad —me dice divertida.

—Lo sé pero ya me conoces, es más fuerte que yo y conservo la esperanza de volver a usarlos así sea dentro de tres años.

Linda se carcajea de mi mísera.

—No te muevas, ya voy para allá.

Guardo el teléfono en mi cartera, al levantar la vista un reflejo en el vidrio me sobresalta.

Me giro con la esperanza de corroborar que son ideas mías y que mi imaginación me ha jugado una mala pasada.

No podía estar más equivocada.

Frente a mí está ella parada vistiendo una camisa de seda rojo vino, unos pantalones pegados al cuerpo gris y unos zapatos del mis color de este último, todo tiene pinta de ser carísimo; sosteniendo su bolso Louis Vuitton en el interior del brazo a nivel del codo con la vista clavada en mi barriga.

Su mirada es tan penetrante e insistente que todos los pelos del cuerpo se me erizan.

No dice nada, solo me mira y pasado unos segundos ya no aguanto más tanta miradera.

—¿¡Qué tanto me miras!? ¿ Y qué quieres?

«No se supone que debería estar en Italia».

¿Qué diablos hace aquí?

—Nada. Me gustaría hablar contigo —me responde Sophia muy calmada.

Mi cuerpo se pone en alerta y miro en todas las direcciones posibles.

—Oh por Dios, no seas paranoica. No te estoy siguiendo ni nada por el estilo. Solo te vi y me acerqué.

No sé porqué pero no le creo. Puede que sí esté un poco paranoica.

—¿Qué quieres? —vuelvo a preguntar y casi gruño.

—Quiero hablarte de Maximiliano —me responde a la vez que da un paso hacia mí.

Me irrita su presencia porque pese a su pose relajada y tranquila todo su cuerpo destila amargura y veneno.

—Lo siento pero tú y yo no tenemos nada de qué hablar —replico rápidamente y luego me echo a andar.

—Te está usando —grita a mi espalda.

Esas palabras hacen que me detenga en seco. Me giro y regreso sobre mis pasos.

—¿De qué estás hablando? —inquiero molesta.

—Como lo escuchaste, Maxi te está usando. Él solo está contigo por ese hijo que llevas dentro —me dice a la vez que señala mi barriga con un gesto de la cabeza.

Se me encoge el estómago. Esto es impensable. Esta mujer se ha vuelto loca.

—No eres la primera con la que me engaña.

—Eso es mentira —la corto.

—Te equivocas, ¿de verdad te creíste ese cuento que eres especial y que está enamorado de ti? No pensé que fueras tan ilusa —dice con sorna—, eso es lo que él hace, te enamora hasta volverte loca y después cuando se cansa simplemente se busca otra.

—No malgastes tu tiempo porque no te creo —le informo con firmeza—, ¿o ya se te olvidó lo que tú misma me dijiste en el baño del bar? Porque yo lo tengo muy clarito y te puedo refrescar la memoria si así lo deseas.

—Sé lo que te dije —prosigue encogiéndose de hombros—, pero lo dije porque no quería admitir ante ti una verdad que se viene gritando a voces, Maximiliano es un mal hombre, es infiel, traicionero y con esos ojitos embauca a cuánta mujeres quiere.

—Y si según tú es tan mal hombre, ¿por qué te empeñas en seguir a su lado? —pregunto irritada.

—Porque en nuestra sociedad las cosas son diferentes, las mujeres somos educadas para perdonar cualquier cosa, incluso la infidelidad.

Está de atar. Por Dios que sí. No entiendo qué hago yo perdiendo mi tiempo con una persona así.

—Sophia mira, no sé a qué viene todo esto pero no me interesa escuchar nada más.

—Pues peor para ti. No sé qué te habrá dicho sobre nuestro matrimonio, o sobre nuestras vidas pero te puedo asegurar que si está montando todo ese papel de hombre enamorado y arrepentido es porque sabía que estabas embarazada y Maximiliano quiere con todas sus fuerzas ser padre para poder redimirse.

Resoplo.

—¿Redimirse de qué? —pregunto tratando de controlar mi mal genio.

—De haberme pedido que abortara a nuestro bebé —responde con todo el cinismo.

No lo soporto. Siento como la sangre se va calentando.

¿Cómo puede ser tan mentirosa y manipuladora?

No pienso dudar de Max ni del amor que él siente por mí. Porque yo sé que me ama. Es claro que esta mujer está más chiflada de lo que pensé.

Camino con seguridad los pocos pasos que nos separan y la miro detenidamente.

—Escucha jodia' loca lo que te voy a decir porque no lo pienso repetir, no sé qué es lo que pretendes conseguir con todo esto pero estás perdiendo tu tiempo, no creo ni una sola de tus palabras —le digo con la voz endurecida—, siento mucho que lo tuyo con él no funcionara pero se acabó. ¿Por qué no lo captas de una maldita vez y nos dejas en paz? Ya Max me contó todo lo que pasó contigo, me imagino que no ha de ser fácil para ti y lo lamento muchísimo pero no vengas con tus juegos baratos de mente porque conmigo no te van a funcionar. Estoy enamorada de Maximiliano y no pienso dudar de él, ¿te quedó claro?

Según voy pronunciando cada palabra sus ojos se van oscureciendo.

—Eres una niña estúpida —me dice con la mirada encendida por la furia. Si las miradas mataran yo ya estaría siete pies bajo tierra—, ¿de verdad piensas que has ganado porque llevas ese bastardo en el vientre? Pues estás muy equivocada porque Maximiliano nunca me va a dejar, hay demasiadas cosas que nos unen...

—Los unían Sophia —replico alargando cada palabra—, porque gracias a Dios él ha entendido que no puede seguir viviendo consumido por la culpa ni seguir a tu lado por eso y yo me voy a encargar que lo recuerde cada día.

Su rostro se torna carmín. Levanta su mano derecha pero yo se la agarro antes que llegue a cachetearme. Antes que la idea se materialice en mi mente le doy yo una bofetada.

—Esta me la debías por lo del baño —no bien he terminado la frase cuando le doy otra sin importarme el lugar en el que estamos ni el numerito que estamos montando. Mejor aún, ¿no dicen que en Luxemburgo nunca pasa nada interesante? pues que se den por servidos

—Y esta es por haber obligado a Max a casarse contigo aun sabiendo que él no estaba enamorado de ti.

Sophia me lanza una mirada enfurecida, llena de veneno pero no me dejo intimidar y se la mantengo con la sangre hirviéndome en las venas.

—Adriana —escucho que me llama Linda quien no tarda en estar a mi lado—. ¿Y esta tipa que hace aquí? Pero, ¿¡Es que tú nunca te cansas!?! —grita en dirección de Sophia quien continúa fulminándome con la mirada.

—Déjalo Linda, todo está bien. Esta señora y yo ya terminamos de hablar.

Rompo nuestras miradas, tomo a Linda por el brazo y tiro de ella para echarme a andar.

Mientras nos alejamos me tiembla todo el cuerpo. En cuanto doblamos la esquina tomo un hondo respiro pero no es suficiente para calmarme.

—Linda necesito sentarme y tomar un vaso con agua.

En la primera terraza de café que encontramos nos sentamos.

Linda no espera que la mesera venga y entra en el interior del local.

Tres minutos más tarde pone una botella de agua Cristaline en frente de mí. Me tomo media botella mientras trato de recuperarme de los nervios.

—Deberías llamar a Max —me propone.

—No —me apresuro a replicar—, eso es lo que ella quiere y no le voy a dar el gusto. Él tiene muchas cosas pendientes en la oficina y no quiero que se preocupe por mí. Ya está pesadito con eso de mi embarazo y si encima le cuento esto, no quiero saber cómo se va a poner. Me va a querer encerrar en casa y no pienso vivir así.

Mi amiga asiente.

—¿Quieres ir de compras o prefieres regresar a casa?

—La verdad es que se me quitó el deseo, mejor vámonos y lo dejamos para otro día.

Perderme en ti



*“Quiero ver bailar tu pelo, quiero ser tu ritmo,
que le enseñes a mi boca tus lugares favoritos,
déjame sobrepasar tus zonas de peligro,
hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido”*

Luis Fonsi

—Muchas gracias nuevamente licenciado Martin, me acaba de alegrar el día. Nos estamos comunicando más adelante —digo antes de colgar el teléfono.

Joder, tantos meses de espera y por fin tenemos una respuesta.

Binn... Binn...

—Dime Martha —le digo a mi secretaria al pulsar el botón del intercomunicador.

—Tengo al señor Dicker en línea y me pregunta por la señorita Adriana.

Doy un hondo respiro.

—Pásamelo por favor.

«¿Y ahora qué quiere el zoquete este?».

—Hola Michaël —lo saludo de forma neutral. Ni siquiera me tomo la molestia de descolgar el teléfono y sigo hablando por el alta voz—. ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Muchas gracias.

—¿En qué puedo ayudarte?

El muy idiota hace una pausa. Posiblemente escogiendo sus próximas palabras y más le vale que así sea.

—Es-este deseaba hablar con Adriana.

Eso ya lo tenía claro.

—Lo siento Michaël pero mi mujer está delicada, el doctor le ha mandado reposo por lo que no está trabajando —le informo y una sonrisa de satisfacción se cuele en mis labios.

Mi respuesta lo sorprende y lo hace tartamudear. ¡Genial! Es la reacción que esperaba.

—Lo siento. No lo sabía.

No sé si se disculpa por el hecho que sea mi mujer o porque esté delicada.

—Tranquilo no es nada de cuidado. En cuanto el bebé nazca estará mejor y podrá volver al trabajo —añado para agregarle más sal a la herida. Sé que me estoy comportando como un cabronazo y que no estoy siendo nada profesional sin embargo no me importa, si con eso puedo quitármelo de encima y entiende de una maldita vez que Adriana no está disponible y ya no tendré ganas de partirle la cara cada vez que se quede babeando detrás del culo de mi mujer; me doy por bien servido.

—¡Vaya! —Exclama sorprendido y estoy seguro que su cara debe valer un millón de dólares en este momento—, no sabía que iban a ser padres. ¡Enhorabuena! —me felicita e incluso a través del teléfono

puedo escuchar la falsedad de sus palabras y la decepción de su voz.

—Muchas gracias. Pese que su embarazo es reciente estamos ansiosos esperando su llegada.

—Me imagino. Pues felicita a Adriana de mi parte.

—Cuenta con ello —«Ni de coña»—. Ya sabes cualquier asunto que tengas que tratar, no dudes en llamarme, yo estaré más que encantado de ayudarte personalmente.

—Claro —dice todavía noqueado por la noticia—, muchas gracias. Que tengas un buen día y felicidades nuevamente.

Termino la llamada con una sonrisa de lo más arrogante. Sé que no estuvo bien lo que hice pero no me arrepiento. Cuando se trata de Adriana no pienso con claridad.

Tecleo algo en mi pc cuando entra mi amigo sin llamar a la puerta, algo que ya es costumbre en el y se deja caer en uno de los sillones en frente de mi escritorio.

—¿Estás muy ocupado? —me pregunta.

—No, solo estoy poniendo algunas cosas en su lugar —digo y mis labios se curvan hacia arriba al recordar la llamada de hace un momento.

Me levanto de mi sillón de ejecutivo y me encamino hasta el archivero

—Te noto de muy buen humor, ¿acaso ya has vuelto a follar?

—Eres un cabrón —le digo al idiota de mi amigo—, no todos necesitamos coger como conejos para sentirnos feliz en una relación.

—¿Ah, no?

—No. Eso solo funciona contigo porque eres un perverso que solo piensa en sexo.

Mi socio sonrío a la vez que se encoge de hombros dándose él mismo por imposible.

—A ver, cuéntame qué te tiene tan de buen humor entonces.

—Me acaba de llamar el licenciado Martin para informarme que por fin nos han concedido el permiso de construcción —le comunico mientras busco entre unas carpetas.

—Joder, eso sí es una gran noticia.

—Exacto. Las cosas con Adriana no podrían estar mejor, acabo de poner un idiota en su lugar, el sol brilla, los pajaritos cantan... ¿por qué no debería estar contento?

Mi amigo lanza un silbido de admiración.

Por fin le hecho manos a los papeles que necesito y regreso a mi mesa.

—Te invito a comer para celebrar.

Levanto la cabeza de unas tablas y observo a Vincent con semblante divertido.

—¿Y a dónde me vas a invitar?

—No lo sé. A cualquier parte.

—Adriana y Linda están en el centro si quieres la llamo y les pido que se nos unan, ¿qué te parece?

Mi socio hace como si lo pensara unos segundos. No sé porqué ya que ambos sabemos su respuesta de antemano.

En estos últimos días siempre termina según sus propias palabras “por pura casualidad” en el café de la mamá de Linda y eso que el Loft está a quince minutos en coche desde aquí, sin mencionar el hecho que hay una decena de cafés entre ambos lugares.

—Por mí está bien —dice al cabo de unos segundos.

Podría quedarme con esa respuesta pero me encanta torturarlo.

—Aunque ahora que lo recuerdo Adriana me dijo que habían quedado con Miguel así que lo más probable...—digo a la vez que confirmo la hora en la pantalla de la laptop—... es que ya hayan comido.

Vince se queda en una sola pieza ante mis palabras y con rostro serio me pregunta:

—¿Miguel? ¿Y quién coño es ese?

Miguel ese amigo gay con el cual mi peluche intentó ponerme celoso y vaya que lo consiguió. Estuve a punto de tirar la mesa al suelo y pegarle una paliza por estar toqueteándola por todas partes.

—Un amigo de las chicas —respondo tratando de reprimir una sonrisa.

—¿Y no se supone que iban a comprar ropa de maternidad?

Me sorprende que posea ese dato. Lo que me confirma que habla muy a menudo con Linda y que le gusta mucho.

—¿Qué clase de hombre sale a comprar ropa premamá con dos mujeres cuando ninguna de ellas es mujer suya o sin ser el padre del bebé? —continúa irritado.

—Uno que es bastante gay —le confieso al fin divertido con la situación para sacarlo de su miseria.

Vince entiende finalmente lo que he hecho y que ha reaccionado exactamente como yo esperaba que lo hiciera.

—Eres un maldito bastardo —me dice en el momento que se desploma en el asiento con aire serio pero después termina sonriendo.

Llamo a mi mujer y mi amigo por más que trata de parecer impasible, no logra ocultar la decepción cuando le informo que las chicas han pospuesto las compras para otro día dado que Adriana no se sentía bien.

—¿De verdad te gusta Linda? —le pregunto al cabo de un rato cuando veo que se ha quedado serio perdido en sus pensamientos.

—Ya me conoces, me gustan las mujeres pero en mis años de conquistador ninguna se me había lanzado como lo hizo ella. Te juro que me sorprendió.

—Sí, Adriana me contó lo sucedido pero sabes que ese tipo era su ex y lo más seguro es que lo hizo para darle celos.

—Pues con tal de que me vuelva a besar, estoy dispuesto a que experimente conmigo todo lo que quiera —me dice divertido—, te puedo asegurar que no pondré ninguna resistencia.

Me río.

Al final decidimos comer algo cerca de la oficina y luego vamos a la reunión que tenemos pautada con el gerente del banco.

El meeting termina y en vez de regresar a la empresa me voy a ver a mi peluche. No me gusta saber que se sintió mal.

Media hora más tarde llego al apartamento. Por suerte desde el accidente de Samia, Emma ya no me ve como una amenaza y me permite venir cada vez que quiero. Aun así espero que nos mudemos pronto. No veo la hora de tenerla solo para mí todo el jodio' día.

—Hola —saludo a Linda en el momento que me abre la puerta.

—Hola —me responde a la vez que me da dos besos en la mejilla. Ella también ha disminuido su hostilidad hacia mí. Al parecer ha entendido que estoy loco por Adriana, que no me voy a ir a ningún lado sin ella, y que lo único que quiero es amarla y hacerla feliz.

—¿Cómo sigue? —le pregunto una vez en el salón.

—Mejor. Ahora está recostada —me informa al mismo tiempo que se dirige a la mesita que está en el centro de los muebles—. Me alegro que vinieras, tengo que pasar por la biblioteca pero no quería dejarla sola.

—Tú ve tranquila. Yo me quedo con ella hasta que llegue Emma.

—Gracias —me dice y luego recoge unos libros esparcidos por la pequeña mesa y entra todo en su bolso—. Dile que la llamo luego, ¿vale?

Asiento y ella se va.

Entro en el cuarto de Adri y está recostada en el medio de la cama en posición fetal.

Me preocupa que esté en esa posición porque tenga frío. Me acerco, tomo una cobertura y la arropo. «Pobrecita las náuseas no se la están poniendo fácil».

Me inclino un poco sobre ella y le doy un ligero beso en el cabello. Adriana se remueve bajo mi contacto y abre los ojos.

—Hola —me saluda adormilada.

—Hola dormilona —le dedico una pequeña sonrisa. Todavía está delgada y un poco pálida por los malestares pero me sigue pareciendo la mujer más bella del planeta.

—¿Hace rato que llegaste?

—No.

Me siento a su lado y la coloco entre mis brazos, su cabeza contra mi pecho. Apoyo mi mentón sobre su pelo e inmediatamente el olor a durazno inunda mis fosas nasales. Me encanta su shampoo. Cada vez que lo huelo, sé que he llegado a casa.

—¿Cómo estuvo tu día? —me pregunta.

—Perfectamente. ¿Y el tuyo?

Adriana se queda callada unos segundos a la vez que su cuerpo se pone rígido.

—Bien —responde con un hilo de voz.

Me despego un poco, levanto su cabeza con suavidad y busco su mirada.

—Ya verás que las náuseas pronto pasarán y te sentirás mejor.

Asiente. Me cierno sobre ella y le doy un ligero beso. Trato de separarme pero ella parece tener otros planes en mente. Lleva su mano hasta mi nuca y profundiza el beso. Sus labios como siempre son dulces, tiernos. Me hacen sentir que he llegado donde pertenezco.

Desde la primera vez que la besé y probé su sabor supe que serían mi perdición.

Continuamos besándonos; ella deseosa, entregada. Yo cauteloso. Mi polla se ha puesto dura como cada vez que me besa de esa forma, sin reparos, receptiva, dispuesta a que le haga todo lo que me de la real gana.

—Peluche... —le digo al romper el beso—... no podemos. Todavía no.

—Max por favor —me suplica con sus ojos llenos de excitación.

—Amor debemos esperar...

—Por favor —me corta. Joder, nada me cuesta más que resistirme a ella—. ¿Cuánto tiempo hace que no me tocas?

—Demasiado —replico rápidamente. Bien podría decirle la cantidad de días, ya que me los sé de memoria pero no quiero sonar desesperado.

Ella tira de mi cuello y reduce unos centímetros más la distancia que nos separa. Cierra los ojos y roza su mejilla contra mi rostro.

—Te necesito —susurra cerca de mis labios. Tan cerca que hasta puedo sentir el tibio aliento salir de su boca.

Joder. Esas palabras son mi perdición. Mis ansias por ella son demasiado grande para seguir resistiéndome.

Hundo mis dedos en su pelo y cierro mis labios sobre los suyos. Suave al principio pero firme. Intenso.

Devoro sus labios hambrientos, ella gime y mi pene que ya estaba medio erecto se endurece un poco más ante la anticipación de lo que vendrá; de lo que llevo deseando desde mi viaje a Miami.

Poco a poco la tumbo sobre la cama. Apoyo una mano sobre el colchón de forma a retener mi propio

peso. Me quedo unos centímetros a distancia de su rostro y la observo totalmente idiotizado. Embelesado. Sus labios bien rellenos, rosados y ligeramente inflamados por mis besos; sus ojos grandes que me contemplan llenos de deseo, de necesidad por mí, la misma que siento yo por ella. Esa necesidad que solo se satisface en la intimidad que nos brinda esta habitación.

Le aparto el pelo de la cara lentamente y siento su pecho inflarse y desinflarse bajo su blusa blanca a una velocidad descomunal.

Reduzco los pocos centímetros que nos separan y busco sus labios, los chupo, los muerdo, los saboreo a la vez que bajo mi mano por su seno, su costado. Me arde todo el cuerpo y pronto eso no me basta. Meto la mano por debajo de su blusa, roseando su piel con mis dedos, avivando su deseo, calmando el fuego que llevo por dentro y que solo se aplaca cuando la toco.

Llego hasta su sujetador y saco su pecho de la copa. Sin dejar de poseer sus labios, lo masajeo, lo pellizco, la vuelvo loca.

—Iremos despacio —murmuro al despegar mi boca de la suya con la respiración entrecortada—. No quiero hacerte daño.

—Max... —jadea con la respiración igual a la mía—... no me harás daño.

Entierra sus manos en mi pelo y vuelve a besarme con ansias, fuerte, con urgencia. Si sigue besándome y frotándose así, no vamos a llegar a la primera base.

Despego mis labios de los suyos y bajo por su cuello, la chupo, la muerdo suave. Ella grita.

Después de ahí nos sobrepasan las ganas, todo sale volando, mi camisa, su blusa, mis pantalones, todo fuera.

Cuando la tengo gloriosamente desnuda, me quedo unos segundos admirando sus pechos que están más grandes, la aureola está más oscura. Hermosa. Me encantan.

Solo pienso en devorarlos y eso hago. Paso mi lengua por todo el alrededor, haciendo círculos sobre su aureola, cuando el pezón está lo suficientemente erguido, lo chupo. Ella se retuerce. Lo caliento con mi aliento para después morderlo.

—Max —grita.

Su grito me hace subir un escalón más en la zona de placer.

Me deleito. Tomo mi tiempo chupándolo, mordiéndolo. Primero con uno y luego con el otro.

—Max —jadea—, quiero sentirte. Por favor necesito tenerte dentro de mí —me pide con la respiración más agitada.

No me detengo. Continuo besando cada parte de su cuerpo.

Llevo tanto tiempo sin estar dentro de ella y deseoso como estoy, si la penetro ahora me voy a venir primero que ella como un novato.

Bajo desde su pecho a su vientre dejando un reguero de besos, la muerdo ligeramente cerca de la costilla y ella se retuerce. Está súper sensible. Me gusta.

—Max —gime—. Cógeme... cógeme ahora.

Mi polla palpita. Joder, ¿se puede ser más sexy?

—Yo marco el ritmo —mascullo en una nube.

Agarro mi pene y lo llevo a su entrada. No necesito verificar si está mojada. El olor de su humedad está impregnado en cada poro de su piel.

La empalmo y lentamente me adentro en ella sin llegar a penetrarla del todo.

Adriana jadea a la vez que su coño me aprieta el miembro.

Joder no existe nada mejor en el mundo.

—Despacio —susurro cerca de la piel de su cuello—. Suave.

Salgo y vuelvo a penetrarla otra vez, un poco más profundo.

—Max —vuelve a gemir a la vez que entierra sus uñas en mi espalda.

Tomo aire para poder controlarme.

Empiezo el vaivén de mis caderas. Suave. Lento.

—Más rápido —me pide extasiada.

—Yo marco el ritmo, ¿recuerdas? —le digo tratando de no dejarme llevar por la lujuria y fallármela duro, salvaje, como quiero.

Mi peluche me mira con la respiración a mil. Resopla frustrada. Su actitud me causa risa pero me niego a ser brusco. No en su estado.

Entro y salgo sin prisas pero a cada penetración sus músculos se aferran a mi polla con fuerza.

—Nena si me sigues apretando así no voy a aguantar.

—No quiero que te aguantes —jadea entrecortadamente. Nublada por la pasión. Entregada.

Busco sus labios y la beso fuerte mientras la embisto con movimientos constantes y controlados.

Así continuo durante un rato.

Entro y salgo. Entro y salgo.

Me adentro en el paraíso terrenal donde yo soy el puto Dios.

Adriana gime, jadea y yo acallo cada uno de sus gritos con mis besos que se tornan desesperados, urgentes.

Ella desliza su mano sobre mi espalda sudada y la lleva hasta mi trasero. Me agarra el culo y lo empuja para que la penetre más profundo.

—¡Joder! —grito liberando su boca.

Ese simple gesto es mi caída libre a un mundo lleno de lujuria y placer.

Acelero mis estocadas. Más fuertes.

—¡Max! —grita.

Hundo mi cabeza en la clavícula de su cuello, le muerdo la garganta al mismo tiempo que ella me aprieta el culo. Gruño. La pasión me nubla la mente. Se la meto más fuerte.

Se la meto. Se la saco mientras nuestros cuerpos se deslizan, sudorosos. Empalagosos.

Mi polla va creciendo, endureciéndose en cada nueva estocada.

Adriana busca mis labios, yo los recibo encantado y nuestras lenguas se entrelazan en un mar de saliva, calor, dulzura.

Continúo penetrándola hasta el fondo esta vez. Su cuerpo tiembla, arquea la espalda.

—¡Max! —grita al dejar mis labios mientras estalla en mil pedazos entre mis brazos.

Gruño de satisfacción. El deseo, la pasión y la lujuria se apoderan de mí.

La embisto nuevamente mientras siento como un orgasmo demoledor se va acumulando en mi parte baja. Me pongo rígido. Aprieto las nalgas.

—Peluche —gruño en el momento que me corro esparciendo mi tibia esencia en su interior.

Eso ha sido... magnífico.

Mi luz en la oscuridad



“Los grandes elementos esenciales para la felicidad en esta vida son algo que hacer, algo que amar y algo que esperar”

George Washington

Cuando me despierto al día siguiente el cuerpo cálido de Max me arropa. Una sonrisa traviesa se cuelga en mis labios al recordar la noche anterior. ¡Y qué noche!

Por fin nos reencontramos. Es que después de mi encuentro con la finuris la necesidad de sentirlo mío me carcomía las venas.

Trato de incorporarme pero Max se remueve.

—¿Dónde crees que vas? —me dice con esa voz ronca que me enloquece.

—Debo ir al baño —replico divertida.

—De eso nada, déjame darte primero los buenos días —ronronea en mi oído frotando su erección matutina contra mi trasero.

Me río. Me fascina cuando se pone juguetón.

Me pego más a su cuerpo, buscando más fricción, dispuesta a retozar un poco con mi macho cuando mi estómago se contrae. Salgo disparada para el baño. ¡Et voilà! Aquí estoy yo vomitando otra vez.

Max se para delante de mí divinamente desnudo, tira la palanca del inodoro y me ayuda a incorporarme.

De vuelta a la cama su erección ha desaparecido, ya no hay forma de retomar donde lo habíamos dejado y aunque él estuviera preparado para la batalla, yo no tengo fuerzas para darle guerra. Aun así Max se porta de lo más meloso. Se queda conmigo, me llena de besos y mimos. En un tono de lo más cariñoso me dice:

—Tranquila peluche pronto pasará.

Pero la verdad no estoy tan segura. Cada día que pasa siento que empeoro.

En la tarde me cuesta pero al final convengo a Max que vaya a trabajar.

Me paso el resto del día en la cama hasta que llega Emma.

Vemos un capítulo de Anatomía de grey juntas, al terminar se baña, se cambia y me dice que debe salir a resolver un asunto.

Últimamente son muchos los asuntos que ha tenido que resolver.

Los días siguientes es más de lo mismo: cama, baño, vómito y mareo. Estoy hecha un desastre.

Dos semanas después tengo cita con la endocrinóloga. Me manda a realizar las pruebas de hormonas

—Vas mejorando pero aún sigues descompensada —me informa la doctora Neil. Mi cara debe dejar ver mi preocupación porque pronto añade—: tranquila estoy segura que todo saldrá bien. Tú sigue tomando la PTU.

—¿Y no hay nada que pueda ayudarla a regularizar las hormonas a parte del medicamento? —pregunta Max con la misma preocupación que yo.

—Trata de comer cosas saludables: pescado, frutas y verduras para que te mantengas fuerte. También puedes comer alimentos a base de yodo, como el rábano.

Solo de escuchar el nombre tuerzo el gesto.

¡Puagh! ¡Qué asco!

—Eso ayudaría si retuviera algo de lo que se come. Todo lo que ingiere lo devuelve —prosigue Max irritado.

—Hay que tener paciencia. Hemos llegado al primer trimestre que era lo más duro y donde corrías más riesgo —dice la doctora mirándome directamente—, estabas muy mal y tienes cuatro nódulos. Nunca dije que fuera a ser fácil.

Tiene razón y le agradezco mucho el empeño que ha puesto en mi caso. Si me hubiera llevado del Dr Klein ya no estaría embarazada a estas alturas.

Salimos del médico un poco desanimados pero conservando la esperanza que todo saldrá bien.

Dos días después ya no tolero más la cama y el encierro.

Aprovecho que me siento mejor y llamo a Linda. Me dice que está en el Loft y sin pensarlo arranco para allá.

En el camino le mando un mensaje a Emma indicándole mi ubicación por si quiere pasar por ahí después del trabajo.

Quince minutos más tarde al llegar al negocio me topo frente a frente con Vicente.

—¡Hey! —lo saludo sorprendida.

—¡Adriana!... Hola, ¿cómo estás? —me pregunta atropelladamente.

—Mejor, gracias —respondo sin salir de mi asombro—, ¿y tú qué haces aquí?

Él se rasca el cuello a la vez que mira en dirección del bar.

—Vine a tomar un café —responde nervioso.

¡Claro! Y yo me chupo el dedo.

—¿Y mi ahijado? —inquieta incómodo.

—Queriendo acabar conmigo —replico con media sonrisa. El imita mi gesto pero no es una sonrisa auténtica.

—Bueno ya me iba. Espero que pronto estés mejor.

—Gracias.

Se despide con un rápido beso y se va casi a la carrera.

Me quedo un poco aturdida por su comportamiento. Voy a entrar al bar cuando visualizo a un tipo fumando en la mesa cerca de la entrada. Me lo pienso dos veces.

Embarazo más cigarrillo no dan una buena liga.

Le hago seña con un gesto de la mano a Linda indicándole que me sentaré en la terraza.

Me acomodo en una de las cuatro sillas verdes limón. Estamos en mayo y pese que no estamos en temporada de calor hace un solecito que da gusto.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Linda parada frente a mí vestida con un jean, una bailarinas negras y un T-shirt a juego sobre el cual está dibujado unas manos de carabela al nivel de las tetas y en la parte de abajo está inscrito: ¿Me echas una mano?

«Yo conozco a uno que estaría más que dispuesto» —pienso con ironía.

—Estoy mejor, ¿y tú?

—Bien —responde.

Me estudia con cuidado durante unos segundos. Abre la boca para decir algo pero luego se arrepiente.

—¿Quieres algo de beber?

—No.

Sé que no era lo que tenía en mente pero lo dejo pasar.

—Estoy esperando a Silvia para el cambio de turno —me informa.

—Tú sigue en lo tuyo que yo de aquí no me muevo.

Linda regresa al interior y yo cierro los ojos dispuesta a darme un baño de sol.

Estoy de lo más a gusto pensando en mis últimas vacaciones bajo el sol caribeño cuando escucho el ruido de la silla plástica.

—¿Ya llegaste? —le pregunto extrañada a Emma después de abrir los ojos y encontrármela ocupando el asiento a mi lado vestida con un pantalón gris oscuro y una camisa manga corta fucsia.

—Aproveché que el gordinflón de mi jefe tenía una reunión fuera y salí más temprano.

Asiento.

—Veo que el pequeño monstruo te ha dado tregua.

—¡Emma! —la reprendo divertida.

Ella se ha encargado de bautizar a mi bebe “Pequeño monstruo” porque según ella, es imposible que una cosa tan pequeñita cause tantos estragos.

—Ay ya sabes que lo llamo así de cariño.

—Ya quisiera verte a ti cuando te toque.

—¡Estás loca! ¡Que Dios me libre! Es solo verte a ti y mis ganas de ser madre disminuyen de cero a menos cien.

Sonrío. Podría decir que es una exagerada pero no. La verdad es que todavía sigo esperando a que llegue esa parte mágica del embarazo de la que todos hablan.

—Es por eso que voy a ser la tía consentida. Voy a malcriar a mi sobrina y le voy a enseñar para que le de guerra a todos los hombres, incluyendo a su papá. Esa será mi venganza en contra de Maximiliano.

No sé si reírme o asustarme ante su semblante serio. Ella jura y per jura que será una nena. Todo por llevarle la contraria a Max.

Linda llega y se desploma en la silla frente a mí.

—Venga, suéltalo ya —me pide.

Sé de lo que habla pero decido ignorar su petición.

—¿Que suelte qué cosa? —pregunta Emma con curiosidad.

—La descubrí con las manos en la masa y como no le dio tiempo de esconder el cadáver en el armario está esperando que le eche el sermón.

Linda bufa.

—¿Qué cadáver? —inquire Emma confundida.

—Nuestra querida Linda se está dando un revolcón en aguas italianas —le informo.

—No es cierto... —se defiende Linda—... las cosas no son lo que parecen.

—Pues permítame decirte que tienes el sello “culpable” estampado en toda la cara —le digo a la vez que dibujo un círculo con el dedo en el aire alrededor de su rostro para hacer énfasis en mis palabras.

—¿Qué es esto? ¿Una clase de juego en clave o una adivinanza? —demanda Emma al mismo tiempo que deshace su recogido y deja caer su melena—, porque me doy por vencida.

—Cuando llegué me encontré con Vicente que salía casi a la carrera.

—¡Ay no! ¡También tú! —Exclama horrorizada—. Tendré que hacer una petición para que cierren la frontera de Italia o me voy a quedar sin amigas.

—No es eso. Solo lo estoy ayudando con sus clases de español.

Le lanzo a mi amiga una mirada de eso no te lo crees ni tú.

—¡Wepa! Yo pensaba que lo tuyo era la educación infantil. No sabía que también eras profesora de lengua... digo, de idiomas —dice socarrona.

Me muerdo el labio para no reírme.

Linda entorna los ojos.

—Aunque si tal fuera el caso, estoy convencida que el muchacho aprobaría con una A mayúscula —prosigue Emma divertida—, con eso de que te metió la lengua hasta la campanilla.

No logro evitarlo y esta vez sonrío de verdad.

—Aunque sus mentes pervertidas no lo crean es cierto —replica Linda a la defensiva—. Ahora que se va a quedar aquí y que nos movemos en un círculo hispanoparlante quiere mejorar su español y lo estoy ayudando. Eso es todo.

—Me parece muy linda la historia pero no va más a negar que te gusta, ¿verdad?

—Sí —responde sin pensarlo.

—Pues dilo claramente. Eres una mujer adulta y libre de hacer con su vida lo que le venga en gana... —le suelto un poco molesta—... no tienes porqué esconderlo.

Joder. Me enoja su comportamiento. No es el hecho que esté saliendo con Vicente o con quien sea, sino que crea que está obligada a esconderlo.

Es hora que deje de comportarse como una niña chiquita. Pensé que después de lo que pasó con Brayan lo tenía más claro. Es una mujer adulta.

Linda se inclina un poco sobre la mesa y me dice:

—Tienes razón. Me gusta y me gusta mucho.

¡Ahí está! No fue tan difícil, ¿o sí?

—Cuando me mira con esos ojitos me arde la piel y solo pienso en desnudarlo —prosigue roja como un tomate.

—Pues entonces date un buen revolcón que eso no le hace daño a nadie —le aconseja Emma.

—Ahí es donde está el problema —confiesa Linda y parece un poco avergonzada.

La observo sin entender. Ella le gusta y él le gusta. No veo dónde está el problema.

—No entiendo —dice Emma acorde a mis pensamientos.

—¡Que soy virgen! —suelta exasperada.

¡Qué! Agárrenme que me caigo.

¡No puede ser!

Pasmada giro la cabeza para ver que Emma ni se ha inmutado ante semejante noticia.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto aún en estado de schok.

—No pero me lo imaginaba —responde con total tranquilidad.

La miro con una ceja levantada.

—Vamos Adri. Alguna vez has escuchado a Linda decir: “¡Que noche! O, me dieron para comprarme una casa^[18] tanto, que aún me tiemblan las rodillas”

Lo pienso unos instantes. Es cierto que nunca la he escuchado hacer alusión a eso. No es que nos contemos con lujos y detalles cuando nos acostamos con un hombre pero siempre dejamos caer algún que otro dato.

Linda me contempla. Parece avergonzada. Recuerdo lo que sucedió con Brayan e inmediatamente me

siento la peor amiga por mi reacción.

—Nena lo siento —me disculpo y ella se encoge de hombros.

—Después de lo de Brayan no me quiero complicar mucho. Solo quiero pasarla bien.

Oh por Dios no. Así comenzó Emma y mira dónde hemos llegado.

Que una piense que el amor es una mierda es mucho, dos, sería demasiado.

—Cariño lo que pasó con tu ex fue una pena pero no por eso debes dejar de creer en el amor...

—Y no pienso hacerlo. Es solo que ahora mismo solo quiero pasarla bien.

Me alegra saber eso.

—Pues te aconsejo que saltes y te des un buen revolcón —le aconseja Emma.

Yo sacudo la cabeza.

«Aquí vamos».

—¿Qué? —inquire Emma al ver mi cara—. Deja que la pobre muchacha recupere el tiempo perdido. Que la maten a polvazos.

Sonrío.

“Que la maten a polvazos” me pregunto de dónde es que saca tantas locuras.

—Eso sí por favor, por favor —suplica entrelazando los dedos—, no te vayas a enamorar hasta el tuétano como lo está Adriana.

Pongo los ojos en blanco.

¡Qué exagerada!

Pasan los días y no he escuchado nada de Sophia. Max me dijo que ha vuelto a Italia. La noticia hace que respire un poco más tranquila. Aunque mi mente debe jugarme algún juego macabro porque a veces me parece verla cuando ando por la calle. ¡Estoy paranoica!

Días después vamos donde mi ginecóloga y esta nos anuncia que las medidas del bebé son correctas.

Ambos respiramos llenos de alivio.

Siempre que nos toca consulta, venimos con un nudo en el estómago por miedo que nos dé una mala noticia. Solo espero que todo siga así de bien pero sobre todo después del nacimiento.

Varios días después empezamos con la mudanza. Bueno yo más bien me he dedicado a dar órdenes. Con las hormonas revueltas me he vuelto muy mandona.

Mi hermano ha venido a ayudarnos, creo que es su forma de demostrar que está aceptando nuestra relación.

Me llené de alegría al verlo compartir una cerveza con Max mientras decidían el color de pintura para el cuarto del bebé. Sigo llamándolo así porque aún no sabemos qué es. Nuestro chichi se ha cubierto de pudor y no se ha dejado ver en la sonografía aunque Max jura que será un niño.

No entiendo el afán en los hombres porque su primer hijo sea varón.

El tres de julio mi pancita y yo nos hemos vestido de gala para asistir a la boda de Samia.

Ella no quiso seguir esperando y ha decido celebrar nupcias pese a no ser la gran boda oriental con la que soñaba.

—¡Qué horror! —digo mientras me veo en el espejo de cuerpo completo de nuestra habitación.

—¿Qué pasa? —se interesa Max quien entra en el cuarto arreglándose los gemelos.

—Estoy horrible —digo casi al borde de las lágrimas.

—Peluche pero si estás...

—Ni se te ocurra decir preciosa o te mando el secador de pelo atrás —lo corto.

Max no dice nada en vez de eso se ríe.

—Lo siento. No quise gritarte. No sé lo que me pasa.

—Cariño estás embarazada —me responde con ternura.

No sé cómo le hace para aguantarme, estoy tan irritable que ni yo misma lo hago.

Me observo nuevamente en mi vestido corto rojo vino con corte griego. ¡Estoy espantosa!

Estoy en esa etapa del embarazo donde el que no me conoce no sabe si estoy embarazada o si aún no he perdido el exceso de peso agarrado durante las fiestas navideñas. ¡Parece que me he tragado un huevo!

Horrorosa o no, así me presento en el ayuntamiento donde Samia le da un “sí” a un enamorado Jaret.

Fue una ceremonia sencilla, preciosa y llena de significado para ambos por los acontecimientos recién vividos.

El mes siguiente mi pancita que ya no es tan chiquita y yo salimos. He quedado con las chicas para comer algo.

Salgo del tren que me trae desde Francia y tomo el autobús con dirección al centro.

Llamo a Max a la oficina y Martha me informa que está en una reunión, le dejo dicho donde estaré.

Llego al Chile's y las chicas ya me están esperando.

Miguel a penas me ve corre a mi encuentro, alucinado me toquetea por toda la panza.

¡No lo soporto! Odio que la gente haga eso.

¿Por qué será que las personas ven una mujer embarazada y se sienten en la obligación de tocarle la barriga?

Terminamos de almorzar y decidimos ir de compras. Es oficial, con seis meses de embarazo debo comprarme ropa premamá. ¡Es Terrible!

Al final de la tarde, después de haber tenido que soportar las bromas y burlas sobre mi nuevo guardarropa por parte de mis queridas amigas, estoy agotadísima.

Max me escribe, me pide que lo espere para irnos juntos a casa.

Qué lindo suena eso “juntos a casa”

Pero estoy cansada y solo quiero un baño caliente y acostarme un rato por lo que decido no esperarlo y tomar el tren otra vez de regreso.

Llego a la estación y verifico el carril de salida del próximo tren.

«¡Genial! Me ha tocado la última vía» —pienso con ironía.

Como si no hubiera caminado lo suficiente.

Cuando llego al carril, el tren no ha llegado aun así me siento a esperarlo.

Estoy tecleando un mensaje para Max donde le digo que lo esperaré en casa cuando una sombra se para frente a mí.

Levanto la cabeza y todo el aire abandona mis pulmones.

Cercana obsesión



*“En la vida ni se gana ni se pierde, ni se fracasa ni se triunfa.
En la vida se aprende, se crece, se descubre, se escribe,
borra y reescribe, se hila, se deshila y se vuelve a hilar”*
Anónimo.

—¿Qué haces aquí? —inquiero descolorada levantándome de golpe.

Verla en este lugar me ha dejado fuera de combate. Es cierto que me ha parecido verla en otras ocasiones pero imaginarla es una cosa, tenerla personificada en frente es otra muy distinta.

Ella no me responde.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Acaso me estás siguiendo?! —Es imposible que sea una coincidencia, sobre todo porque se supone que debería estar en Italia—. ¿Desde cuándo estás aquí?

Las preguntas salen una tras otra a toda velocidad sin embargo ella no contesta, mantiene sus ojos clavados en mi barriga.

Luce diferente. Lleva puesto unos Levi's, botas de tacón fino y una camiseta. Sigue luciendo elegante pero de un modo distinto. No desborda la misma seguridad que indicaba poder y soberbia.

Su actitud me desespera.

—¿Estás de cinco o seis meses? —me pregunta con una voz casi inaudible, aunque más que una pregunta, creo que es una información para sí misma.

¡Alerta! ¡Peligro! Me grita la conciencia.

Miro en todas las direcciones buscando una vía de escape como cada vez que me siento acorralada.

A unos pocos metros a mi derecha hay una pareja de jóvenes besuqueándose y a mi izquierda un señor de unos sesenta y cinco años.

¡Joder! ¡El lugar está casi vacío!

«¿Dónde diablos está todo el mundo?».

Ni que fuera una jodia' película de terror.

—¿S-se mueve... ya puedes sentirlo? —balbucea ignorando mi interrogatorio sin quitarme los ojos del vientre. Permanece clavada en el sitio sosteniendo con fuerza el asa de su bolso sobre su hombro izquierdo.

Mierda. ¿Ahora qué hago yo?

Su comportamiento me desconcierta. Parece... ida.

—¿Puedo tocarlo? —me demanda al mismo tiempo que levanta una mano en el aire al nivel de mi barriga.

¡Qué! ¿Pero qué coño..?

—No —me apresuro a decir.

—Dejame tocarlo, quiero tocarlo —prosigue en su mundo.

«Se le han safao' todos los tornillos».

—Sophia no entiendo qué jueguito macabro es este... —le advierto con calma—... pero te aseguro que no me hace ninguna gracia.

—No es un juego —replica rápidamente en el momento que levanta la cabeza y por fin clavas sus ojos en los míos y lo que veo en ellos me deja helada.

Un escalofrío me atraviesa todo el cuerpo.

Están vacíos. El gris de su iris se ha apagado, no reflejan lo que era su dueña.

—Quiero tocarlo —murmura y mi corazón se acelera.

—¡Estás de atar! —digo perdiendo la calma—. No existe esta tierra la más remota posibilidad que yo te deje tocarme.

Ella deja caer su mano. Mi respuesta parece no gustarle porque su cuerpo se pone rígido. Su mirada cambia, ahora luce aturdida, molesta.

Mierda. Me aterrorizo.

—¡Eres una ladrona! —grita. Sus ojos me miran pero es como si no me viera realmente.

Agarro las bolsas e intento pasar por su lado pero ella se mueve con la misma rapidez y me bloquea el paso. Me sujeta por los brazos y sacudiéndome me grita.

—¡Devuélvelo! —continúa en medio de su confusión— ¡Tú me lo robaste!

Se me ha ido formando un nudo en el estómago al mismo tiempo que se me acelera la respiración.

—¡Suéltame! —le pido zafándome de su agarre.

Casi pierdo el equilibrio cuando me suelto.

—¡Esta debió ser mi vida! —vuelve a gritar y pese que parece más lúcida no logro sosegarme. Es obvio que está perdida en su propio tormento personal.

No soy una persona cobarde pero en este preciso momento, tengo miedo. No por mí, sino por mi baby.

«Adriana respira».

Debo tranquilizarme. No puedo permitir que vea miedo en mí, ni hacer nada que la altere aún más.

—Sophia... —empiezo a decir con cautela pero con la adrenalina a mil por hora recorriendo todo mi cuerpo—... yo no te robé nada.

—¡Claro que sí! —me corta a la vez que da un paso hacia adelante y yo conscientemente doy otro a atrás.

¡Mierda! Giro la cabeza y la pareja de jóvenes no parece importarle que una loca desquiciada esté gritando.

«Esto es Luxemburgo, ¿qué esperaba?».

—Esta debió ser mi vida —repite en un lamento recuperando un poco la cordura—, casarme con Max, triunfar en el mundo —añade con melancolía. A pesar de la situación me es imposible no sentir empatía. Se ve tan triste y perdida. Sola—. Nosotros éramos la pareja perfecta, ¡Luego apareciste tú y todo se fue al diablo! —vuelve a gritar con frustración y desespero.

Su voz sube y baja. Pasa de suave a dura en un instante. Es obvio que está teniendo algún tipo de trastorno. Una inestabilidad emocional.

—Lo siento —digo con sinceridad y no solo para tranquilizarla, sino porque es la verdad.

No me arrepiento del amor que siento por Max, más bien de cómo se dieron las cosas.

No creo que ella sea una mala persona, un poco soberbia y caprichosa quizás pero cuando se tiene todo en la vida quién puede culparla.

La miro directamente a los ojos y trago saliva.

—De verdad lo siento pero tienes que dejarlo ir —le digo con suavidad—, y aprender a vivir con

ello —tomo un hondo respiro—. Max nunca estuvo enamorado de ti y en el fondo tú lo sabes —ella frunce el ceño confundida—. No sé porque decidiste aceptar una relación así, tampoco sé por qué llevaste esto tan lejos, incluso al matrimonio cuando sabías de entrada que lo de ustedes estaba condenado al fracaso. De lo que sí estoy segura es que no fue por amor. El amor no se mendiga, no se impone, no se obliga. A lo mejor te parecerá hipócrita de mi parte porque me ves como la persona que acabó con tu relación pero no es así. Tú relación ya estaba rota antes de que yo llegara.

Sus ojos se mueven con rapidez, creo que está procesando mis palabras.

—Pero él tenía que ser para mí —dice como una niña chiquita haciendo un berrinche.

—A ver, dime... ¿por qué tenía que ser para ti? —inquiero en el mismo tono.

—Porque yo lo elegí... porque mi papá lo aprobó... porque tenía que ser así.

—¿Lo ves? hablas de Max como si fuera una adquisición, un bolso que viste en una vitrina y decidiste comprarlo porque se te vería bien. No hablas de él como si estuvieras hablando del amor de tu vida —su semblante es más sereno y cojo más valor para seguir exponiendo mi punto. Necesito que entienda que lo que ella siente por Max es un capricho que torna casi la obsesión—. Si me preguntaras a mí, yo te respondería que mi corazón lo eligió y que se ha convertido en el amor de mi vida, que siento que ya no puedo vivir sin él, sin embargo estaría dispuesta a dejarlo ir si eso lo haría feliz.

Observo por el rabillo del ojo con gran alivio que el tren está entrando en la vía y aprovecho su momento de confusión y paso por su lado sin hacer ningún movimiento brusco.

Ella no se mueve. Doy unos pasos y en cuanto me siento lo suficientemente segura, corro hacia el tren.

Atravieso las puertas y cuando me giro ella sigue clavada en el mismo sitio de espalda a mí.

Cuando las puertas se cierran, vuelvo a respirar.

«Solo espero que mis palabras hayan hecho algún efecto»

—Estoy bien —le respondo a Maximiliano por enésima vez. Lo llamé desde el tren de regreso a casa para contarle lo sucedido y llego a casa en un tiempo récord; de chepa no se accidentó.

—¿Segura? —inquiere todavía preocupado.

—¡Max! —replicó exasperada—. Es la última vez que te lo digo, estoy bien —replico alargando cada palabra—, ¡así que cálmate por el amor de Dios!

—No me puedes pedir eso cuando me dices que te encontraste con Sophia y encima me confiesas que piensas que te ha estado siguiendo —casi chilla paseándose por la habitación mientras yo estoy medio recostada en la cama. Hace rato estaba sentada en el banco de la cómoda frente al espejo pero sus idas y vueltas en medio del cuarto me terminaron por marear y tuve que recostarme.

—No logro entender cómo diablos sabía que estabas en la estación.

—Yo tampoco. Las únicas personas que sabían dónde me encontraba fueron las chicas, tú y... —enmudezco. Mierda. ¡No puede ser! Aunque si lo pienso bien muchas cosas tendrían sentido.

—¿Y? —pregunta ansiosa al ver que me he quedado callada de pronto.

Pero, ¿por qué? No tiene sentido.

—Adriana —insiste.

—... y Martha —murmuro insegura. Sin poder creérmelo del todo.

Los ojos de Max pasan de la preocupación al desconcierto. Está como yo, no entiende.

—Ahora que lo pienso cada vez que me ha parecido ver a Sophia ha sido cuando he ido a visitarte al trabajo o cuando he llamado y te he dejado algún mensaje.

—¡Joder! —gruñe. Empieza a pasearse por el cuarto otra vez. Está hecho una furia y sé que se está conteniendo para no explotar en mi presencia—, lo que no entiendo es porque no me lo dijiste.

—No le di importancia, pensé que eran ideas mías y no quise angustiarte por nada.

Él se detiene en frente a mí y deja caer la cabeza hacia atrás. Observo como su pecho se infla y se desinfla a través de su camisa azul royal ligeramente abierta en la parte de arriba.

—No comprendo porque haría algo así —murmuro todavía confundida.

No es que seamos grandes amigas pero desde el principio nos llevamos bien. Me agradaba, al igual que yo a ella o por lo menos eso pensaba.

Me masajeo la sien con las puntas de los dedos El día ha sido largo y estoy agotada.

—Yo tampoco pero mañana mismo lo voy a averiguar —me dice en un tono más calmado.

Este año en mi vida han pasado tantas cosas, que bien podría ponerle el título de una novela.

Max mete las manos dentro de los bolsillos de pantalón de vestir gris oscuro y me observa con cautela.

Lo conozco, estoy segura que diría alguna estupidez.

—No quiero que salgas —dice.

Y no me equivoqué.

—¡Que! —chillo con los ojos de par en par. Me levanto de golpe o por lo menos lo suficientemente que me permite la barriga—. Ni se te ocurra —le advierto apuntándolo con el dedo para hacer más énfasis en mis palabras.

—Adriana por favor no voy a estar tranquilo mientras Sophia ande por ahí suelta.

—Olvídalo —lo corto.

Paso por su lado y me dirijo hacia la cómoda.

—Peluche —dice girándose en mi dirección.

—Ni peluches, ni leches —lo vuelvo a interrumpir mientras abro un cajón y saco un pantalón de chándal negro, lo cierro de mala gana y abro uno de sus cajones y saco una camiseta de las suyas.

—Nena entiéndeme.

—No entiéndeme tú a mí, nuestras vidas han estado patas arriba durante muchos meses y ahora que por fin estamos teniendo un poquito de estabilidad y tranquilidad me rehúso a pasar por lo mismo. Si Sophia hubiera querido hacerme algo, lo hubiera hecho, digo, ocasiones no le han faltado, ¿no es así?

Max aprieta la mandíbula hasta que su boca se convierte en una línea fina.

Ella puede estar un poco desequilibrada y aunque en un momento me asusté no la considero peligrosa.

—Es cierto —dice al fin muy a su pesar.

—Pues ahí lo tienes —termino resuelta.

—Adriana.

—Mira, voy a tomar una ducha, cuando entres en razón y estés más accesible... hablaremos pero si piensas que te voy a hacer caso, lo tienes clarito —termino con ironía.

Paso por su lado sin esperar una respuesta de su parte.

Entro en el baño resabiando mientras me desnudo.

—Lo siento cariño pero a veces tu padre me pone de los nervios —digo a la vez que me paso la mano por barriga. No bien he terminado de hablar que siento un espasmo en el costado izquierdo.

Me quedo quieta hasta que segundos después sucede lo mismo.

—¡Max! —grito.

Salgo del baño y voy a su encuentro.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —inquieta con preocupación. Quizás por mi tono urgente.

—Se movió.

No es que no se haya movido antes pero cada vez que lo ha hecho Max nunca ha estado presente.

—¿Qué se movió? —pregunta con el ceño fruncido.

Pongo los ojos en blanco.

—La tierra —respondo con ironía—. El bebé... que más tonto.

—¡De verdad! —exclama emocionado pero incrédulo.

Le tomo la mano y se la pongo en mi vientre bajo por el costado izquierdo; esperamos unos segundos hasta que el bebé vuelve a moverse otra vez y la mano de Max salta.

—¡Wao! —dice con los ojos iluminados.

El bebé realiza de nuevo el mismo movimiento pero más para arriba.

Es una sensación extraña pero maravillosa.

—Tenemos el próximo delantero de la Juve.

Me río.

—O del Real —digo para picarlo.

—¿Estas de broma?

Mi sonrisa se ensancha. Me pone eufórica verlo tan contento. Hace que me derrita toda.

—Que no te afecte, igual terminas comprando tutus y llevándola a clases de ballet.

—No importa —me dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Siempre y cuando nazca sano.

Hay esta otra vez, esa inquietud que nos rodea. A pesar que todos los resultados han sido favorables, el miedo que algo cambie no nos abandona.

—La semana que viene tengo que ir a Italia —anuncia con cautela.

Mi sonrisa desaparece a la vez que el corazón me da un brinco. La euforia de hace unos instantes ha desaparecido.

Desde que nos reconciamos no hemos vuelto a separarnos. Me asusta que algo malo pueda pasar.

—¿Por qué? —inquiero nerviosa.

Me siento en el borde de la cama.

—Ha llegado la orden del tribunal.

No entiendo. Debería estar feliz, hace meses que estábamos esperando esa noticia. El juez podrá declarar su separación legal, no estarán divorciados pero ya solo los unirá un apellido y nada más; significa mucho para nosotros sin embargo me inquieta saber que debe marcharse.

Max se arrodilla en frente a mí y me toma la mano con cariño.

—Solo estaré fuera dos días como mucho.

Asiento.

—Por eso me gustaría que durante ese tiempo te quedes con Emma o con Alex.

Vuelvo a afirma con la cabeza. Tengo la boca seca y las palabras se niegan a salir.

Mi reacción no es lógica. No logro entender mi miedo.

—Necesito que me prometas que no saldrás sola durante mi ausencia.

Toso ligeramente para apartar el nudo y que no note mi angustia.

—Te lo prometo.

Max se levanta y me da un beso en la frente.

—Ven te voy a preparar la bañera y mientras te das un baño, te voy a preparar algo para cenar.

—De acuerdo.

—¿Que te apetece?

—Espaguetis a la carbonara.

Esbozo media sonrisa para que no note mi inquietud además es su especialidad y a mí me encanta.

Todo en su lugar



“Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los "cómos””.

Friedrich Nietzsche

Llego al Luxhaus y espero el ascensor, mientras lo hago contemplo con sentimientos encontrados el letrero “Lombardi Consulting”: nostalgia al recordar lo mucho que esforcé para abrir esta compañía. Recuerdo lo eufórico que me sentí la primera vez que vi ese apellido en la puerta de mi oficina “M. Lombardi CEO”. Lo había logrado; mi padre por fin estaría orgulloso de mí, sin embargo fui muy iluso de pensar que eso sería suficiente para ganarme su respecto.

Alegría al darme cuenta que todo eso quedo atrás. Me ha costado pero por fin he entendido que no tengo nada que demostrarle, no necesito ver mi nombre en una pancarta para sentirme merecedor de respeto. No, eso se gana con esfuerzo y dedicación y yo me he partido el lomo para sacar esta empresa adelante, para estar donde estoy y convertirme en el profesional que soy hoy.

«Dentro de poco seremos LMB consulting» —pienso al entrar en el elevador.

Ese pensamiento me saca una sonrisa. Me he asociado a partes iguales con Vince y con Adriana aunque ella todavía no lo sabe. Si se lo cuento ahora capaz y quiere regresar al trabajo antes de lo indicado.

Tengo grandes planes para la compañía, ahora que Vince ha decidido quedarse aquí, vamos a ofrecer consultoría legal a parte de los demás servicios que ya ofrecíamos. Por el momento mi nuevo socio está ocupando la oficina de Adri pero en cuanto ella se reintegre buscaremos un lugar más grande. Entre los tres haremos grandes cosas, de eso estoy convencido.

Lo primero que hago al sentarme en mi sillón de ejecutivo es mandar un email a la reclutadora donde trabaja Carlos.

Estoy sumergido en unas tablas cuando mi querido amigo entra como siempre sin llamar a la puerta y se desploma en la silla del frente en su traje gris de tres piezas con cara de no haber dormido nada.

—Espero que Martha llegue pronto, necesito un café con urgencia —me dice en italiano.

—pensé que tomabas tu dosis de cafeína en el Loft antes de venir al trabajo, con eso de que vas a visitar a Linda todas las mañanas.

—Si pero tenía clases temprano en la universidad, sabes que se gradúa en septiembre y está como loca preparando su monográfico. Me he quedado hasta tarde ayudándola a estudiar —me explica y luego lanza un largo bostezo.

—¿Ayudándola o distrayéndola? —inquiero con ironía.

Sus labios se curvan hacia arriba hasta transformarse en una sonrisa malévol. No necesito escuchar más. Es más que obvio que está súper colado por ella.

Espero de verdad que esa relación funcione sino con lo protectora que es Adriana con Linda capaz y

me corta las bolas si algo llegará a salir mal.

—Pues te aconsejo que te prepares el café tú solito ya que Martha no podrá preparar nada —le informó irritado. Todavía no digiero lo que pasó ayer.

—¿Y eso? ¿A caso está enferma?

Paso los próximos cinco minutos contándole lo sucedido.

—¿Estas de coña? —me dice sorprendido con los ojos bien abiertos. Parece que la información lo ha hecho despertarse del todo.

—Qué más quisiera yo.

—¿Pero qué ganaría ella con esto?

—No lo sé.

Toc. Toc...

—Pero estamos a punto de averiguarlo —digo mirando la puerta abrirse.

—Buenos días señores —nos saluda con una sonrisa auténtica y su aire profesional de siempre—, quería avisarles que había llegado y ver si están listo para revisar la agenda del día.

Miro a Vince quien me devuelve una mirada incrédula. Joder, creo que compartimos el mismo sentimiento. Me cuesta creer que haya hecho algo así. Más de un año trabajando conmigo y ni una sola queja, pero si es como mi mujer dice, sería demasiada casualidad.

—Martha toma asiento, tenemos que hablar —le pido con un tono severo.

Se hace un silencio y de pronto el ambiente parece tensarse.

Ella se acomoda en el asiento al lado de Vince y me mira perpleja.

—Le has estado pasando información sobre mi mujer a Sophia —lo mejor es ser directo y salir de esto de una buena vez—, y quiero saber la razón.

Ella guarda silencio y me mira con los ojos bien abiertos.

—Señor, y-yo... —tartamudea nerviosa y eso no es bueno—... no sé de qué me habla.

Es más que obvio que está mintiendo y su falta de sinceridad me molesta. Hasta ahora había conservado la esperanza que tuviera una buena excusa o que fuera un error. Me da rabia ver que me he equivocado.

—Martha te lo voy a preguntar una vez más y espero por tu bien que me digas la verdad —le digo con un tono neutral pese estar molesto. Se queda callada una vez más y le lanzo una mirada de no te atrevas a mentirme, no estoy de humor para juegos—. ¿Por qué le has estado pasando información a mi ex sobre Adriana?

Mis ojos no quitan los suyos.

Traga saliva.

—No fue intencional —balbucea.

—No fue intencional —casi grito. Me paro de la silla y apoyo las manos en el escritorio de caoba—. ¿Qué clase de excusa barata es esa?

Me estoy enojando seriamente no me gusta que me tomen por idiota.

—La señora Sophia me llamaba de veces en cuando para saludarme y siempre me preguntaba cómo estaban las cosas por aquí y yo solo le respondía —su voz suena tan apesadumbrada que casi logra convencerme pero luego recuerdo las palabras de Adriana “cada vez que pasaba a visitarte o te dejaba un mensaje” es demasiada casualidad. No me la creo.

—¡Mentira! —grito perdiendo la paciencia y ella sobre salta en el asiento—. No tengo idea de porque diablos lo has hecho pero Sophia no era la que te llamaba. ¡Tú lo hacías! La llamabas y le informabas cada vez que Adriana estaba en la ciudad.

—No, no. Se equivoca señor... tiene que creerme —suplica y en verdad parece afligida.

—Martha no me mientas —le advierto en un tono amenazador—. Sophia no tiene amigos aquí, no conoce a nadie así que es poco creíble que andara por la ciudad tropezándose con Adriana por casualidad.

Su respiración sube y baja. Sabe que está al descubierto.

No entiendo porque no confiesa de una buena vez.

—Martha —la llama Vince en un tono más conciliador que el mío—. Ayer Sophia casi agredió a Adriana en la estación y eso es un delito. La información sería fácil de comprobar; solo tendríamos que solicitar la lista de llamadas saliente a la compañía de teléfono —sus ojos se llenan de pánico, al parecer por fin ha entendido que no tiene escapatoria.

—Piénsalo bien, puedes ser acusada de complicidad en un asunto de acoso y agresión sobre una mujer embarazada. Maximiliano te está dando la oportunidad de hablar así que si yo fuera tú no la desperdiciaría.

—Es cierto yo la llamé —confiesa por fin.

—Eso lo tengo clarísimo —replico con la voz endurecida—, lo que quiero saber es la razón

—Porque Adriana es una trepadora... —dice con la mirada envenenada y mi cuerpo se llena de rabia. Creo que respiro ira por cada poro. Si hubiera sido un hombre ya le hubiera partido la cara por atreverse a hablar así de mi mujer—... Llego aquí con sus aires de niña buena y no dudó ni un segundo en enredarse con contigo —escupe cada palabra llena de rabia.

¡Vaya! Ya nos estamos tuteando.

—¿Crees que no me daba cuenta cuando se encerraba en esta oficina a revolcarse contigo?

—¿Y te hubiera gustado ser tú quien gozará de ese privilegio? —Inquiero entendiendo por fin de que va todo esto.

Sus ojos se llenan de un brillo extraño: malicioso, libidinoso.

Trabajamos juntos día tras día, ¿cómo es que no me di cuenta?

—Yo, yo nunca andaría con un hombre comprometido —susurra. Creo que algo avergonzada de verse expuesta—. Yo soy una mujer decente.

Es evidente que no entiende una mierda de nuestra relación.

—¿Pero ganas no te faltan? —digo incorporándome, asqueado con todo esto. Martha me lanza una mirada asesina. Sabe que llevo la razón.

—¿Sabes qué?, eres una mujer egoísta... dices que hiciste esto por ser solidaria con Sophia cuando en verdad lo has hecho por ti misma, porque te mueres por ocupar el lugar de Adriana pero déjame explicarte algo; no se trata de decencia se trata de sentimientos pero está claro que esto va mucho más allá de tu entendimiento porque lo que tú y Sophia no acaban de comprender, es que Adriana no es solo una simple mujer con cara bonita, ella es el amor de mi vida.

Martha baja la cabeza y pierde la mirada en su bloque de notas

—Quiero que recojas tus cosas y te vayas, y agradece que solo te despida.

Ella asiente. Está claro que no hay nada más que agregar.

Y sin más sale de mi oficina.

—¡joder! Que fuerte —clama Vince atontado.

Esa misma tarde me enviaron una secretaria de la agencia de empleos.

El fin de semana me la paso en casa con mi peluche, después de todo lo ocurrido quería pasar un poco de tiempo solos los dos.

Hacemos un poco de todo, desde comer en la cama hasta ver el maratón de sexo en la ciudad y Anatomía de grey, esas series que tanto ella adora y que no logro entender.

El lunes me paso todo el día con Isabelle, la nueva secretaria y la pongo al tanto de todo lo que tiene que ver con la empresa, parece una muchacha competente e inteligente, siento que nos llevaremos bien.

El martes con mucho pesar por no querer dejar a Adri sola viajó a Italia.

A las diez de la mañana llego al aeropuerto di Cuneo Levaldigi.

Vince y yo pasamos a recoger el auto que hemos alquilado y nos dirigimos directamente al tribunal.

A la una de la tarde entramos en la sala, trato de ubicar a Sophia pero no la veo por ninguna parte y eso me preocupa. Le hago saber mi desasosiego a Vince, temo que eso pueda influenciar o retrasar más la decisión del tribunal.

Después de una hora donde mi querido amigo y abogado se la pasa litigando contra el abogado de Sophia quien trata por todos los medios de excusar su ausencia y posponer la cita, el juez falla a nuestro favor y dicta la sentencia de separación legal.

Tengo que esperar tres años para pedir legalmente el divorcio y ya se me hacen eternos.

Salimos del tribunal complacidos, Vince me invita a comer para celebrar pero rechazó su invitación, tengo algo importante que hacer y no tengo estomago para comer antes.

Dejo a Vince en casa de su madre y salgo de la capital. Conduzco varios kilómetros hasta llegar a Dronero, el lugar donde crecí hasta que me fui a estudiar a la capital. Es un pueblo pequeño, de unos siete mil quinientos habitantes.

Mientras voy recorriendo las calles los recuerdos y la nostalgia me van invadiendo, paso por el ayuntamiento y sigo conduciendo hasta salir del centro.

Cuando llego a mi antigua calle, detengo el coche en frente la casa independiente de mis padres. Salgo del carro y me detengo a contemplar la casa de dos pisos de fachada crema. Pierdo la vista en la persiana de madera, mi antiguo cuarto, donde tantas noches me la pase en vela estudiando... y mirando por la ventana a que mi padre llegara del café a las altas horas de la noche.

«No vayas por ahí —pienso con tristeza—. Solo haz lo que has venido a hacer».

Me quito la chaqueta del traje y la tiro en el asiento del vehículo.

Empujo la puerta de hierro y atravieso el jardín. Toco la puerta de madera. No uso mi llave, hace mucho que no siento de esta mi casa.

A los pocos segundos mi madre abre la puerta, su mirada se ilumina a penas me ve.

—Tesoro que sorpresa —dice antes de envolverme en un gran abrazo. Se lo devuelvo con el mismo fervor, la adoro. La quiero con todas mis fuerzas. Durante unos instantes nos quedamos así, y disfruto del momento, de la calidez de sus brazos, de su metro sesenta de pura ternura. Mi madre es una buena mujer, ha sido una excelente madre y una esposa abnegada, lo único que le ha faltado ha sido al igual que a mí, carácter. La fuerza necesaria para enfrentarse a mi padre.

—Mi vida porque no me dijiste que vendrías, te hubiera preparado esa tarta de limón que tanto te gusta.

Sonrío con cariño.

—Fue un viaje de último minuto —miento y rompo el abrazo. No quiero decirle que no tenía ningún deseo de regresar y que lo más probable sea la última vez que venga.

—Bueno no importa. Pasa, no te quedes ahí parado —me pide con una inmensa sonrisa.

—Eh... —empiezo a decir inseguro—, ¿papá está en la casa?

—Si, está en la sala pero anda entra. Actúas como si está no fuera tu casa. Vamos ven. ¿Cómo está Raquel? —pregunta cerrando la puerta detrás de mí—. ¿Y los niños?

—Están bien —respondo algo nervioso. Estaba muy resuelto antes de venir aquí y ahora estoy

ansioso.

—Jethro mira quién ha venido a visitarnos —grita mi madre por el pasillo antes de doblar a la derecha en el salón. La sigo muy de cerca.

Mi padre está sentado en su sillón favorito viendo las informaciones en la televisión.

Gira la cabeza por encima de su hombro izquierdo y me ve. Al principio parece sorprendido pero se recupera muy rápido.

—He venido a hablar contigo, de hecho con los dos —digo buscando la mirada de mi madre. Tiene los mismos ojos marrones de Raquel.

—Pues tú dirás cariño.

Mi padre no se voltea, es como si quisiera ignorar mi presencia y me molesto. Paso por su lado y apago el televisor. Mi mamá me observa sorprendida y mi padre me lanza una mirada dura. Lo que acabo de hacer es una falta de respeto. En otra ocasión nunca me hubiera atrevido pero ahora me importa muy poco lo que pueda pensar.

—Dije que he venido a hablar con los dos —repito con los dientes apretados—, y necesito que me presten toda su atención en especial tú —lo señaló con el dedo para énfasis en la última parte—. Me he separado de Sophia legalmente —hago una pausa para darle el chance de que digan algo, mi madre dibuja una sonrisa. Creo que es su forma de demostrar su apoyo, pero ninguno de los dos dice nada, así que prosigo—. También he cerrado la oficina de Alba...

—Algo había escuchado pero no pensé que fueras tan estúpido como para llevarlo a cabo —dice mi padre antes de levantarse y salir del salón.

Joder. No me lo creo. Definitivamente no tiene arreglo.

Me cabreo.

Imito sus pasos y los sigo hasta la cocina donde abre la nevera y saca una cerveza.

—Sabes que, me importa una mierda lo que pienses o no.

—¡Max! —exclama mi madre sorprendida nuevamente ante mi atrevimiento. Pero no me detengo a estudiar su reacción.

—No he venido a pedir tu permiso ni tu bendición, si estoy aquí es por cortesía hacia ti, porque quería que lo supieras de mi boca pero tranquilo, es la última vez que tendrás que verle la cara al hijo que según tú te ha decepcionado —digo ahogando una sonrisa mordaz en un suspiro.

La sangre me hierve en las venas. Estoy a punto de explotar.

Yo no necesito esto joder. No lo necesito. Doy media vuelta dispuesto a salir por donde mismo he venido, al llegar a la puerta me giro y me encuentro con los ojos atormentados de mi mamá.

—Sabes, eres un cabrón egoísta —digo regresando a la cocina y explotando—. Alejaste a Raquel de su madre con tu mal genio, me has estado alejando a mí por tu frustración de sentirte un fracasado y por tu egoísmo has destruido nuestra familia y ni un solo momento te has puesto a pensar en esta pobre mujer —prosigo señalando a mi mamá de los pies a la cabeza con un gesto de la mano—, que se ha pasado toda una vida a tu lado soportando tu malos tratos, tus borracheras, tu fracaso como hombre, como esposo y como padre. Nunca la he escuchado quejarse, ¡ni una sola vez! Pero tú prefieres morirte antes de dar tu brazo a torcer. ¡Joder! Ni siquiera comparte con sus nietos. La has aislado del mundo convirtiéndola en tu sombra.

La mirada de mi padre se contrae pero no dice nada. Mejor aún, de todos modos nada de lo que diga podrá borrar años de soledad, de abandono, de menosprecio. Ladeó la cabeza y mi madre tiene los ojos llenos de lágrimas. Me destroza verla así, al borde del abismo. No obstante ella también debe entender que esto no es vida. ¡Que no puede seguir así!

—Todo este tiempo pensé que el de problema era yo pero me doy cuenta que el único problema aquí

eres tú, me miras y te jode ver que he logrado lo que tú no pudiste, lo que hace un verdadero hombre, sacar a su familia a delante, ¿pero sabes que? ¡Se acabó! Me voy a marchar y voy a dejar atrás todo lo que tenga que ver contigo. Raquel siempre me ha dicho que tú nunca ibas a cambiar y a pesar que nunca vi un gesto de tu parte que demostrara lo contrario siempre conserve la fe de que algún día lo hicieras, pero ya no más por mí te puedes morir en tu resentimiento.

Me giro hacia mi madre y tomo sus manos entre las mías.

—Mamá ven conmigo —le pido con la voz cargada de emoción—, Adriana es una mujer increíble y estoy segura que se llevarán bien. Puedes vivir con nosotros y ver crecer a tu próximo nieto que viene en camino —le pido y casi en una súplica.

Mira a mi padre por encima de mi hombro con sus ojos llenos de lágrimas y luego se reencuentra con los míos.

—Hijo yo no puedo dejarlo solo —susurra y pese que sus palabras fueron eso, un simple susurro salen con firmeza y el dolor bajo mis costillas se intensifica. Porque al igual que entendí que mi padre no cambiará, me duele entender que mi madre tampoco. Se ha convertido y acostumbrado a ser la mujer sumisa de un marido abusivo. Y no digo físicamente, dado que nunca le he visto levantándole la mano pero si verbalmente y eso también cuenta como forma abusiva.

Trago saliva para bajar el nudo de mi garganta.

—Tienes mi número, si en algún momento cambias de opinión solo llámame —le doy un beso largo en la frente—. No te preocupes seguiré mandando la mensualidad para los gastos de la casa —digo por encima de mi hombro en dirección del señor de la casa.

Y así sin mirar atrás salgo de la que una vez fue mi casa, con la adrenalina recorriéndome el cuerpo no obstante lleno de alivio. Siento que me he quitado un peso de encima y joder que bien se siente.

Llamo a Vince y le hago el recuento de todo lo sucedido. Me pide que vaya a su casa pero rechazo su oferta. Quiero estar solo. Antes de colgar le pido que mantenga su polla en sus pantalones sino quiere vérsela conmigo.

Conduzco hasta la ciudad de Alba y reservo una habitación en un modesto hotel.

Llamo a Adriana para saber cómo está, me dice que todo bien y que no ha salido del apartamento de Emma en todo el día.

Esa información me deja más tranquilo, ya que como Sophia no se presentó en el tribunal el temor que esté rondando en Luxemburgo me persigue.

Al caer la noche después de una ducha salgo, recorro los lugares que solíamos frecuentar con la esperanza de encontrarla pero no tengo éxito. Veo unos viejos amigos, nos tomamos una cerveza y regreso al hotel.

La mañana siguiente me despierto temprano, mi vuelo de regreso sale a la una pero antes tengo que hacer una parada. Me baño, me pongo uno de mis traje favoritos, es uno negro de Armani, fue el primer traje de marca que compre con mi sueldo y desde entonces lo considero mi favorito porque me recuerda lo que he tenido que luchar para poder llevarlo puesto y hoy es uno de esos días, donde necesito saber que lo que soy, me lo debo a mi trabajo, a mi sudor y a nadie más.

A las nueve en punto estoy cruzando las puertas de Di Martino Corporation. Me presento en el

mostrador de la entrada y haciendo uso de mi mejor sonrisa y de mi estatus de ex yerno, que por cierto olvide mencionar la palabra “ex” consigo que la recepcionista de turno me entregue un carnet de visitante.

Tomo el ascensor y subo a la cuarta planta que es donde mi querido ex suegro tiene su oficina.

Al llegar al piso, paso en frente la secretaria administrativa, una rubia de ojos azules, debe tener como mucho veinte y cuatro años, no la reconozco y no me sorprende ya que Benedetto suele escógelas por sus largas piernas y no por su intelecto precisamente, por lo que no duran mucho.

—Disculpe señor... —me llama pero sigo mi camino—... no puede pasar.

Para cuando termina la frase yo ya estoy cruzando las puertas del despacho.

Benedetto agranda los ojos al verme pero como todo gran hombre de negocios se recupera pronto de su sorpresa.

—Perdón señor Di Martino —se disculpa la rubia hacia mi ex suegro—, el señor no se ha anunciado y no me ha dado tiempo de pararlo.

Él no dice nada, lo he agarrado fuera de base y necesita unos segundos para estudiar mi actitud. Para saber de qué pie vamos a bailar este tango.

—Descuida Maritza el joven es mi nuero —dice con calma y una sonrisa de lo más irónica se dibuja en mis labios. Le hace un gesto con la mano a la rubia para que salga. Ella obedece en el acto, cierra la puerta detrás de ella dejándonos solos.

—Maximiliano, ¿a qué debo está sorpresa? —inquire a la vez que se levanta y se acomoda el chaleco azul marino de su traje tres pieza hecho a la medida.

Con las manos en los bolsillos y con pasos seguro me acerco, abro ligeramente mi chaqueta y saco un papel que llevo guardado en el bolsillo interior. Tomándome mi tiempo lo pongo sobre su carísima mesa de CEO y con las yemas de los dedos deslizo el papel hasta el lado opuesto.

—¿Qué es eso? —me pregunta con cara de póquer.

—Es un cheque —le anuncio como el que no quiere la cosa imitando su actitud.

Lo toma en las manos y esboza una sonrisa arrogante.

Comienza el juego.

—Vaya y esta la totalidad de la suma que te preste. ¿Cómo lo has conseguido? —pregunta devolviendo el cheque a la mesa—, te has conseguido una rica heredera nueva ahora que te has separado de mi hija... —prosigue con su tono imperturbable—... digo, porque la muchachita esa con la que andas encandilado no creo que tenga para prestarte esa suma de dinero.

Ahí está, su primer movimiento y ya está usando a Adriana para destabilizarme. No soporto si quiera que la mencione sin que me entre la rabia, pero no puedo dejar que vea que me afecta.

—No... —empiezo a decir con una sonrisa de suficiencia e igual de prepotente mientras me paseo con aire calmado por la enorme habitación—... que va, solo he cerrado un buen negocio. Eso es todo.

—Felicidades —me dice el muy hipócrita—. Solo espero que tengas guardado otro cheque como este para poder pagar tus otras deudas.

Me detengo frente al estante lleno de fotografías.

—¿Qué deuda?

—Bueno Maximiliano ambos sabemos que tonto no eres —me río. Es bueno que lo tenga presente—. Y escuche decir que cerraste la empresa, debo de admitir que me sorprendió enterarme de tal noticia, de igual forma me preocupa saber cómo vas a pagarle a tus clientes.

—Ah, eso. Me sorprende que los lambiscones de tus amiguitos aún no te han llamado para darte la notica —replico mientras contemplo una foto de Sophia y sus padres en su casa en suiza a la vez que lo miro por el rabillo del ojo.

Su mirada se endurece pero trata de mantenerse impasible.

—¿Y de que se supone que debían informarme?

Camino de regreso a su mesa y me siento en la silla en cuero color tierra que está en frente a él.

—Hace unos meses vendí parte de la empresa y me he asociado por partes iguales con dos personas más, por lo mismo tuve que cambiar el nombre la compañía. No me parecía justo que siguiera llevando solo mi apellido ya que ni siquiera soy el socio mayorista. Así que tuve que redactar los contratos de la empresa para hacer partícipe a los clientes de los nuevos cambios. Por lo mismo les hice llegar un correo donde se les notifica que Lombardi consulting no ha cerrado sus puertas, simplemente ha cambiado de nombre y ha movido su sede principal a otro país de donde se seguirá tratando con el mismo profesionalismo todas las cuentas de la empresa. Si llegara a ocurrir algo que necesite mi presencia, no tengo ningún reparo en venir a resolverlo personalmente.

Le mantengo la mirada. Sus ojos vuelven a brillar. Llenos de seguridad y prepotencia.

Y yo me relambo para mis adentro.

Cree que me tiene donde quiere. Pero está a punto de caer de muy alto.

Aquí es donde se tiene que meter sus amenazas por el forro.

—Aprovechando las nuevas políticas de la empresa, agregué una nueva que otras cláusulas en el contrato —y con una sonrisa petulante añado—: Por cierto contrato que todos devolvieron firmados.

—A ver ilústreme, ¿cuáles son las nuevas políticas de esta fusión? —pregunta divertido con cierta ironía mientras se recuesta en su sillón con aire despreocupado—. Me tienes intrigado.

—Sabes es increíble la cantidad de personas que no leen esas pequeñas letras que se apostillan en los contratos. Siempre me he preguntado por qué. Creo que son demasiado perezosos para hacerlo o piensan que lo que está escrito carece de importancia.

—Para eso están ustedes, los abogados y asesores —me dice el muy cretino.

—Exacto.

—A ver Maximiliano sabes que soy un hombre ocupado, mejor dejémonos de rodeo y dime de una vez que es eso tan importante que debería haberme enterado.

—Claro, lo siento. Lo último que quiero es hacerte perder el tiempo —replico imitando su gesto con actitud despreocupada—. Solo se le agregó que todo aquel que ya no está bajo contrato con la empresa, es libre de buscar un nuevo asesor, al contrario de aquellos que todavía están contractualmente ligados a Lombardi Consulting; estos, están comprometido de la misma forma que la empresa a cumplir el tiempo determinado en dicho contrato. En el caso que una de las dos partes llegase a incumplir cualquiera de las cláusulas pautadas, se verá en la obligación de pagar una compensación por daños y perjuicios al afectado.

Su sonrisa prepotente desaparece de golpe.

Sus ojos grises se contraen y juraría que quisiera calcinarme ahora mismo.

Game over.

—Te crees muy inteligente, ¿no es así? —inquire con la voz endurecida al mismo tiempo que se levanta manteniendo toda su clase y elegancia—, te puedo asegurar que tú no estás preparado para jugar este juego.

Levanto la cabeza para mantenerle la mirada pero me mantengo imperturbable.

El hombre sigue sin querer bajarse de la mula.

Me subestima y eso es un gran error. En el arte de la guerra nunca se debe subestimar a sus enemigo, por más insignificante que lo consideres.

Bien dicen que no hay enemigo pequeño.

—Cálmate Benedetto, son solo negocios, ¿recuerdas? Una vez me dijiste que tienes amigos que te

deben muchos favores y que con una simple llamada me podías dejar en la calle, pues bien... —digo levantándome al mismo tiempo que me acomodo el saco—... anda ve, llámalos, pídele ese favor que tanto te deben y hazme un hombre rico —lo desafío.

Me lanza una mirada letal y yo se la mantengo. Es un choque de titanes.

Es medir quien tiene más fuerza pero yo no vine a eso. Vine a pagar una deuda y ya lo he hecho. Me doy por bien servido.

—Mira —digo en un tono conciliador—. No vine hasta aquí para jugar a lo gangster ni nada por el estilo. Vine a pagarte lo que te debía. Te agradezco mucho que en su momento me ayudaras, ahora solo quiero estar en paz.

—Tú sabes que nadie se burla de mí y se va de rositas, sabes que tarde o temprano me la voy a desquitar.

Y todavía tiene los cojones de amanerarme.

—En vez de tomar esa posición, lo que deberías hacer es ponerle más atención a tu única hija, de que te sirve querer obligar a un hombre que no la quiere para que siga a su lado. ¿Eh? Sabes que no se presentó ayer a la audiencia...

—Claro que lo sé.

—Como me imagino que también sabes que hace unos meses agredió a Adriana en el baño de un bar, que desde entonces la ha pasado siguiendola por todo Luxemburgo como una acosadora y que su última gracia fue abordarla y tratar de agredirla otra vez en la estación de tren hace tan solo unos días.

—Es no cierto —replica desconcertado.

—Tanto, como que tengo las grabaciones de cada encuentro. ¿Sabes por qué no la he denunciado? porque todavía le tengo aprecio pero si no le pones un alto y no nos dejan en paz, con todo el pesar del mundo no me voy a tocar el corazón y lo voy a hacer, por el bien de mi mujer y de mi hijo.

—¿Hijo? —dice aún más confundido. Lo que me deja ver que tiene mucho que no sabe de su hija.

—Sí, voy a hacer padre y pienso defender mi familia a como dé lugar. Tú decides, o dejamos esto por la paz de todos y seguimos nuestros caminos o nos lanzamos en una estúpida guerra donde todos tenemos algo que perder.

Su rostro se descompone. Puede que sea un cabrón, pero es un cabrón que adora su hija.

—Mi intención no es dañarla, Sophia ya está suficientemente perturbada como para que encima le agreguemos más mierda. Te recomiendo que la busques y le des ese cariño y esa atención que ella busca con tanta desesperación, sino lo haces puede que dentro de unos años te des cuenta que todo este imperio que has construido no te habrá servido de nada porque no tendrás con quien disfrutarlo.

La habitación se llena de un largo silencio. De su rostro ha desaparecido cualquier tipo de arrogancia, ahora más bien parece preocupado.

Dijo que yo no estaba preparado para jugar este juego, es obvio que no contaba con eso.

—Que estés bien Benedetto —me despido mientras el medita mis palabras dando por terminado otra etapa de mi vida

A las tres de la tarde, estamos de regreso. Dejo a Vince en la empresa. Trato de localizar a Adriana pero no me contesta. Llamo a Emma y me informa que como de costumbre, mi mujer hizo lo que le doy la gana y se regresó para la casa.

Maldigo en silencio. ¿Por qué tiene que ser tan cabezota?

Veinte y cinco minutos más tarde entro en la casa, la llamo pero no me responde y me agobio.

Entro en nuestro cuarto y ahí está, profundamente rendida.

Una sonrisa de tonto se cuela en mis labios mientras la contemplo dormir en mi lado de la cama. Ya está de seis meses, ha recuperado un poco de peso y el embarazo la hecho más hermosa si es posible.

Me quito los zapatos y me acomodo a su lado. La rodeo con un brazo y me acerco hasta que mi pecho toca su espalda e inmediatamente me envuelve su calidez, su aroma. Respiro hondo y disfruto de la agradable sensación de haber vuelto donde siempre he pertenecido. A casa.

Adriana se mueve, se gira de forma que quedamos frente a frente, solo separados por su barriga ya crecida.

—Has vuelto —me dice adormilada.

Afirmo con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Te extrañaba.

Sonrío.

—¿Cómo ha ido todo?

—bien. Ya todo ha acabado.

Abre la boca para decir algo pero la interrumpo.

—Sé que quieres saber todos los detalles pero ahora mismo no quiero hablar de eso.

—¿Y qué quieres hacer?

—Quiero hacerte el amor —le digo con sinceridad. Solo han sido día y medio lejos de ella pero necesito enterrarme en ella, sentir esa conexión que nos une cuando estamos juntos.

Ella busca mis labios y los acepto encantado.

Así despacito, sin prisas, la amé con siempre lo soñé.

Y joder esto es mucho mejor que en mis sueños.

Muchas historias de amor no comienzan de la mejor manera y nos toca tomar decisiones que no siempre son del agrado de los demás pero cuando los sentimientos son lo suficientemente fuerte al final todo valdrá la pena.

Epílogo



Dos años más tarde...

Mañana es la operación de Adriana. Después de un largo tratamiento la doctora ha valorado la situación, sus nódulos se siguen reproduciendo y ha decidido que debe ser operada.

Tengo miedo, pese que es una operación rutinaria, como todas conlleva sus riesgos.

Está ansiosa, lo sé pero no me dice nada. Estoy seguro que calla para no preocuparme.

Yo tampoco digo nada. Me mantengo fuerte. No puedo permitir que se venga abajo.

Llega el día de la operación. No tarda más de cuarenta y cinco minutos no obstante fueron los más largos de mi vida. Le han hecho una Tiroidectomía Total.

—Todo ha salido bien —me informa la cirujana—, sin embargo los nódulos estaban muy pegados de las cuerdas vocales y tuvimos que raspar bastante. Solo nos queda esperar que se despierte.

—¿Puedo verla? —pregunto nervioso.

—Claro, ya debe estar en su habitación.

Cuando Adriana se despierta intenta hablar pero le cuesta, su voz a penas le sale y lo poco que lograr articular no se le entiende nada.

Me preocupa pero trato que no se me note. La tomo de la mano y le digo.

—No te preocupes, estás recién operada pero pronto estarás bien.

A los tres días nos dan el alta. Al llegar a la casa nuestra hija corre a su encuentro, Adriana la abraza, le hace mimos y cuando trata de hablarle, nada, sigue sin que se le entienda una palabra.

Inmediatamente se pone triste, se le aguan los ojos pero como es toda una guerrera esboza una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

Me acerco a mi niña hermosa de ojos marrones y le digo con ternura.

—Princesa, mami está malita por eso no puede hablar.

—Mami hizo bobo —balbucea la pequeña a la vez que muestra el vendaje que Adri lleva en el cuello.

—Sí pero pronto mejorará.

Sin embargo pasan quince días y no hay mejoría. Tomamos cita con un Otorrinolaringólogo, este nos informa que sus cuerdas vocales fueron dañadas y que ella debe llevar a cabo una reeducación de voz.

Los días van pasando y mi mujer se va encerrando sobre sí misma. Se ríe pero su sonrisa son fingidas. Solo cuando juega con Alía sonrío con autenticidad.

Mi suegra vino unos días para ayudarnos con la niña mientras pasamos por este proceso. Es envidiable la relación y el amor que se tienen.

Dos días después le quitan el vendaje y Adriana se viene abajo. Llora. Llora y llora hasta decir no más. Cuando se calma me escribe que le ha quedado una cicatriz tan fea que parece un cien pies.

El cirujano le aplica una inyección sobre la cicatriz para disminuir el queloide que se le ha formado. Le explica que debe hacer el esfuerzo de hablar para que la voz le vaya aclarando pero no lo hace.

Ha pasado un mes desde su operación.

Nunca sale de casa y cuando lo hace es con un pañuelo alrededor del cuello.

Me siento impotente, quiero ayudarla pero no sé cómo.

Emma y las demás vienen a visitarla a menudo, tratan de animarla, de sacarla de casa pero no hay forma. Ni siquiera los preparativos de la boda de Linda logran devolverle la sonrisa.

Escucho los sollozos amortiguados por la puerta del baño mientras llora por las noches cuando se cree sola.

Está sufriendo y yo sufro con ella porque nada me duele más que verla así.

Nuestra vida sexual ha ido decayendo, cuando la busco en las noches me evade. Trato de aparentar que no me afecta su rechazo pero lo hace.

La extraño. Extraño a mi mujer. Nuestra vida sexual siempre ha sido activa, pasional y esta sequía me está desquiciando. Pienso cambiar eso esta noche en la boda de mi compadre.

A las seis de la tarde llegamos al salón donde se realizará la unión de nuestros amigos.

La ceremonia resulta muy emotiva, nunca pensé que el cabronazo de Vince sentaría cabeza y terminaría casándose.

Mientras el padre oficializa la ceremonia Adri no deja de sonreír emocionada. Está hermosa con su vestido largo de seda sin tirantes de color turquesa. Le regalé una gargantilla plateada para que pudiera cubrir su cicatriz.

La miro y todo lo que puedo pensar es en el día que pueda ofrecerle esto. Ponerle un anillo en el dedo y declararla mi mujer ante Dios y los hombres.

Es más de media noche cuando llegamos a nuestro hogar. Mi suegra y la niña se han ido a casa de Alex a pasar el fin de semana. Tenemos toda la casa solo para nosotros y pienso aprovecharlo al máximo.

Adri está frente al espejo, ya se ha quitado sus tacones y está intentado bajar el cierre de su vestido.

—Permíteme ayudarte —susurro cerca de su oído. Me paro detrás de ella y le bajo la cremallera tomándome mi tiempo. El vestido cae al piso y ella queda ante mí con solo unas diminutas bragas de seda en blanco que le cubren la mitad de su trasero. Es verla y mi polla responde.

Paso mi mano alrededor de su cintura, la pongo sobre su vientre y la acerco a mí.

Froto el bulto que se me ha formado entre las piernas contra su trasero para que note mi excitación.

Adriana adivina mis intenciones y trata de alejarse.

—No, por favor —suplico al mismo tiempo que la acorralo contra la pared—. No me apartes.

Ella me mira con los ojos encendidos. Sé que me desea pero a la vez se siente avergonzada, desde que lleva esa cicatriz parece no sentirse segura, ni sexy. Juro que esta noche haré que eso cambie.

Llevo las manos a su cabello, le quito las horquillas y los mechones de su pelo caen.

¡Joder! Es la imagen más sexy que he visto jamás.

Entierro mis manos en su pelo y le devoro los labios con ansias. Su cuerpo está rígido no obstante responde a mis besos.

—Te necesito —murmuro cerca de su boca al romper el beso—, déjame amarte.

Su respiración empieza a descontrolarse. Me mira indecisa. Parece llevar una batalla interna.

—Sé que estás sufriendo por lo que estás pasando y que necesitas tiempo para ti, para volver a ser tú y pienso concedértelo pero no pienso dejar que me apartes de ti. Eres y siempre serás la mujer más hermosa para mí y te extraño, extraño nuestra intimidad —digo y beso su clavícula. Ella se estremece bajo mi contacto, luego le doy varios besos sobre su cicatriz—, si no quieres hablar, no lo hagas, te prometo que yo tampoco lo haré. Dejemos que nuestros gemidos... —agarro sus pechos con las manos y dejo una línea de besos entre ambos—... y que nuestros cuerpos hablen por sí solos.

Su respiración aumenta más con cada palabra y sé que he ganado.

Detengo mis besos y busco sus ojos que me esperan lujuriosos. Nos envuelve esa electricidad de deseo que me tira hacia ella como hierro a un imán. No le doy tiempo a pensar, la levanto en volada y ella enreda sus piernas en mi cintura.

Estampo mi boca con la suya, salvaje. La beso sin compasión, sin darle tregua. Con una mano en su trasero y otra enterada en su cabello la conduzco a nuestra cama, caemos sobre el colchón y la sigo besando mientras que una de mis manos sube por su pierna, por su cadera, su costado, por todo su cuerpo. Joder, me enloquece. La deseo.

—No te voy a hacer el amor —digo cerca de sus labios jadeando—, te voy a follar con fuerza, salvaje.

Un gemido de anticipación se escapa de sus labios.

Y así lo hice toda la noche.

No hubo palabras pero tampoco silencio.

Nuestros jadeos, nuestra respiración, nuestro sudor, nuestro deseo, inundaron la habitación.

Dos meses más tarde.

—Hola corazón —me saluda al entrar a mi oficina.

La terapia está funcionando, Adriana ha ido recuperando la voz. Sigue ronca pero habla más alto y claro. Poco a poco está retomando su vida normal.

Me levanto y salgo a su encuentro.

—Hola nena, ¿qué haces por aquí? —pregunto antes de darle un rápido beso.

—Tenía cita en el médico y decidí pasar a saludarte.

Hago memoria pero no logro recordar que tuviera alguna cita con su terapeuta.

—¿Por qué no me avisaste? Te hubiera acompañado ¿Acaso te sientes mal?

—Cariño cálmate, no me siento mal, ni tampoco tenía cita con el terapeuta —Me informa y me siento más tranquilo.

—¿Entonces que hacías en el médico? —inquiero.

—Fui al ginecólogo —me dice encogiéndose de hombros, como si quiera quitarle importancia.

La miro fijamente esperando que siga pero no dice nada más. Ella se muerde el labio para reprimir una sonrisa que amenaza con apoderarse de sus labios. La sigo observando sin entender a qué viene tanto misterio. Hasta que una lucecita se enciende en mi cabeza. Abro los ojos de par en par. ¡No puede ser!

Ella parece leer mis pensamientos porque rápidamente dice:

—Sí. ¡Estoy embarazada!

Una sensación ya conocida se instala en mi pecho. Felicidad.

Haber venido por ella a Luxemburgo hace unos años fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

La atraigo contra mí y la beso fuerte. La amo. La amo con todo mi ser.

—Te quiero —susurra cerca de mis labios.

—Te amo y te amaré por siempre —digo antes de volverla a besar.

SPOILER / EMMA



—Me encanta, me encanta —murmuro para mí misma al terminar de aplicar mi pintalabios rojo mate. Miro mi cabello y contemplo las ondas perfectas. Tengo el pelo liso y pasé una hora con la tenaza para obtener este resultado.

¡Estoy eufórica! Hoy voy a salir a celebrar mi cumpleaños; no cumplo veinte seis hasta mañana pero como todos los años lo paso con mi mamá y los pesados de tres mis hermanos he decidido salir hoy sábado a festejarlo con mis amigos.

Guardo el tubo de labios en mi bolso de mano negro y le echo una ojeada a mi vestido rojo, según los expertos de la moda es el color de temporada.

Suena mi teléfono mientras estoy embobada mirando mi atuendo.

—¡Hola nena!

—Hola cariño —me saluda Samia—, ya estoy aquí.

—De acuerdo bajo en dos minutos —replico antes de colgar.

Guardo el Samsung en mi bolso y giro una vez más sobre mis zapatos Jimmy Choo. Son hermosos, cómodos y me costaron un dineral, no obstante valen cada centavo.

«Nada que envidiarle a Carrie Bradshaw» —pienso con una sonrisa.

Le pedí a Samia que pasara por mí ya que esta noche pienso beber hasta que se olvide el nombre y lo que no pueda tomar me lo pienso untar porque hoy es mi noche y me la pienso gozar.

En primer lugar pensé en pedirle a Carlos que me viniera a buscar dado que llevamos unos cuantos meses cogiendo como conejos pero luego me lo pensé mejor y me arrepentí; no quiero que se haga falsas ideas.

Acordamos que lo nuestro sería solo sexual, nada de compromisos y me va bien de esa forma. Cuando tengo ganas de pasar el rato, lo llamo, echamos un buen polvo, de esos que me gustan, salvajes, duro y ya está. No quiero que eso cambie.

Ni siquiera se lo he contado a las chicas, si lo hago se van a poner pesadas con el temita; me van a cantar las cuarentas y no habrá quien las detenga.

Entro en el salón buscando las llaves pero como cada vez no las veo por ningún lado. Creo que es tiempo que empiece a usar el porta llaves que Adri me regaló hace unos meses.

Después de buscar durante casi diez minutos, les echo las manos bajo una montaña de papeles sobre mi escritorio y salgo flotando sobre mis adorados zapatos.

La noche me espera.

Continuará...

Biografía

Indhira Jacobo tiene 31 años y vive en Santo Domingo, República Dominicana. Casada, con 2 hijos, siempre ha sido una amante empedernida de las novelas románticas. Se denomina a sí misma como: come libros.

En esta obra convino sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura.

Encontrarás más información de la autora y de esta obra en:

www.facebook.com/indhiraJacoboautora

Agradecimientos

No me cansaré de decirlo a mi compinche Liliana Montero; gracias por apoyarme, ayudarme y soportarme en cada capítulo.

A mis hijos por el tiempo que les robe para dedicárselo a la escritura o lectura.

A mis primeras lectoras que adoraron el libro... ¡Gracias!

Quiero darle las gracias de forma muy especial a Maciel, Reina, Rox, Maca y a Mari Carmen por el gran apoyo pero sobre todo a ti Rosana Anazco

Un beso enorme para todas.

-
- [1] Panadería
- [2] Conejo a la mostaza
- [3] Conejo
- [4] Ciudad en Francia
- [5] ¡Y listo!
- [6] Canción de R Kelly feat Wisin y Yandel.
- [7] ¿También tú, Brutus?
- [8] Merengue de Rubi Pérez.
- [9] Disculpa Adriana, espera.
- [10] Buenas noches querida.
- [11] Maxi me ha dicho que estás enferma por tanto ya no laboras con él.
- [12] Por mi matrimonio.
- [13] Puta.
- [14] Intervención Voluntaria de Embarazo
- [15] Ciudad en Francia
- [16] Unida de cuidados intensivos.
- [17] Por supuesto que no mi amor.
- [18] Lenguaje coloquial para decir que tuvo una noche de sexo duro y salvaje